

BIBLIOTECA PREDICABLE

POR

D. FELIX LAZARO GARCIA,
CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SE-
GOVIA Y CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA (QUE
HA SIDO) DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

Y

otros señores sacerdotes.

TOMO XXI.



MADRID:—1850

IMPRESA DE JOSE REDONDO CALLEJA,

Calle de los Abades, núm. 5.

Esta obra es propiedad de su editor D. Antonio Urquiza, quien perseguirá ante los tribunales al que la reimprima sin su consentimiento.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SERIE SETIMA.—Algunos Octavarios, Novenarios y Duodenarios.

TOMO II.

Contiene un Novenario en honor de San Antonio de Padua: otro en honor de Santa Rita: otro de las Animas del Purgatorio, y el Duodenario de San José, Esposo de Maria Santisima.

NOVENARIO

De sermones en loor de S. Antonio de Padua.

SERMON

PARA EL DIA PRIMERO.

Debemos imitar á San Antonio en la virtud con que huyó del mundo , y venció al primer enemigo de nuestras almas.

Tenuisti manum dexteram meam , et in voluntate tua deduxisti me.

Me has llevado por la mano en los caminos de tus justificaciones , y me inspiraste un santo propósito conforme á los decretos de tu voluntad.

Ps. 72, v. 24.

¡Qué regocijada se muestra la piedad cristiana al dar principio á los religiosos cultos con que se propone alabar y bendecir al Dios del grande y admirable san Antonio de Padua! ¡ Con cuánto júbilo y alegría miramos esa sagrada imágen del héroe de nuestra devoción en éstos dias! ¿No se nos representa en ella el mismo Dios en los brazos de

san Antonio, y san Antonio en posesion del Autor de la fe, de la gracia, y de la gloria que ha de hacer eternamente felices á los escogidos hijos del Señor? ¿No entramos todos en este santo templo convencidos de que con este gran santo tenemos lo bastante para triunfar del mundo, del infierno y de nosotros mismos, y merecer por su intercesion las gracias que pueden hacernos virtuosos en la vida, santos en la muerte, y bienaventurados en el cielo? Así lo creemos y confesamos todos los que nos apresuramos á rendir justos homenajes al santo que hace las delicias de nuestros corazones. No pueden ser otros vuestros pensamientos al solemnizar con tanta pompa y magestad el Novenario con que nos proponemos manifestar la devocion y confianza que tenemos al justo que ha escogido Dios para hacer naestra dicha y felidad. El grande y esclarecido san Antonio de Padua es la garantía que nos asegura el perdon de nuestras culpas, la santificacion de nuestras almas, el porvenir dichoso que se prometen los justos con las promesas de nuestro Dios, y todo lo que el Omnipotente puede concedernos en esta y en la otra vida. Con san Antonio, todos podemos salir ilesos como Lot del incendio de la Sodoma impura en que vivimos, pasar á pie enjuto por el mar del siglo en que quedan sumergidos tantos Faraones altivos y orgullosos como infestan la sociedad cristiana, y entrar triunfantes en la tierra de promision, como los israelitas dirigidos por Josué. Así os lo van á demostrar los predicadores evangélicos ocupados en estos momentos en instruiros en la ciencia de vuestra salvacion, en haceros ver á san Antonio de Padua como al ejemplar y modelo de las virtudes que deben ser vuestro adorno, y en paten-

lizar á la faz de los hombres todos, que este santo fue un Elías en el fervor de su oracion; un Moisés en revelar á Jacob su testamento, y en enseñar á los pueblos á cumplir con la leysanta del Señor; un Samuel en prever los acontecimientos futuros; un Daniel en dar reglas de prudencia á los ancianos; un Salomon en pronunciar óráculos de sabiduría; un Pablo en hacerse obedecer de la naturaleza y en mandar á los mares, á los vientos, al fuego, á la enfermedad, á la vida y á la muerte; y un Simon, hijo de Onías, en esparcir por los paises mas remotos el eco de su nombre y la fama de sus prodigios. Os propondrán á este santo maravilloso como copia fiel de Abel en su inocencia, de Jacob en la docilidad con que oia la voz de Dios, de un José en la pureza y providad de su vida, de un Moisés en despreciar las comodidades del Egipto por las aflicciones del pueblo santo, y de un David en el valor que mostró en pelear las batallas del Señor. Os dirán mil y mil cosas maravillosas en loor de este santo y aprovechamiento de vuestras almas apurando los recursos de su ingenio y de su celo, y Dios hablará por ellos en gracia de los devotos de san Antonio. Haya docilidad y rectitud para escuchar con fruto la palabra divina, y este santo Novenario será para vosotros el principio de la dicha y felicidad que experimentan los pecadores cuando se sienten justificados.

Pero, Señores: ¿En dónde tuvo origen la santidad del grande Antonio de Padua? ¿En qué accion heróica encontraremos el principio que lo condujo al alto grado de perfeccion en que lo venera la Iglesia, y lo admiramos sus devotos? Esto es lo que á mí me toca manifestar en este dia; y al efecto os diré: que el Dios de la Providencia ob-

servó con san Antonio una conducta misericordiosa, sacándolo sin advertirlo y conocerlo, de un mundo cuya ciencia se reduce á instruir á sus adeptos en los funestos caminos de la astucia, á burlarse de la simplicidad del justo; á engañar con cumplimientos, á destruir con respeto y á hacer traicion con ceremonias, como lo dice san Gregorio. El Dios de la piedad concedió al niño Antonio una gracia de vigor que lo animó á sufrir con gusto las asperezas de una vida cristiana que le mostró el mundo como es en sí, y que le obligó á usurpar estas palabras del santo rey David.—Señor, me has llevado por la mano en los caminos de tus justificaciones, y me inspiraste un santo propósito conforme á los decretos de tu voluntad. *Tenuisti munum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me.* San Antonio como el Bautista, dejó la sociedad de los hombres corrompidos, y corrió á la soledad á hablar rostro á rostro con su Dios, como Moises: huyó del mundo despreciando sus pompas y vanidades para cumplir las promesas del bautismo: se humilló bajo el suave yugo de la cruz resuelto á santificarse entre los penitentes evangélicos, y este es el primer paso que dió en los caminos que lo condujeron al feliz estado en que lo contemplamos. Imitémoslo en la victoria que consiguió del primer enemigo de nuestras almas: no perdamos de vista sus ejemplos y doctrinas; dejemos la ciencia del mundo por la de Dios; y se habrán cumplido con esto los propósitos que he formado de elogiar á san Antonio de Padua en los primeros pasos de su preciosa vida, y de encaminaros hácia el cielo.

Virgen adorable, que tuviste un placer en que tu divino Jesus descansase en los brazos de nuestro Antonio como

en un reclinatorio digno del Dios de la piedad : alcanzadme la gracia que necesito para hablar dignamente de vuestro siervo , y no apartéis vuestro rostro de los que llenos de veneracion y respeto os saludan diciéndoos con el ángel :

Ave María.

Tenuisti manum dexteram meam , et in voluntate tua deduxisti me.

Nadie puede servir á dos señores contrarios , dice nuestro divino Maestro. Es imposible armonizar con Dios y con Lucifer, con la gracia y con el pecado, con la virtud y con el vicio, con la carne y con el espíritu. En cuanto pecó el primer hombre se declaró en el hombre mismo una guerra tan atroz como tenaz, en que no cabe armisticio ni transaccion alguna. Necesariamente ha de triunfar una de las partes veligerantes, quedando la vencida condenada á un suplicio eterno, y la vencedora premiada con las promesas del Dios de san Antonio de Padua. En esto consisten la lid del cristianismo segun san Pablo, y la malicia del hombre sobre la tierra, de que habla el santo Job. Si el hombre es vencido por los enemigos de su alma, perecerá sin remedio : pero si triunfa con las armas de la gracia depositadas en los almacenes del siglo, será coronado de gloria, y su suerte será la de los santos. ¿ No es esta en sustancia la esencia de la religion santa que profesamos ? Así nos lo enseña la maestra de la verdad al decirnos que el mundo es un enemigo de Jesucristo y de cuantos le pertenecen. De-

bemos pues combatirlo con la fe, como nos lo manda el Príncipe de los apóstoles y nos lo enseña prácticamente el glorioso santo que tenemos á la vista en esa prodigiosa imágen.

Tocóle una alma tan buena; lo previno Dios con tanta abundancia de sus divinos dones, y lo dispuso desde la infancia de su vida con tantas gracias, que bien pudiéramos asegurar que la razon ilustrada por la fe se adelantó en el grande Antonio á la naturaleza, y que como Samuel tuvo la dicha de oír la voz de Dios desde su niñez. Ello es, que los cielos y la tierra con cuanto contienen fueron los maestros que en los primeros dias de su vida le descubrieron la grandeza del primer ser, autor y señor de cuanto existe. En el firmamento adornado con tanta hermosura y magnificencia descubria la inmensidad del Ser eterno: en la estabilidad de la tierra veia la inmutabilidad de los divinos decretos: en la luz del sol, el resplandor de la gloria del que es: en los abismos del mar, la profundidad de sus juicios; en el cúmulo de las criaturas que componen y embellecen el universo, la diversidad de las perfecciones encerradas en la unidad simplicísima del Dios que todo lo dirige y gobierna con admirable bondad y sabiduría. Estas ideas embeladoras fueron la materia de los primeros pensamientos de nuestro héroe: en ellas hizo consistir aquella ciencia pura y virginal, si puede decirse así, que le obligaba casi desde su cuna, á tenerse por un átomo en la presencia de su Criador; á rendirle los mas humildes homenajes con la oferta sincera de su corazon; á llamar en su ayuda á la graciosa madre de los niños María Santísima para trasportar por su medio sus alabanzas al cielo, y unirse por el

amor al sumo bien. Antonio enseñado por sus pialosos padres, aprendió como el jóven Tobías á temer á Dios y á huir del pecado; á amar á Dios sobre todas las cosas, y á fiar en la Omnipotente intercesion de la Virgen Madre todo el negocio de su salvacion. Dios fue el primer objeto de su amor; el último fin de sus ansias y deseos; el embeleso de su corazon, el término de sus oraciones, y el móvil de todas sus acciones. María Santísima era su consuelo, su fortaleza, su alma, su vida, su salud, su refugio y su esperanza. Los ángeles del cielo eran sus fieles custodios, y los santos sus poderosos intercesores y abogados. Bajo estas celestiales influencias se desarrolló el uso de la razon en san Antonio de Padua: en tan sólidos fundamentos se fortificó el alma del que mereció tener en sus brazos al amabilísimo Jesus... ¿Podria el mundo fascinarlo con sus engañosas comodidades, y arrebatarlo en el torrente de sus decepciones? No, señores: Antonio, alumno de la escuela de la verdad desde sus primeros años; vió en el mundo un monstruo horrendo que despedaza á cuantos se le acercan, que vende á los que acaricia, y se olvida con desden y escarnio de los que se le apartan. Apenas lo vió frente á frente y observó sus tendencias, conoció que en él se despiertan los odios, las venganzas, las rivalidades, los celos, las violencias, las injusticias y las mas furiosas pasiones. Pidió luces al cielo para vencer y triunfar de un enemigo tanto mas temible quanto que es menos conocido, y el cielo le concedió las necesarias para comprender que en la estimacion del mundo siempre tiene el primer lugar el mérito fingido. Conoció que las riquezas metálicas no son mas que un poco de barro filtrados en los pozos de la tierra: que la

antigua genealogía es una carta de miseria que recuerda el origen corrompido de nuestra existencia: que un nacimiento ilustre viene á ser un segundo pecado original que añadido al que contraemos en el seno de nuestras madres nos aleja y desvia mas del Dios que quiso nacer pobre en un establo para abatir el orgullo de los grandes de la tierra, y enseñar á los suyos los caminos de la humildad. Conoció que un puesto elevado en la sociedad, es semejante á un fósforo pasajero que deslumbra, que alucina y engaña; pero que desaparece prontamente y se resuelve en humo para caer en el caos de la *Nada*: que el espíritu llamado *fuerte y despreocupado* por la ostentosa filosofía de la carne, no es mas que un hombre hinchado cuyo corazon es un mar alterado en lo mas violento de su flujo; y que toda la grandeza del siglo es una espada de dos filos en las manos de un loco que en su insensatez llega á hacerla instrumento de su muerte. Todo esto vió san Antonio de Padua dirigido por el Señor, en cuanto miró de frente al primer enemigo de nuestras almas. ¿Cómo librarse de él, para ser todo de su Dios, y caminar por la senda recta de la ley santa hácia la felicidad eterna? Este fue el problema que resolvió nuestro santo en la oracion, al pie de un crucifijo y delante de la Santísima Virgen. La humildad, base y fundamento de todas las virtudes tomó asiento en su inocente alma. Con ella vió las peligrosas astucias del mundo, y se asustó; con ella puso en duda su firmeza, y temió le fuese traidor su corazon: consideró los lazos que por todas partes le rodeaban, y sin poder concebir que su constancia fuese mas inalterable que la de Sanson, que la de David, de su hijo el rey sabio, y del príncipe de los apóstoles, se

postra en tierra, invoca la piedad del Dios de las misericordias, interesa en su favor á la Reina del cielo y á los cortesanos de la gloria, y yo no sé hablaros de los deseos vehementes, de las súplicas perseverantes, de los gemidos continuos, de los suspiros y jaculatorias poderosas con que arrancó del cielo todas las gracias que necesitó para salir de sus conflictos; y fijarse con firmeza en un terreno seguro.

Dios que jamás niega su gracia á los humildes, y que juró no faltar á las peticiones justas de sus hijos, escuchó benigno al jóven Antonio, y lleno de bondad, lo llevó por la mano en los caminos de sus justificaciones, inspirándole un santo propósito de seguir los pasos que le designase su divina voluntad. Dios hizo que san Antonio comprendiese los designios de su Providencia en el gran negocio de su salvacion; hizo que resonase en su alma aquella voz de magnificencia con que dijo un profeta: — *Salid del medio del siglo*:— aquellas palabras con que los ángeles dijeron á Lot que saliera de la ciudad y marchara á salvarse en la soledad; aquella exhortacion con que san Pedro amonesta á que nos apartemos de los que se obstinan en permanecer en el mundo del error y de las pasiones. Así dispuso Dios en su sabiduría misericordiosa la conducta que observó con san Antonio en los primeros dias de su vida: así fue derramando sobre este jóven Samuel aquellas bendiciones fecundas que habrian de formarlo con el tiempo un gran Profeta, un esclarecido predicador de las verdades eternas, un eco de la gloria del Señor, un acérrimo defensor de la religion santa, y un obrador de milagros, de prodigios y maravillas capaz de llenar á todo el orbe con su nombre y con

su fama. ¿No deseais saber cómo correspondió el niño Antonio á las gracias con que el cielo se prestaba á hacerlo grande entre los grandes de su casa, la Iglesia santa? Si Dios hizo tanto por Antonio: ¿no estoy yo en el caso de deciros lo que Antonio hizo por su Dios? A esto he subido á este púlpito. Ciertó es que el Eterno presidió el nacimiento de nuestro santo; que veló sobre sus primeros pasos; que lo formó tocándolo con su diestra, ennobleciéndolo con la ciencia de los santos, y mostrándole el reino de los cielos con los medios de conquistarlo: pero también lo es, que este pequeñito Samuel confundía con su virtud los escándalos de los hijos del indolente Helí; que como Daniel exhalaba effuvios de pureza condenando la conducta de los viejos que manchaban el honor de las que no eran tan fuertes como Susana; que como David despedazaba los leones y los osos de las pasiones malas que querían dominarlo; que como Jacob luchaba con Dios en la oración y no lo dejaba marchar sin recibir su bendición, y que como el Real Profeta se humillaba para manifestar su reconocimiento, y decir á su Dios con el mas profundo respeto:—Bendito seas, gran Dios, porque me llevas por los caminos de tus justificaciones, y me has inspirado un santo propósito conforme á los decretos de tu voluntad. *Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me.* El Espíritu Santo halló en san Antonio un corazón pronto, generoso y resuelto á combatir fuertemente las pasiones que inspiran, nutren y fomentan los enemigos de nuestras almas; lo encontró digno, y desde luego lo inflamó, lo ilustró, lo ungió, y destruido el hombre viejo baciado en los moldes de la carne contraria al espíritu, lo hizo una nueva criatura cor-

tada segun la ley y santidad de Jesucristo. Aquí fue cuando sintió Antonio en su interior una voz de trueno que le decia: — Sal del mundo pervertido en que peligras, y corre á la soledad: pon en seguro tu inocencia; enciértrate en el asilo de los justos, pues que allí quiero tratar íntimamente contigo: allí podrás derramar tu alma en mi seno, y yo hablaré á tu corazon: — *Ducam in solitudinem; et loquar ad cor.*

Dios habla, y Antonio obedece con la docilidad del niño Samuel: Antonio se somete á las determinaciones de Dios, como Pablo, ilustrado, dirigido y llevado por el divino espíritu sigue sin detenerse su consejo y dice con resolucion: — «Riquezas cuantiosas, pingües patrimonios, títulos gloriosos, ciencias vanas adquiridas entre la disipacion y sostenidas con el orgullo, grandezas y comodidades del mundo, todo lo reputo por estiércol con el Apóstol y á nada mas aspiro que á gloriarme en Jesucristo Crucificado. Huiré del mundo interesado en mi perdicion; me acogeré al silencio de los claustros en que Dios tiene su habitacion, y Dios será mi Padre, Dios será mi Madre, yo seré todo para Dios y Dios todo para mí. Ahí quedan los tesoros, las honras, los títulos y grandezas á que podria aspirar un vástago de los Reyes de Jerusalem y de Castilla; lloren mis padres; contúrbese mi familia... Nada importa: Dios me llama, y á Dios voy confiado en su poder y bondad.» Pablos, Antonios, Pacomios y Arsenios; Gerónimos, Benitos y Bernardos: Brunos y Romualdos: en el siglo XVI renucya san Antonio de Padua el espectáculo que ofrecisteis al mundo con vuestra abnegacion y heroica renuncia de los bienes de la tierra, y él es el encargado de transmitir vues-

tro espíritu penitencial hasta los mas remotos siglos. San Antonio de Padua rompe los vínculos de la carne y de la sangre, y entra primero en el convento de regulares de san Agustin de Lisboa, despues en el de Coimbra, y últimamente, por disposicion del cielo, en uno del orden esclarecido del gran P. san Francisco en donde quiere dejarlo como en la primera ciudad de refugio en que dió principio á los actos solemnes que forman la heroicidad de su vida prodigiosa. Entra el grande Antonio en la mansion de los justos; se asocia á los hijos del Serafin de Asis, luz mucho mas brillante que la que crió Dios en el día cuarto de los tiempos; y el buen ejemplo de los ángeles del desierto fomenta con tanta eficacia los santos deseos de su corazon inclinado á la virtud, que ya es preciso resolernos á no considerar en este admirable santo mas que una copia fiel de las perfecciones en que sobresalieron los prodigios de santidad que tanto resplandecen en la Iglesia del Señor. Vestido del grosero sayal de los penitentes, imita á mi padre san Bernardo en el retiro de su célebre Claraval; al grande Ananías de los últimos siglos san Francisco de Asis en el amor que manifestó en el monte Alvernia; á Gualberto en las austeridades con que llenó de admiracion á los hombres en las cumbres del Apenino: á san Romualdo en la humildad que lo santificó en la Camándula; al gran padre san Benito en la observancia de los preceptos monásticos; y á todos los santos en su fe pura, en su esperanza firme, y en su caridad ardiente, como se os demostrará en los discursos de este santo Novenario.

Yo me he propuesto manifestaros los primeros pasos de la vida del grande Antonio de Padua desde que vió la luz

en el mundo hasta que la vió en el claustro: desde que dirigido en su infancia por la mano del Señor se mostró digno de Dios en medio de la Babilonia del mundo, hasta que preservado como Moisés de las aguas del Nilo, figura del siglo carnal, fue llevado á la casa de Marfil, la religion seráfica. He querido poner á vuestra vista la conducta misericordiosa que observó Dios con san Antonio en los primeros años de su vida, y el modo con que este santo correspondió á los divinos beneficios, para haceros comprender, que de la heroica renuncia con que despreció las pompas y vanidades, las grandezas y placeres de ese mundo reprobado por Jesucristo provinieron á este santo los honrosos títulos, las gracias, dones y favores celestiales con que se os lo va á dar á conocer para vuestra edificacion y ejemplo. La huida del mundo: este es el primer pensamiento que Dios inspira á los que escoge para ser brillantes ornamentos de la Iglesia santa. Renuncia del mundo: es esencial al cristiano, y sin ella imposible es su salvacion. Divorcio con el mundo: este es el que pone á los hijos de Dios en la clase de sus adoradores. Pero, señores, es necesario entender bien la ley santa del Señor, y no confundirse. Aunque es cierto que Dios salvó al pueblo santo de la tiranía de Faraon, haciéndole marchar al desierto: que Jacob no pudo librarse de la indignacion de su hermano, sin refugiarse en Mesopotamia: que David para evitar el furor de Saul tuvo que huir al Carmelo, y que la separacion del mundo es el medio mas á propósito para la santificacion del hombre; sin embargo conviene que sepais, que en medio del mismo mundo hay, segun san Francisco de Sales, una soledad que consiste en vivir abstraídos de sus pompas y

vanidades, ocupados en la contemplación de las verdades eternas y en los ejercicios de la piedad, conforme al estado en que nos haya colocado la divina Providencia, y en alabar y bendecir á nuestro Dios cumpliendo con los preceptos de su ley. Esta es la soledad que Judit escogió en Betulia para hacerse digna de ser la libertadora de su pueblo; la que tuvieron las Mónicas, las Basillas y Ritas casadas; las Lucias, las Casildas y Eulalias doncellas; los Sebastianes, Mauricio y Emeterios militares; los Casimiro, Luises y Fernandos, reyes poderosos, y guerreros valientes; los pobres y mendigos Serbulos, Alejos, Roques y otros muchos que vivieron en medio del mundo llenos de virtudes y podian decir con san Pablo: *«No soy yo, sino que Jesucristo es el que vive en mí.»* A esto es á lo que os estimula el glorioso san Antonio de Padua con la fidelidad que observó en sus primeros años, en que siguió sumiso y respetuoso las inspiraciones del Dios que lo llevó por la mano en los caminos de sus justificaciones, y lo favoreció con el santo propósito de hacer en todo su santísima voluntad. *Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me.*

¡O! Si yo tuviera la dicha de que á imitación de este glorioso santo mirárais al mundo como se merece, y huyérais de sus atractivos engañosos para no perecer entre ellos! San Antonio de Padua vocea, clama y nos dice, que los halagos, dádivas y ofertas de los hijos de los hombres mundanos son muy semejantes á las que hizo Trifon á Jonatás, Joel á Sisara, Dalila á Sanson, y el perverso Cain al inocente Abel, y que debemos prevenirlas con la fe, con la esperanza y con la caridad que nos unen con Dios llenándonos de inteligencia, y son las armas que nuestro Reden-

tor pone en nuestras manos para que con ellas venzamos y triunfemos. Ciertó es, que tenemos necesidad de violentarnos y cargar con los trabajos de la cruz para ir con ellos á recibir el premio prometido á los que pelean con el valor de los santos. Pero ¿qué comparacion tienen los padecimientos de esta vida con la gloria que Dios prepara á los justos en la patria de los gozos eternos? Mucho sufrió san Antonio de Padua para salir ileso del lodazal de ese mundo corrompido entregado á su ignominia, y ardua fue la empresa á que se arrojó escogiendo las austeridades y penitencias asombrosas de los pobres evangélicos dirigidos por el patriarca seráfico: sus privaciones fueron grandes, sus padecimientos imponderables, sus trabajos muy superiores á nuestros alcances: pero ¿no pueden calificarse de deliciosos, de dulces pasatiempos y de los mas suaves deleites, al considerar que ellos le produjeron la dicha incomparable de tener en sus brazos al graciosísimo Jesus? Antonio despreció el mundo; huyó de sus lazos; emprendió una vida penitencial; fue virtuoso y siempre vivió crucificado como san Pablo: pero tiene en sus brazos á Jesus, y esta felicidad vale mas que cuanto pueden merecer los hombres. Aquí teneis vuestra suerte. Venced al primer enemigo de vuestras almas como lo venció san Antonio de Padua dirigido por Dios: amad el retiro y soledad interior en que se forman los hijos de la gracia, y no dudeis de que nuestro Redentor se complacerá en derramar sus dones sobre vosotros para que siguiendo á este gran santo en sus primeros pasos, os hagais dignos de imitarlo en todas sus virtudes, y de acompañarlo eternamente en la gloria. Amen.

A. M.

DIA II.

San Antonio se santifica en el claustro teniendo una vida escondida con Cristo en Dios.

*Mortui estis, et vita vestra abscondita :
est cum Christo in Deo.*

Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

AD COLOS. C. 3, v. 3.

Siglo presuntuoso, que en tus delirios dices que eres el dé la ilustración: ¿qué es lo que has visto en los claustros, para mostrarte tan enemigo de sus inofensivos moradores? ¿Por qué te asusta la vida penitente de los profesores de los consejos evangélicos? ¿A qué vienen esos dénuestos, esos sarcasmos, y esa insolente procacidad con que quierés hacer odiosa la vida monástica, haciendo pasar á los que la profesan por unos monstruos horrendos, indignos de alternar en la sociedad con tus sabios, grandes y poderosos? Te irritas cuando te hablan de retiro y de mortificación: tienes por injusta la guerra que hacen la virtud al vicio, la gracia al pecado, y la verdad á la mentira: los deleites sensuales son tu ídolo, y las pasiones des-

enfrenadas el altar de tus inciensos : fuera de tus brutales goces , todos para tus secuaces ridiculo , despreciable ; amargura , dolor , pena , angustia , tristeza y pavor : pero ¡ ah ! y si gustaran los mundanos la dulzura y suavidad del Señor que tiene su habitacion en el silencio segun san Agustin ! Si el héroe de nuestra devocion en este dia pudiera dirigirnos una palabra sensible , él os haria comprender que los avaros , los deshonestos , los crupulosos , y los Cresos opulentos que quieren pasar como semidioses en la tierra , son los mas miserables y desgraciados que puede haber en la sociedad ; y que los muertos al mundo por vivir escondidos con Jesucristo en Dios , son los venturosos hijos de la gracia en quienes se complace el Eterno y se alegra la corte celestial. Si el grande Antonio de Padua ocupara hoy este púlpito , y tuviera que hablaros de la soledad magestuosa del claustro , él nos diria que en ella se halla una serpiente de metal cuya vista sana toda cruel mordedura ; que allí hay un leño que endulza las amarguras de la vida ; que en los claustros cae un maná del cielo que sabe á todo ; que en ellos se encuentran las piedras que tocadas con la vara se convierten en fuentes de agua viva ; la sombra de setenta palmas que templan los ardores de las pasiones ; una columna de nube que dirige y alumbra en los caminos dificiles y oscuros ; un manantial de gracias el mas á propósito para producir Gerónimos , Gregorios , Agustinos , Bernardos , Nolascos , Juanes de la Cruz y otros innumerables astros de primer orden que han admirado con su Santidad á las naciones y á los pueblos que estan al otro lado de los mares. Nos diria , pero ¿ no nos está diciendo que él se santificó en el claustro , y que en el claus-

tro retirado del mundo estuvo como muerto teniendo su vida escondida con Jesucristo en Dios, como lo quiere san Pablo? Ese grosero sayal de su hábito ¿no es una prueba demostrativa de que san Antonio debe toda su grandeza al estado religioso que abrazó guiado por Dios? Ese sayal, objeto de las sátiras de los sensuales; ese sayal que se mira como vestido de hombres vulgares, oscuros, fanáticos y groseros; ese sayal.... el grande Santo que nos reúne hoy en este santo templo, lo vistió con tanta alegría de su corazón, que le parecía que ni Salomón en medio de su magnificencia vió saya de tanta gloria. El le obligaba á contemplar dentro de sí mismo su miseria, el barro de que fue formado, su fragilidad, y la providencia amorosa que lo conducía por los caminos de sus justificaciones. El le recordaba la vida penitencial del santo abad Antonio, cuyo nombre tomó al vestir el hábito regular, para imitarlo protegido por su intercesión. El era para nuestro héroe un documento en que se hallaban escritas con caracteres eternos estas palabras del Apóstol: *Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Ved aquí la especie en que trato de fijarme para presentaros á san Antonio de Padua santificándose en el retiro y soledad de un desierto penitencial á que lo condujo la mano de Dios para formarlo segun su ley santa y hacerlo grande entre los grandes del cielo y de la tierra.

Virgen sacratísima: mi doctor melífero y padre san Bernardo dice, que todos los dones, gracias y beneficios que descienden de Dios á los hombres, nos vienen por vuestra mano. Nosotros así lo creemos y confesamos, aña-

diendo que vos sois nuestra salud, nuestra dulzura, nuestro refugio y nuestra esperanza. En este concepto os pedimos y suplicamos que nos alcanceis del Dador de todo don perfecto la gracia que acostumbrais conceder á los que os dicen con el Angel

Ave María.

*Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum
Cristo in Deo.*

Si la gracia que descende á nosotros por Jesucristo, se nos aplica, segun san Pablo, por medio de la muerte y de la sepultura del Salvador, no es de extrañar que nuestra fe nos muestre en la vida de la soledad cierto misterio de muerte que nos separa del mundo. En ella deja verse una luz que ilustra y perfecciona el alma, impeliendo á los justos á separarse de la bulliciosa algazara de los mundanos, y á vivir como hombres muertos y sepultados con Cristo en Dios, como lo dice el mismo Apóstol á los Colosenses. Conforme á este genio de la gracia vemos en los libros santos que todos los grandes hombres fueron santificados, engrandecidos y elevados sobre los demás en el retiro de la soledad. Moisés, huyendo del tumultuoso Egipto, se esconde en los desiertos de la Arabia; y allí lo llena Dios de

bendiciones. (1). Eliseo duplica el espíritu del grande Elías en un lugar remoto y despoblado. (2). El precursor del Señor en el desierto se dió á conocer por el mayor entre los nacidos de muger. Nuestro mismo Redentor no quiso emprender su vida pública, ni hacer sensibles sus divinas perfecciones sin santificar el estado monástico, retirándose al desierto en que ayunó cuarenta dias y cuarenta noches (3). ¿Necesitó acaso nuestro Divino Maestro de los horrores de la penitencia para purificarse y hacerse digno de que los ángeles del cielo acudiesen á servirlo, como en premio de la victoria que consiguió contra el tentador? Jesucristo en el pesebre, en su vida oscura, pobre y miserable, en las fatigas de su ministerio, en los acervísimos dolores de su pasión y muerte, y en todo lo que obró á la vista de Dios y de los hombres en la tierra, ¿se propuso santificarse, ó enseñarnos los caminos de la justificación? Aquel á quien la Iglesia dice: TU SOLO ERES EL SANTO, TU SOLO EL SEÑOR, y TU SOLO EL ALTÍSIMO no pudo acrecentar su santidad en que no cabe el menor defecto. El PURÍSIMO no necesita purificarse, ni el Señor esencial del universo dar un paso para serlo. Pero Dios nos dió á su divino Hijo, para que nos sirviera de ejemplo y de instrucción, según san Pablo. Se nos dió para enseñarnos por medio de sus doctrinas y de sus obras; y de aquí el dejarse ver entre los hombres, creciendo en edad y en virtud; humillado, abatido, hecho el

(1) Exod., c. 2.

(2) Reg., c. 19.

(3) Math., c. 4.

rigor de las desdichas, y tan sumiso á la voluntad divina, que por cumplirla sufrió muerte de cruz poniendo en ella la cátedra desde donde enseña á los hombres aquella sublime filosofía que hace virtuosos, justos y sabios á cuantos la aprenden, como el humilde y penitente san Antonio de Padua.

Este escogido en los decretos eternos para adorno de su Iglesia santa siendo en ella un astro de primer orden, se ve en los brazos de la Cruz que le destinó la divina Providencia, y en ellos adelanta tanto en los caminos de la perfeccion cristiana, que hasta los penitentes formados en los rigores de la austeridad y mortificacion se asombraban al ver en el nuevo Antonio una copia fiel del que en el Egipto fue el horror de la misma penitencia. Recordad si quereis la perspectiva que ofrecieron al mundo con sus penitencias los ángeles en carne humana que dejaron verse en la Tebaida y en la Nitria en los primeros tiempos de la Iglesia. Retroceded á los siglos en que los claustrales salvaron al mundo con sus virtudes evangélicas, disipando la ignorancia y los vicios mas groseros de las sociedades pervertidas. Observad, como hasta el mismo Dios y su religion tomaren asiento en las escabrosidades del desierto para iluminar desde ellas á los que vivian en las tinieblas y sombra de la muerte del pecado, y como allí se formaron las estrellas fijas que el Omnipotente puso en su Iglesia santa para que en ella luciesen por perpetuas eternidades, como lo predijo Daniel, y sirviesen de guia á los que caminan por el mar borrascoso del siglo hácia el puerto de su salvacion. Aprovechaos de la historia como de un faal luminoso que os haga ver los pasos de los justos conducidos por

la Cruz, y los de los hijos de la carne entregados á los impuros deseos de sus ignominiosas pasiones; y si hallais que los primeros se inmortalizaron adquiriendo un nombre grande entre los escogidos, y que los otros fueron confundidos en el caos sin dejar tras sí mas que la execracion que acompaña á la impiedad, inferid de aquí que no hay grandeza como la de la humildad, poder como el del abatimiento de los que aman los oprobios de la Cruz, dignidad como la de los virtuosos, escelencia como la de los santos, ni riquezas como las de los pobres evangélicos que dirigidos por la gracia pusieron los bienes de la tierra, sus cuerpos y su misma voluntad á los pies de Jesus decididos á que de ellos pudiera decir la Iglesia santa: Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Transportémonos sino al convento del desierto de Monte-Paulo para ver y contemplar en aquella espantosa soledad al héroe por quien se mueven mis labios en este dia, al santo que habeis escogido por vuestro abogado y protector en esta vida. Allí vereis á un hombre seco, escuálido y agoviado con el peso de una penitencia semejante á la del Bautista; un mártir de la mortificacion parecido á los Benitos, Bernardos, Brunos y Romualdos, un esqueleto que se parece á un muerto entre los vivos: este es ese divino Antonio que tenemos á la vista. No lo veríamos como lo vemos lleno de honor y de gloria, si no se hubiera santificado en el claustro; si su alimento hubiera sido otro que el del pan cubierto de ceniza, y de yerbas amargas y desabridas; si el cilicio no hubiera sido su vestido, y la mortificacion su continua y perseverante ocupacion; si su pensamiento principi-

pe no hubiera sido el de vivir muriendo crucificado con Jesucristo. ¡ Ah! Yo me figuro á san Antonio en los primeros dias de su vida monástica, postrado en tierra á la vista de una imágen de la Reina de los mártires, y decir-la con todo el fervor de verdadero hijo suyo: Oh hermosa entre todas las mugeres: ¿ cuál es el amado de tu alma para buscarlo contigo? *Oh pulcherrima mulierum: ¿ qualis est dilectus tuus, et quæremus cum tecum?* Hazme participante de tu gracia y de tu amor para buscar á Jesucristo. Dime quién es el amado de tu alma santísima: quítame el velo de la ignorancia, que me impide verlo: hazme sensible su voz y su doctrina para que yo sepa buscarlo contigo por los caminos de la mortificacion y penitencia, de la oracion y del retiro, de la compuncion y de un firme propósito de amarlo, y de seguirlo sin faltar un ápice á su ley santa. Dime, Madre mia, quién es tu amado, para ir tras él por la humildad y abatimiento, por la pobreza y abnegacion de mí mismo, por la sólida y verdadera virtud de los santos. Yo lo buscaré contigo, no ya en medio de las delicias y placeres, en las diversiones y pasatiempos de los mundanos, sino en las sendas de la tribulacion, en la calle de la Amargura, en el monte de la mirra, en la Cruz en que está tu amado y mi Redentor. Yo creo que san Antonio, inspirado por la Madre de la divina gracia, diria resuelto y decidido: que Jesucristo crucificado sería siempre el hacecito de mirra que habria de tener estrechado en su pecho: que jamás apartaria de su alma la memoria de sus tribulaciones y ásperos tormentos: que en él aprenderia la ley verdadera, el camino recto, la ciencia cierta de su salvacion: que su empeño no sería otro que el de amar

solo á Jesus, el de despreciarlo todo por Jesus, el de negarse á toda doctrina que no emanase de la Cruz, el de vivir crucificado y muerto sin tener otra vida que la que el hombre penitente y escondido en Cristo ofrece á su Dios en el fervor de su virtud : y estoy en que despues de estos santos propósitos se entregó á las austeridades de una vida tan penitente y mortificada como la que prescribe el serafin de Asís á sus hijos pobres, obedientes y castos, segun lo mas perfecto del Evangelio. Antonio, deseando vivir en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo, preferia perder todos los bienes y comodidades de esta vida, sufrir todas las privaciones y padecer los mayores tormentos, y en nada mas pensaba que en la miseria de un Dios pobre humillado en Belen, perseguido por Herodes, contradicho por el pueblo, mil veces despreciado y desatendido hasta de sus mismos amigos, prendido por gentes tumultuosas y malvadas, juzgado por sus enemigos, atormentado con una ferocidad repugnante, crucificado y puesto á la vista y afrenta de todo el mundo en el árbol ignominioso; y de aquí sus contemplaciones sublimes; sus raptos prodigiosos, sus oraciones continuadas en el coro, en su celdilla, en la cocina; en todo lugar y á todas horas. Ni solo se contentaba con esto el contemplativo Antonio, pues que cumpliendo con los oficios de María en la oracion atendia sin dejarla á los ejercicios y solicitudes de Marta. Si tocan al coro, allá va el primero Antonio para salir el último: si lo llaman á la cocina, allá acude para lidiar con las ollas, con los tizones y con los cacharros: si la enfermería reclama su asistencia, allá corre Antonio á ser como el santo Job los pies del tullido y las manos para el manco: si hay

que barrer las oficinas, allá va con el saco y la escoba: si hay que dar de comer á los pobres, Antonio vuela en su socorro con la virtud del que lleno de misericordia dió de comer á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces. En todas partes en que deben ejercitarse las virtudes cristianas se halla san Antonio de Padua, como si tuviera una alma distinta para cada una de ellas. Nada de mundo en este admirable santo, nada de amor propio, nada de ambicion, de interés material ni de esas pasiones que oprimen y esclavizan al hombre hasta el punto de hacerlo semejante al bruto que no tiene inteligencia. La maceracion de la carne, los ayunos y penitencias aterrantes, la oracion jamás interrumpida, la observancia de la ley, el ejercicio de todas las virtudes, y el esmero en violentarse para ganar el reino de los cielos tenian tan ocupado á este gran santo, que mas parecia un ángel en carne humana, que un hombre sujeto á la ley del pecado que habita en nuestros miembros, segun san Pablo.

Pero, señores, seamos francos por un momento y rindámonos á la fuerza de la verdad. ¿No es cierto que nos admira la conducta penitencial de un fraile como San Antonio, pero que no nos mueve ni decide á seguir los pasos de su virtud y santidad? ¿No se nos figura que es impracticable su imitacion, que es escesivamente ascética su vida, y llena de llanto y de tristeza la carrera de austeridades y penitencias de este varon justo en la mansion de su retiro claustral? Estos son unos caminos difíciles y repugnantes, llenos de tedio y de amargura, en que solo pueden andar los perfectos; no pueden entrar en ellos los hombres que viven en la sociedad sin condenarse al dolor

perpetuo y á la tribulacion mas amarga , á un estado triste , contrario al que establece el apóstol cuando dice que nos alegremos en el Señor. Esto es lo que todos decimos en nuestra fragilidad , en nuestra tibieza , en nuestra prevaricacion , en nuestros errores y en nuestras miserias. Pero hombres mundanos , nos dice san Antonio ; hombres prevaricadores : *Reddite ad cor*. Entrad en vuestro corazon y respondedme. Si en este mundo hay alguna paz , algun gozo , algun consuelo y alguna alegría completa , ¿no las experimentan los que buscan á Dios por la senda recta de las virtudes que nos enseña con sus doctrinas y ejemplos? *Lætetur cor quærentium Dominum*, dice el real Profeta. Llénense de gozo y de complacencia todos los que buscan al Señor por el cumplimiento de su ley santa. No se exigen cosas imposibles ni estraordinarias. Sin salir de vuestro estado podeis adorar las leyes eternas y amarlas sobre el oro y el topacio , percibir su dulzura sobre la miel y el panal , y buscar á Dios como el profeta. Tomad en la mano el Calendario , y en él vereis una prodigiosa multitud de santos de toda condicion , de todo sexo , de todo estado , de toda nacion y de toda lengua , que buscaron á Dios por los caminos de la austeridad cristiana y lo hallaron siempre dulce y deleitable. Venid á Dios , y vereis qué suave , qué delicioso y qué agradable es en su ley santa : vereis que las penitencias , las privaciones , los trabajos y mortificaciones de los justos abundan en consuelos derivados de aquella felicidad eterna que prepara nuestro Dios á los que lo buscan en donde se halla ; en el retiro del mundo , en la abnegacion de sí mismo , en los ejercicios penitenciales y en la práctica de las virtu-

des propias del estado en que nos ha colocado la divina Providencia. *Reddite ad cor.* Entrad, hijos de la carne, dentro de vosotros mismos, y sin ir contra vuestra conciencia decidme: el mismo placer de los mundanos ¿no es trabajoso y atormentante? El sabio lleno de experiencia dice que los goces de este mundo tienen un peso que nos arrastra, una ley que nos tiraniza, un lazo que nos ata, un hechizo que nos engaña, y una especie de encantamiento falídico que de racionales nos trasforma en monstruos horrendos. Los mismos pecadores tienen á la fuerza que confesar y decir: *Ambulavimus vias difficiles, laxati sumus in via iniquitatis.* Hemos andado por caminos escabrosos y difíciles, y nos hemos corrompido en la senda torcida de la iniquidad. Sí, señores: ni el dogal de Aquitofel, ni el martillo de Sisara, ni la mano que escribió la condenacion de Baltasar, ni la hoguera de Zambri, ni los gusanos de Antíoco, ni la podredumbre de Herodes son capaces de igualar al gusano roedor de un hombre entregado á los placeres y deleites del mundo. Con razon decia San Cipriano que son mas dulces las lágrimas de los penitentes que las alegrías de los teatros, y que el mundo no puede dar consuelo, pero la penitencia sí. *Reddite ad cor.* Leed en el libro de vuestro corazon, y decid si nó se ven en él las pasiones en perpetua riña unas con otras, dispuestas á despedazarse. Si el pecador trata de contentar al amor profano, el honor se da por ofendido; si satisface la venganza, grita el interés; si la disipacion levanta la cabeza, se pierde la estimacion hasta de los viciosos; si con injusticias se aglomeran riquezas, se aumentan los cuidados y compromisos, se forma un infierno de confu-

sion, de penuria, de inquietudes, de zozobras y angustias capaces de alejar al hombre reflexivo y cuerdo de un mundo lleno de bienes aparentes y de males verdaderos. *Reddite ad cor.* Haced comparaciones, y conservando un tanto de razon, decid si el mundo tiene derecho á calificar á los claustrales con las notas de estúpidos, fanáticos, ilusos, enemigos de la ilustracion y estorbos en la sociedad, ó si la religion está en su lugar al asegurar que los avaros, los deshonestos, los crupulosos y los Cresos opulentos que quieren pasar por semi-dioses en la tierra; son los mas miserables que puede haber en la sociedad, al paso que los muertos al mundo por vivir escondidos con Cristo en Dios, son los venturosos hijos de la gracia en quienes se complace el Eterno y se alegra la corte celestial, como se ve en el prodigioso y admirable San Antonio de Padua hecho el espectáculo de Dios, de los ángeles y de los hombres en la soledad penitencial de un cláustro en que encontró los medios de purificarse, llegando por el ejercicio de las virtudes á un grado de perfeccion tan elevado, que el mismo patriarca San Francisco, enamorado de su virtud, conoció que no cabia en el desierto, que Monte-Paulo era corto ámbito para un espíritu tan grande, que Dios queria ponerlo en el candelero para que luciese en la casa del Señor, y hacerlo grande entre los grandes de su reino. Antonio, segun los decretos eternos, debió ascender en honor y gloria á proporcion de lo que descendió por su profunda humildad, y ya estamos en el caso de manifestar que el Dios de Antonio, satisfecho de su siervo, lo revistió con los resplandores de una gloria inmortal; de decir á los hombres que

las fuerzas y el poder de las tinieblas no son capaces de oscurecer la brillantez de este precioso diamante pulimentado en el cláustro, y de publicar en medio de las naciones que el Dios de los humildes engrandeció á su Santo á la vista del mundo todo: *Scitote quia mirificavit Dominus sanctuum suum*. Pero esto no es para este dia, ni esto es lo que yo me he propuesto en este discurso. He querido manifestaros que san Antonio, retirado del mundo y constituido en el cláustro, se santificó en los ejercicios de una penitencia dirigida por Dios, de una oracion constante y de la perpétua perseverancia de buscar y unirse con ese Niño precioso que tiene en sus brazos y lo llena de delicias y de gloria. He intentado indicar los caminos que condujeron á este Santo á la dicha y felicidad en que hoy se halla, para que entreis en ellos y consigais lo que él consiguió. He hecho, en fin, un esfuerzo para que conozcáis que no hay cosa mas necesaria, útil y conveniente en esta vida que la de decir con San Antonio de Padua: *Mihi adhærere Deo bonum est*. No hay para mí bienes comparables con los que encuentro unido con mi Dios. Decidlo así vosotros con firme resolucion de santificaros en los ejercicios de una penitencia cristiana proporcionada á nuestro estado; y confiad en la proteccion de este Santo prodigioso. Dejad al mundo como al mas cruel enemigo de vuestras almas; buscad á Jesús por los caminos de la virtud, y sobre las delicias de una buena conciencia tendreis la de ser contados entre los que señaló el Apóstol cuando dijo: — «Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*»

Todos, glorioso Santo, abogado y protector nuestro, todos tenemos un placer estremado en contemplar la dicha y felicidad de vuestra bendita alma, inundada con la gloria de ese Niño precioso que descansa en vuestros brazos. Nos felicitamos por vuestra ventura, y nuestros corazones arden en deseos de participar de vuestra gloria. Sabemos que los caminos que conducen á ella son los que emprendiste, favorecido por el cielo, en la mansion de los penitentes, y que, sin dejar las pompas y vanidades del mundo, nadie puede unirse con Jesus. Pero gemimos bajo el peso de nuestra fragilidad; nos oprimen y esclavizan las pasiones; nos arrastran los placeres mundanos; obramos lo malo, aunque quisiéramos ejecutar lo bueno, y somos un conjunto de contradicciones. Sacadnos de este lamentable estado: haced que se desprendan del Padre de las luces las que necesitamos para convertirnos y entrar en la senda saludable de la penitencia, y no abandoneis á los devotos que os piden la proteccion que necesitan para verse libres de las cadenas con que nos tienen presos los enemigos de nuestras almas. Asi lo esperamos de vuestra caridad encendida con el fuego de la divinidad, y asi os lo pedimos deseosos de cambiar el júbilo que tenemos al contemplarnos llenos de virtudes en esta vida, por el que Dios concede á los que con él reinan en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

DIA III.

San Antonio uniéndose con Dios, amando á Dios y comunicando con Dios, recibió las gracias y dones que derramó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

In gloriam meam creavi eum.

Lo he criado para gloria mia.

Isaías, c. 43, v. 7.

Jerusalén amada, embelesadora Sion, Iglesia santa, no llores tu esterilidad, ni te desconsueles por temor á un aislamiento oscuro y degradante; porque tu Esposo, fiel á su palabra, se ha compadecido de tus lágrimas, y va á llenarte de esplendor y gloria. En el siglo de tu amargura te ha dado á un san Antonio de Padua que á medida de tu desolacion aumentará tu gozo, y hará que reboses en delicias celestiales; él hará entender á los mortales que dentro de tus muros caben todas las gentes del universo; que los reyes y príncipes se ocuparán en levantar tus edificios y en adornar los retretes de tus palacios: que el reino que no se someta á tu imperio perecerá para siempre, según los

vaticinios de los Profetas. Antonio es un penitente que lleva en su cuerpo la mortificación de Jesucristo; un solitario muerto al mundo, que vive sobre la tierra la vida de los ángeles del cielo; un religioso ajustado á sus deberes en quien se ve una viva imagen del seráfico Patriarca; un penitente humilde en las prácticas de su penitencia; un solitario humilde en los ejercicios de su retiro; un religioso humilde en la observancia de su regla; un santo humilde en su santidad, y de aquí el que Dios lo haya elevado á la mas sublime grandeza para confusión de los grandes, fuertes y poderosos del mundo, segun la doctrina del Apóstol. Antonio comunicó tan íntimamente con Dios, que bien puede asegurarse que llegó á gustar en carne mortal los frutos del árbol del Paraíso con que se sustentan los escogidos en el cielo: que se llenó en la escuela divina de los mas altos conocimientos y de los mas excelentes dones para conducir las almas por los caminos del Señor, que á él deben referirse las palabras que Isaías pone en la boca del Señor diciendo: Yo lo he criado para gloria mia: *In gloriam meam creavi illum.*

No os alarmeis, hombres engañados y engañadores: no me interrumpais con esa prudencia seductora, enferma, ciega y reprobada por Dios, que encamina á los hombres á buscar las luces de la sabiduría y de la ciencia, fuera del seno de donde dimanar: no se os figure que un fraile sin nombre, escondido, olvidado como un vaso quebrado, arrojado por inútil, ó como un cuerpo muerto del que no se hace memoria, deja de ser á propósito para las miras y designios de la divina Providencia, porque espero que habeis de retractar vuestro juicio si escuchais con docilidad

la divina palabra que os va á anunciar el último de los ministros del Señor. San Antonio de Padua ignoró vuestra ignorancia disfrazada con las apariencias de la pomposa filosofía que os engrie y enaltece: ignoró esas ficciones y patrañas que al abrigo de un estilo hechicero y encantador deslumbran á los hombres frívolos; no se metió á idear sistemas como Ptolemeo y Copérnico, á combinar átomos como Gasendo, ni á dar movimiento á la materia como Cartesio; pero cabalmente por ignorar nuestro héroe esta literatura, mereció entrar en parte de la sabiduría del Eterno. La ocupacion de su memoria fue la de la justicia y santidad de aquel Dios que se complace en darse á conocer de los pequeños, porque quiere instruirlos y enseñarlos; porque quiere hacer entender á los sabios y prudentes del siglo, que los conocimientos que no nacen del Ser Supremo son la espresion del orgullo, de la vanidad y de la afliccion de espíritu, como lo dice el Sabio. San Antonio uniéndose con Dios, amando á Dios y comunicando con Dios, recibió las gracias, las luces y dones que el Espíritu Santo derramó sobre los apóstoles, y él es el justo de quien dice la misma Sabiduría eterna, «Yo lo he criado para gloria mia.» Así os lo voy á manifestar en este breve rato con el divino auxilio que jamás falta á los que dirigidos por la fe recurran á la Madre de la divina gracia diciéndola:

Virgen adorable: Por vuestra mano pasaron todas las gracias con que el Padre celestial adornó el alma de nuestro abogado san Antonio de Padua. Tuvisteis, Señora, un placer en llenar de luces celestiales al héroe de nuestra devocion para que con ellas iluminase al mundo, y obligase á los hombres á dar honor y gloria al Señor, y nosotros

confiamos en vuestra piedad deseosos de que apartareis de nuestras almas los obstáculos que pudieran impedir la gracia que jamás habeis negado á vuestros devotos. Nosotros lo somos, aunque tibios y pecadores ; os amamos de veras , y nuestros corazones se regocijan y deleitan siempre que decimos

Ave María.

In gloriam meam creavi illum.

San Antonio por medio de la continua, alta y profunda contemplacion de las bondades de Dios, y de los sangrientos misterios de la cruz, logró introducirse en el tabernáculo de la divinidad en donde se forman los grandes profetas y los mas insignes apóstoles. Allí á fuerza de amar pierde su alma para hallarla pura, como se dice en el Evangelio : allí se acalora , se derrite , se transforma en Dios, y Dios se le une y comunica de un modo incomprendible: allí experimenta unos como preludios de aquel rio de paz, que baña la ciudad santa del Señor : bebe en aquella fuente de delicias en que se embriagan los santos ; oye arcanos que no es dado proferir á ningun hombre mortal : vive la vida de Jesus, y no solo tiene en esto felicidad , sino tambien el mérito de no hablar mas que de Dios, de no buscar mas que á Dios ; de no respirar mas que el espíritu de Dios, como los conciudadanos y domésticos de Dios, de

que nos habla san Pablo (1). Encerrado en el seno de la divinidad solo está en la tierra para mirarla con los ojos del Apóstol, como *estiercol y barro corrompido* : su mismo corazón le anuncia que está lleno de Dios : se abrasa en amor divino ; no sabe en donde está ; siente un fuego que lo instruye , que lo purifica é ilumina : toda su conversacion es en los cielos donde aprende verdades , que no es permitido al hombre hablar. Dios lo sacó de los tesoros de su omnipotencia misericordiosa para consuelo , gozo y esplendor de su Iglesia santa y gloria suya , y al efecto , él mismo le infunde una sabiduría recta en sus ideas , justa en sus medidas ; y feliz en el cumplimiento de sus designios : una sabiduría que era un fuego divino que consumía la vanagloria y los deleites terrenos ; una agua viva que resaltaba hasta la vida eterna ; una luz que lo iluminaba , instruía y arrastraba hácia el origen de donde procedía. La oracion , el altar y Dios , en quien reposaba , fueron sus maestros : la disciplina , el silicio y la maceracion de la carne , sus libros ; la cocina , la enfermería , la huerta y los lugares de labor , sus aulas : el amor de Dios y de sus prójimos , la práctica de las virtudes , y un afán activo y eficaz por la gloria de su Redentor eran sus ejercicios literarios , y su estudio el de la cruz , manantial fecundo de luces celestiales y de conocimientos divinos. No hay pues que extrañar que nuestro santo doctrinado en la escuela de Jesus fuese tan instruido en la ciencia de los santos . ¿ No habrian de cumplirse en él las palabras con que asegura

(1) Ad Efes , c. 2.

David que es sabio, feliz y dichoso aquel de quien el Señor es maestro? *Beatus quen tu erudieris Domine*. Todo pasará como una sombra en este mundo: el espíritu del hombre es como un relámpago que no dura tan siquiera un instante, pero la palabra de Dios es eterna como él mismo, y no hay que dudarlo, brillará siempre hasta mas allá de los siglos como la memoria de su justicia y de su santidad que ocupó el grande Antonio de Padua.

Deponga la experiencia en favor de mi aserto, y digan los hombres todos, sino es cierto que se ha perdido en el caos la fama efímera de los Hortensios, Tulios, Edipos y Platones, permaneciendo esplendorosa, viva y brillante como la estrella de la mañana, la de nuestro san Antonio de Padua. ¿Quién tiene ya conocimiento de aquellos metéoros de la ciencia humana? Nadie: ni aun los que los nombran con una ostentacion que descubre su insensatez, su orgullo, su vanidad y su pobreza; al paso que el ángel de Padua es reconocido como grande y esclarecido en ciencia y en virtud, por los sabios y por los ignorantes, por los grandes y los pequeños, por el pueblo civilizado y por el idiota, por los que habitan suntuosos palacios, y por los que moran en las cabañas de los pobres. San Antonio de Padua vive y vivirá eternamente en la memoria de cuantos pertenezcan á la religion que lleva en su mano la palma de la victoria, y la señal de su triunfo eterno. Ahí teneis su grande imagen. ¿Reconoceis poder capaz de borrarla de vuestros corazones? Aunque representada bajo las formas de un fraile, proscritas y ridiculizadas con furor frenético por esos hombres que se cansan ya de su injusticia; ¿no arrebatara vuestra devocion diciéndoos, que el Dios de Be-

len y del Calvario solo puede alojarse entre los humildes, pobres, obedientes y puros, que viven de la fe, como san Antonio? Vuestra misma concurrencia á este santo templo: ¿estais en que es una prueba de vuestro fanatismo y de vuestra supersticion, como lo dicen los sabios y prudentes del siglo, enemigos de la verdad; ó creéis mas bien que es una demostracion de la verdad con que confesais que san Antonio recibió como los apóstoles las mayores gracias del cielo por haberse unido, amado y comunicado con nuestro Dios, en el ejercicio de todas las virtudes propias de su vocacion? Yo se lo que creis, lo que pensais y confesais en esta parte: tengo un placer en alegar vuestras creencias, vuestros pensamientos y vuestras confesiones en prueba de la sabiduría y santidad con que consideramos al grande Antonio de Pauda abrasado con el fuego del amor divino, y no me detengo en afirmar que este santo adquirió en los rigores de su penitencia, en la oracion y trato con Dios mas ciencia y sabiduría que los Sócrates y Aristóteles, que los Platones y Pitágoras de la gentilidad, y que todos esos comerciantes de literatura envanecidos con su misma ignorancia, sin reconocer que son objeto de lástima á los ojos de los sensatos. ¡O sabios del mundo, confundios! porque Dios se burla de vuestras ideas presuntuosas y del capital de vuestros vanos conocimientos, al paso que ratifica, consolida y aprueba con prodigios y señales portentosas la ciencia de los humildes adquirida en la escuela de la cruz, con el estudio y práctica de las virtudes que hacen al hombre amigo de Dios. Entended que la ciencia de los santos es una ciencia de sentimiento, mas bien que de reflexion, y que su Maestro es aquel que hace elocuente á

lengua de los pequeñitos como lo dice el Sabio (1). Humillaos como Antonio, amad á Dios como Antonio, y bebedeis como Antonio en la fuente de la sabiduría. Abatid el orgullo de esa soberbía poderosa de que sois tan celosos, y Dios os comunicará su presencia, sabiduría, luces, y aun su poder, como lo comunicó á este santo criado para gloria del Señor. *In gloriam meam creavi illum.*

El grande Antonio uniéndose con Dios, amando á Dios y comunicando con Dios recibió en su alma el espíritu del Señor: espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de temor y otras mil gracias que se deriban de aquel de quien desciende todo don perfecto segun un Apostol. (2) Con el espíritu de ciencia teme que su nombre sea escrito en el libro de los réprobos, y se arma con la penitencia que mata al vicio y sustenta la virtud segun Teruliano (3): aflige su alma con hiel y agenjos; mortifica su cuerpo con abstinencias y vigiliass; y como San Pablo, se ocupa en reducirlo á servidumbre. Con el espíritu de piedad se abraza con el amor de Dios y con el de sus prógimos, y jamás se separará de ellos. Con el de sabiduría vuela hácia el sol de justicia, se deleita en la union con su Dios, y el fervor de su oracion continua, se aumenta, crece como un rio caudaloso, y se pierde en el Océano de un amor divino que es su vida, su alma; su corazon y

(1) Sapient. c. 10, v. 24.

(2) Iacob. apost. c. 1. v. 47.

(3) S. Cris. serm. 48.

su todo. Con el de entendimiento, penetra los sentidos oscuros de las Santas Escrituras, se llena de la unción santa que destila la palabra de Dios y se eleva sobre sí mismo. Con el de consejo, que la prudencia cristiana, huye como José de las solitudes traidoras de las Putifares infieles, pone entredicho á las conversaciones inútiles y hace pacto con sus ojos como el santo Job, de no mirar incáutamente al rostro de muger alguna. Con el de fortaleza, se reduce á una pobreza mas estrecha que la que prescribe el instituto seráfico sin querer otro premio que su Dios, como el real Profeta. Con el de temor, que es como la fuente y el fundamento de todas las virtudes se desprecia asimismo, se confunde, se anonada y esclama en su profunda humillacion como el patriarca Abrahan: *Yo no soy sino polvo y ceniza.* (1) ¡Qué humildad en medio de tanta grandeza! San Antonio pensando en su nada, y contemplando la inmensidad y dignacion del Dios que no dudó entregarse á sus verdugos por salvar á los pecadores, se mofasen de su candor y lo tuviesen por inepto y por incapaz de hacer lo que los demás hacian y obraban. Si en un Capitulo de innumerales Prelados no hay uno solo que lo quiera por súbdito, llora, clama; suspira y ruega al provincial de Bolonia para que lo destine como un vaso quebrado de que no se hace caso, al convento de Monte-Paulo, y allí se perfecciona y adquiere aquella cualidad que el Nacianceno descubre en los claustrales cuando los llama *Mártires vivos*. La sabiduría de Antonio estaba oculta bajo los celages de la hu-

(1) Genes. c. 18. v. 27.

mildad mas profunda, era un fuego que no arrojaba centellas; era una luz colocada en un monte, pero sin resplandecer, sin iluminar ni ilustrar, porque la pantalla del desprecio de sí mismo y el miedo de fomentar el amor propio, la tenian oscurecida y como debajo del celemin, segun la expresion del Evangelio. Los sábios del siglo se irritan, se acaloran y hasta se ofenden si se les mira con indiferencia y no se les ofrecen las primeras sillas y dignidades; hablan con magisterio; se entonan para dar un dictámen, y se persuaden que ellos solos pueden desentrañar la verdad; que es suya la gracia de sus lábios, y dignas sus lenguas de los mayores elogios, se alaban asimismos como lo dice el Salmista: *Linguam nostram magnificabimus, labia nostra à nobis sunt* (1). Pero no: no era del número de estos sábios orgullosos el humilde san Antonio de Padua, siempre en guardia para no consentir que su alma se engriera con los dones de que le habia adornado el cielo. En la comunicacion con Dios adquirió luces tan elevadas y conocimientos tan profundos, que no dudó su maestro el abad de Vercelli aplicarle el elogio del Bautista diciendo, que *era una luz que ardia y resplandecia*. En la oración, en los ejercicios penitenciales, y en los éxtasis y celestiales arrobos de su espíritu lleno de Dios, encontró una sabiduría tan fecunda, que de sus frutos se sació la tierra seráfica. Con ella sembró despues y fecundó en su órden la preciosa semilla de las letras hasta formar un árbol magestuoso bajo

(1) Ps. 44, v. 7.

cuyas ramas descansaron los Buenaventuras, los Escotos, los Mairones, los Bernardinos, los Capistranos y otros innumerables sabios de la religion esclarecida del grande padre San Francisco. El mismo Santo Pontífice Gregorio IX llama á san Antonio de Padua *Arca del Testamento*, en quien se hubiera encontrado la Escritura Santa si se hubieran perdido los volúmenes que la conserban. La ley de Dios formaba sus delicias, y por eso meditaba en ella dia y noche como David. Convirtió el sagrado libro en su propia substancia, y llegó á hacerse el sábio de su siglo; pero su sabiduría radicada en la humildad y en el santo temor de Dios, era ignorada del mundo por la industria del celestial Antonio, empeñado en pasar por ignorante sábio, y por sábio indocto, como llama san Gregorio á mi gran Padre San Benito. San Antonio que no conocia otra vida que la de la cruz, no deseaba mas que los trabajos, abatimientos de aquel signo de nuestra redencion, se decia asimismo con el Apostol. ¿Qué hay en tí que no hayas recibido? Y si lo recibiste: por qué te glorias como si nada te se hubiera dado? (1) Ignoras, que al que mucho se le da, mucho se le pide: y que si Dios te ha enriquecido con sus dones, es para que con ellos negocies y ganes el reino de los cielos? ¿Se encuentra la salvacion en los liceos, en los pórticos ó en el Areópago de los sabios atenienses, mas bien que en las prácticas del Evangelio? Con estas reflexiones se apartaba san Antonio de las afecciones propias de la vanidad y

(1) I. Corint. c. 4. v. 7.

del amor propio, y se abismaba en la contemplacion de las divinas perfecciones de un modo tan singular, que incendiada su bendita alma con los ardores del amor divino era arrebatado de la tierra, confundido con los serafines y querubines, y elevado sobre las alas de los vientos hasta el mismo corazon de Dios. ¡Que apariciones tan frecuentes de ángeles y de ciudadanos de la corte celestial! Tu debias decirnoslo, soledad misteriosa del cláustro en que santificó nuestro héroe: tu, habitacion de la soledad y del sosiego, podrias decirnos las comunicaciones que tuvo en tu recinto el grande Antonio de Padua con los domésticos de la casa del Señor. Pero ya esto es poco. El mismo Jesus, el Hijo del Altísimo, el esplendor del Padre y figura de su substancia, el Redentor del mundo, viene mil veces á los brazos del divino Antonio y lo estrecha con ternura: en ellos se goza y se deleita: en ellos establece una comunicacion tan incomprensible como la grandeza de sus obras; se familiariza, recompensa á su siervo con una bienaventuranza anticipada, y queriendo valerse de las virtudes con que se habia enriquecido con su gracia en el silencio del desierto, dice lleno de bondad á su iglesia santa. Yo lo he criado para esplendor tuyo y gloria mia. *In gloriam meam creavi illum.*

¡Qué dicha para nuestro santo! Si la Sagrada Escritura tiene por felices á Noe, porque en una ocasion habló con Dios; á Jacob, porque lo vió en el extremo de una escala; á Abrahan, porque conversó y hospedó en su casa al Señor en forma de tres angeles, y á Moisés porque llamado desde los ardores de una zarza oyó la voz del que *Es*, ¿qué podremos nosotros decir en alabanza de un santo que ve,

trata; se familiariza; y une su corazón con el Dios de amor vestido de carne humana; no pasible y mortal como cuando lo tuvo en sus brazos el justo Simeon; sino ya impásible y rodeado de los resplándores de su gloria? Yo diré, que nuestro glorioso san Antonio se santificó con este trato; que se elevó sobre si mismo; que reconocido á los divinos favores, no pensaba mas que en hacer la voluntad del Padre celestial; que instruido por Dios, y conociendo que era destinado para que mirase por su gloria y la salud de sus hermanos, se dedicó á formar un cuadro brillante de virtudes para glorificar á Dios y ganarle adoradores. *In gloriam meam creavi illum*. Diré, que amando este admirable santo á su Señor, uniéndose con él, y ocupando su memoria en la justicia del Dios de los humildes, mereció tener por maestro á la Sabiduría eterna; y ser uno de los discípulos mas favorecidos del que da afluente á cuantos dóciles á su voz de virtud y de magnificencia, se dedican á cumplir con sus divinos preceptos. Añadiré, que las comunicaciones que tuvo san Antonio con su niño Dios, fueron mas íntimas que las que experimentaron Moisés en los desiertos de Arabia, Elias en el monte Oreb, y Pedro y Juan en el Tabor; y concluiré con asegurar, que con el amor, union y comunicacion con Dios vinieron juntamente todos los bienes, todos los dones, gracias, favores y beneficios que forman la grandeza del pobre, humilde y penitente Antonio, escogido por Dios para confundir á los soberbios, defender los intereses del santuario, llevar con el nombre del Señor la paz del Evangelio por todos los países y regiones del Universo, y demostrar á la faz del mundo con señales y portentos que Dios lo habia criado para re-

gocio de la Iglesia y gloria de su fundador y esposo divino. *In gloriam meam creavi eum.*

Ala: Cada mas me estiende por hoy. Creo haber probado que san Antonio uniéndose con su Dios, amando á su Dios y comunicando con Dios recibió las gracias, luces y dones propios de los apóstoles para ocuparse como ellos en la predicacion del Evangelio; en instruir, en edificar, en arrancar vicios, plantar virtudes, y hacer de la tierra una reunión de justos armonizados y acordes con los ciudadanos de la corte celestial ocupados en alabar, bendecir y glorificar al Cordero que hace la felicidad de cuantos lo miran. He descado manifestaros á san Antonio revestido con las luces del cielo y con la ciencia de los santos; hecho un verdadero sabio, pero ignorando la elevacion de su espíritu, como Moisés; lleno de conocimientos, pero cubiertos con el velo de su humildad empeñada en ocultar su grandeza; pobre y humilde, simple, penitente y devoto, pero erizado por Dios para mirar por su gloria y por la exaltacion de su santo nombre. Os he propuesto á este glorioso santo estático; arrobado; y en íntima union de amor con el Dios de su alma: pero antes de bajar de este púlpito quiero deciros como los ascéticos, que sus éxtasis no solo eran un reposo en que descansaba de sus fatigas penitenciales, sino que tambien eran una escuela en que se le enseñaba á obrar; una intimacion de las órdenes del Eterno con el amor á la acción y á los trabajos conducentes á su cumplimiento: que si en los primeros ardores é incendios de su caridad se le comunicó el amor al retiro y á la mortificación y penitencia; á la oracion é íntima union con su Dios; en las últimas comuniçiones con el niño Dios se le

manifestó, que estaba destinado como Jeremías á anunciar á los pueblos, y á los grandes y poderosos de la tierra los juicios del Señor; que si el fuego divino sirvió para purificar como el incensario de Aaron, necesario para el santuario, tambien serviria para formar la cuchilla de Josué, necesaria en las batallas del Dios de los ejércitos, que queria poner en sus manos; que se preparase en fin para seguir al ángel de Asis y pelear á sus órdenes como valeroso Adalid del Cristianismo. Esto dijo el Dios de los destinos al último de los hijos del orden seráfico; esto manifestó Dios á san Antonio. ¿Qué contestó este santo? ¿Cómo se condujo para demostrar que fue criado en el silencio de la soledad para la alegría de la Iglesia y la gloria del Señor? En otro sermón se os lo dirá. Por ahora procurad imitar á san Antonio uniéndoos con Dios, amando á Dios, y comunicando en la oración con Dios, y Dios os comunicará las gracias que necesitáis para ser siervos fieles en los destinos en que os ha colocado la divina Providencia.

Y vos, divino Antonio: miradnos desde el trono de vuestra gloria como á vuestros devotos, y no dejéis de interesarnos con el Dios de vuestro amor para que nos obligue con las dulzuras y suavidad de su gracia á unirnos con él, á amarlo, y á servirlo como se merece. Haced que se horroricen nuestras almas al percibir las engañosas y malignas mociones de los sabios y prudentes del siglo enemigo de la virtud, y estimuladnos á escuchar con rectitud de corazón las celestiales enseñanzas con que en vuestro nombre y con vuestros ejemplos, vuestros sucesores en la predicación desean conducirnos hasta el cielo. Interceded con

ese Niño omnipotente que se goza en vuestros brazos; y el nos concederá la gracia de conversión y penitencia para purificarnos, para unirnos con Dios y para hacernos dignos de vivir eternamente con Jesús, con María, con vos; y con toda la corte celestial. Amen.

A. M.

DIA IV.

Si el grande Antonio de Padua fue santo en el retiro del cláustro, santo también se manifestó en la enseñanza de la ley santa del Señor.

Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno celorum.

El que hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

MATH., c. 5, v. 19.

Hay un Dios que nos ha criado, que nos conserva, que sigue nuestros pasos y que jamás nos deja. ¿No lo véis en todas las cosas que nos rodean y en cuanto perciben nuestros sentidos? ¿No os lo anuncian el cielo, la tierra, los mares, las criaturas que hay en ellos, y toda la naturaleza con sus instintos é inclinaciones? Sí: existe un Dios Todo-poderoso, y á esta verdad todas las naciones rinden vasallaje. *Es más fácil hallar una ciudad sin suelo, que sin una religion destinada á honrar al Señor que nos ha dado el ser y sus consecuencias*, dijo el orador romano después de haberlo oído á los filósofos que le precedieron. Pero entro

tan variados y opuestos cultos como se ven en la tierra; entre tantos dioses como han fabricado las manos de los hombres, y al ver la luz confundida con las tinieblas, Belial con el Dios de Israel, el Arca santa con Dagon, la vara de Moisés con las de los magos del Egipto, y la cruz de Jesucristo con las de los ladrones, ¿cómo podremos distinguir lo verdadero de lo falso, lo terreno de lo celestial, las apariencias de las realidades, y las cosas del Dios santo de las deleznales del hombre lleno de mentira? Los judíos aun esperan al prometido en los libros santos, como si no hubiera venido, cumpliéndose en su persona todo lo que dijeron de ella los Profetas y los salmos. Los herejes, alimentados del error, asaltan con audacia la religion de Jesucristo; con infatigable obstinacion minan hasta los cimientos de la Iglesia santa para arrancarla de raiz de su asiento eterno y destruirla: la llenan de amargura; parece que puede decir á Jesus lo que á Moisés la que circuncidó á su propio hijo: — *Eres para mí un esposo de sangre* (1).

Pero ¡oh Dios inmortal! No sois vos el Dios de todos los dioses y el Señor de todo el universo? No habéis prometido estar sin interrupcion al lado de vuestra amada Esposa hasta la consumacion de los siglos? Pues manifestad ya vuestro poder y misericordia en favor de la obra más sublime de vuestras manos: no reduzcáis á polvo los impíos; pero ilustradlos con vuestra divina luz, y entiendan los hombres todos qué sois el Dios que hicisteis ver

(1) Exod., c. 4, v. 36.

vuestra magestad en los montes del Sinay y del Tabór: vuestra religion se halla desconocida y ultrajada; gime desconsolada, y necesita un Macabeo que se oponga á la pervariación; un Onias que haga observar los preceptos de vuestra ley; un Pablo que esparza lucos celestiales sobre los que habitan en las tinieblas y sombras de la muerte. No se hallará en los tesoros de vuestra omnipotencia? « ¡Si! amables oyentes: nuestro Dios es misericordioso, de grande poder y de infinita sabiduría; sabe herir y sanar, destruir y edificar, abatir y elevar, sacar de las puertas del infierno á los suyos, y arrojar saetas de muerte sobre los malos. Antes de hacer aparecer en el cielo de su religion el iris de la paz, quiere oír nuestros gemidos y nuestras súplicas. Moisés no fue enviado á Farán hasta que el pueblo oprimido no hizo llegar sus clamores al cielo: para enviar á Elías fue necesario esperar á que sacrificados los sacerdotes por la impia Jezabel; pidiesen los fieles el remedio á tanto mal: para la libertad de los israelitas cautivos en Babilonia, precedieron sus llantos, sus gemidos, sus oraciones y ruegos repetidos. Conforme á esta providencia, movido nuestro Dios por los suspiros de su Iglesia santa, la envió para su consuelo. En el siglo XIII un hombre milagroso en obras y en palabras, un San Antonio de Padua, un fraile mortificado, desprendido de la tierra, anonadado en sí mismo, enemigo del fausto y de la humanidad, amante de la desnudez y de la pobreza, y por lo mismo el mas á propósito para pelear como el religioso Matatias contra los enemigos de la Religion santa que hace las delicias de los fieles. Ya sabéis que San Antonio amando á su Dios en el retiro de un claustro, re-

cibió las mayores gracias y dones del cielo, que le crió Dios para gloria suya y que fue escogido en los decretos eternos para ser un Apóstol esclarecido. Ahora recibe órdenes del cielo para que se haga digno de ser llamado grande en el reino de los cielos obrando el bien y enseñándolo á todas las gentes. Antonio no se escusa como Moisés (1); no vacila como Jonás (2), no repara como Abdías (3); se muestra dócil y sumiso á la voz infalible del Eterno, y si fue santo en los asombrosos ejercicios penitenciales del claustro, santo tambien se manifestó en la enseñanza de la ley santa del Señor, como os lo voy á manifestar.

Virgen purísima: vos sois el asiento de la sabiduría; la Reina de los Apóstoles, de los mártires; de los confesores y de las vírgenes; y la maestra y doctora del grande Antonio de Padua. Ilustradme para poder hablar con dignidad de la vida pública de este Santo; y haced que todos salgamos de este santo templo instruidos y eficazmente determinados á huir del vicio para practicar constantemente la virtud. Os lo pedimos diciéndoos todos con el angel:

Ave María.

(1) Exod., c. 3.

(2) Jon., c. 1.

(3) III. Reg., c. 18.

Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.

Una antorcha, resplandeciente no está bien debajo del celemin; debe brillar sobre el candelero, como lo dice el Señor en su Evangelio santo. Antonio en el claustro atendía á su salvacion santificándose en la observancia de los consejos evangélicos, segun la regla que Dios inspiró al Seráfico de Asis. Es verdad que sus ejemplos de mortificación y penitencia, de oracion y demás virtudes con que enriqueció su alma en la soledad, no eran conocidos; pero, enemigos de los claustrales, no se os figure que por esto era útil á sí mismo este ejemplo de abnegacion evangélica; porque su voz de virtud se hacia oir de Dios para aplacar sus venganzas, conciliar sus misericordias y llenar de favores y de beneficios á la Iglesia y al Estado. La oracion de Moisés influía en las batallas de un modo eficaz y decisivo, como es de ver en los libros santos (1). Sin la nocion de las primeras letras, ¿puede pasar alguno al estudio de las ciencias que se enseñan en las universidades? Para ser maestros, ¿no es necesario haber sido discípulos? ¿Hay quien enseña sin haber aprondido antes lo que enseña? Ved aquí la necesidad en que puso Dios á San Antonio de instruirse en el retiro con el estudio de la cruz y con la religion que en algun dia habia

(1) Exod., cap. 17.

de enseñar á los pueblos y naciones del universo. Dios, en su misericordia, inspiró á San Antonio de Padua un firme propósito de hacer siempre la voluntad del Padre celestial: se le manifestó, y el Santo, apartándose de los oscuros santos con que recreaba su alma en la contemplación, según la frase de mi Padre San Bernardo, se ofreció á enseñar é instruir á los pequeños con la leche de su caridad en los caminos rectos de su salvación. Antonio calló y ocultó su mérito conforme á los instintos de su humildad; pero no tenía voluntad propia: la había sacrificado; y la obediencia era el móvil de sus acciones; Dios era su conducta, su guía, su maestro; su señor y dueño. Dios le concedió aquel espíritu vivificante sin el que las palabras de los hombres no son mas que un metal que suena, ó una campana que tañe, como lo dice san Pablo (1); y según él, se vió hecho un Daniel en medio de los ancianos y dignades de la tierra.

Contemplado en Forlì, á donde fue enviado para recibir los órdenes sagrados. Allí se le manda que suba al púlpito y predique lo que Dios le inspire: obedeciendo en la bondad divina, y predicó con tanta dignidad, con tanta elocuencia, con tal energía y con tal unción, que todos quedaron asombrados y convencidos de que había aparecido entre ellos un nuevo Elías cuya palabra ardía como una antorcha encendida (2) capaz de romper los cedros del Líbano; de hacer dar honor y gloria á Dios, y

(1) Corint., cap. 13, v. 1.

(2) Eccles., cap. 48, v. 1.

de restituir su hermosura á la religion santa. Todos se quejaron de que tantos talentos estuviesen sepultados en la soledad de Monte Paulo; el prelado dió cuenta de esto: sucedió al gran Padre San Francisco: este santo patriarca consultó con el cielo, y el cielo le ordenó que disponga lo conveniente para que Antonio estudie teología escolástica antes de aplicarse al ministerio de la predicacion á que lo destinaba la divina Providencia. Así se verificó: Antonio hizo en poco tiempo tantos progresos en la sagrada ciencia, que sus mismos maestros confesaron públicamente que no eran dignos de ser sus discípulos; que reconocian en Antonio unas gracias infusas y unos dones tan singulares, que creían estar destinado en los consejos eternos para cosas grandes y prodigiosas. San Francisco creyéndolo así, ordenó que Antonio enseñase públicamente las ciencias sagradas, y al efecto espidió una patente con la siguiente en estos términos:

*«A mi muy amado Fr. Antonio; Fr. Francisco: salud en
» Jesucristo;*

» Parece-me que espliques los libros de la sagrada teología á los frailes; pero de suerte, como sobre todo te lo encargo, que el ejemplo del estudio no apague en tí ni en ellos el espíritu de la oracion, como lo previene la regla que profesamos. El Señor sea contigo.»

¡Qué título este para el humilde Antonio, señores! Se os figura que llevó á su alma el orgullo y la vanidad, y la elevacion y la altivez que suelen producir los títulos universitarios en esos sabios ignorantes que no saben apartar

la vista de sí mismos; que creen deben ser tenidos como los oráculos de la ciencia, y que son dignos de las adoraciones de cuantos los rodean; sin poder sufrir, como Aman, la entereza y dignidad de un solo Mardoqueo? Antonio enseñando en las cátedras de Monte-Pelusano, de Padua, de Tolosa, de Montpellier y de Bolonia, tenia tan presente el encargo del seráfico patriarca, que puede decirse que al enseñar la ciencia enseñaba la virtud; que al resolver las dificultades echaba para ello mano de la oración; que al comunicar las luces y conocimientos naturales, infundía en los corazones de sus oyentes deseos fervorosos de valerse de ellos como de medios para llegar á Dios; que al explicar la grandeza del Criador, obligaba á las criaturas á humillarse; y á los fieles á rendir gracias al Redentor de sus almas. Si Antonio fue todo de su Dios en el silencio de la soledad, tambien lo fue enseñando la ley santa del Señor: su caridad se encendió, su fervor se aumentó, su corazon no cabia en su pecho, su sangre parecia que hervia y fermentaba al ver en sus discípulos á otros tantos hijos de la gracia encomendados á su cuidado para dirigirlos hácia la patria celestial. Creía que no era posible su salvacion sin procurar la de sus hermanos; sin encender en los demás el fuego del amor divino que ardía en su alma; sin ser un Esdras ó un Pablo en comunicar el espíritu del Señor á todos los que habian sido redimidos con la sangre del Cordero virgen. De aquí el cuidado de aumentar sus penitencias, de orar incesantemente, de estudiar con asiduidad las santas Escrituras, las decisiones de los Concilios, las doctrinas de los santos Padres, y de beber en las fuentes teológicas la sabiduría

celestial que hace el adorno de los doctores de la Iglesia; aquella sabiduría púdica, modesta y pacífica que abraza todo lo bueno; aquella sabiduría cándida, sincera, llena de misericordia y abundante de frutos y de buenas obras. No conoció San Antonio aquella filosofía mundana calificada en los libros santos de terrena, impura, tumultuosa, petulante, absurda, envidiosa, cruel y llena de doblez y engaño. Esta sabiduría, como del diablo, padre de la mentira, fue siempre impugnada y contradicha victoriosamente por este hijo de la Cruz, de quien se dice que durante su vida no hubo en toda la tierra quien le igualase en ingenio, en memoria y en elocuencia y en sabiduría adquirida é infusa. Con ella demostraba, que para conocer si una religion provenia de Dios, no había mas que ver si dictaba la inocencia y la pureza de vida, como la de Jesucristo, santa en su Autor, santa en su Maestro, santa en su moral, santa en sus máximas, santa en sus preceptos y santa en sus profesores. Su Autor y Maestro sujetó su vida á la crítica de sus mas crueles enemigos, y los desafió á que lo echasen en cara un solo pecado. Los infieles, segun San Agustin, reprendian los preceptos de la religion cristiana, porque eran demasiado santos. En cuanto á los profesores de nuestra santa y adorable religion, no hay mas que leer en san Lucas cuál era la vida de los primeros fieles cuando no tenian sino un solo corazón y una sola alma: ver en Tertuliano cuáles eran sus asambleas cuando comenzaron á multiplicarse en el mundo; considerar sus costumbres y oir á Eusebio cuando testifica que los mismos idólatras reconocian que no habia verdadera santidad sino entre los cristianos. Con la religion cristiana

el hombre se hace un ángel ; con sus sacramentos los pecadores pasan á ser santos , pacíficos y humildes los revoltosos y soberbios , sabios los ignorantes , virtuosos los viciosos , y llenos de mansedumbre los discolos y altaneros. Con la religion cristiana no viven los hombres ; es Jesu Cristo el que vive en ellos , como dice el Apóstol. Estas eran las enseñanzas de san Antonio de Padua ; con ellas y otras especies análogas demostraba que no hay Dios como nuestro Dios ; que la fe divina es fundamento de la caridad ; el consuelo de la pobreza , la escuela de la virtud y el tesoro que lleva la abundancia al seno de la misma esterilidad. Antonio , al enseñar la ciencia que se deriva de Dios , procuraba que se dirigiera al origen y manantial de donde habia salido ; enseñaba los medios para purificar el corazon ; los rudimentos para aproximar en la virtud , los admirables ejemplos de los padres del yerno , y todo lo que conduce al hombre hácia el honor y la gloria de los héroes que han merecido ponerse en nuestros altares después de haber sido declarados del número de los que por obrar y enseñar son llamados grandes en el reino de los cielos. *Qui fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno celorum.*

¿ Enseñan así los maestros del día ? ¿ Consultan tan siquiera con la ley los que se envanecen con el pomposo dictado de legisladores ? Yo no lo sé ; pero ¿ no es cierto que nuestra sociedad está plagada de charlatanes , que con cuatro historietas , un índice que se aprende en ocho días , un librito de saltriguera y un diccionario portátil , se atreven á dar leyes al cristianismo , decidir magistralmente en los puntos mas áridos de la moral , y llamar á su juicio

a Moisés y al mismo Jesucristo? ¡Qué audacia no se nota en esos nuevos Elifodors y Alcimos que quieren meterse á disponer del santuario, como si Dios no fuese capaz de sostener su palabra y sus derechos! No intento lastimar con estas indicaciones la reputacion de persona alguna; mis inyecciones, como las de Isaías y de nuestro divino Maestro, se dirigen contra la impiedad, contra el orgullo, contra el atrevimiento de la ignorancia y contra la soberbia que no se funda en el santo temor de Dios. Al lado de esta bestia de siete cabezas, que quiere derramar sobre la tierra la copa de las abominaciones, pongo yo en esta dia al grande y esclarecido san Antonio de Padua, para que los hombres vean las tinieblas y la luz; la mentira y la verdad, las apariencias engañosas y las realidades positivas, la verdadera religion que ilustra y salva, y las falsas que corrompen y condenan; para que escojan hoy entre el bien y el mal, entre las delicias de la virtud en que se forman los verdaderos sabios, y los horrores del vicio, creador de remordimientos infernales. El glorioso san Antonio de Padua dejó el mundo, sus pompas y vanidades, y fue á buscar á su Dios en el silencio de la soledad: en ella se santificó, se unió con su Redentor, comunicó con la Sabiduría Eterna, y esta lo llenó de gracia, de ciencia y de sabiduría para los altos fines de su Providencia. El patriarca Seráfico lo bendijo, y esta bendicion fue para san Antonio lo que la bendicion de Isaac para Jacob (1), lo que la de Jacob para Efraim (2), la

(1) Génes., c. 27.

(2) Idem., c. 48.

de Jesucristo para los párvulos de que habla San Mateo (1); fue un manantial fecundo de dichas, de felicidad y de gloria. Habló Dios por la boca del Seráfico Padre San Francisco, y Antonio fue puesto en el candelero con orden de iluminar desde él á toda la casa del Señor. Se le dió un libramiento para todos los hombres, y el Dios de Belén y del Calvario hizo que su misma pobreza le sirviera de crédito, de autoridad, de política y de precaución: se le dió la ciencia de los santos, y con ella un fondo de riqueza mas seguro que todos los tesoros de la opulencia mundana. Tal fue la recompensa que recibió nuestro Santo por haber buscado á Dios en los caminos de la humildad, de la mortificación y penitencia. Ella le obligó á dejar el retiro del desierto, á desprenderse de las delicias y consuelos que experimentan las almas justas en la contemplacion de las divinas perfecciones; y á lanzarse al público para dar á los necesitados los pechos de su instrucción y caridad. Esta virtud, dicen los ascéticos, es el jugo y la vida del hermoso árbol de nuestra religion; esta caridad que abrasa, que enciende, vivifica, ilustra y asegura el amor de Dios y del prójimo, es la que se apoderó del alma de nuestro héroe: ella le puso en el caso de los que por hacer lo bueno y enseñarlo, son llamados grandes en el reino de los cielos: *Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.*

La santidad del grande Antonio de Padua crece á proporcion de lo que avanza en la carrera de sus virtudes evangélicas; es semejante á un rio caudaloso que cuanto

(1) Math., cap. 19.

mas se acerca al mar; tanto mejor es el caudal de aguas con que va enriquecido. Yo, al contemplar á este Santo prodigioso, caigo sin percibirlo en un abismo, dominado por dos milagros sorprendentes; por el de la bondad de Dios, declarada en favor de san Antonio, y por el esmero de este santo en corresponder á los favores de su Dios, siendo siempre fiel á los impulsos de la gracia. Admirable se muestra Dios en sus santos; poderosa es la gracia con que los guia; incomprensibles los caminos en que los pone, y sobre nuestros alcances la sabiduría con que los ilumina é ilustra. De san Antonio de Padua en el retiro del claustro se apodera la gracia del retiro, de la mortificación, de la oracion, del silencio, de la quietud y del fervor propio de los serafines, que tienen su vida y su felicidad en el amor divino; y de san Antonio, puesto en el candelero para lucir delante de todos los de la gran casa del Padre celestial, se apodera una gracia de accion y de actividad, de fuego y de ardor como la que descendió á los Apóstoles en el dia de Pentecostés. San Antonio fue en el claustro un Macario, un Hilarion, un Arsenio, un Pablo, primer ermitaño, un Pacomio, y todo lo que fueron los solitarios de la Tebaida y de la Nitria: fuera de él es reconocido por un Otoniel, escogido por Dios para librar al pueblo santo oprimido por el rey de Mesopotamia; por un Barac, encargado de restituirle la paz que le robaba Sísara; por un Gedeon, que habria de libertar á los israelitas de las manos de Amalec y Madiani; por un Jephete, destinado á consolar á los afligidos por el rey Amon, y por un ángel, capaz de poner en manifiesto la hermosura y brillantez de nuestra religion divina. Diria la cien-

cia que no alcanza mas que los sentidos; que el san Antonio de la cátedra, del púlpito, del altar, de los hospitales, de las plazas, de las grandes poblaciones y delante de los reyes, de los grandes y poderosos del mundo, no era el Antonio de Monte-Paulo, el Antonio de la mortificación evangélica, el Antonio oscuro, despreciado y lastimoso que, muerto en la soledad, no queria vivir con su vida, sino con la de Jesucristo, como el Apóstol; pero el hombre carnal no entiende las cosas que son del espíritu de Dios, y es necesario abandonarlo á sus aberraciones para escuchar dóciles la voz vivificante de la religion santa en que se formó este Maestro de los Buenaventuras, de los Escotos, de los Alejandros de Alés, de los Ocanos, Mayrones y Lulios, astros luminosos que brillan en el firmamento de la Iglesia, y la defienden con las doctrinas que enseñó el grande y esclarecido San Antonio de Padua. La religion nos dice que San Antonio de Padua, enseñando á todos la verdadera sabiduría, era como la nube del Sinai que arrojaba relámpagos para iluminar al mundo, truenos para atemorizar á los pecadores, rayos para herir y abrasar á los obstinados, y lluvias para regar y fertilizar á los convertidos. El solo hizo entender á los pueblos que nuestra religion divina es la que nos hace gustar la paz que no puede darnos el mundo; que en ella se vé una correspondencia admirable que une la tierra con el cielo, las humillaciones con la gloria, los trabajos con la felicidad, y la criatura con el Criador. El nos ha dicho que nuestra santa y adorable religion es la piedra en que se hacen pedazos las puertas del infierno; el tabernáculo de los siete sellos; el altar del Cordero; la nueva Jerusa-

len adornada con todas sus galas; el jardín del Esposo; el reino de la santidad; en donde se halla el centro de las gracias y la divisa de los predestinados; la heredera de las promesas; la depositaria de los misterios; la luz de las naciones, el consuelo de los afligidos, el asilo de los vivos y difuntos, la comunión de los santos, la condenación de las religiones falsas en que es adorado el error é incensada la mentira; y el reclinatorio en donde descansa el Dios de la creación y el Redentor de los hombres. Todo esto, y mucho mas, salió de la boca de San Antonio de Padua para hacer un paraíso de virtud la tierra en que vivimos; para hacer brillar la fe, aparecer risueña la esperanza y dominar la caridad; para que los hombres todos amasen la ley y la disciplina, se aficionasen á la cruz, confiasen en ella, y se decidiesen á alabar, á bendecir y á glorificar al Dios que vive y reina por los siglos de los siglos. ¿No es esto ser santo enseñando, como lo fue contemplando y reduciendo su cuerpo á servidumbre en los ejercicios de mortificación y penitencia, en que comunicó con Dios en el claustro? Si el que hace la voluntad de Dios y enseña su ley será llamado grande en el reino de los cielos; ¿no podré yo asegurar que lo es nuestro admirable San Antonio? El obró como siervo fiel; se dejó gobernar por la gracia del Señor; fue todo de su Dios en la vida privada y en la pública; se asoció con los ángeles para bendecir y glorificar con ellos al Señor de los cielos; se unió con los hombres para formar con todos ellos el pueblo de adquisición de que habla el Príncipe de los apóstoles; les comunicó con el celo de Elías la sabiduría que hace sabios y virtuosos á los fieles, y se acreditó de grande entre los

que lo imitan y se conducen por sus santas enseñanzas. ¿Qué mas quereis que os diga? Concluiré por donde principié, diciéndoos que el Dios de san Antonio es el Dios que nos ha criado, que nos conserva, que sigue nuestros pasos y jamás nos deja: el que deja verse en cuanto perciben nuestros sentidos y entienden nuestras almas: el que mueve nuestra inteligencia y nos dice á todos como á Moisés: Yo soy el que soy: Ego sum qui sum. San Antonio nos manifiesta la divinidad de nuestra santa y adorable religion; nos señala la ruta que debemos seguir para ser sabios y virtuosos, y nos advierte los obstáculos y peligros que se oponen á nuestra salvacion para que los vencamos y evitemos con las armas de nuestra fe. San Antonio enseñó á las gentes de su tiempo, y ahora nos está enseñando á nosotros, todo lo bueno, para que nos salvemos y seamos eternamente felices. ¿No es una buena escuela esa prodigiosa imágen que tenemos á la vista? Jesus con san Antonio y este santo con Jesus, ¿no enseñan é instruyen á los que saben que Dios es la caridad, y que el que permanece en ella hace una misma cosa con Dios segun el Evangelista? Ahí teneis en los brazos del divino Antonio la Sabiduría eterna: acudid á aprender en ella lo que necesitais para obrar bien, y enseñarlo á los que os rodean segun vuestra posicion social, y de este modo merecereis la poderosa proteccion del héroe de vuestra devocion en estos dias; del grande y esclarecido san Antonio de Padua, que por haberse santificado en el claustro y enseñado la ley que cumplió, es y será eternamente llamado grande en el reino de los cielos.

A. M.

DIA V.

San Antonio, con su celo ardiente y fervoroso, demostró á los hombres que la religion cristiana es inespugnable, indestructible y eterna como el mismo Dios.

*Super muros tuos Jérusalém constituit
custodes, tota die et tota nocte in
perpetuum non tacebunt.
Sobre tus muros, Jerusalén, puso guar-
das: nunca jamás callarán, ni en
todo el día ni en toda la noche.*

ISAI., V. 62, CAP. 6.

Imágenes preciosas, y magníficas nos presenta el Espíritu Santo de la religion santa que profesamos los católicos españoles. Dice que es una paloma fiel cuyos gemidos escucha Jesucristo; el lirio de los valles, que recrea la vista con su candor; una viña que produce abundantes y exquisitos racimos; el arca de Noé, fuera de la que no hay seguridad de vida; una Esposa vestida de diferentes colores, calzada de jacintos, ceñida de viso y coronada de hermosura; un reino inmoble, inespugnable, incapaz de arrui-

narse, porque es eterno, y el mismo Dios ha dicho que jamás prevalecerán contra él las puertas del infierno. Nos dice también que es la casa de oro, la torre de marfil, la nave que nos conduce á puerto de salvación, la obra mas sublime de la Divina Providencia, que formada en el seno de las misericordias del Eterno, nos ennoblece, nos consagra, nos santifica, nos adorna y nos hace dignos de asociarnos con los ángeles del cielo para bendecir y glorificar al Cordero que nos lavó con su sangre. Es una Madre tierna y amorosa que conduce á sus hijos hácia la tierra prometida por el desierto de este mundo, en que si se encuentran con las aguas amargas, María las endulza y les presenta para su recreo las doce fuentes de Helin con setenta palmas (1); en que si tienen hambre, hace descender del cielo un maná mucho mas precioso que el de los hijos de Israel; en que les ofrece señales de su poder y magestad en las doce margaritas del vestido de Aaron (2), en las estrellas de la muger del Apocalipsis (3), en las puertas de la Ciudad santa (4), en los Apóstoles de Jesucristo y sus imitadores, que corriendo de polo á polo predicán, convierten y producen aquella innumerable multitud de justos que vió san Juan ante el trono de Dios. No son gratas en extremo estas especies, y consoladoras en alto grado estas imágenes llenas de delicias, de esperanzas

(1) Exod., c. 13, v. 27.

(2) Id., c. 28.

(3) Apocalips., c. 12.

(4) Id., c. 21.

y de gloria? ¿Hay quien no se tenga por feliz al verse contado entre los hijos de esta Maestra de la verdad y Esposa querida de nuestro Redentor?

Pues sin embargo, el infierno, que envidioso de la felicidad en que fueron criados nuestros primeros padres, logró vencerlos engañándolos, hace los mayores esfuerzos para conseguir otro tanto de los que redimió el Hijo del Altísimo. De sus abismos han salido terribles enemigos de la Religión santa que se atreven á acusarla de impía, de relajada, de falsa y de execrable: la impiedad, semejante á la prostituta de Babilonia, llena de nombres de blasfemia, se presenta con un vaso de veneno en la mano y convida á los pueblos á que beban abominaciones, é inmundicias, á que apuren la copa de la malicia, y se declaren contra Dios y su Cristo. La impiedad.... Pero, Señor, ¿han de prevalecer los impíos sobre los justos que se forman en vuestra Religión divina? El mundo, redimido en el Gólgota, ¿ha de ser una colonia del infernal dragón, ó un trofeo de vuestro poder lleno de misericordia? Si el averno vomitó Cerintos, Montanos, Macedonios, Arrios, Nestorios, Calvinos y Luterós, deístas é indiferentistas que nada creen y todo lo niegan é impugnan, ¿quó hay en los tesoros de vuestra omnipotencia discípulos amados, Pablos celosos, Atanasios, Agustinos, Cirilos, Pios, Domingos y Franciscos capaces de reducir á la nada á vuestros enemigos, y de hacer que vuestra Esposa santa aparezca como la rosa entre las espinas? ¿El siglo XIII, podrá ser el siglo exceptuado en el curso constante de vuestras misericordias? Vos, Señor, que persisteis guardas sobre Jerusalén con encargo de no callar en todo el día ni

en toda la noche; y de servir de atalayas fieles para evitar cualquiera sorpresa del enemigo; y os habiais de mostrar descuidado en atender á la defensa de vuestra amada Esposa; nuestra santa y adorable Religion, deshonrada por sus mismos hijos en los dias del grande Antonio de Padua?... Ah! Ya he nombrado al Ciro destinado por Dios para reedificar el templo que arruinó el Nabuco de la impiedad. El nombre de Antonio salió de mis labios; ya se acabaron los peligros de nuestra Religion; esta triunfará con su celo y actividad: él es un Siervo fiel del Señor, cuyo ministerio es el de ser medianero entre Dios y el pueblo; á este le avisará de sus obligaciones; y al Omnipotente le arrancará gracias importantes. Lo ha puesto Dios como un ángel tutelar sobre los muros de la Jerusalem santa de los hijos de Dios, y no callará de día ni de noche; vigilará como guarda fiel sobre el pueblo santo, y la Religion siempre será la que debe ser, inespugnable, indestructible y eterna como el mismo Dios, de quien es primogénita. Así os lo haré ver al hablar del infatigable celo con que este nuevo Apóstol predicó á Jesucristo en los dias de su mision al mundo, para dicha y consuelo de los fieles.

... Virgen gloriosísima: Al hablar del celo con que san Antonio atendió á la defensa y propagacion de la Religion cristiana y á la reforma de las costumbres, quisiera que todo el mundo ensalzara á vuestro santísimo Hijo, que todos los pueblos admirasen su gloria y cantaran sus alabanzas y las vuestras. Yo sé que este deseo es de vuestro agrado; que teneis un placer en que alabemos la dignacion de nuestro Dios, y las virtudes de sus santos; que

llenais de gracias á los que os las piden saludándoos. con el ángel :

Ave Maria.

*Super muros tuos Jerusalem constitui custodes,
tota die, et tota nocte in perpetuum non tacebunt.*

La Religion cristiana es tan antigua como el mundo; comenzó con el universo; el Paraíso fue el primer templo; nuestros primeros padres fueron los primeros cristianos, los primeros sacerdotes, los primeros predicadores de la ley santa, y los primeros penitentes. Si de edad en edad vamos siguiendo la Religion con la antorcha de la fe; la veremos en la sangre del justo Abel; en el Arca con Noé, en Ur de los caldeos con Abrahán; en el lago de los Leones con Daniel, en el horno de Babilonia con los tres niños que alababan á Dios en medio de las llamas, en medio de los ejércitos, con Dévora y los jueces del pueblo santo; entre los monarcas poderosos y grandes capitanes, con la amable Estér y la valiente Judit; la oiremos tronar por boca de Moisés en la misma corte de Faraon, y por la de Esdras en el templo. Salomon llenó de religion sus cánticos, sus parábolas y sus libros sapienciales; David, su padre; la habia hecho asunto de sus Salmos. Despues, san Pablo la hizo objeto de su carta y san Juan de su Apocalipsis. La niñez de esta Religion se formó bajo la ley de la naturaleza que grabó el Eterno en nuestros

corazones; su infancia se fomentó bajo la ley escrita dada por Dios á Moisés en el monte Sinaí; pero su perfección la debia alcanzar bajo la ley de Jesucristo, Dios de Dios, luz de luz, engendrado en la eternidad, en el esplendor de los santos, y hecho hombre en la plenitud de los tiempos. Este Pontífice, mas elevado que los cielos, fue entre los hombres de la ley natural y escrita, como lo es ahora de los cristianos, el fundamento de las promesas y de las esperanzas, el verdadero Sol de justicia, bajo cuyas influencias nacen, crecen y se perfeccionan todas las virtudes. Cuando Dios formaba al hombre, dice Tertuliano, ya tiraba en él las líneas del Cristo que habia de encarnar. Adán, dice san Agustin, advirtió que su culpa era feliz á la vista de tan glorioso Redentor. Abraham logró verlo, Isaac representarlo, Jacob anunciarlo, y todos esperarlo y pedirlo con súplicas fervorosas, con ansias y suspiros dignos de los que vivian bajo las influencias de la Religion que hace santos á sus hijos.

Apareció por último la gracia de Dios nuestro Salvador, dice el Apóstol (1): nació el Mesías, pero en la oscuridad de un pesebre, pequeño, desconocido, condenado á muerte, y muerte de cruz. No es este, dicen los judíos, el Dios que nosotros esperamos; y lo desprecian, lo aborrecen, y hasta toman en sus manos el martillo para crucificarlo. A este arranque de soberbia se sigue la infidelidad, á la infidelidad la obstinacion, y á esta el abandono de Dios: Los efectos de este terrible abandono son los

(1) Ad Tit. c. 2.

do no ver la salud en donde se halla; el tenerlo bueno por malo y lo malo por bueno, el hallar amargura en lo dulce y dulzura en lo amargo, como lo dice el Profeta; y el no ver los oráculos cumplidos, las esperanzas satisfechas; y la Religión tan lustrosa y brillante como salió de las manos de su Autor divino. El cetro de Judá en poder del idumeo Herodes; cumplidas las setenta semanas de Daniel; la Ciudad santa destruida, su templo profanado; y todo entregado á una desolacion eterna segun la palabra del Profeta que tantas veces habló á Nabuco; los judíos, que cargaron sobre sí y sus hijos la culpa de un déicidio horrendo, vagabundos por toda la tierra; odiosos á todas las naciones; sin rey, sin sacerdote, sin templo; sin profetas y sin ley.... Estos y otros infinitos sucesos latentes y palpitantes que todos tenemos á la vista, ¿no son testimonios infalibles que hacen evidentemente creibles las augustas verdades de nuestra Religión, propagada por todo el mundo, sostenida por un brazo omnipotente aun en medio de las persecuciones más crueles; autorizada por su doctrina y por la santidad de sus profesores, y puesta á la crítica y exámen del mundo, sin haber podido ser impugnada sino por el furor del infierno, enemigo de toda verdad? Pues sin embargo, los judíos aun esperan al prometido, se burlan de los que adoramos á un Dios crucificado; se fatigan en la observancia de una ley que si fue santa y buena cuando sirvió de sombra y de figura, es ya inútil, perjudicial y nociva, siéndolo na da. Dios los ha abandonado en pena de la enormidad de sus pecados; pero con la sabiduría de que sirvan de prueba y demuestren sin quererlo ni aun percibirlo la divinidad de nuestra san-

ta y adorable Religion. Pasan siglos y más siglos; se destruyen los imperios mas robustos; los cetros y coronas de los reyes dejan á los unos para brillar en los otros; todo es voluble, fugaz é inconstante en este mundo: solo la Religion de Jesucristo es invariable, indestructible y eterna; Cristo impera; el estandarte de su Cruz está enarbolado en todas partes: ¿quién es el osado que se atrevé á hostilizarlo? Los grandes y poderosos que orgullosos con el vestido de la impiedad se propusieron hacerlo trizas en el siglo de la depravacion, del escándalo, de la heregía y de todas las furias infernales que la acompañan.

Nada importa: vomiten en su frenesí los impíos todas las blasfemias de que son capaces, y pronúnciense en guerra abierta contra Dios y su Cristo: que aquel Dios que siempre vela en la custodia de Israel, ha colocado al incomparable san Antonio de Padua sobre los muros de la religion santa; para que dé voces de virtud y de magnificencia, impida la sorpresa de los enemigos, y asegure la incolumidad de la Esposa del Eterno. Mediten los envidiosos de la gloria de Jerusalem la desolacion de nuestro altar santo y la ruina de nuestra Sion amada: pero sepan cuantos hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, que san Antonio de Padua es el ángel exterminador que va á echar por tierra á cuantos atenten contra el poder del Leon de Judá; él hará retroceder en fuga indecorosa á los ejércitos de los amalecitas, como Gedeon; como Esdrás restituirá el decoro á la casa de Dios; levantará sus muros á pesar del mundo y del infierno; hará que no se vea en la Iglesia santa mas que un Dios, una fe y un bautismo; encenderá en los corazones de los hombres la caridad que hace santos de

pecadores; su voz será como aquella que oyó Saulo en el momento en que mas ardía de sed de sangre cristiana, y hará vasos de eleccion de los mas furiosos perseguidores: hablará á los grandes y poderosos, como san Leon al soberbio Atila y los amedrentará: humillará á los altivos, orgullosos y arrogantes de los pueblos, como mi P. san Bernardo humilló á Guillelmo, príncipe de Aquitania: florecerán á su lado las virtudes cristianas, porque si Acab tiene imitadores, para ellos será san Antonio un Elías, si los hay del incestuoso de Corinto, de Felix, de Festo y de Agripa, á ellos se dirigirá como san Pablo: como Isaías amenazará á los Ecequías y les hará llorar y clamar á Dios: como Jonás hablará al rey de los ninivitas y le obligará á publicar edictos de penitencia. El Dios que puso guardas sobre Jerusalem con encargo de no callar en todo el dia ni en toda la noche, quiso que este santo prodigioso sirviese de fiel atalaya para evitar cualquiera sorpresa de los enemigos, y mantener con toda seguridad á la esposa de Jesus fundada sobre la base eterna de la palabra indefectible del Dios omnipotente. *Super muros tuos Ierusalem constitui custodes, tota die, et tota nocte in perpetuum non tacebunt.*

¿Cumplió el celoso san Antonio con las órdenes que recibió del cielo para predicar el Evangelio á toda criatura, enseñar públicamente los preceptos de la ley, atraer á los extraviados al redil del Pastor divino, reformar, destruir y edificar, segun el espíritu del Señor? ¡Ab, señores! En esto consiste la grandeza de este nuevo apóstol, y de esto he querido hablaros para demostrar la divinidad de nuestra Religion santa, su estabilidad y firmeza, su superioridad sobre todas las falsas que en su insania han fundado los

hombres para escalar el cielo, como los de la torre de Babel. Antonio formado sobre el modelo de Jesucristo sabia distinguir el pecado del pecador; la obra del hombre de la obra de Dios. Para unirse á los pecadores, contemplaba sus flaquezas, buscaba los medios mas dulces y eficaces para llevarlos suavemente al cumplimiento de la ley; pero aborrecia con un odio perfecto á los enemigos de Dios, como el Salmista. Antonio salió de la soledad resuelto á perseguir, á atacar, á hacer frente y á destruir el pecado hasta en su origen con un celo tan extraordinario como el de los apóstoles despues de haber recibido el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego. Su celo fue inmenso en su estension; porque ¿en qué lugar no ha sido escuchada su voz evangelizadora? Fue admirable en su fecundidad: porque ¿no fue casi infinito el número de conquistas que presentó en el trono de Dios? Fue perpetuo en su duracion: porque ¿en qué parte del mundo no se conocen los medios de salud que dejó este santo para que todos se santificasen? Este celo universal, triunfador y de todos tiempos es el que hizo á san Antonio de Padua ser un puntal seguro de la Iglesia, un defensor acérrimo de la doctrina santa, un propagador infatigable del Evangelio, un reformador, admirable de las costumbres, un modelo y ejemplar de todas las virtudes que hacen al hombre justo y santo.

Ya he indicado, y ahora repito, que el estado de la cristiandad cuando apareció en el mundo san Antonio, era el de aquella ciudad abominable que representa san Juan en su Apocalipsis, ó el de la infiel Jerusalem en los dias de su maldicion. Era como el de Israel; cuando á pesar de sus vanas esperanzas vió oscurecidas las

hermosuras de Jacob; sus sábados hechos espectáculos lúgubres, y sin profetas que le representasen su infidelidad para inoverlos á penitencia. Lo cierto es, que en los días de san Antonio se impugnaba el dogma con descaro; se conculcaba la santidad de la ley, se despreciaba el culto del Señor, se sortecaba la túnica de la Iglesia, se colocaba el ídolo de la abominacion y del escándalo hasta en las sagradas aras; enmudecian los oráculos de Siló... Hasta los escogidos, si fuera posible, parecía que peligraban. Pero la divina Providencia convierte en bienes tantos males, saca utilidades de las mismas heregías, como se esplica san Pablo; Antonio se presenta frente á frente contra el furor de perseguir la Iglesia, y con su celo ilustrado y su caridad ardiente restablece el culto de Dios; da leyes á los pueblos; hace que todos conozcan, alaben y glorifiquen al Dios del cielo y de la tierra, en medio de las tribus corrompidas desde Dan hasta Bersabé, y desde los términos del Egipto hasta el país de los Filisteos. Toda la Europa es el principal teatro en que deja admirarse el celo activo de san Antonio de Padua.

¿Habeis visto una nube de fuego volante que atraviesa los valles, las selvas, los pueblos y los montes, tronando, relampagueando y arrojando rayos y centellas por todas partes? Esta es la imágen de Antonio, segun nos la describe el Espíritu Santo: *Sicut ignis qui comburit silvam: et sicut flama comburens montes* (1). Antonio persigue vivamente á los malvados, los confunde en su malicia, desola los

(1) Ps. 82.

pabellones de la iniquidad, quema las casas inicuas de los que turbaban la paz y el reposo público; defiende al pueblo de Dios de los engaños de Balaam, y con la fecundidad de su ciencia y la eficacia de su celo, hace entender á las gentes todas que no hay Dios como nuestro Dios, que su religion es la de los santos que viven en gracia, mueren en paz, y van al seno de la divinidad á ser eternamente dichosos con el Dios de su felicidad. Si el infierno se altera al ver que un solo hombre disminuye considerablemente su imperio, y en su furor vomita ministros destinados á quitar la vida á este ángel de luz para detener sus victorias, milagros estupendos los contienen en su resolucion diabólica; se reunen los enemigos de Antonio ya convertidos á su lado para acariciarlo como los leones hambrientos al profeta de las setenta semanas, y obliga á que todos digan como Dario:—«Grande es el Dios de Daniel; él es el Dios viviente y eterno por los siglos: su reino no será destruido: su poder es hasta la eternidad. El es el que libra y el que salva, el que hace señales y milagros en el cielo y en la tierra; el que libró á Daniel justo de la ferocidad de los leones (1).» Ni Antonio se detiene por una especie de cobardía, que el siglo llama moderacion y prudencia en decir como Samuel á los príncipes desobedientes. *Advertid que no fue el Señor el que os constituyó reyes de Israel: él no hace caso de vuestras victorias: el sacrificio mas agradable á su vista es la sumision y la obediencia.* Antonio respeta la magestad, pero odia; aborrece y combate al pecado; se hu-

(1) Dan. c. 6, vv. 26 y 27.

milla ante los príncipes y poderosos que no en vano llevan la espada, como lo dice san Pablo: predica con el ejemplo y con la doctrina la máxima conciliadora de *dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios*; pone á todas las clases de la sociedad en el mas perfecto equilibrio, demostrando que de todos los estados y condiciones se forma la Jerusalem santa de los hijos de Dios, como de diversos miembros se compone el cuerpo humano, segun el similitud del Apóstol, y como un ángel benéfico derrama por todas partes las virtudes que hacen tan hermosa, lustrosa y esplendente nuestra santa y adorable religion: pero presenta guerra sin treguas contra los vicios de los mismos reyes, grandes y poderosos, y su celo fundado en la fe, animado por la caridad, y apoyado en la esperanza cristiana; le hace ser un Elías en la casa de Jacob y Jezabel. Nada teme este pequeño Jacob, porque lleno de fortaleza, de aliento, de ardor, de paciencia, de mansedumbre y magnanimidad lo ha destinado el cielo para reducir á polvo los montes y collados mas soberbios, segun la frase de Isaias (1). Antonio, inflamado con el fuego de su caridad ardiente no piensa mas que en la honra y gloria de su Dios, y en la salvacion de las almas redimidas con la sangre preciosísima del Cordero inmaculado. De aquí el no perdonar fatigas ni trabajos por hacer invocar el santo nombre, bendecirlo y alabarlo en espíritu y en verdad. El hace comprender el bien que puede y debe hacer un grande respecto de sus hijos y domésticos; un amo respecto de aquellos sobre quie-

(1) Isai. c. 41.

nes tiene alguna autoridad, y hasta un particular respecto de todos, por la regularidad de sus costumbres, por sus buenas conversaciones y por sus buenos ejemplos. Antonio aparece entre los hijos de la carne con una fortaleza que abate el reino del mundo, y establece el de Dios: su voz es como el rugido del león que no teme á los monstruos que atraviesan la selva: la oyen llenos de asombro y de admiracion los pueblos, y los pueblos se conturban, los reinos doblan su cerviz, la tierra vacila, tiembla, teme, y la verdadera religion deja verse flotante como el Arca de Noe sobre las aguas, que atrageron del cielo los pecados de los prevaricadores. ¿Pero á quien no habia de sobrecojer el temor, si el apostólico Antonio parece que prevenia las venganzas de aquel terrible dia que azotó las frases de los Profetas? Su celo modesto, discreto, tierno y compasivo no se vale de discursos pomposos y brillantes á propósito para enervar las imaginaciones y fomentar el orgullo y la vanidad, sino del ejemplo, de la buena vida, de la imitacion del divino Maestro, que no recomendó la pobreza sino despues que nació en un establo, que nada mandó sin ejecutarlo. Con este espíritu de religion llama á juicio á los pecadores, á los hereges, á los poderosos y aun á la misma cabeza de su órden, y todos tienen que darse á partido y publicar, que la religion cristiana es la hija del cielo puesta en la tierra para quitar al infierno victimas, y endosarlas al Redentor de las naciones. Si los enemigos de Dios se retiran, san Antonio los seguirá: si ocultan su corazon, él penetrará sus entrañas, pondrá en fuga al mismo Lucifer si intenta impedir su proteccion, echará mano del poder divino, cuando sea necesario para sostener,

defender y propagar el espíritu de la religion santa, y esta con su fervor y celo triunfará de sus enemigos; y será lo que deba ser; inespugnable, indestructible y eterna como me propuse demostraros. Antonio se derrama como una fuente, que á pocas leguas de su origen forma un rio caudaloso que produce el recreo, la comodidad y la abundancia. Los pueblos se apresurarán á beber sus aguas saludables; lo buscan como al Bautista los de las riberas del Jordan; á sus primeros sermones dejan los ciudadanos sus casas, los mercaderes sus tiendas, los tratantes sus negocios, los libres sus diversiones, las gentes de tono sus visitas, y todos sus quehaceres y ocupaciones por oír á este nuevo Ambrosio, á este Crisóstomo, ó dulce Bernardo, lleno del espíritu del Señor. Ya no caben en los templos ni en las plazas sus oyentes: hay que salir á campo abierto para oír las alentadas voces de este nuevo clarín del Evangelio; de este hermoso vástago del árbol de la vida en que descansa el espíritu del Señor. Hasta las bestias y los peces del mar se muestran dóciles á la voz del celoso Antonio. Pero hoy no es dia de hablar mas que del celo con que el Héroe de Padua develó á los enemigos de la religion santa; de la providencia con que el brazo de Dios la defiende y protege contra los esfuerzos del infierno, y de ese milagro perpetuo, continuo y permanente con que vemos cumplida la palabra indefectible del que dijo hablando de la religion que profesamos los católicos españoles:— *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Mil y mil monstruos horrendos han salido del abismo para quitar del mundo la paloma fiel, cuyos gemidos escucha Jesucristo: rabiosos jabalies han venido de la selva á

:

destruir y arruinar la viña del gran Padre de familias: tempestades y huracanes terribles ha suscitado el infierno para sumergir en el profundo la nave que Dios encomendó á san Pedro; innumerables enemigos domésticos y extraños se han coligado para afeár la hermosura de la que no tiene mancha ni arruga alguna, é infinitos son los hijos que con furor satánico han despedazado y despedazan las entrañas de nuestra madre la Iglesia santa: pero ¿en que han venido á parar los esfuerzos supremos del mundo, del demonio y de las pasiones sublevadas contra la razon? Los Arrios, Macedonios, Nestonios, Saturninos y Nicolaos; los Novatos, Pelagios, Luteros y Calvinos; los Wiclefistas, Deistas, indiferentistas é incrédulos, que para serlo con mas firmeza se llamaban á sí mismos *Espíritus fuertes*: ¿en donde estan? ¿Han dejado tan siquiera en la historia una página honrosa? ¿No han servido mas bien de pedestal para formar sobre él, el trono inmortal en que reciben adoraciones los Santos Padres, que llenos del espíritu de Dios, los impugnaron, los confundieron y relegaron á un olvido eterno? ¿No son odiosos sus nombres, y execrable su memoria? Y que ha sido, señores, que ha sido de esas revoluciones que amenazaron con tanto furor á la religion divina llamándola *ilusion*, obra de curas y frailes, portadora de tinieblas, enemiga de la ilustracion, y tropiezo de las almas grandes y elevadas? Ah! El infierno ha sido cogido en sus mismos lazos: pasaron como un relámpago los ecos fatídicos del padre de la mentira; los mismos impíos escuchando la voz victoriosa y triunfante de la verdad acaban de publicar en todo el mundo, que no puede vivirse en él sin la religion de Jesucristo: ya la llaman con razon, *humanitaria y civilizadora*

ya la adoran como á la enviada del cielo; ya se alistan bajo sus banderas los mismos que la hostilizaron: ya resuenan las voces de *fraternidad*, de *igualdad* y de *libertad* en un sentido católico y anti-revolucionario: una *fraternidad* fundada en el *amaos los unos á los otros como Yo os he amado*, con que se despidió de los hombres el divino Maestro; una *igualdad* en el nacer, en el morir y en las recompensas prometidas á la virtud; una *libertad* preciosa, con que de esclavos de la culpa hemos sido escritos en el libro de los libres hijos de Dios, como lo dice san Pablo. Un nuevo racionalismo fundado en la ciencia de la cruz, se ha apoderado de las inteligencias y capacidades sublimes de la tierra: ya en ella son tenidos por insipientes los incrédulos. ¡Que cosas tan maravillosas! ¿No veis en ellas el dedo de Dios? ¿No reconocéis en la marcha de los sucesos humanos, un curso providencial, que llevando el Universo y todas las cosas á sus fines, conduce como por la mano, llena de magestad la religion de Jesus, hacia su destino eterno de la gloria, á que es llamada por su divino Esposo? Pues caminemos con ella: arrojémonos en sus brazos: nutrámonos con sus doctrinas vivificantes: ilustrémonos con sus luces; sigamos sus inspiraciones; seamos, en una palabra tan virtuosos como deben serlo los devotos del grande Antonio de Padua, y todos seremos como él eternamente felices en la Gloria.

DIA VI.

Sobre el amor de Dios, causa de la grandeza que reconoce, ensalza y venera la Iglesia en S. Antonio de Padua.

*Quid enim mihi est in celo et de te quid
volui super terram?*

Que cosa puedo apetecer en el cielo lo
que es lo que no siendo vos, Dios mio,
puedo amar sobre la tierra?

Ps. 72 v. 35.

Amor propio en cuyo seno nacen ; se fomentan y crecen las pasiones mas vergonzosas de los mundanos : tú eres la llave fatal que abrió las puertas del infierno ; segun mi Doctór melifluó. Frutos tuyos son todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura. La turbacion en las familias, las guerras en los estados, las injusticias, los pleitos, las querellas, las violencias, los crímenes enormes, las heregías, los cismas, las parcialidades, las revoluciones, trastornos y desastres que han afligido al mundo, engendros tuyos son ; le reconocen porsu padre ; te siguen

en la marcha llenando de horrores al universo, y ellos son los clarines que publican tu genio maléfico y destructor. Tu has hecho siempre la guerra á la inocencia, á la virtud y á la santidad. Escandalizaste al cielo declarándote enemigo de Dios: te infiltraste en los corazones de nuestros primeros padres, los arrojaste del Paraíso, é hiciste su desgracia y la de sus hijos. Tu has perseguido á los antiguos Patriarcas con furor satánico: inspiraste á los escribas y fariseos para que quitasen la vida á nuestro Jesus divino, y no paraste hasta ver colgado en un árbol ignominioso al Dios de la creacion y salvador del mundo. Pero ni aun con esto queda satisfecha tu malicia: porque intentas derribar al Omnipotente de su excelso trono, para que *El* y todas sus criaturas te rindan homenajes y adoraciones. ¡Qué horror! ¿Que seria del mundo si el Redentor de las naciones no te hubiera confundido y humillado? Pero se hundió para siempre tu desastroso imperio, monstruo horrendo; has sido amarrado al pie de la cruz que para tu ruina púsis en el monte de la justicia y de la misericordia; los nombres de *amor de Dios, caridad, gracia, virtud y santidad*, están escritos en la bandera que nuestro Dios enarboló en la cumbre del Calvario, y ellos son los enemigos que te han dejado sin fuerza y sin poder; han descubierto y puesto á la vista de todo el mundo tus engañosas decepciones, y hasta los mismos mundanos se niegan á llevar tu nombre. Si hasta aquí has sido el enemigo del reposo y de la salvacion de los hombres, preciso es que tengas entendido, que el *amor de Dios* los defiende, que la *caridad* los eleva hasta el trono del Todo-poderoso, que la *gracia* los hace *dioses é hijos del Excelso*, que la *virtud* los hace santos, y

que la *santidad* significa en ellos la paz del alma, la tranquilidad del corazon, la sumision de las pasiones, el dulce testimonio de una conciencia que fundada en la bondad divina, les asegura su salvacion, su dicha y su felicidad.

Asi es, amables oyentes. El amor propio es la causa y origen de las inquietudes, de los disgustos, pesares y aflicciones que nos aquejan: pero *el amor de Dios* es un manantial de dichas y felicidades; con él se obran prodigios estupendos; con él pierden toda su amargura las adversidades, las cruces, las enfermedades, los reveses, las desgracias y contratiempos de esta vida; con él se desean los padecimientos, los trabajos, las mortificaciones, las penurias, los martirios, la muerte y todo lo que agrada al Señor; con él todo es fácil, todo dulce, todo grato, y todo celestial y divino. A verlo vamos sino, en el glorioso san Antonio de Padua. Su corazon abrasado en amor divino, siempre deseó á su Dios con el mayor ardor y vehemencia; la llama de la caridad le obligó á lanzarse en los caminos de la cruz; á santificarse en ellos, á hacerse digno de que Dios lo favoreciese con sus gracias y dones hasta ponerlo al frente de los pueblos y naciones del mundo para que como Jeremías, pudiera arrancar, destruir, plantar, edificar, reformar y hacer lo mejor segun el espíritu celestial que lo dirigia. Al amor divino debió este santo prodigioso la grandeza que en él reconoce, ensalza y venera la Iglesia santa; con el amor de Dios nos enseñó la ley santa del Señor; con el amor de Dios ardia su bendita alma en deseos de poseer á su Dios, y no cesaba de decir con el real Profeta.—¿Qué cosa puedo apetecer en el cielo? ó que es lo que no siendo vos, Dios mio, puedo amar en la tierra?

Quid enim mihi est in cælo? Et á te quid volui super terram?

Este amor de Dios sin el que es muerta la fe y las obras, al parecer mas piadosas, son obras vacías, fue el Rafael del grande héroe de Padua; fue su luz y su guia; su columna, su fin, su objeto, y el medio que lo condujo al alto grado de santidad conque lo celebra la piedad cristiana, como os lo voy á manifestar en el discurso que espera vuestra devocion en este dia.

Madre de amor hermoso: dispuesto estoy á hablar del que depositasteis en el corazon de vuestro siervo y devoto san Antonio de Pádua. Este santo amó á vuestro Santísimo Hijo con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y de aqui todos los dones, gracias y prerogativas que recibió por vuestra mano bienhechora. Yo quisiera que su ejemplo nos moviera á vivir con la vida del amor divino que hace ángeles de pecadores; que vos nos alcanzaseis á todos la gracia que acompaña á la caridad, y que por vuestro medio consiguiésemos ser, del modo posible, tan amantes de nuestro Dios, como lo érais vos cuando os dijo el ángel.

Ave María.

Quid enim mihi est in cælo? et á te quid volui super terram?

Para hablar del amor de Dios, es necesaria una lengua forjada en el horno de aquel espíritu abrasador que enciende, transforma y hace suyos los corazones de los es-

cogidos: una lengua escogida como la que prometió Dios á Sofonías (1); una lengua como la espada de David que postró á los gigantes de la maldad; una lengua en fin, dada del cielo, en que todo sea celestial. ¿Podremos hoy contar con ella? ¿No la oiríamos con gusto, si Dios hiciese que sus ecos resonasen hoy en este santo templo? Pues aviyad vuestra fe con el amor divino, y entended, que Dios es el que viene á hablaros por medio del último de sus ministros para que mas resplandezca su poder en la santificación de vuestras almas. Hablaron los Profetas, habló Jesucristo, escribieron los Evangelistas y los Santos Padres, pronunció sus oráculos la Iglesia santa, y todo con la lengua del cielo; con la lengua infalible de la verdad, con la lengua santificada de los enviados del Dios, que amó tanto al mundo, que no se detuvo en dar á su propio hijo para que lo salvase. Lo que esta lengua profirió para nuestra dicha y felicidad es lo que yo voy á comunicaros. Nada mío hay en lo que os voy á predicar; todo lo he tomado de las fuentes por donde corren las verdades indefectibles del Dios de nuestros padres; quiero ser un plagiario de la piedad cristiana, si puede decirse así, y no desvirtuar con una originalidad humana y terrena, la celestial y divina con que el espíritu del Señor nos dirige hácia el cielo.

Bien sé que para que mis palabras salieran de mi boca llenas de edificación y de caridad, debían ser concebidas en mi corazón por la piedad y unión con Dios; que yo desde este sitio debería hacer practicar demostraciones de

(1) Sofon, 45 v, 13.

la verdad y convencer por todas partes á los que me escuchan, como me lo advierte san Cirilo : que mi ministerio me impone el deber de *guia* en el escuadron puesto en batalla á que es asimilada la glesia santa. Pero si soy lo que soy... Dios mio : ¿ me queda otro partido que el de pedirós la gracia de decirme á mi mismo y á mis oyentes lo que habeis dicho y revelado sobre el amor con que deben amaros los hombres ? Iluminadme para que pueda demostrar, que en la caridad con que os amó el glorioso san Antonio de Padua, encontró este santo prodigioso la verdadera grandeza, el poder, la virtud, la gracia y la gloria en que rebosaba su amante corazon. Abrasadme con vuestro amor, para que sea la vida de mi alma y de las que se hallan en este santo templo ; para que todos podamos comprender la perfeccion que encierran estas palabras de David repetidas con tanto fervor por vuestro siervo san Antonio. « ¿ Que cosa puedo apetecer en el cielo ? ó que es, lo que, no siendo vos, Dios mio, puedo amar sobre la tierra ? *Quid mihi est in cælo ? et á te quid volui super terram ?* » Cuanta doctrina se nos manifiesta en este erup to de la caridad que une al hombre con Dios, segun el Evangelista ! Ella nos dice, que sin Dios todo es nada : que sin Dios todo es limitado ; todo deleznable, todo insuficiente é incapaz de llenar el corazon que arde en amor divino : pero que con Dios, origen, principio, causa y fin de todas las existencias actuales y posibles, todo se tiene, todo se posee, de todo se goza. Con Dios se sacia el alma : con Dios se pierde el entendimiento en el Océano de las perfecciones puras é infinitas, y allí encuentra el corazon humano la felicidad plena y perfecta que no pueden propor-

cionarle las criaturas sublimes del cielo; ni las mas escelentes de la tierra. Con Dios se camina con velocidad al seno de la divinidad; él acalora y enciende los corazones que posee; les inspira la caridad; una caridad presurosa, activa y conforme con sus eternos designios; una caridad que obra, impele, determina y no deja de agitar al que la tiene, para que sin reparar en obstáculos avance hasta llegar á la inconmensurable dicha de engolfarse en el gozo infinito de su Señor. ¿Y no es todo esto lo que deja verse en el glorioso san Antonio de Padua, objeto de nuestros cultos y de nuestra devocion en estos dias? Jamás hemos podido contemplarlo sin la llama del amor divino que inflamó su bendita alma, para que forniándose en el cumplimiento de la ley santa del Señor pudiera ser con el tiempo digno de recibir las gracias que se concedieron á Abraham y á Moisés; á los Elias, Eliseos, Jeremias, Josues, Davides y Salomones. El amor de Dios llevó á su corazon la fe mas viva, la esperanza mas firme, el celo, la sabiduría, la constancia, el mérito, la gracia y la gloria de los santos que tuvieron la dicha de tratar, de familiarizarse y aun de tener en sus brazos al Niño que alegra á la Santísima Trinidad á que pertenece, como Hijo del Altísimo y figura de su substancia. La perfeccion de su vida, el poder de su palabra, el esplendor de sus milagros, la grandeza de su nombre: todo, todo lo debió san Antonio de Padua al amor que manifestaba tener á Dios cuando le decia: *¿Qué puedo apetecer en el cielo? ¿O qué es, lo que no siendo vos, Dios mio, puedo amar sobre la tierra?* El amor que este santo tenia á su Dios, absorvia todos sus deseos, ocupaba todos sus pensamientos, con él vencía todos los estorbos, y

triunfaba de si mismo, del mundo y del tentador infernal. Con el amor de Dios vinieron juntamente todos los bienes al grande y esclarecido san Antonio de Padua : todos los dones, gracias y virtudes de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las sagradas vírgenes.

Abrasado con el celo por la gloria de Dios y salvacion de los hombres, era incansable en predicar á Jesucristo y en vencer las mayores dificultades. Castigaba su cuerpo con la mortificacion y el ayuno; frecuentaba la oracion, y en ella nutria la caridad que es paciente, misericordiosa, prudente, constante, el complemento de la fe, y el alma de todas las virtudes. Con esta caridad logró el apostólico Antonio un imperio absoluto sobre los demonios y sobre todo género de enfermedades; anunció los sucesos mas remotos, penetró los secretos de los corazones y los misterios mas ocultos. Con esta caridad sufrió los mayores trabajos y tuvo valor para pelear contra todas las fuerzas del infierno, contra la rabia, artificios y crueldad de los tiranos, contra la falsa prudencia de los sabios del mundo, y contra los vicios y costumbres pervertidas de los pueblos. Con esta caridad venció á todos sus enemigos, precipitó en los abismos infernales al capitan, gefe y cabeza de todos ellos, *el amor propio*; consiguió conversiones y victorias admirables, hizo amable el Evangelio y deseables las virtudes que enseña. Con esta misma caridad... pero ¿qué dejó de hacer san Antonio de Padua abrasado con el fuego de la caridad y del amor de Dios que ardía en su corazon; y era el alimento de su alma? Contempladlo lleno de gozo y alegría al verse digno de padecer y sufrir desprecios y contumelias por su divino Maestro, y no apartéis vuestra vista

de este pobre fraile, que sin recursos, sin proteccion, sin parientes, sin amigos y sin patria se olvida de sí mismo, y todo lo abandona y desprecia por atender á la gloria de su Dios, y publicar las doctrinas celestiales por todos los pueblos de la tierra. No: no hallareis en este santo mas que paciencia, constancia infatigable, una obediencia pronta y fervorosa, y una fortaleza superior á todos los conatos del mundo y del infierno. Jamás se dirige con mas placer á un pueblo que cuando sabe que en él se le preparan persecuciones que tolerar, y graves tormentos que sufrir. Sabe que la muerte le amenaza en todas partes; pero la muerte, lejos de asustarlo, enciende sus deseos, alienta sus esperanzas, confirma su fortaleza y acelera sus pasos para caminar como un gigante por los caminos del Señor. *El amor de Dios* se apoderó de su alma, y con él se sobrepone á todas las dificultades, desprecia todos los peligros, mira con desden los artificios del infierno empeñado en estorbarle su marcha evangélica; las contradicciones, las amarguras, los trabajos, las privaciones, las fatigas, la pobreza, la miseria y la muerte misma lo recrean, lo llenan de dulzura; lo embriagan de gozo; le hace percibir aquí en la tierra un destello de la felicidad que Dios prepara á sus escogidos, y no sabe mas que hablar el language del amor divino y decir á todas horas: ¿Qué cosa puedo yo apetecer en el cielo? ¿O qué es lo que sin vos, Dios mio, puedo amar en todo el universo? *¿Quid enim mihi est in cælo? et á te quid volui super terram?* ¿No es esto ser Apóstol escogido por Jesucristo para llevar la salud á todos los pueblos, alumbrado y enriquecido con los dones del Espíritu Santo; y hacer que todos bendigan las divinas misericor-

dias, implorén su proteccion, y se decidan á seguir las sendas y preceptos que conducen á la gloria? Así lo creen y confiesan todos los devotos de un santo, que lleno de amor y caridad no conoció en este mundo mas que la sumion y respeto á la voluntad del Padre celestial en que se fijó segun las inspiraciones de la gracia.

Tambien concedió Dios á san Antonio las gracias y prerrogativas de los mártires. El padecer y el ser mortificado es una enfermedad de nuestra naturaleza; pero el padecer con gozo, el gloriarse en los tormentos, y sufrir con alegría los mayores trabajos y aflicciones es un milagro de la fortaleza, es un don de Dios que se deja sentir en las almas que estan poseidas del amor de Dios. Con este amor que produce el heroismo y forma la grandeza de los mártires, no hay cosa que sea molesta, pesada, dura ni insufrible: nada es difícil, nada temible para el que ama como san Antonio amó á su Dios. Amaba á su Dios con toda su alma: sabia que las angustias y tribulaciones de esta vida cuando se sufren por Dios nos abren las puertas del cielo para entrar á ser una misma cosa con nuestro glorificador: sabia que el que todo lo desprecia por Jesucristo se hace digno de él: que el que lo confiesa delante de los hombres sin vergüenza ni temor á los peligros, será reconocido y confesado por Jesucristo delante del Padre celestial: que el que pierde su vida en este mundo por el amor y en defensa de su Dios, la ganará para siempre: sabia que el martirio nos enseña á amar á Jesucristo, y á hacernos dignos de la vida eterna por el sufrimiento de algunos tormentos momentáneos, y deseoso de ofrecer esta prueba de su amor, no paró hasta que obtuvo licencia de sus superiores para

ir á predicar la religion de Jesucristo á los infieles del Africa á costa de su misma vida. ¡ Con qué ardor se embarcó el glorioso san Antonio para ir á llevar las doctrinas de la cruz al imperio de Marruecos ! Robosaba su alma en una celestial alegría al considerarse rebolcado en su misma sangre : veia en su imaginacion , agitada con el amor divino ; los eculeos , las catastras , los garfios , las fieras y las cruces , y él solo podria deciros ahora el placer que sentia su corazon con estas ideas hijas del fuego de la caridad que lo abrasaba. Pero Dios que le inspiró los deseos santos del martirio , lo sacó como de la mano de unos peligros para santificarlo mas y mas en otros. Una enfermedad de muerte , asociada con un huracan violento , le obligó á restituirse á España , y á desembarcar en las costas de Sicilia. Verdad es que solo á la muerte se sigue el martirio : pero se ha de negar esta palma al que en el acto de conseguirla es llamado por el cielo , como lo fue Abraham al descargar el golpe mortal sobre la cabeza de su querido Isaac ? Yo me adhiero al sentir piadoso de un varon esclaustrado que dice , habia sido mártir san Antonio de Padua sin morir ; y que si Dios lo preservó de la muerte fue para añadir á su martirio nuevas glorias. Si Dios libró á Daniel del lago de los leones , fue para emplearlo en acciones mas gloriosas : si sacó á san Pedro de la mano de Herodes y de la expectation de un pueblo maldito , fue para que sirviera de piedra fundamental de la Iglesia : si á nuestro héroe lo libró Dios de la crueldad de los tiranos de Africa , fue sin duda para que fuese mártir de la pobreza , de la obediencia y castidad : para que como abrasado del amor divino resplandeciesen en él las gracias de los apóstoles , de los márti-

res, de los confesores y de las Vírgenes del modo que os lo voy manifestando.

¿En qué consiste la gracia propia de los confesores cuya memoria solemniza la Iglesia santa con himnos y cánticos sagrados? Yo creo que en hacer á los hombres fieles discípulos de Jesus, prontos siempre á publicar y á confesar las doctrinas evangélicas sin que el temor de los castigos, ni la furia de los que pueden quitaros la vida del cuerpo sean capaces de detenerlos. Los confesores son aquellos justos que brillan en el mundo, como lo dice el Apóstol, á la manera de unos astros resplandecientes, que disipan con la claridad de sus luces las tinieblas de las pasiones en que viven los pecadores: son aquellos fieles israelitas en que no se halla dolo ni mentira: aquellos que pudiendo quebrantar la ley santa del Señor no la quebrantaron: aquellos que agradaron al Señor en los dias de su vida cumpliendo con los deberes del estado en que los colocó la divina Providencia, como se espresa en los libros santos. Y ¿qué os parece: ¿se hallará el glorioso san Antonio de Padua entre estos fieles discípulos de Jesucristo? Si así no fuera, no se hallaria su imágen en nuestros altares: no podríamos venerarlo con culto público y solemne; no estaríamos ahora en este santo templo implorando su proteccion, ni san Antonio; seria san Antonio. Pero es un glorioso confesor de la doctrina de Jesus, un esclarecido defensor de su Redentor, un celoso Maestro de las verdades evangélicas, un hijo predilecto de la gracia inseparable del amor que enciende los corazones de los que amando á Dios con las veras de su alma le dirigen estas palabras del Real Profeta: —¿Qué cosa puedo apetecer en el cielo? ¿O qué es lo

que no siendo vos, Dios mío, puedo amar sobre la tierra?
Quid enim mihi est in cælo? Et à te quid volui super terram?

Amando á Dios con un amor tan encendido como lo amó el glorioso san Antonio: habiendo renunciado á los placeres de la carne, consagrándose al Señor y ofreciéndole su perpetua castidad al sujetarse al yugo del Evangelio por medio de la profesion de los votos monásticos: ¿podría dejar de ser vírgen dominado por la pureza de las almas que siguen al Cordero Vírgen por donde quiera que vaya? ¡Ah! El divino Antonio sabia que Jesucristo recomendó la virginidad, que la honró, y aceptó en sí mismo permaneciendo siempre vírgen, y san Antonio era tan celoso en seguir á su divino Maestro; que por cuanto hay en el universo dejaria de pedir y obtener del cielo la gracia de ser puro, casto, limpio y puro como un ángel en carne humana. Fue vírgen san Antonio, y vírgen prudente, porque unió su virginidad á la rectitud de sus obras y al testimonio de su buena conciencia: porque amó la pureza y la conservó en el alma y en el cuerpo con el aceite del amor divino y con las obras de la caridad. Si no fuera así, pudiera el purísimo Jesus descansar como en un tálamo florido de virtudes heroicas en los brazos de nuestro admirable san Antonio? Lejos de nosotros toda idea contraria á la pureza celestial que produce el amor de Dios en las almas de sus escogidos, y concluyamos con decir que este santo prodigioso debió toda su escelencia y grandeza al amor encendido con que en todo miraba por la honra y gloria de su Dios: que la caridad fue el Rafael que lo condujo ileso por los caminos de la gracia: que con el amor de Dios todo era en este santo celestial y divino: que con este amor

obligó á Dios á que derramase en su bendita alma todas las gracias y prerogativas de los profetas y de los patriarcas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las sagradas vírgenes. Al convenir en esto no hacemos mas que seguir á la Iglesia santa, confesar lo que han confesado los varones mas sabios y piadosos, y asegurar lo que aseguran todos los fieles.

Si, pues, con el amor de Dios se enriqueció tanto la bendita alma del glorioso san Antonio de Padua, ¿no deberemos procurarlo y adquirirlo por los medios que nos indica este santo con sus doctrinas y ejemplos? Este, amados míos, debe ser el resultado de esta predicacion y de los piadosos cultos con que solemnizamos la memoria de este santo abrasado con el fuego del amor divino. Amemos á Dios y seremos justos: amemos á Dios y seremos virtuosos: amemos á Dios y seremos eternamente felices con san Antonio de Padua en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

DIA VII.

San Antonio obrando milagros estupendos, nos enseña la ciencia de los Santos.

*Domínus dabit verbum evangelizantibus
virtute multa.*

El Señor dará su palabra á los Predicadores llenándolos de fuerza y de poder.

Ps. 67. v. 43.

Cosas grandes se os han predicado del glorioso san Antonio de Padua. Se os ha dicho que Dios le infundió aquella sabiduría que es una efusion de la caridad, un vapor de su virtud, un rasgo de su luz y una imágen de su verdad: que el Señor le dió un corazon dócil, un genio dulce, un espíritu vivo, un juicio sólido, una profunda penetracion, ideas sublimes y un justo discernimiento de lo verdadero y de lo falso: que desde su tierna edad tuvo toda la madurez de los ancianos, mostrándose desde luego con todo el vigor de un hombre perfecto. ¡Cuánto celo, piedad y saber han manifestado los predicadores evangélicos al anunciar las virtudes con que el Dios de las misericordias

adornó el alma del admirable santo que nos reúne hoy en este santo templo ! ¡ Qué aplicaciones tan propias han hecho para estimularos á ser imitadores de san Antonio , como san Antonio lo fue de Jesucristo ! Parece que después de lo dicho nada falta que decir. Sin embargo, como la ciencia infla, enaltece y llena de orgullo al espíritu humano, segun san Pablo... como la vanagloria es un sopro, un vapor ó una niebla del infierno que quitó la inteligencia á David cuando mandó enumerar sus ejércitos, á Ezequías al descubrir sus tesoros á los enviados de un monarca estragado, y á Orígenes y Tertuliano al trocar las inspiraciones del cielo por las perniciosas de su amor propio... y como aunque Salomon propuso tres mil parábolas, dictó cinco mil versos, escribió los libros de los Proverbios, del Eclesiastés y de los cantares, ideando, al menos, el de la Sabiduría y el del Eclesiástico, y respondido á todos los enigmas con que lo examinó la famosa reina del Oriente, admitió en su corazon pensamientos de propia estimacion, fue infiel á su Dios y dobló su rodilla ante las hijas de Moab, de Sidon y de Idumea, que lo pervirtieron hasta el extremo de morir sin haber dado señales de arrepentimiento, me he propuesto haceros entender en ese dia, que la ciencia que no se propone por objeto domar las pasiones, humillar el orgullo, amar á Dios, adorarlo y hacer que todos los hombres lo adoren, bendigan y glorifiquen en espíritu y en verdad, es una ciencia terrena, animal, diabólica, necia y engañadora, semejante á la de aquellos que, como Balaan, tienen los ojos abiertos en medio del dia y no ven, que caminan insensatos hácia el precipicio y perecen en él con deshonor, con infamia y con oprobio.

Esta es la ciencia del mal inoculada en los corazones de nuestros primeros padres y transmitida á sus hijos con el pecado: la causa y origen de todos los males que han afligido á los hombres; la que todo lo subvierte, trastorna y llena de confusion, la que tiene á la sociedad como la vemos. Es preciso alejarla de entre nosotros, hostilizarla hasta confundirla en los abismos de donde ha salido, y adornarnos con la ciencia de los santos. San Antonio de Padua nos la enseña. Asombró al mundo con sus milagros; fue obrador de prodigios y maravillas; dispuso del poder del cielo con admiracion de los mortales; apareció grande entre los grandes de la tierra, y no declinó á la derecha ni á la izquierda de la ley santa del Señor: siempre fue justo, siempre santo, siempre modelo de virtudes cristianas. Dios le dió su palabra llena de fuerza, para que anunciase la grandeza de su poder y de su gloria á los pueblos de todo el orbe; lo llenó de gracias para que su buena vida sirviese de ejemplo á las gentes, y le sirvió de escudo contra el orgullo, contra la altivez y soberbia de la sabiduría carnal y terrena que tantos estragos hace en los hijos de las pasiones. San Antonio obrando milagros estupendos nos enseña la ciencia de los santos. Así os lo haré ver en este breve rato al demostraros que el glorioso san Antonio de Padua es comprendido entre aquellos á quienes el Omnipotente se digna dar su palabra para los altos designios de su Providencia. *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.*

Virgen adorable: alcanzadme una centella de aquel fuego sagrado que llenó de vida la boca de nuestro abogado san Antonio, para que yo pueda abrasar los corazones de mis oyentes y hacer que todos nos alimentemos del

amor divino que hace serafines de los hombres terrenos y carnales. Os lo pedimos recordándoos el feliz momento en que se oyeron en el mundo las palabras de consuelo, de vida, de gracia y de gloria con que os dijo el ángel :

Ave María.

Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.

En todos los estados florece la santidad : pero en cada uno se explica con distintas señales. Ella no fue mas feliz con Elías en el desierto en hábito de penitencia, que lo fue con Gedeon armado de valor en el ejército. Si se mostró admirable en los solitarios de la Tebaida, tambien la vemos prodigiosa en los palacios de los Canutos, de los Casimiros, Luises y Fernandos ; en el hogar doméstico de las Mónicas, de las Brigidas y Ritas de Casia ; en los talleres de José ; en los médicos san Cosme y san Damián ; en los soldados Sebastian, Emeterio y Celedonio ; en las doncellas Inés, Agueda y Eulalia, y en los santos de toda clase y condicion, de todo pais y lengua, de todos los estados que forman la sociedad. La santidad es una misma en todos segun su espíritu, pero diversa segun sus oficios y aspecto. Es aquella luz dividida en muchas luces de que

habla el Apóstol (1) cuando dice, que hay en la iglesia division de gracias como en el cielo division de estrellas. Luz que de ordinario no se reúne en un mismo sugeto, porque segun la teología del mismo Apóstol, á unos se da el don de sabiduría, á otros el de ciencia, á estos el de la fe; y al que place al Dador de todo don, el de los milagros. Sin embargo, como Dios es el árbitro absoluto de sus dones, suscita algunos santos en su Iglesia á la manera de astros de primera magnitud, les comunica luces extraordinarias, y hace que resplandezcan como otros tantos soles en el firmamento de la sociedad, que formó en su misericordia para dicha y felicidad de los que fueron redimidos en el Calvario. Entre estos hombres privilegiados vemos y admiramos al glorioso san Antonio de Padua, que autorizó su predicacion con tantos prodigios y milagros, que en ellos deja verse todo el esplendor de su grande santidad: porque en ellos se nota el don de ciencia con que persuade eficazmente la ley inmaculada del Señor que convierte las almas, el don de la fe con que hace frente á los enemigos de la religion; el don de sabiduría con que explica los misterios mas elevados, y los demás de que habla el Apóstol y se ven claramente en el grande y esclarecido san Antonio de Padua.

¿Quién de vosotros no sabe los milagros que hicieron tan célebre en todo el mundo el nombre de nuestro san Antonio? El obró todas las señales que habian hecho los Apóstoles para dar testimonio de la verdad: puede decirse

(1) Corint. I, cap. 12.

de él que su palabra iba acompañada de prodigios grandes é incomprensibles, que el Señor le dió la fuerza y el poder que necesitan los santos para llenar de virtudes el campo florido de la Iglesia santa. *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa*. San Agustín dice que los milagros tienen su voz: voz de virtud y de magnificencia, voz que aterró á los hijos de Amon, á los habitantes de Tiro, á los soberbios Asirios, á los atrevidos Amalecitas y á los Gabaonitas engañadores; voz que confundió á los Herejarcas conjurados, y á las serpientes artificiosas que han intentado despedazar la túnica inconsútil de la doctrina santa proclamada solemnemente desde la Cruz que siempre vence, triunfa y reina como lo canta la Iglesia. Sé muy bien que vivimos en un siglo en que se disputa la gloria de los milagros, en que se niegan descaradamente y aun se tienen por patrañas de gentes fanáticas, ilusas é interesadas. Yo tambien digo que el creer á todo espíritu es debilidad, pero que el abandonarse á un ciego pirronismo, es grande dureza. Conozco que en materia de milagros se necesita un discernimiento muy delicado, y que nó á todos es dado el conocer si las obras portentosas llevan visiblemente impresa la marca de la divinidad; el carácter esencial del milagro: pero en los milagros del grande Antonio de Padua nada tiene en que cebarse la crítica mas severa; obró lo que obraron Moisés, Aaron, Elías, Eliseo y los Apóstoles, los que llevan el sello de la infalibilidad divina. Al menos, la materia, el fin y el ministro guardan perfecta semejanza.

Si Moises consolidó las aguas del Bermejo para que el pueblo escogido atravesase á pie enjuto hasta la opuesta

márgen, Antonio manda á las aguas en una lluvia tempestuosa, y hace que no mojen, en una ocasion á un sirviente, y en otra á un numeroso concurso de gentes que le oian predicar. Si Aarón mandó que floreciese una vara seca, Antonio hizo que una tierra estéril diera frutos copiosos y se llenaran de ellos los graneros y troges de su Señor. Si Elias manda á los cielos que no rieguen la tierra con su rocío saludable, san Antonio hace que en medio de las lluvias quede seco el territorio que ocupaban sus oyentes. Daniel detuvo la fuerza del fuego en el horno de Babilonia: esto mismo lo hizo san Antonio dando ileso á la madre un hijo que creía abrasado y difunto. Eliseo volvió la vida al hijo muerto de la Sunamitis: Antonio repitió este milagro con una viuda mas desconsolada que la de Nain. Jesucristo y sus Apóstoles obran prodigios y milagros estupendos en confirmacion de su mision divina, y tienen poder sobre la naturaleza, sobre las enfermedades y la muerte: san Antonio recibe de Dios su palabra fuerte y poderosa, y yo no soy capaz de reducir á número los hombres oprimidos que ha librado de la violencia, las almas afligidas á quienes ha alcanzado consuelo, los desesperados en quienes ha hecho revivir la confianza, los endemoniados que ha libertado, los cautivos á quienes ha roto las cadenas, los pobres que ha socorrido, los enfermos que ha sanado y los muertos que ha resucitado. Solo sé deciros que tan apenas se halla en la Iglesia de Dios un santo que se esplique con mas generosidad que san Antonio cuando lo invocan y llaman sus devotos. La misma Esposa de Jesus anima con este estímulo á los fieles, y el gran Ruperto de Licio se atreve á decir á los devotos de este santo, que

jamás se acuerden de él, si alguna vez les ha faltado en sus angustias, en sus apuros y necesidades. ¿Pero qué mucho que esto se diga, si un sabio de nuestros días asegura que el mayor milagro que haría san Antonio de Padua, sería el de dejar de hacer milagros?

Se presentan unos bandidos famosos por sus crueldades á un sermón de san Antonio con intención de mofarse del santo: pero estos malvados se vuelven á Dios en la amargura de su alma, abandonan su fatal empleo, se convierten de veras al Señor, y se valen de su propia experiencia para convertir á otros y otros, hácia la senda recta de la salvación. Sus enemigos le presentan un veneno; lo toma y no le hace daño alguno. Se mofan de él, le llaman charlatan, como á san Pablo en Atenas, pero de aquí toma argumento san Antonio para convencer á los malos, deshacer las maquinaciones de sus contrarios, y ganarlos á Jesucristo. Si le ponen un animal ponzoñoso para que lo coma y reviente, el santo lo convierte en un ave de exquisito gusto, y sus enemigos lo comen llenos de confusión saludable. Se finge uno ciego para probar la verdad de su poder: pero Antonio le manda sacar la venda que tenía en la frente, y en ella salen los ojos quedando sin ellos el falso impostor. El padre de san Antonio por un falso testimonio está en peligro de ser ahorcado; ya lo van á sacar al suplicio; pero el cielo revela este lance al divino Antonio, y Antonio vuela en un instante de Padua á Lisboa; resucita á un muerto para que testifique que su padre es inocente; lo libra y se vuelve á Padua con la agilidad de un bienaventurado. Guialdo y Bonivillo llenos de impiedad quieren reducir á sombras y figuras el gande y

admirable Sacramento del Altar; desafían públicamente á san Antonio: conviènen en presentar la sagrada hostia á un jumento que llevaba tres dias sin comer; y ¿qué espectáculo, señores, qué espectáculo el de ver á aquel animal arrodillado á los pies de Jesucristo, y á su modo rendirle los mas tiernos homenajes! Una luz del cielo iluminó á los hereges y todos detestan sus errores, reconocen el poder de Antonio y se rinden á su voz de fuerza, de poder y de virtud. Aun hay quien desprecia la doctrina celestial del santo milagroso: pero este celoso Apóstol llama á los peces del mar en su auxilio, les habla del reino de Dios, saltan para escucharlo sobre la superficie de las aguas, y los hereges se convierten á Dios, la ciencia terrena que desvanece, cede el lugar á la caridad que edifica, el soberbio Bonivillo se entrega al grande Antonio, confesando que él es el que ha recibido la palabra de Dios para llenar con ella de bienes á los que redimió Jesus. *Dominus dubit verum evangelizantibus virtute multa.* El cruel Ecelino, aquel tirano de Verona, que armado con todo el poder del soberbio Federico introdujó en Italia la espada asoladora de su altivez y perfidia, sin respirar mas que sangre y carnece-
ría, se me figura al Faraon del Egipto habiéndoselas con el balbuciente Moisés, cuando se vió al frente de nuestro san Antonio. Aquel corazon acostumbrado á oir lisonjas y adulaciones; escucha de nuestro santo aquella voz de trueno que estremece á la misma rueda de la eternidad y le oye estas palabras de virtud divina. ¿Eres tu aquella vívora venenosa, que rompe las entrañas de tu propia Madre? ¿Cuándo te saciarás de profanar los altares, de conturbar la iglesia y de multiplicar los monstruos del peca-

do? ¿Crees, acaso, que se acabó el poder del Dios que confundió á Faraon, á Senaquerib, á Antioco y á cuantos resistieron su voluntad divina? Cuantos oyeron hablar de este modo al divino Antonio se sorprendieron, como los que vieron á san Pablo hablar en la presencia del Cesar: los ministros, gefes y oficiales desenvainaron sus espadas, levantaron el brazo, solo aguardan la voz de su Señor: pero Ecelino se llena de un terror pánico, tiembla, se sobrecoge, como si lo hubiera sorprendido de improviso un enemigo afortunado. Calla, como Acab á la presencia de este nuevo Elias, llora, suspira, confiesa sus delitos, propone la satisfaccion, y postrado á los pies de Antonio se muestra otro hombre, otro David convertido con las reconvencciones de Natan. Antonio consigue que en sus dias se vea el espectáculo edificante de un poderoso humillado y cubierto de ceniza, que se renueven los raros ejemplares de los Davides y Teodosios. No da un paso este santo sin obrar milagros y maravillas: que lo digan los que lo vieron predicar en la Marca Trevesina, en la Provenza, en Languedoc, en el Lemosin, en Velay, en el ducado de Berri y en Sicilia; que vengan y hablen los que lo admiraron en Roma, en Italia, en Francia, en España y Portugal: que no se me crea... pero ¿qué necesidad hay de alegar pruebas cuando se trata de un santo de quien se dice comun y solemnemente. «Si buscas milagros, hallarás» que por intercesion de san Antonio la muerte se retira, el error se desvanece, los trabajos cesan, el demonio huye y la lepra se disipa. Los enfermos se levantan repentinamente sanos, el mar alborotado se sosiega, y se rompen las prisiones. Acuden á Antonio los jóvenes y los

ancianos, así por los miembros como por las demás cosas que perdieron: recobran los primeros, y encuéntranse con las segundas. En una palabra, destierra los peligros y ahuyenta la necesidad. Díganlo sino los paduanos, y publiquénlo cuantos lo han experimentado.»

Antonio además descubre los secretos del corazón, penetra las Santas Escrituras, preve los sucesos con espíritu de profecía, y se presenta en el mundo, no con la sabiduría altanera de los Celsos y Porfirios, de los Focios y Abaelardos, de los Enciclopedistas y demás reguladores de las sociedades modernas, sino con una sabiduría celestial, santa y divina, que oponiéndose á la carnal y terrena del mundo produce la gracia, la virtud y la gloria: una sabiduría que siendo la misma santidad es obradora de prodigios y milagros. Con ella agradó á Dios y á los hombres; edificó al mundo, protegió las virtudes y desterró los vicios; defendió la verdad y confundió la mentira; manifestó los juicios de Dios, engrandeció sus atributos, nos mostró los caminos del cielo, y su mérito no puede indicarse mejor que diciendo, que obrando milagros estupendos se santificó así mismo y nos enseña la ciencia de los santos, como me propuse demostraros.

Solo falta que os decidais por la sabiduría que concede Dios á los que lo invocan con rectitud de corazón para que seais sabios, virtuosos é ilustrados, como lo fue el glorioso san Antonio de Padua, que revestido con los poderes del cielo para disponer de la naturaleza y de la gracia, no se enaltecíó ni llenó de orgullo su corazón, sino que se humilló delante del Señor mostrándose un fiel imitador de Jesuoristo para poder servirlos de ejemplar y modelo en las virtu-

des propias de nuestro estado. Aprended pues en la escuela de este santo, y sabreis como verdaderos sabios, elegir, prever y discernir, sacrificar á la conciencia y á la religion vuestros intereses, merecer el honroso título de hijos de la luz y ser elogiados por el Dios que alabó en otro tiempo la paciencia de Job, la fidelidad de Abraham, la obediencia de Isaac, la mansedumbre de Moisés, la fortaleza de Sanson, la diligencia de Caleb, el celo de Elías, la fe de Natanael, la piedad del Centurion, la constancia de la Cananea, el amor de la Magdalena y la conversion del Buen-Ladron. Estudiad en la escuela del grande Antonio de Padua, y os persuadireis, de que la sabiduría, la ciencia, la virtud, el poder, la fuerza, la bendicion, el honor y la gloria se hallan solo en el Cordero inmaculado que nos redimió con su sangre: no apartéis vuestra consideracion de este Maestro de la verdad á quien Dios dió su palabra de fuerza y de poder para obrar prodigios y maravillas en el mundo, y en él vereis demostrada la bondad con que se presta nuestro Dios á comunicaros sus dones para que todos podamos ser y llamarnos *dioses, é hijos del Escelso*, como lo dice el Salmista: dejasos de inspirar y dirigir por vuestro abogado y protector san Antonio de Padua, y yo os aseguro que sereis felices, sabios é ilustrados con la ciencia que se propone domar las pasiones, humillar el orgullo, amar á Dios, servirlo, adorarlo y hacer que todos lo confiesen, adoren y glorifiquen en espíritu y en verdad. ¿No habeis observado en cuanto os dejo espuesto, que en esta ciencia celestial y divina se ocupó constantemente el glorioso san Antonio de Padua? ¿No habeis visto que sus milagros incomprensibles, su celo, su amor divino y su

piedad asombrosa ; no reconocieron por objeto y fin mas que la santificacion de las almas aseguradas en hacer la voluntad del Padre que está en los cielos con la gracia que siempre concede Dios á los humildes? Pues si así se condujo san Antonio , y de este modo se hizo admirar de los grandes y poderosos del mundo , y venerar de todas las gentes de la tierra, imítlenlo sus devotos, y se alejará de nuestro suelo la ciencia diabólica que se apoderó de los hombres en aquel fatal momento en que entró la muerte en el mundo con el pecado, como lo dice el Apóstol. Sigamos las doctrinas y ejemplos de este santo milagroso, y milagrosamente seremos con su proteccion iluminados con las luces del sol indeficiente que alumbra, vivifica, y santifica á los que creen con fe viva que Jesus es nuestro Dios, como lo dice el Evangelio. Reflexionad sobre la solemnidad con que celebramos los fieles la memoria del esclarecido san Antonio de Padua, y advertid, que nuestros cultos se dirigen á inmortalizar el reconocimiento con que engrandecemos su gloria: no olvideis que siempre ha habido y habrá labradores que invoquen su proteccion en el campo; navegantes que lo llamen en el mar, soldados que busquen su auxilio en la guerra, mercaderes que pongan en sus manos su comercio, enfermos que le pidan la salud, moribundos que le demanden la vida y necesitados de todo género y especie que le pidan socorro en sus conflictos. Atended... Pero señores, además de los milagros que os he indicado he dejado para concluir los dos mas grandes que prueban todo lo que me propuse demostraros en este discurso.

La lengua de san Antonio aun se mantiene fresca, in-

mortal y llena de vida. Despues de estar en el sepulcro treinta y dos años, la tomó en sus manos el Seráfico san Buenaventura y exclamó: *¡O bendita lengua, que habeis bendecido á Dios tantas veces, y enseñado á otros á bendecirlo!* En ella puso Dios la palabra que habria de dar á los evangelizadores de la ley de gracia para llenar de bienes á los que la escucharen con docilidad y rectitud de corazon. *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.* Ella misma está predicando aun cuando calla, porque presentándose triunfadora de la corrupcion y de la muerte, ¿no dice algo á los que creen, aman y esperan como buenos cristianos?

¿Y el estar en los brazos del mismo Antonio ese Niño celestial, que llena de delicias al mundo, y de gloria á los que lo miran en el cielo? ¡Ah! Esta es la prueba decisiva que todo lo patentiza y demuestra. Ella dice mucho mas que lo que pueden decir los hombres: ella debe persuadirnos y obligarnos á decir llenos de fe:

Gloríate, divino Antonio, de haber recibido de Dios la palabra fuerte y poderosa de donde has sacado el mérito, la virtud y la gloria de los evangelizadores santos: y pues este fue el capital de tu elevacion, haz que tu lengua sea para los que anunciamos el Evangelio, como los carbonés encendidos que purificaron los labios del Profeta. Así podrán cumplirse los designios del que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva con la vida de la gracia prenda segura de la gloria. Amen.

A. M.

DIA VIII.

Imitando las virtudes de San Antonio de Padua en esta vida, lo acompañaremos gozosos en las delicias de la gloria.

*Judicia Domini vera... in custodiendis
illis retributio multa.*

Los juicios del Señor son verdaderos... En guardarlos hay gran retribucion.

Ps. 48, v. 10 y 12.

Amables oyentes : Si teneis fe y sois verdaderos devotos del glorioso san Antonio de Padua, debeis confesar conmigo que nuestro Dios nos dió con él mas bienes que los que concedió á Raab, fiel matrona de Jericó ; mas gozos y alegría que la que experimentaron los betulienses con Judit ; mas gracias que las que dejó el Arca de la Alianza en la casa de Obededon ; mas felicidades, en fin, que las que proporcionó el arcángel san Rafael á los dichosos descendientes del primer Tobías. Ahí teneis esa sagrada imagen, embeleso de cuantos la miran con ojos religiosos: contempladla, y el cielo os descubrirá en ella los caminos que

debeis seguir para encontrar los tesoros de vida eterna que pueden saciar nuestros deseos y llenar de gozo eterno nuestras almas: no aparteis vuestro corazon del grande Santo que teneis á la vista; fijad en él vuestros pensamientos, y de creer es que deje oirse en vuestro interior una voz de virtud que os obligue á trocar el estado de una conciencia culpable que os acusa, por el de la gracia que consuela, á dejar los conventículos de los pecadores, en que todo es error, confusion é infierno, para vivir tranquilos y satisfechos en las apacibles sendas de nuestra Religion divina. San Antonio de Padua, en ese trono de magestad en que le rendimos adoraciones, es el maestro que nos enseña, el padre que nos llama, el santo que nos edifica, el angel que Dios nos envia para dirigirnos por la senda recta hácia la patria del descanso y de la felicidad eterna. En San Antonio, espuesto á la veneración de los fieles bajo la forma que representa esa santa imagen, vemos el mérito premiado, la virtud recompensada, la humildad engrandecida, la pobreza elevada, el discípulo de Jesus sentado en una de las sillas que han de ocupar los que con el juez de vivos y muertos tienen que juzgar á las doce tribus de Israel y á todas las gentes del universo. En ese divino Antonio, segun lo vemos, está representada la suerte feliz que Dios depara á los que lo aman en esta vida cumpliendo con sus divinos preceptos. En él se descubren las vias que debemos seguir para llegar á ser todo lo que él es en el reino de los cielos: él para animarnos nos muestra el precioso Niño que tiene en sus brazos, y nos dice: — *Los juicios de Dios son verdaderos; en guardarlos hay gran retribucion, Juditia Domine vera.... in cus-*

todiendis illis retributio multa. Como si dijera: Santa é inmaculada es la ley del Señor: sus preceptos son mas dulces que la miel y el panal: bienaventurado el que los guarda; porque en cumplirlos se asegura la retribucion inmensa de la gloria en que me encuentro por haber vivido segun el Evangelio. Si pues queremos ser felices en el cielo con san Antonio, procuremos como él ser justos en la tierra, imitémoslo en sus virtudes, vivamos segun la ley que santifica á los hombres; y nuestra dicha será muy semejante á la que vemos en el glorioso san Antonio de Padua, como para vuestro provecho y edificacion voy á demostraros.

Virgen inmaculada: bien sabeis que sin vos nada emprendemos; que sin vuestro auxilio á nada nos atrevemos; que vuestra proteccion es la que nos anima y alienta en todo lo que tiene relacion con la honra y gloria de nuestro Dios y la santificacion de nuestras almas. En este caso nos hallamos todos los que deseamos unirnos con san Antonio de Padua en el cielo, para glorificar vuestra grandeza y bendecir eternamente el fruto bendito de tu vientre: favorecednos, pues, con la gracia que jamás negais á vuestros devotos, siempre dispuestos á cantar vuestras alabanzas y á deciros con el ángel:

Ave María.

Juditia Domine vera.... in custodiendis illis retributio multa.

Alaben al mundo sus adoradores y lisonjéense en sus propios errores y desaciertos; inciensen á ese ídolo fantástico

que fabricó el capricho de los que se miran y se enamoran de sí mismos, como el Narciso de la fábula; corran tras esa imágen ficticia los necios que tienen por realidades las sombras, y por bienes verdaderos los males mas funestos y trascendentales. Engríansen, triunfen, dominen y hagan vana ostentacion de su grandeza y poderío los que, puestos á la cabeza de las sociedades humanas, se han erigido en árbitros y reguladores de nuestros destinos. Sigam enhorabuena siendo lo que son esos Cresos opulentos, esos Cínicos voluptuosos y brutales, esos Iliparcos furiosos, y esos hombres llenos de orgullo que se creen capaces de detener el curso providencial que nos conduce al destino eterno en que han de ser premiadas ó castigadas nuestras buenas ó malas obras. Ríanse sarcásticamente los mundanos de los hijos del Evangelio, y téngannos por fátuos, por ilusos y fanáticos los que se llaman á sí mismos sabios, virtuosos é ilustrados, teniéndose por eternos y omnipotentes; que nosotros, enseñados y dirigidos por nuestro abogado y protector san Antonio de Padua, siempre diremos que los fastuosos arranques de la sabiduría carnal y terrena, no son mas que una necedad á los ojos de Dios, como lo dice el Apóstol: *Sapientia hujus mundi stultitia est apud Deum*. Diremos que nuestra felicidad consiste en conocer, en amar y servir al Dios que nos enseña á ser santos y perfectos, como deben serlo los hijos del Padre celestial; que el mundo es una figura superficial que se mancha, se borra, se deshace y desaparece como la luz del relámpago, y que los hombres, hechos á imágen y semejanza de Dios, no deben regular sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sino por

los futuros, inefables y eternos que se nos han de adjudicar en la gloria, según san Pablo. Nosotros, instruidos en la escuela de nuestro san Antonio y amaestrados en la experiencia, sabemos que en el mundo no hay mas que lisonjeras ilusiones, sueños agradables, colores sobrepuestos, rasgos superficiales, máscaras, artificios, afectaciones y aparatos que pasan con la velocidad del viento, dejando en nuestros corazones un vacío que ocupan el dolor, la aflicción, los remordimientos y las amarguras mas angustiosas para hacernos vivir y morir en la desesperación. Estamos muy convencidos de que el mundo alaba lo que reprueba Jesucristo y miraron con horror todos los santos: que rechaza, escarnece, huye y se aparta de todo lo que manda, ordena y prescribe nuestro divino Maestro, y que por ser esto así, renunciamos de su espíritu, de sus pompas y vanidades en el bautismo. No es posible contemplar á san Antonio de Padua sin despreciar las riquezas en que idolatran los mundanos, para ser del número de los pobres á quienes Jesucristo llama bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos: sin aborrecernos en esta vida para ganar nuestras almas en la eterna; sin llorar para ser consolados; sin ser mansos, limpios de corazón y pacíficos, para ser llamados hijos de Dios y pertenecer á la pequeña grey á quien dice el Pastor eterno que no tema, porque Dios se ha complacido en darle el reino de los cielos. San Antonio de Padua es para nosotros el Maestro escogido en los decretos eternos para enseñarnos todas las virtudes propias del estado en que nos ha colocado la Divina Providencia: es el jardinero feliz que con su dulzura, con su afabilidad y con sus milagros obli-

gó á nuestros abuelos y á sus descendientes á vivir y morir en la ley santa del Señor; es el Padre amoroso, que recreado con el Niño Jesus, nos llama y nos dice: — «Ved aquí mi dicha y mi ventura: la misma os depara el amable Redentor de los hombres: para lograrla no olvideis jamás que sus juicios son verdaderos, y que en guardarlos hay una gran retribucion. *Judicia Domini recta.... in custodiendis illis retributio multa.*

No necesitamos mas para nuestra santificacion, para nuestra salud, para nuestra gloria y felicidad eterna. Con seguir las doctrinas y ejemplos de san Antonio, tenemos bastante. Es el varon bienaventurado que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en las riquezas de esta vida; es el Santo que hizo cosas admirables en su vida; el que pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantó; hacer cosas malas, y no las hizo; por lo que se afianzaron sus bienes en el Señor, encargándose la Iglesia de los santos de alabarle y engrandecerlo como á escogido del Señor. Sus frutos fueron los de una virtud verdaderamente sólida; pues que tuvo grande horror al pecado, una insaciable sed de justicia, un amor de Dios sobre todos sus amores, una mortificacion constante y generosa, una sincerísima humildad de corazon, una gran puntualidad en cumplir con las órdenes del cielo, amando con toda su alma todo lo que amó Jesucristo, y aborreciendo todo lo que él aborreció. De aquí la prontitud con que lo abandonó todo por seguir á su divino Maestro por los caminos de la cruz; el haber dejado su casa, su padre, su madre, sus bienes, títulos y grandezas por vivir en la escuela de Jesus, que es el *camino*, la *verdad* y

la *vida* de los suyos, como él mismo lo dice. San Antonio nos instruye con sus doctrinas y ejemplos en la ciencia de los santos que produce la virtud, la victoria de las pasiones, la reforma de las costumbres y la vida cristiana que nos hace comprender que el padecer, el sufrir y morir por Jesucristo es una verdadera ganancia: él nos estimula á seguir á nuestro Redentor por los caminos de la cruz, á no fijarnos en los bienes perecederos de esta vida fugaz y transeunte, á suspirar por los gozos eternos en que serán introducidos los que viven en los brazos de la pobreza, de la obediencia y de la castidad, y á vivir en este mundo como en un lugar de lucha y de pelea en que batiéndose la ley de la carne con la del espíritu, debe triunfar esta valiéndose de las armas omnipotentes de la gracia que concede nuestro Dios á todos los que se la piden con rectitud de corazón. Todas estas cosas nos enseña este maestro de las virtudes evangélicas, no solo con la voz de su palabra, sino muy principalmente con la santidad de su vida, con la práctica de las virtudes, con el fuego de su mas acendrada caridad, impreso en esa sagrada imágen en que descubre la fé un rayo de la gloria con que Dios ha premiado sus méritos y virtudes. ¿No será bastante eficaz esa gloriosa aptitud de san Antonio, para movernos á guardar los preceptos del Señor y esperar la gran retribucion que el Dios de las misericordias ha ofrecido á los que dejando los deseos carnales y el rumbo de los mundanos, se proponen vivir sóbria, justa y piadosamente, como lo encarga el Apóstol y lo prescribe el Evangelio? San Antonio de Padua de un lado con sus méritos y virtudes, con su gloria y felicidad, y de otro un

mundano con sus vicios y pecados, con sus remordimientos y su infierno. Dios, á la cabeza de sus santos, en el acto de glorificarlos para hacer su felicidad eterna, y este mismo Dios, irritado contra los pecadores que despreciaron sus gracias en el momento de pronunciar su condenacion eterna y entregarlos á los fuegos sempiternos..... ¿por qué partido os pronunciáis? San Antonio os hace esta pregunta, y es necesario que le contesteis. Si quereis seguir por los caminos floridos de las pasiones, sin dejar prado alguno de carnales delicias que no recorra vuestra lujuria, y os agradan las pompas y vanidades de los mundanos, avanzad enhorabuena en tan funesta carrera y haced vuestra voluntad; pero estad en que vuestra perdicion es infalible, en que vais á ver cumplidos en vuestras personas los oráculos encargados de haceros comprender vuestro porvenir eterno, en que en el primer momento de vuestra desesperacion eterna os vereis precisados á decir: *Ergo errabimus à via veritatis*. Luego hemos errado apartándonos de los caminos de la verdad que nos predicaron; luego hemos sido unos necios en despreciar la voz de los santos, en tener su vida por una locura, y sus virtudes por una tontería; luego ellos acertaron, porque son computados entre los hijos de Dios, y su suerte es la de los justos. *Væ nobis quia peccavimus!* ¡Ay de nosotros, que hemos pecado y no nos arrepentimos ni hecho penitencia cuando tanto se nos avisaba para nuestro provecho y felicidad! Estamos condenados para siempre, y lo estamos por nuestra culpa, por nuestra malicia, por nuestra perversidad, por no haber querido escuchar la voz salvadora de san Antonio de Padua. Asi

se esplicarán en sus tormentos eternos los que ahora miran con ojos carnales y con alma impura esa imagen sagrada en que se representan la virtud, la santidad y la gloria de los héroes evangélicos que siguieron los caminos de la cruz y llegaron por ellos al monte de la perfeccion cristiana, en que se halla la puerta abierta del cielo. ¿Será posible que se halle entre vosotros algun desgraciado comprendido entre estos impíos de que nos habla el Sabio, para que entremos en cuenta con nosotros mismos y comprendamos para nuestra dicha qué los juicios de Dios son verdaderos, y que en guardarlos hay una gran retribucion, como lo vemos en el glorioso san Antonio de Padua? No lo permita el Dios de bondad que descansa en los brazos del santo que forma las delicias de sus devotos.

Haced glorioso Antonio: que descienda á nuestras almas un destello de aquella gracia victoriosa que triunfó en las Samaritanas, en los Zaqueos, en las Magdalenas, en los Pedros, Pablos, Ciprianos, Agustinos y otros miles, y no se encuentre uno en este santo templo que no rinda justos homenajes á la virtud, y adoraciones incessantes al Dios que nos llama por vuestra voz autorizada. Todos somos pecadores; todos hemos ofendido á nuestro Dios de mil modos y maneras infernales; todos nos hemos apartado de la senda estrecha que conduce á la vida: pero vuestra voz ha penetrado hasta nuestros corazones y estamos pesarosos de haber ofendido al Dios de la redencion: deseamos y pedimos por vuestro medio la gracia de conversion y penitencia para entrar á servir á nuestro Dios en los caminos de las justificaciones que con tan feliz éxito nos habeis predicado, como fiel enviado del Señor. Triunfad en vuestros de-

votos alcanzándoles las gracias que necesitan, para corresponder á vuestros beneficios, y no dejéis á ese precioso Niño sin que nos eche su bendicion, y con ella la gracia que hace justos de pecadores.

De este modo, amados mios, bien podremos contar estos dias por los mas felices de nuestra vida; por los destinados en los decretos eternos para ponernos en los caminos de la dicha y de la ventura, de la justicia, de la paz, de la virtud y de la gloria. Pero para que esto sea así, y para que la solemnidad religiosa con que celebramos estos cultos sea grata á los ojos del Dios que registra los corazones, necesario es que todos hagamos un esfuerzo contra nuestras pasiones y nos decidamos á combatir las con la armadura de la fe, con las virtudes que nos enseña san Antonio, con una conducta regulada por el Evangelio, y por la verdad consoladora que espresan estas palabras de mi testamento: los juicios de Dios son verdaderos... en guardarlos hay gran galardón. *Juditia Domini vera... in custodiendis illis retributio multa.* Es absolutamente necesario que nos convenzamos de que para ser felices con san Antonio en el cielo debemos procurar ser justos como él en la tierra, imitarlo en sus virtudes, vivir segun la ley santa del Señor, y no apartarnos de la senda recta que prescribe á cuantos militan bajo las banderas de la cruz. Bajo estas bases y fundamentos, podremos contar con la gracia que concede benigno el Dios de las misericordias á los que redimió su bondad y se le presentan con un corazón contrito y humillado. ¡Oh! y que completa seria nuestra dicha si unidos todos al glorioso san Antonio de Padua, pudiéramos decirle: todos nos rendimos á tu voz como los Ninivitas á

la de Jonás: alcánzanos de ese Niño omnipotente la gracia perseverante de sus escogidos, y todos por eternidad de eternidades cantaremos sus alabanzas en el cielo. En este caso, yo no soy capaz de enumerar los bienes que del dador de todo don van á descender á vuestras almas, á vuestros cuerpos, á vuestras familias, á vuestras casas, á vuestras pertenencias, á vuestro pueblo y á toda la sociedad cristiana, que formamos los católicos, apostólico-romanos. Solo se deciros que siguiendo dóciles las doctrinas y ejemplos del glorioso san Antonio, podeis contar con que vuestras virtudes serán recompensadas sobre todos vuestros pensamientos y alcances, puesto que el mismo Dios será vuestro premio, vuestra recompensa y vuestra gloria. Puedo aseguraros, como os lo aseguro, que si siguiendo las enseñanzas de este santo prodigioso, os conducís como buenos cristianos cumpliendo con las obligaciones de vuestro estado, y os dejais llevar por la corriente de la ciencia de la salvacion que Dios enseña á los humildes, llegareis á comprender lo que es esta vida, y lo que ha de ser la eterna; os convencereis de que si enredados en los laberintos del vicio no habeis sabido discernir entre lo caduco y lo eterno, entre las apariencias y la realidad, entre los delirios del mundo y las doctrinas del Evangelio, con san Antonio de Padua á la vista es muy fácil descubrir claramente el porvenir eterno, la imbecilidad é insusistencia del espíritu mundano, el desacierto de los que triunfan, mandan y dominan á las turbas, y que los placeres, pompas y vanidades de esta vida no producen mas que una alegría vana, triste y llena de remordimientos, disgustos y pesares precursores de los suplicios eternos que el Dios de las venganzas

zas prepara para castigar á los que desprecian sus beneficios, y se burlan de su religion santa. Con san Antonio es imposible que vuestras almas dejen de percibir la necesidad y conveniencia de vivir y morir con la santidad y justificacion de los hijos de la gracia, y la urgencia en que se hallan los pecadores de convertirse al Señor si quieren evitar la condenacion eterna, y aspirar á la gloria prometida á todos los que dejando los caminos del pecado ontran en los de la virtud que conducen á la gloria. Con san Antonio... pero sed francos y decidme: ¿no es cierto que en estos momentos tendriais á grande dicha el ser fieles discípulos é imitadores de este santo? ¿No trocariais de buena gana el estado tenebroso de la culpa que os acusa, por el de la gracia que alegra y consuela? Vuestras almas ¿no estarian mas tranquilas y satisfechas en las apacibles sendas de nuestra religion divina, que en los convénculos de los pecadores en que todo es error, mentira é impiedad? Tal es la esclencia de la virtud, que hasta los viciosos la desean, alaban y engrandecen. Ella estan apetecible, tan dulce, tan bella, tan agradable y tan deliciosa, que no hay quien no la preconice y elogie, aunque hay muchos que la deshonoran, conculcan y vilipendian con sus obras. Todos quisieran ser virtuosos, pero sin dejar sus vicios, sin romper con el mundo, con sus pompas y vanidades; sin declarar la guerra á las pasiones, sin las mortificaciones de la cruz y sin el cumplimiento de la ley santa del Señor. Este es un insulto á la divinidad: es un contrasentido en el que teniéndose por devoto de san Antonio alaba sus virtudes, y lo abandona y desprecia por seguir la ley del pecado que habita en sus miembros, es concitar la ira del

Omnipotente, y ofender á un santo que nos ofrece bienes infinitos si obramos conforme á los juicios verdaderos del Señor, y creemos que en guardar los divinos mandamientos hay gran galardón. *Juditia Domini vera... in custodiendis illis retributio multa.*

Mirad, vuelvo á repetir, á aquella prodigiosa imagen del glorioso san Antonio de Padua, y notad que en ella todo se declara en favor nuestro. Ese Niño omnipotente nos llama cariñoso; nos ofrece el tesoro de la vida eterna y nos da con que poder comprarlo y adquirirlo: los ángeles tambien se muestran prontos para ayudarnos y defendernos en el negocio de nuestra salvacion; san Antonio nos protege, nos ampara y dirige, solo falta que nos decidamos á imitar las virtudes de este santo siendo fieles hijos de la gracia, discípulos del Evangelio, y cristianos como lo fueron nuestros padres bajo la proteccion del glorioso san Antonio de Padua. Resolvámonos pues, y sea siempre para nosotros este santo prodigioso, el Rafael divino que nos conduzca por entre las escabrosidades de este mundo peligroso hasta la prosperidad á que podemos llegar en esta vida, para que alabando en ella á nuestro Dios con un corazon recto y puro, nos hagamos dignos de las recompensas eternas que Dios ha prometido á los que imitando á san Antonio de Padua, serán conducidos como él á los tabernáculos eternos de la gloria. Amen.

DIA IX.

Los que imitando á san Antonio en sus virtudes lo invoquen en su tribulacion, serán socorridos y amparados, y honrarán su nombre.

*Invoca me in die tribulacionis, eruat te,
et honorificabit me.*

*Invócame en el día de la tribulacion, te li-
braré y me honrarás.*

Este, señores, es para nosotros un día de tierna y santa despedida. Hoy se concluye el Novenario en que nos propusimos alabar, bendecir y glorificar al Dios que tan prodigioso y admirable se muestra en sus santos. Ya no veremos mañana enese trono augusto á san Antonio de Padua: la misma iglesia quiere que suspendamos los públicos y solemnes cultos con que hemos manifestado la devoción que tenemos á este santo esclarecido, y no hay remedio; como hijos sumisos y respetuosos nos toca seguir en todo á nuestra piadosa Madre, dejarnos alimentar con la leche de sus pechos, nutrir con la substancia de sus doctrinas celestiales, y atravesar á su lado la peregrinacion peligrosa en que vivimos. Ni creais por esto que nos es permitido olvidar al

héroe que tenemos á la vista, ni que el grande y admirable san Antonio de Padua deba ser para nosotros un personaje que pasa como una sombra, á la manera de los impíos que desaparecen, como si nada hubieran sido: nada de esto: la heroica renuncia con que este santo dejó al mundo con cuanto en él se aprecia, su santificacion en el claustro, el amor ardoroso de su Dios á que subordinó toda su conducta, el celo y sabiduría con que enseñó los preceptos de la ley, su apostólica predicacion autorizada con los milagros mas estupendos, y todo lo que en estos dias se os ha dicho, demuestran perfectamente que siguiendo á san Antonio seguimos á la Iglesia santa, que teniéndolo en la memoria para imitar sus virtudes y pedir su proteccion nos santificamos, que dirigiéndonos por sus enseñanzas, doctrinas y ejemplos nos hacemos queridos hijos de Dios, y aseguramos la gracia de los justos y la gloria de los santos. Esa prodigiosa imágen de nuestro abogado y protector va á ser removida del sitio en que la vemos, pero no sin dejarnos repletos de bienes y consuelos. El glorioso san Antonio de Padua nos ha visitado lleno de amor y caridad: ha hecho con nosotros lo que el arcángel san Rafael con la familia de los Tobías: nos ha señalado los precipicios á que nos conducen nuestras pasiones para que los evitemos: nos ha provisto de cuantas armas necesitamos para vencer á los enemigos de nuestras almas, y para que nada falte á sus devotos se despidе hoy diciendo á cada uno de ellos en nombre del Dios en quien es feliz, fuerte y poderoso:— Invócame en el dia de la tribulacion, yo te libraré, y tú me honrarás. *Invoca me in die tribulationis, eruam te, et honorificabis me.*

¿Lo habeis comprendido? ¿Sabeis lo que nos dice con esto el glorioso santo que nos ha concedido el cielo para nuestra dicha y felicidad? Preciso es que lo entendais para que no seais defraudados en vuestras esperanzas, ni sea vana la devocion que teneis á san Antonio de Padua. Este santo ha demostrado que hay tal union y coherencia en las cosas de nuestra religion santa, que perfeccionados en una de ellas lo estamos necesariamente en todas. Como si dijera: todos mis verdaderos devotos que dóciles á la gracia procuren imitar mis virtudes segun el estado en que se hallen, serán llamados hijos del Escelso, y su gloria será como la que forma mi felicidad en el seno de la divinidad. El que quiera una prueba demostrativa de esta verdad, invóqueme en el dia de su tribulacion, y verá como lo libero, y le obligo á honrarme. Sobre estas palabras que en su despedida nos dirige san Antonio, será la oracion que vais á oir en este breve rato.

Virgen adorable: jamás los fieles se determinan á obrar sin contar con vuestra venia y proteccion. Nosotros nos gloriamos de ser vuestros siervos y esclavos: tenemos muy experimentada vuestra clemencia, y hasta tenemos por criminal al que os cree capaz de faltar á los que os invocan en sus necesidades. Con vuestro auxilio hemos llegado al último dia del Novenario que hemos consagrado á la memoria de vuestro devotísimo san Antonio de Padua, y con él mismo deseamos concluirlo de un modo digno de los hijos de la fe. Concedédnoslo, una vez que rendidos á vuestras plantas os saludamos llena de gracia diciéndoos con el ángel:

Ave María.

Invoca me in die tribulationis, eruam te, et honorificabis me.

No, divino Antonio: no te dejaremos sin recordar lo que nos has dicho y enseñado para nuestra dicha y felicidad. Tus palabras son de vida eterna, tus doctrinas las del precioso Niño que tienes en tus brazos, tus enseñanzas las de un varón de Dios inspirado por el Espíritu Santo, tus ejemplos los de un hombre evangélico, tu poder el de un amigo del Omnipotente, y tu bondad en favor nuestro, la que descubre la fe en un confidente de Jesús y de su Santísima Madre la Reina de los ángeles y de los hombres. Siguiéndote no podemos errar, imitándote no nos estraviaremos, conducidos por tu voz de virtud y de magnificencia formaremos la sociedad santa de los hijos de Dios; con tu protección, seremos todos *el real sacerdocio, la gente santa y el pueblo de adquisición* de que habla el Príncipe de los Apótoles (1), y nos salvaremos; te acompañaremos en la gloria por eternidad de eternidades, y nuestro Dios será bendito, alabado y glorificado por los siglos de los siglos. ¡Qué dicha esta para tus devotos y protegidos...! La deseáis amados míos? ¿Quereis los bienes inmensos que os ofrece san Antonio de Padua en nombre del Dios que lo ha escogido para instruirnos, doctrinarnos y enseñarnos los caminos de la santificación que conducen á la patria de los go-

(1) I. Pet. c. 2, v. 9.

zos eternos y de las delicias celestiales? Pues abrid vuestros corazones á los consuelos, dad expansion á vuestras almas, depositad en ellas los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que os comunica el Dador de todo don por medio de este santo prodigioso, y escuchadme con docilidad y santa disposicion.

Desde el primer dia de este Novenario principiámos á admirar á san Antonio de Padua en la generosa renuncia con que dejó la opulenta casa de sus padres, los placeres, riquezas y bienes de este mundo para ir á hablar con Dios en la soledad y tener en ella una vida escondida con Jesucristo en Dios, como lo encarga el Apóstol. Lo hemos contemplado en los ejercicios de la mas austera penitencia comunicando con el Dios de las misericordias que lo llenó de dones y gracias estraordinarias, y lo hemos visto obediente á la voz del cielo que le mandó enseñar públicamente la ley santa del Señor y dirigir con su doctrina á los mismos santos, á los reyes, á las gentes y á los hijos de Israel. Lo hemos admirado humilde, celoso, caritativo y hecho un Apóstol activo y laborioso por atender á la honra y gloria de su Redentor y provecho de sus prógimos, manifestando en todos sus actos una santidad tan heróica, que no encontró quien no se le rindiese, quien pudiera resistir á la fuerza de su palabra, y negarse á los atractivos de la gracia que habitaba en su alma. En sus doctrinas y celo ardoroso por la salvacion de las almas fue una copia fiel de los Pablos, de los Ambrosios, de los Agustinos, Crisóstomos y Bernardos. El paseando ciudades, recorriendo provincias, surcando mares, y haciéndose un todo para todos por ganarlos á Jesucristo, congregaba á las gentes, y ya de pa-

labra , ya con obras prodigiosas y ejémplos edificantes á todos los instruía para que no se dejaran seducir de la falsa filosofía que todo lo subvierte y trastorna : á los constituidos en dignidad les mostraba el camino seguro de la prudencia, de la modestia y de la gravedad : á los ingenios sublimes del mundo les advertía que Dios confunde la prudencia de los sabios del siglo , que la ciencia que no es de Dios hincha , enaltece y llena de orgullo al que la posee, pero que la del cielo unida con la caridad aumenta su virtud y brilla como el sol en medio del dia : á los hombres desgraciados decia que el camino del cielo está sembrado de trabajos, de afliccion y penalidades , pero que no hay proporcion entre los padecimientos de esta vida y la gloria que Dios tiene preparada á los que lo aman cumpliendo con sus divinos preceptos : á los ricos los exhortaba á no poner su confianza en las riquezas, sino á valerse de ellas como de medios para conseguir el reino de los cielos empleándolas en usos *piadosos, justos y racionales, segun los instintos de la caridad cristiana : á los pobres decia , que todo perece menos la virtud ; á los casados que la union y felicidad los santificaba y hacia dignos del agrado del Señor; á las vírgenes que su cuerpo debia ser la imágen de una alma pura , y que su espíritu debia fijarse en el cielo hácia donde eran llamadas para hacer la corte al Cordero inmaculado. El divino y celestial Antonio de Padua dejó á todas las clases de la sociedad los documentos mas eficaces y oportunos para mantenerlas en el mas perfecto equilibrio , y hacer que en ellas floreciese la virtud y fuese honrado y glorificado nuestro Dios: á los que profesan la carrera de las letras sagradas y predicán el Evangelio á los pueblos, ha dejado una

teología la mas á propósito para preservarse del error y de sus sectarios; para defender en su presencia y en la de todo el mundo los misterios y dogmas de nuestra religion, y para dirigir con ella á los hombres todos hácia el cielo; una teología que enseña á un Dios entregado al mayor abatimiento sin dejar de ser Dios omnipotente, á un Jesus resucitado, modelo de la resurreccion de nuestras almas; á un Jesus en la Eucaristía, ejemplar de amor y de ternura; á un Jesus, cabeza invisible de la Iglesia, legislador, mediador único entre Dios y los hombres, sacerdote, pontífice, juez y salvador de todos; á un Jesus, dueño absoluto de sus favores que llama al gentil y abandona al judío, que tiene misericordia de quien quiere y dá su gracia sin atender á las obras; una teología en fin que restituye al mundo la paz de los justos perturbada con los excesos de los pecadores, la luz de la fe oscurecida con las tinieblas del vicio, la hermosura de la virtud desconocida entre los prevaricadores de la ley santa. ¿No es todo esto, lo que hemos visto y contemplado en estos dias de fiesta y de solemnidad para los devotos del grande y admirable san Antonio de Padua? ¿Hemos podido admirar las virtudes de este glorioso santo sin intentar al menos el arreglo de nuestras costumbres, y sin desear nuestra salvación eterna? Pues ved aquí el principio de nuestra justificación. Los ejemplos y doctrinas de san Antonio acompañadas de milagros y portentos nos convencen, nos paran y detienen en los caminos del crimen, nos obligan á cambiar de ruta, á mudar el error por el acierto, la mentira por la verdad, el vicio por la virtud, y á reconocernos y enmendarnos para seguir á un santo en quien está Dios, y con él la gracia, la gloria y todos los

bienes. ¡Ojalá que no haya un solo devoto de san Antonio en este santo templo que no se proponga imitar las virtudes de este glorioso santo y caminar con su patrocinio por las sendas de la gracia hácia el reino de la felicidad eterna! En este caso los frutos de este santo Novenario serian con formes con los deseos piadosos de los que con tanto celo han contribuido á su solemnidad; nuestras almas experimentarán las delicias de la paz interior que produce la gracia, y no habrá uno solo que no salte de gozo al ver que el grande y admirable san Antonio de Padua se despide tierno y cariñoso, diciendo á cada uno de sus devotos:— Invócame en el dia de la tribulacion, yo te libraré y tú me honrarás viendo el poder de Dios en las manos de sus escogidos. *Invoca me in die tribulationis, eruam te, et honorificabis me.*

Esta es la última prueba con que el prodigioso santo que tenemos á la vista quiere demostrar su santidad, su poder y valimiento con el Dios que lo inspiró en cuanto nos enseñó con sus doctrinas y ejemplos. Imitadlo en sus virtudes, sed dóciles á sus enseñanzas, alabad y bendecid á Dios en sus santos, huid del pecado como de la presencia de un dragon ponzoñoso, seguid la voz del grande Antonio y no temais; porque este santo tiene el encargo de protegeros contra las asechanzas del leon rugiente que quiere devoraros, y él os salvará. Así os lo asegura él mismo: así lo han experimentado cuantos han recurrido á su piedad; así puede verlo el que quiera. Una lluvia continuada de calamidades cae sobre los mortales: nuestra peregrinacion está llena de miserias; y la vida del hombre es una milicia sobre la tierra, como lo dice el santo Job. ¿Quién es el que

vive en perpetua prosperidad? ¿A quién no aqueja algun mal? ¿Quién no llora y gime en este valle de lágrimas? Pues bien; vivan todos en perfecta armonía y aseméjense al glorioso san Antonio de Padua siendo humildes, caritativos, piadosos y verdaderos cristianos, y acudan á él en el dia de su tribulacion, invoquen su proteccion en su mayor penuria, demanden con amor filial sus favores y beneficios, y verán como él los salva en los peligros, como los libra de los males y los colma de bienes. No os apartéis á la derecha ni á la izquierda del camino que os señala este ángel en carne humana y si las pasiones os inquietan, los trabajos os abrumen, las desgracias os afligen, las adversidades os prueban y la tentacion os fatiga, no desconfieis, esperad en la misericordia del Dios de la Cruz, recurrid á san Antonio de Padua, y si veis que os protege y alivia, que os libra de los peligros y os salva en vuestros conflictos alabad á Dios y confesad en loor de ese santo prodigioso, que con razon se apropia estas palabras del Salmista: *Invócame en el dia de la tribulacion, yo te libraré y tú me honrarás. Invoca me in die tribulationis, eruam te, et honorificabis me.* ¿Qué mas pudiéramos desear? Instruidos en las doctrinas de nuestra salvacion; advertidos de los peligros que corremos en medio de un mundo pervertido, engañoso, voluptuoso, florido y rebosando en delicias como la prostituta de Babilonia encargada de ofrecer la copa de su iniquidad á sus adoradores; conducidos al terreno firme de la religion en que con la gracia se cogen frutos de honor y honestidad, florecen las virtudes y reina la paz que anunciaron los ángeles á los hombres al nacer su Redentor; alimentados con el manjar del cielo que da la vida al mundo

y fortalece á los desfallecidos para que como el profeta Elías puedan caminar llenos de vigor hasta el santo monte Oreb, la perfeccion cristiana; entusiasmados santamente con las obras milagrosas de nuestro abogado y seguro protector san Antonio de Padua: ¿no debemos regocijarnos, entonar cánticos de júbilo, himnos de alabanza y general accion de gracias al ver la generosidad con que este santo trata á sus devotos; el amor con que se despidе de ellos, y la seguridad con que nos dice: os dejó en los brazos de la religion divina, vivid segun la ley santa del Señor, no olvidéis las máximas y preceptos que hicieron felices á vuestros padres, y si los enemigos de vuestras almas os molestan, invocadme, os libraré de todo peligro y vosotros honrared al Señor Dios nuestro y al siervo que escogió en su misericordia para anunciar la paz y los bienes de una conciencia inocente, pura y santificada? *Invoca me in die tribulationis, eruam te, et honorificabis me.*

Contestad en vuestro interior á san Antonio de Padua, despedios de vuestro abogado y protector, decidle alguna cosa, porque quiere oirnos en esta última asamblea con que se da fin á este solemne Novenario, y no parece regular que él hable y nosotros callémos, que él nos convida con favores y beneficios, y nosotros seamos desdeñosos, indiferentes, apáticos ó ingratos. san Antonio nos ha enseñado todo cuanto podia enseñarnos, y nos ha ofrecido todo cuanto puede ofrecernos: con ejecutar lo que de parte de Dios nos ha mandado, con imitarlo y seguirlo por los caminos que nos dejó trazados con su ejemplo, y con esperar confiadamente en su proteccion y amparo observando los preceptos del Señor, seremos indefectiblemente dichosos y

felices, y estos serán para nosotros los días mas importantes de nuestra vida. Esa preciosa imágen mudará de sitio, no la veremos regularmente hasta el año que viene como la vemos ahora, pero san Antonio no deja á sus devotos; los seguirá á todas partes, no habrá lugar en donde no lo hallen los que lo invoquen, siempre será el ángel de los que confían en su proteccion, jamás habrá uno que lo llame en sus necesidades sin que sienta la mano poderosa de su caridad. No lo dejemos tampoco nosotros, llevémoslo en nuestros corazones, sea el recreo de nuestras almas, consúltémosle en nuestras dudas como á nuestro doctor y maestro, pidámosle gracias como á nuestro padre, acudamos á él como los egipcios á José y digámosle con el lenguaje de la fe.

Divino Antonio: *Salus nostra in manu tua est.* Nuestra salud está en tu mano. Hemos recurrido en nuestras necesidades al Rey de los Reyes y Señor de los que dominan, y si Faraon decia á sus vasallos afligidos, *id á José*, á nosotros nos dice el Dios que veneramos en ese altar santo, *id á mi siervo Antonio*. Este es el encargado de socorreros, de ampararos y protegeros en el mar tempestuoso que estais atravesando: lo he revestido con todo el poder de mi diestra y él será vuestro salvador como Moisés lo fue de los hebreos maltratados en tierra estraña. A ti pues recurrimos dirigidos por el mismo Omnipotente, complacido en que obres en su nombre todo lo que conducir pueda á nuestra salvacion y á la grandeza y alabanza de su adorable magestad. Os amamos entrañablemente; sois el santo de nuestra especial devocion; en prueba de ello os hemos ofrecido los solemnes cultos del presente Novenario, y no; no nos apar-

ta remns de esa sagrada imágen sin protestar nuestro amor y gratitud á los favores y beneficios que recibimos de tu diestra. Se feliz, santo prodigioso, en el cielo, y vela sobre los devotos que dejas en la tierra; pero admitid los corazones que os ofrecemos para que los cuideis y dirijais con vuestras doctrinas, con vuestra poderosa intercesion y con la gracia que á vuestras instancias concederá nuestro Dios á los que siendo vuestros devotos en esta vida desean acompañaros eternamente en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

NOVENARIO

En honor de Santa Rita de Casia.

SERMON

PARA EL DIA PRIMERO.

Santa Rita amó de corazón á Jesucristo desde su infancia, y este amor divino la hizo grande y esclarecida en la Iglesia de Dios.

Fortis est et mors dilectio, dura sicut infernus emulatio.

Fuerte es como la muerte el amor, duro como el infierno el celo santo

CANT. G. 8, V. 8.

En este santo templo habita el Dios de nuestros padres. Esta es la casa del Señor, el augusto alcázar de nuestra religion divina, el lugar terrible en donde deja oírse una voz de virtud y de magnificencia que nos llama hácia el cielo; que nos conforta y alienta para caminar de triunfo en triunfo y de victoria en victoria hasta el monte santo de la perfeccion cristiana, y hace santos y virtuosos á cuantos la

escuchan con docilidad y rectitud de corazón. Aquí ha puesto el Omnipotente la escuela en que se enseña la ciencia de la salvación, el árbol de la vida cargado de gracias y dones para los que lo invocan, la puerta del cielo, el paraíso de las almas justas, la ciudad de refugio para los criminales que piden perdón acogiéndose á los pabellones de la divina clemencia, y todo cuanto pueden desear los hombres para ser dichosos y felices en esta y en la otra vida. ¿Queréis verlo y experimentar lo con gozo de vuestras almas y consuelo de la sociedad santa de los hijos de Dios? Pues resolvéos á venir compuestos y devotos á escuchar las órdenes que nuestro Redentor quiere comunicaros para vuestra dicha y felicidad: formad un firme propósito de asistir religiosamente nueve días seguidos á esta santa Iglesia, y en ella se os dispondrá para que seáis admitidos en los nueve coros de los ángeles, y seáis las delicias del Escelsio: apresuraos á venir á solemnizar los presentes cultos que la piedad cristiana dedica á la gloriosa SANTA RITA DE CASIA, objeto digno de nuestra devoción, y todos vereis que los justos se justificarán mas, que los tibios se harán fervorosos, los indiferentes decididos y determinados, los ignorantes sábiamente ilustrados, y los impíos, licenciosos y libertinos, religiosos morigerados y fieles hijos de la gracia, con destino á la felicidad eterna que Dios tiene preparada para los que imitan á la santa prodigiosa que tenemos á la vista y hace las delicias de este pueblo.

Para que así sea, nueve sermones estan trabajando los predicadores evangélicos: en ellos, enseñarán á las doncellas y solteros á ser santos como en su estado lo fue santa Rita; á los casados á cumplir con sus obligaciones como

las cumplió esta santa esclarecida; á las viudas á sufrir con mérito su desamparo, y á las religiosas á ser fieles esposas del Cordero vírgen en los santos ejercicios de su instituto monástico. Todas las clases de la sociedad hallarán en santa Rita de Casia el modelo y ejemplar de las virtudes que deben santificarlas: á todos enseña con su ejemplo esta escogida en los decretos eternos para ser la maestra y doctora de los que quieran salvarse en el estado en que los ha colocado la divina Providencia. A mí me toca principiar á demostrarlo, y al efecto, ¿no es cierto que el amor es mas fuerte que la muerte, y que el celo de la caridad es mas duro é inflexible que el infierno, como se dice en los libros santos? Una alma que ama con todo su corazon, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos al amable Jesus en quien es, vive y se mueve: ¿no será la mas á propósito para ser el aposento de todas las virtudes evangélicas, y arrojar rayos de luz celestial sobre cuantos la miren y contemplen? Pues ved aquí á santa Rita de Casia: á esta hijá predilecta de nuestra religion divina, tan amante de su Redentor que ella sola basta para probar que el Sabio dejó consignada una verdad eterna cuando escribió inspirado por el cielo:— Fuerte es como la muerte el amor, duro como el infierno el celo santo. *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio*. Sea pues el amor á Jesucristo con el celo por su honra y gloria el primer fruto de este santo Novenario, y de creer es que bajo tan sólido fundamento podremos edificar el templo de las virtudes que debe erigirse en nuestras almas para que en él sea adorado nuestro Dios, y nosotros santificados, como lo deseo.

Virgen adorable: á que todos imitemos á santa Rita de

Casia en sus virtudes se dirigen mis esfuerzos. Lo primero, lo esencial y lo único necesario es el amar á vuestro Santísimo Hijo , y hacerlo todo para su mayor honor y gloria; como nos lo encarga el Apóstol , y vos misma nos lo enseñais. Protegedme en el proyecto que he formado de hacer que todos amemos y atendamos por la gloria de nuestro Redentor amable como la gloriosa santa que nos ocupa , y no nos negueis las gracias que con tanta abundancia derramásteis sobre su bendita alma. Os lo pedimos como de costumbre diciéndoos con el ángel:

Ave María.

*Fortis est ut mors dilectio , dura sicut infernus
emulatio.*

Hija de fervorosas oraciones y de obras piadosas fue la admirable y prodigiosa santa Rita de Casia; pues que el cielo la concedió á sus padres demasiado ancianos repitiendo los prodigios de fecundidad que en las antiguas Anas é Isa-beles. Admirada la madre de Rita , como la muger de Habrahan , con la novedad de su embarazo despues de haber pasado sus mejores dias, tuvo la dicha de ser consolada por un ángel que la dijo , daria á luz una hija muy amada de Dios y estimada de los hombres por su eminente virtud y

esclarecida santidad. A su tiempo nació esta hija de la gracia sin que su madre sintiese los dolores del parto como las demás mugeres; el mismo nombre de Rita jamás oído en el mundo fue inspirado del cielo para significar la rectitud de su vida y la grandeza de su perfeccion; aun no tenía un año cuando puesta en la cuna vieron entrar y salir por su boca un prodigioso enjambre de abejas blancas como la nieve, indicio inequívoco de su inocencia, de su candor, de la dulzura y suavidad que habria de comunicarle algun día el amor con que siempre fue toda de su divino Jesus sin tener otra voluntad que la suya, como lo demuestra el tenor de su vida prodigiosa. Esta aparece á los ojos del mundo basada sobre el fundamento de todo lo bueno, de todo lo laudable y meritorio, de la caridad que es una misma cosa con Dios, como lo dice el Evangelista. Santa Rita en la aurora del uso de su razon conoció al Dios que la poseia y lo amó con el mayor fervor, se ofreció con la mayor decision á su santo servicio, lo hizo dueño de su corazon, se declaró por su sierva y esclava, y su bendita alma quedó dulcemente aprisionada con los lazos de un amor divino tan superior á la comprension del hombre carnal y terrene, como lo es para él, todo lo que es del espíritu del Señor. Abrasada con los ardores de la caridad que la unian á su celestial Esposo brillaba entre los fieles como la estrella de la mañana en medio de las tinieblas, como la luna en su plenitud, como el sol en el círculo de su carrera, segun la espresion del Sábio (1). Rita amando á Jesus sobre todas

(1) Eccles. c. 50.

las cosas desde su mas tierna infancia era considerada por los hombres ilustrados, como una rosa en la primavera, como la azucena plantada en el tránsito de las aguas, como el incienso que se evapora en el ardor del estio, y como la copa de oro esmaltada con toda especie de piedras preciosas. Rita, mostrándose mas hija de la gracia que de la naturaleza, dejaba verse de todos como un ángel en su pureza, como un serafín en sus altas contemplaciones, como un querubín en sus fervorosos afectos, como una víctima destinada á ser sacrificada por su Amado, como la muger fuerte que mereció los elogios de Salomon por ser temerosa de Dios, y como la oliva fructífera que brota virtudes; como el ciprés, émulo de la altura de las nubes, ó como el plantío del cedro en el monte Líbano, por no apartarme de las figuras de los libros santos. Rita, prevenida con luces celestiales y escogida en los decretos eternos para ser el ejemplar y modelo mas á propósito para dirigir á las de su sexo en todas las clases y condiciones en que puede ponerlas la divina Providencia, conoció casi al amanecer de su ser que la verdadera felicidad del hombre en esta vida consiste en conocer bien y amar á Jesucristo, en seguirlo por los caminos de la virtud, en observar sus divinos preceptos, en no vivir sino con la vida de su divina palabra y con la doctrina celestial que ilumina á todo el hombre que viene al mundo como lo dice el Evangelista. Conoció est niña, ilustrada antes de tiempo si puede decirse así, que el amable Jesus es todo lo apetecible y deseable que hay en este mundo, que en él estan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad, que en él tenemos

todas las cosas, que él es la cabeza de los principados y de las potestades, la guía, el camino, la verdad y la vida de los suyos, el Redentor glorioso que venció al pecado y al infierno, dejando clavada la sentencia de nuestra condenación en la cruz, abriéndonos las puertas del cielo y quedando como fino amante de sus hijos en el Santísimo Sacramento del altar para habitar con ellos hasta la consumación de los siglos, y servirles de un alimento mucho mas precioso que el maná de los hijos de Israel. Conoció en fin la tierna y jóven Rita que no debía pensar mas que en amar á Jesucristo, que en aprender á tener este amor consiste la felicidad que puede tener el hombre en esta vida, que en solo amar á Jesus puede cumplirse toda la ley y dejar complacida á la divinidad. De aquí el asegurar sus panageristas que la vida de santa Rita en sus primeros años era como un ameno vergel matizado con las mas bellas flores de las virtudes, como una primavera de sazonados frutos, como un mapa precioso de acciones heróicas y prodigiosas, como un agregado de empresas gloriosas, como una pirámide de triunfos contra los enemigos de su alma, y como una alternativa de privilegios, de dones y gracias propias de las almas grandes y de los principales personajes de la casa del Señor. De aquí... Pero ¿qué no hizo y causó el amor ardoroso á Jesucristo en esta santa esclarecida puesta por Dios en su Iglesia santa para consuelo, guía y protección de los fieles? Todos los bienes vinieron juntamente á santa Rita de Casia con el amor que siempre tuvo á su divino y adorado Salvador. De este gérmen fecundo de méritos y virtudes procedieron todas las gracias, favores y beneficios con que la adornó el Dador de todo don perfec-

to, generoso y liberal con la bendita Rita desde antes de su existencia.

La bondad divina dispuso con especial cariño que esta santa fuese un objeto digno de sus complacencias, la señaló con singulares muestras de una particular dignacion, la previno como al Profeta precursor con las augustas bendiciones de su diestra soberana, derramó en ella con profusion el océano de sus celestiales caricias, la adornó con aquel conjunto de circunstancias que forman el caracter peculiar de un alma escogida y se encargó de conducirla por los caminos insólitos frecuentados solamente por las especialidades que hacen el adorno de nuestra religion santa y adorable. Ya he indicado como apareció esta santa en el mundo, pero necesito recordar la cadena de prodigios que solo pudo conynar la divina Providencia para manifestar á las gentes todas, que santa Rita de Casia fue dada por Dios á los hombres para ilustrarlos, enseñarles el camino de la ley, hacerlos virtuosos, y convencerlos de que con el amor á Jesucristo todos pueden ser santos en todos los estados, clases y condiciones de la sociedad. Si Dios hace fecunda la impotente esterilidad de su anciana madre, fue para declarar con un parto milagroso el feliz nacimiento de una niña que con el tiempo habia de llenar de honor, de gozo y de virtudes á los pueblos y á los desiertos, á las doncellas, á las casadas, á las viudas y á las religiosas del claustro. Dios infundió en su primera organizacion una alma ingeniosa, parecida á la de Salomon, llena de bondad y de dulzura: le concedió en el instante de su nacimiento una inocencia rara, y un candor de ánimo incapaz de empañarse con las negras manchas del vicio: la dotó de una

bella índole, naturalmente inclinada á abrazar el partido de la virtud ; de un corazon puro, que jamás pudo contagiar el aire venenoso de la depravacion general ; de un talento escogido, muy propio para seguir los sistemas de la razon ilustrada por la fe, de un valor y constancia superior á las extravagancias de un siglo corrompido, lleno de vicios y de escándalos. Sus piadosas inclinaciones aptas á perfeccionarse con el soplo de la divina gracia, su espíritu varonil y genial dócil, su devocion y angelical pureza significada con el enjambre de abejas que entraron y salieron por su boca : ¿ no puede decirse que fueron otros tantos presagios de los admirables progresos que habria de hacer en las virtudes cristianas esta niña heroica, nacida para amar á Jesus, para ser con este divino amor la maestra y doctora de las gentes, para señalar á todos los caminos que conducen á la gloria, ayudarlos para seguirlos sin estraviarse, y animarlos para recibir con gusto el suave yugo del Evangelio, la deliciosa carga de la cruz, y la ley divina dada por Dios á los hombres para hacerlos ángeles en la tierra y en el cielo ? Si, señores, el Redentor del mundo destiñó alrededor de la cuna de santa Rita de Casia, un padre anciano muy semejante en la fe al patriarca Abraham y en la piedad al viejo Tobías, una madre tan virtuosa como la esposa de Elcaná, tan discreta como Noemi y tan prudente como Abigail : de este modo no conocieron cuidado mas importante que la instruccion religiosa del bendito fruto de su fecundidad milagrosa, ni otros afanes que los de hacer santa y virtuosa á la amable hija de su corazon cristiano. Dios deparó á Rita una familia honesta, en donde reinando la paz sólida, la armonía suave,

la union constante, la subordinacion prudente; la continua aplicacion á los ejercicios de piedad y todas las virtudes cristianas se servia á Dios y se amaba de todas veras á Jesucristo. La divina Providencia colocó á esta santa á la sombra de una estirpe esclarecida en virtud, el Omnipotente la hizo objeto de sus caricias, la previno con bendiciones de dulzura, y la adornó con las preciosas joyas de la gracia: pero la virtuosa Rita respondió á los favores del cielo con una pronta y fiel correspondencia, se mostró digna de la eleccion que de ella hizo su Amado: apenas nació cuando desde las fajas mismas pasó á los brazos de la virtud en que tuvo una vida crucificada, santa y edificante, sin que los diversos estados en que la colocó la mano de Dios fuesen capaces de distraerla del acendrado amor que siempre tuvo á Jesucristo. Aun no podia articular su balbuciente lengua los nombres de Jesus y de Maria, que fueron los primeros y los últimos que pronunció en su vida, y ya pedia con ansia que la llevaran á la iglesia, porque en ella estaba Jesucristo con su Madre: allí postrada como Samuel al pie de los altares, levantaba sus tiernecitas manos hácia su divino Redentor, y le ofrecia su corazon puro é inocente; allí adoraba la inmensa grandeza de su soberanía, le consagraba los primeros fervores de su alma, se entregaba total y absolutamente al Dueño de su corazon haciéndole el sacrificio de todas sus potencias y sentidos, y allí descubre nuestra piedad un pacto que despues se dejó ver en sus efectos: por parte de Rita, el de amar siempre y sobre todas las cosas á Jesucristo haciendo su santísima voluntad; y por la de Jesus, el de hacer á Rita participante de su pasion y de sus consecuencias.

Rita pues, es toda de Jesus desde su mas tierna infancia; crecia en edad y en virtud amando á su Redentor. Llegó el estado en que se suelen afiliar las gentes bajo las banderas del mundo ó del Evangelio, y aquí es en donde yo quisiera que observaraís á esta santa para que en ella admiraraís el poder de Dios y la imitaraís. A los doce años ya era la admiracion de todos los de Casia, el asombro de sus mismos padres y el embeleso de los ángeles. Sin huir como Abraham á los desiertos de Mambre, sin morar en las fragosas cimas del Oreb como Moisés, sin ocultarse como Elías entre las asperezas del Carmelo, ni buscar las grutas que habitaron los antiguos Pablos, Antonios, Hilariones y Pacomios, sabia Rita enseñada por el cielo, encerrarse dentro de sí misma, y á la presencia de un siglo tumultuoso, ocuparse en alaviar su inocente alma con todos los adornos de méritos y virtudes que podian ganar el corazon de su adorado Jesus. ¡Con cuánto esmero procuraba agradar al Dueño de su alma, ofreciéndole en holocausto hasta los placeres mas legítimos que le permitia su infancia! ¡Con qué cuidado observaba los movimientos de su corazon para excusar el menor desliz que pudiera disgustar á su Amado! Con el mayor fervor se aplicaba á regular sus sentidos, á recoger sus potencias, á vencer sus deseos, á sofocar y reprimir sus pasiones, á alimentar su espíritu, á fortificar su voluntad en el bien y perfeccionar sus obras. El amor á Jesus era la regla á que acomodaba santa Rita todas sus acciones, palabras y pensamientos: el amor divino formaba el carácter propio y singular de esta santa prodigiosa; era tan verdadero, tan ardiente y fervoroso, que antes queria sufrir la muerte y aun el mismo infierno,

que perder el amor de su Redentor por el pecado. Amar á Jesucristo, cumplir con todos los preceptos de la ley; asegurar la santidad; poseer todas las virtudes; ser del número de los escogidos, y estar destinados á vivir en los gozos eternos, por los siglos de los siglos, ¿no son cosas tan unidas entre sí como la caridad, la gracia, la virtud y la gloria? ¿Puede alguno amar de veras á Jesucristo sin ser santo y virtuoso? Preguntadlo á los teólogos, ó á las almas piadosas y ellas os dirán, que en amar á nuestro Dios consiste toda la ley, toda la perfeccion y toda la grandeza del justo. Fijad sino vuestra consideracion en santa Rita de Casia, y en ella observareis que el amor á su Redentor fue el fontal origen de todas sus gracias, de que la veamos en ese trono augusto espuesta á la veneracion de los fieles, de que la iglesia la encuentre digna de ser propuesta á los cristianos como ejemplar y modelo de las virtudes que deben hacer el adorno de las almas justas, y de que al verla tan unida con su Jesus divino se nos figure que de ella habló el sabio cuando dijo: Fuerte es como la muerte el amor, duro como el infierno el celo santo. *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio.*

Imitadla en su amor á Jesus, recoged y depositar en vuestros corazones ese amor celestial que hace ángeles de pecadores, y transforma en serafines á las Magdalenas escandalosas, á las Pelagias y Egipcíacas licenciosas, y á las Thais corrompidas, y estad seguros de que amando como amó santa Rita sereis como ella favorecidos de Dios y elevados á la cumbre de la perfeccion cristiana en que está la puerta del reino de los cielos. Amad á Jesus: pero amadlo no con los labios, sino con las obras; no precisamente en

oculto, sino en público confesando su fe, y diciendo como decia santa Rita siguiendo al Apóstol: «No me avergüenzo de seguir el Evangelio. *Non erubesco Evangelium*. Nadie se admire de que como cristiana perdone las injurias; de que no me deje arrabatar de la cólera; de que no asistá á espectáculos, á las comedias, á las óperas, á los circos, á las reuniones de los pecadores, ni á las concurrencias profanas, porque Jesucristo á quien amo, á quien adoro y á quien confieso por mi Dios y Señor, me lo prohíbe; porque su ley santa me manda abstenerme de todo lo que puede encender, escitar ó provocar las pasiones que debemos sujetar con las armas de la fe. Yo soy cristiana, y este solo nombre, esta sola profesion me á obliga á amar á Jesucristo, á ser santa y virtuosa como lo son cuantos se forman en su escuela.»

¡Ay, señores! ¿Se verian en la sociedad prevaricadores, si todos imitáramos á santa Rita de Casia en el amor profundo con que desde su mas tierna infancia se pronunció toda por su Jesus divino? Doncellas, casadas, viudas y religiosas que me escuchais, ¿no conocéis que con el amor divino se consume el carnal y terreno que nos arrastra por la tierra, y nos acalora con el fuego celestial para que podamos subir con facilidad al cielo? El amor que trajo Jesus para abrasar á la tierra: ¿no es el que nos santifica, el que nos fortalece, el que nos declara por hijos de Dios, el que nos llena de gracia y de virtud, y el que marca nuestras almas para que sean admitidas en la mansion de la felicidad eterna? Pues si esto es así, sea el amor á Jesucristo el fruto de esta predicacion en vuestras almas, y avivad vuestra devocion para oir con docilidad lo que os digan los

predicadores dispuestos á celebrar las virtudes de santa Rita de Casia para que la imiteis, y seais como ella amantes de Jesus. Santa Rita venció los imposibles de los hombres con la gracia y proteccion de su Amado; el amor divino la elevó á un grado eminente de santidad y perfeccion cristiana capaz de servir de modelo á todas las personas de su sexo; su caridad le hizo suaves, dulces y deliciosos los mayores trabajos de esta vida, y con ella, á todos nos llama, á todos nos convida, á todos nos ofrece su poderosa proteccion y amparo, á todos vocea, clama y dice, que el amor á Jesus todo lo puede, que con él siempre se vence y se triunfa, que con él nadie perece y todos se salvan. Amemos, pues, á nuestro amantísimo Jesus.

Y vos, santa prodigiosa, alcanzadnos de vuestro Amado un destello de aquella luz celestial que llena de amor divino los corazones y de gracia las almas, y no permitais que vuestros devotos sean del número de los que conocen á Dios y no le aman. Haced que todos amemos á Jesus, y vereis como de este novenario sacamos todas las gracias necesarias para ser virtuosos en esta vida, y eternamente felices con vos en la gloria. Amen.

A. M.

DIA II.

Si nos unimos á Dios como santa Rita , nuestra suerte será la de los santos y ciudadanos del cielo.

*Mihi autem adhærere Deo bonum est:
in Domino Deo Spem meam.*

Me es bueno unirme á Dios y poner en él
toda mi esperanza.

Ps. 72, 1, 28.

Ya os he dicho que santa Rita nació para amar á Jesus, para hacer su santísima voluntad y dar lecciones de virtud á las gentes todas. Verdad es que esta santa no fue instruida, como santa Bárbara, bajo el ministerio de Orfegones, ni como las Paulas, las Eustoquias y Marcelas, en la escuela de san Gerónimo. Es muy cierto que jamás se la vió frecuentar las academias de la Europa, ni pisar los famosos liceos de la Italia; que no se formó entre los maestros que sucedieron á los sabios de la Grecia, ni conoció la elocuencia de los Demóstenes, Tulios y Quintilianos; pero ¿necesitó de estos aparatos de la ciencia humana pa-

ra ser la luz de los pueblos, la doctora de las naciones, la maestra de los ignorantes, la directora de los sabios y el oráculo de su siglo? Santa Rita ¿no aprendió lo bastante en la escuela de Jesus para poder enseñar todas las virtudes cristianas, y poner en los caminos de la ley santa á todos sus devotos, de cualquiera clase, estado ó condicion que ellos sean? ¿No la puso Dios en el mundo para hacer patentes en ella y por ella sus divinas perfecciones, y manifestar con claridad los tesoros de su amor infinito en favor de los hijos de los hombres? Sí, señores: el Omnipotente, que ama todas las hechuras de sus manos, y solo aborrece el pecado, ha puesto á santa Rita al frente de ese pueblo para que sea su Judit salvadora, su Estér amable, su Jael valiente, su Abigail llena de prudencia, su Rut laboriosa, su fecunda Lia, su religiosa Ana, su ángel tutelar capaz de convertir en gozo nuestro llanto, en alegría nuestra tristeza y en cánticos de júbilo nuestras lamentaciones. Contemplemos si nó en en los pasos de su admirable vida; sigámosla en la carrera de sus virtudes; no apartemos la vista de su santidad, y todos nos convenceremos de que con ella tenemos lo bastante para ser en este valle de lágrimas perfectos, virtuosos y santos, como deben serlo los hijos escogidos del Señor; de que su memoria nos aficiona á la virtud y nos aparta del vicio; de que el magnetismo de su caridad despidе tales efluvios de gracia sobre nuestras almas, que no me detengo en asegurar que es imposible que se condenen los devotos de santa Rita que la imiten en sus virtudes.

Asi se os procura manifestar en este santo novenario, para bien de vuestras almas, honra y gloria de nuestro

Dios, y alabanza de esta esclarecida abogada y protectora de los que la invocan con espíritu religioso. A esto se dirigen los esfuerzos de los predicadores evangélicos, y Dios quiera dar incremento á sus palabras para que no vuelvan vacías al seno de la inmensidad de donde proceden. Ayer se os presentó á la gloriosa Santa Rita encendida y abrasada con el fuego del amor divino, enervorizada con la vehemencia de sus deseos de vivir sumisa á las órdenes celestiales del bendito Jesus, y sin otros pensamientos que los que inspira la gracia de la regeneracion espiritual. Hoy hay que avanzar algo mas y proponémosla dando frutos en tiempo oportuno, pululando como el lirio de los valles, floreciendo en la presencia del Señor, sin que puedan marchitarse sus flores por toda la eternidad, diciendo al entrar en su pubertad: — ¡Dios mio! todos los que se alejan de vuestro amor perecerán sin remedio; mas yo por mi parte ningun otro bien quiero sino el de vivir siempre unida estrechamente con vos, y el de poner en vuestra infinita bondad toda mi esperanza. *Mihi adhærere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.* Oh! si nosotros hiciéramos lo mismo imitando á santa Rita en tan santos propósitos! En este caso nuestra suerte sería la de los santos, y nuestra gloria la de los ciudadanos del cielo, como intento probar en el presente discurso.

Reina del cielo: yo no puedo intentar cosa alguna sin vuestra venia y proteccion; sin recurrir á vuestra presencia á pedir la gracia que necesitamos los ministros de vuestro santísimo Hijo, para sembrar y regar el campo de la Iglesia santa con el grano de sus doctrinas celestiales y el rocío de la caridad. Declaraos en mi favor y en el

de mis oyentes, puesto que todos tenemos un placer inexplicable en deciros con el ángel :

Ave María.

Mihi adhærere Deo bonum, est ponere in Domino Deo spem meam.

¡ En qué mundo tan pervertido vivimos los miserables hijos de Eva ! ¡ Qué situacion tan lastimosa es la de los que gimen oprimidos con el peso de la condenacion fulminada contra los hijos del primer prevaricador ! ¡ A cuántos peligros se ven espuestos los que sienten las funestas consecuencias del pecado original ! Las pasiones, como furiosos vientos ; se empeñan en echarlos por tierra : la razon hace esfuerzos para apartarlos de la verdad , la voluntad empuja para que huyan del bien y se decidan por el mal, la parte irascible no quiere empeñarlos en lo árduo , y la concupescible solo anhela por dejarse arrebatar de lo delectable, carnal y terreno que nos hace semejantes á los brutos. Las llagas de la ignorancia , de la malicia , de la enfermedad y de la concupiscencia afean la primera hermosura en que fue criado el primer hombre ; y lo presentan como al que , caminando de Jerusalem á Jericó, fue despojado de las riquezas de la gracia, herido gravemente y sin señales de vida. Esta es aquella guerra interior

que hacía suspirar al Apóstol, y decir en la amargura de su corazón: ¡ *Ay de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* Todos nos vemos en este caso apremiante; todos sentimos en nuestros miembros una ley imperiosa que contradice y se opone con sus exigencias depravadas á la que imprimió el Omnipotente en nuestros corazones para que, dirigidos por ella, pudiéramos hacernos dignos de sus favores y beneficios: la corrupcion nos rodea por todas partes; estamos sitiados por enemigos interesados en perdernos; nosotros mismos nos declaramos contra nuestro bienestar; y ¿quién? ¿quién podrá librarnos de nuestra propia malignidad? *La gracia de Dios*, se contestó á san Pablo. La gracia que Dios concede á los que aman á Jesus es no solo capaz de librarnos de todo peligro, sino aun de arrancar de nuestras almas las malas inclinaciones y las funestas tendencias del pecado. Con la gracia puede refrenarse la concupiscencia; con la gracia podemos refrenar nuestras pasiones y adquirir fuerzas para vencerlas y sujetarlas al imperio de la fé. Ella tiene la virtud de fortalecer nuestra debilidad, de robustecernos contra nuestros enemigos, de saciar el hambre de los bienes terrenos, de quitar la fealdad de los gustos sensibles y carnales, de aficionararnos á las cosas de nuestra religion santa, de obligarnos á decir con el Salmista: — No hay bien en este mundo como el de unirnos con nuestro Dios y poner en él toda nuestra confianza. *Mihi autem adhærere Deo bonum est, ponere in Domino meo spem meam.*

Asi puntualmente aconteció á la admirable santa Rita de Casia. Armada con el escudo de la fé, y unida con los lazos de la caridad al Dios de su alma, no vela en el mun-

do mas que lo que hay en él; bienes fingidos, falsas apariencias y males verdaderos. El amor divino encendió su corazón, ilustró su entendimiento y determinó su voluntad hácia las cosas virtuosas y santas, aun antes de haber visto lo carnal y terreno: se halló prevenida con la virtud de una gracia victoriosa antes de fijar el pie en esta tierra ingrata; supo aprovecharse de ella para acrecentar su caridad, aumentar su mérito y hacerse digna de ausilios mayores, y de este modo fue conducida al campo de batalla en que debería triunfar ó ser vencida. El Señor la ilumina, y con ella vé la jóven Rita que el pecado aniquila la vida espiritual del alma en el mismo instante en que recibimos la vida del cuerpo; que derrama de continuo en nuestros corazones una especie de veneno oculto que todo lo altera y corrompe; que el hombre, al verse dueño de sí mismo, se hace víctima funesta de su voluntad estraviada, y que como una caña cascada está espuesto á romperse y perecer con el soplo del primer viento que lo acometa. Jesucristo, jamás indiferente al que lo ama, y siempre decidido en favor de los que le ofrecen su corazón, hizo que santa Rita, á los diez años de su edad, viese claramente todo lo que es el pecador y lo que es el justo; lo que se halla en la gran Babilonia del mundo, y lo que hay en la cruz del Señor, la Religion santa. Vió que el hombre, apenas principia á usar de su razon, se estravía amando todo lo que lisonjea sus sentidos; observó que la adulacion lo corrompe, que la política lo engaña, que el mal consejo lo preocupa, que rodeado de enemigos al parecer risueños, gratos, bonéficos y justos, se ve aprisionado con cadenas de oro para sustituirlas por otras de hierro mucho

mas terribles y tormentosas. Vió Rita al entrar en su puerbertad que las tinieblas rodean al pecador, que su entendimiento le es infiel, que su propia razón lo preocupa y alucina, que los sentidos lo aprisionan, que las pasiones lo tiranizan, que los deleites lo embriagan, y que su misma felicidad lo oprime. Vió que el pecador nace entre lágrimas, vive entre inquietudes, y siempre siente sobre su cabeza una espada vengadora que lo amenaza y atormenta. Vió las grandezas humanas, las pompas y vanidades del mundo, los usos y costumbres de la muchedumbre pervertida, los encantos de la vida licenciosa, el precipicio á donde son conducidos los mundanos, y los abismos en donde van á ser precipitados... y dió un grito de horror y de espanto: se volvió aterrada á su Jesus divino, le ofreció una y mil veces su inocente corazón, se humilló en su presencia pidiéndole piedad y misericordia, lo cogió como Jacob en sus brazos, y no lo dejó hasta recibir su bendición. Rita vió en lontananza todos los bienes del mundo; pero su fé le presentaba al mismo tiempo á su Jesus adorado, y sin vacilar se divorcia con todos los halagos del mundo y se pronuncia por los trabajos de la cruz, por las mortificaciones y penitencias de los justos, por la abnegacion evangélica, por el ejercicio de las virtudes cristianas, y por decir resuelta al Dios de su alma: — Dios mio: no hay para mí en el mundo otro bien que el de vivir estrechamente con vos, y el de poner en vuestra infinita bondad toda mi esperanza. *Mihi autem adherere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.* Resolucion virtuosa inspirada por el cielo, apoyada por la gracia y llevada á cabo con el divino auxilio y la proteccion de la

Reina de las virtudes ; resolucion edificante que hoy se os propone para que la imiteis , jóvenes cristianas. Vosotras, como santa Rita , os encontrais sobre el cráter de un volcan que arroja saetas de muerte sobre los que se le acercan : estais en la primavera de vuestra vida al frente de un mundo festivo que os hace la corte, os halaga , os acaricia , os obsequia , os adula y engrandece para fascinaros, engañaros y perderos. Vivís como las hijas de Lot en Sodomá ; como Susana acechada por viejos lascivos , como Dina en la ciudad idólatra dominada de lujuria , como la hija de David solicitada por su mismo hermano , como los corderos en medio de los lobos y como las palomas acosadas por las aves de rapiña ; y es necesario que esteis muy alerta , que vigileis y oreis para no caer en la tentacion ; que pidais , llameis y supliqueis al Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion para que asegure vuestra inocencia , os libre de los peligros , os fortalezca con su gracia y os mire como miró á santa Rita cuando se halló como vosotras. El cielo os llama , Jesus os quiere , el Padre celestial os escoge , el divino Espíritu os ofrece sus dones y todo se declara en favor vuestro. Solo resta que os decidais y escojais con resolucion el partido que habreis de seguir. Si imitais á vuestra compañera santa Rita , despreciando las vanidades del mundo , los atractivos de las pasiones , las sugestiones del infernal dragon , las libertades y licencias del libertinaje , y todo lo que puede empañar y ofender el candor de la virtud con que se adornaron vuestras almas en las saludables aguas del bautismo , vosotras sereis defendidas por vuestro Jesus divino , encontrareis en los trabajos y penalidades de la cruz delicias in-

explicables, placeres incomprensibles, y la paz que infunde el Espíritu Santo en las almas puras, y vuestra suerte será la de vuestra abogada y protectora santa Rita de Casia. Vosotras vais á ser la gloria de Jesus y el honor de la Iglesia santa, si al mirar las riquezas, promesas, bienes y grandezas de los mundanos, os unís á santa Rita para decir con resolucion:— Dios mio! yo no quiero otro bien que el de vivir estrechamente unida con vos, y poner siempre mi confianza en vuestra santa y adorable Magestad. *Mihi adhærere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam.* Felices sobre toda ponderacion sereis si de este modo uniformais vuestra conducta con la de santa Rita de Casia, siempre fiel á la gracia del Señor que la dirigía por los caminos de la virtud.

Pero, cuidado, señoras: cuidado con tener presente que si el estado de la inocencia en que os supongo, es vuestro siglo de oro, vuestro tiempo de paz, vuestro paraíso de delicias y vuestro cielo sereno; es necesario que sepais que el tiempo de los placeres puros, no es el de la victoria; que si formais un jardín de hermosas plantas, aun no soven en él las palmas del triunfo que debeis conseguir en la pelea en que estais empeñadas. Ya debeis percibir el estruendo de la guerra que os declaran los sagaces enemigos de vuestras almas: aunque sin esperiencia, bien podeis conocer que estais rodeadas de peligros, espuestas á caídas funestas y amenazadas de golpes mortales. Cuidado, vuelvo á repetir, con conservar vuestra virtud; porque si como el criado de Eliseo admitís los dones que os ofrece el mundo, os vais á ver como aquel desgraciado; cubiertas con la pena del pecado; exhalando corrupcion y podre-

dumbre como Job en su asqueroso muladar, víctimas como Jerusalem del furor de un rey ambicioso y cruel. Resolveos con firmeza á imitar á santa Rita de Casia: huyendo de las pompas y vanidades del mundo; segun las promesas hechas en el bautismo; sea vuestra union con Jesucristo tan íntima como la de la Esposa de los Cantares con el Amado de su alma, y confiad en la bondad de vuestro Dios. Mirad que Dios no quiere que cese en nosotros la guerra de los sentidos, ni que tengamos completa paz con las pasiones para dar ocasion al mérito de la victoria cierta y segura con la gracia compañera de la caridad. Es necesario pelear, vencer y triunfar para reinar con la virtud en la tierra y con la gloria en el cielo. En los caminos de la salvacion no hay mas que pureza y santidad, porque sabido es de todos, que no pueden amalgamarse la vida y la muerte, la gracia y el pecado, Jesucristo y Belial, el misterio de salud y el de la iniquidad, la sangre de la alianza y las fornicaciones de Babilonia, Dios y el diablo. No se reconoce en nuestra religion mas que un solo Dios, una fé y un bautismo, unidad espresiva, dicen los Santos Padres, de la conducta uniforme é invariable que debemos tener los cristianos. Observadla conforme á la ley santa del Señor; amad á Jesus como lo amó santa Rita de Casia: despreciad todas las cosas de la tierra por tener la dicha de vivir unidas con Jesucristo, como la gloriosa santa que teneis á la vista, y no dudeis de vuestra felicidad.

Santa Rita, en cuanto conoció al mundo, se horrorizó de un modo digno del amor divino que abrasaba su alma: se angustió como Susana al caer en las manos de unos insolentes lascivos; se estremeció como el Profeta enviado

á Jeroboan: á la vista de un leon que le salió al encuentro: con solo ver á lo lejos la corrupcion, se le figuraba que estaba inficionada, que ya merecia la muerte, que no era digna de Jesus.... pero se humilla delante de su Redentor; implora su clemencia y le dice como David: *Sálvame Señor*. Recurre á la oracion, habla con su Dios, recibe inspiraciones celestiales, y vedla hecha una Magdalena en su contemplacion, una Egipciaca en sus penitencias, una Escolástica en su recogimiento, una oficiosa Marta en los quebaceres domésticos, una doncella, en fin, ejemplar, virtuosa y digna de la memoria de los buenos, porque nada obraba ni se veia en ella que no fuese conforme con la ley santa del Señor... ¡Qué respeto y sumision á sus piadosos padres! ¡Qué dulzura, discrecion y prudencia con sus iguales! y ¡qué accesibilidad y cariño con sus inferiores! ¡Qué esmero y cuidado en huir hasta de las ocasiones mas remotas de ofender ó de ser ofendida; y qué precauciones para no ser sorprendida de los enemigos de su alma! Rita hizo pacto con sus ojos, como Job, de no mirar á hombre alguno con lascivia; podia decir como la esposa del jóven Tobías, que jamás se habia mezclado con los disolutos ni reido con los mundanos. Si la hermosura de la hija de Jacob hizo que perdiese su virginidad y se siguiesen las muertes y desastres que tanto afligieron al santo Patriarca; Rita se precaba guardando su rostro de la vista de los hombres como Sara entre los egipcios; su temor de pecar era como su armadura de defensa. Si veia que en el mundo brotaban y se fortalecian las semillas de la concupiscencia, sofocando á mil Davides que prevarican, y á otros tantos Salomones que, olvidándose de su sabiduría,

adoran ídolos gentílicos con desprecio del Dios del Universo, Rita se oculta en un aposento de su casa como Judit en Betulia, ó se reconcentra en sí misma como Tobías en Samaria, como Daniel en Babilonia ó como Mardoqueo en la corte de Asuero, y así lograba sacar ilesa su inocencia de entre los peligros que la rodeaban. Si para no rendirse á la porfiada tentación, es necesario, según Ricardo de san Víctor (1), que toda la misericordia, toda la justicia y toda la bondad del Ser divino se empleen en favor de la criatura, Rita con su amor á Jesús y su resolución irrevocable, firme y constante de estar unida á su Dios y de esperarle todo de su bondad inmensa, se vió enriquecida con los preciosos dones que concede el cielo á las almas que no se arrastran por la tierra, que no ponen sus miras en el oro, en la plata ni en los bienes de este mundo, que buscan á su Dios por los caminos de la cruz en donde se halla, y se entregan en los brazos de las virtudes evangélicas con las que los cristianos son la estirpe elegida, el real sacerdocio, la gente santa y el pueblo de adquisición de que habla el Príncipe de los Apóstoles. Santa Rita, en una palabra, apareció en el mundo amando con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos á Jesucristo: al ver el reino de las pasiones, de los vicios y pecados, de las grandezas humanas, de los placeres y deleites de esta vida con todo ese ruido tumultuoso que perfora los oídos piadosos, y contemplar el reino eterno del que venció al mundo, al infierno y al pecado, se

(1) Part. 2, in Psalm. 118.

horrorizó con el horrible aspecto del siglo; se llenó de gozo y de santos deseos al ver con la antorcha de la fe el imperio de su amado, y se decidió: se declaró contra las tendencias, usos, costumbres, maneras, modales y prevenciones de los mundanos, y dijo con decision resuelta: No hay para mí mayor bien que el de unirme á Dios y poner en él toda mi esperanza. *Mihi autem adhærere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.*

¿Quereis mas? ¿No bastará lo espuesto para que comprendais que en el amor de Jesus y en la firme resolucion de vivir unidos con Dios, estan las bases y fundamentos de nuestra santificacion, de nuestra esperanza y de nuestra futura gloria? ¿Quién jamás ha podido ni podrá ser virtuoso y salvarse, sin amar á Jesus, y sin vivir y morir unido á su Divina Magestad? Reflexionad y tened entendido, que si imitais á esta santa prodigiosa en los primeros pasos de su vida cristiana, será vuestra suerte en este valle de lágrimas la de los santos, y en la gloria la de los ciudadanos del cielo. Si amais sobre todas las cosas á Jesucristo y formais firmes propósitos de vivir y morir unidos á vuestro divino Redentor, yo os aseguro, que así como el ángel exterminador miró con respeto las puertas de los Israelitas, teñidas con la sangre del cordero sacrificado, del mismo modo el ángel de los abismos os mirará con respeto sin atreverse á hostilizar la ciudad de vuestras almas defendidas por el Cordero virgen, cuyo poder es sobre todo poder. Si os abrazais á santa Rita para seguirla é imitarla en sus virtudes, sucederá con vosotros lo que con las aguas del Jordan á la vista de de la misteriosa Arca. Las aguas turbulentas son las pasiones que nos impiden el trán

sito á la tierra prometida: pero se dividen y humillan su altanería cuando nos ven unidos á Jesus figurado en el Arca; á su vista se templá el ardor de la concupiscencia, se debilitan los enemigos de nuestras almas, y se reprime su violencia en sentir de los ascéticos: por lo que dice mi melliflúo padre san Bernardo, que si no sentimos con tanta fuerza los movimientos de la ira, de la envidia, de la impureza y demás pasiones, debemos dar las gracias á Jesus-risto que, unido á las almas fieles, obra en ellas estos admirables efectos (1). Amor á Jesus y union íntima con nuestro Dios, es lo que por hoy os recomienda Santa Rita para triunfar y vencer, para ser virtuosos, santos y perfectos como ella lo fue. Doncellas y jóvenes que con tanta piedad y devocion asistís á este santo templo á rendir un culto santo á la prodigiosa y admirable santa Rita de Casia, á vosotras se dirige especialmente en este dia esta vuestra abogada y protectora. Tened muy presentes los primeros pasos de su admirable vida para imitarlos, y estar dispuestos á seguirla en el resto de vuestros dias en cualquier estado, clase ó condicion en que os coloque la divina Providencia. Señores todos, que me escuchais, el amor á Jesus y la union con Dios, son esenciales á todos los que quierán salvarse. Así está consignado en el Evangelio y en nuestros mismos corazones, y así nos lo predica y enseña con su ejemplo esa maestra y doctora de las virtudes cristianas, objeto digno de vuestra devocion en estos dias. Imitadla, seguidla, unid vuestros votos á los míos para decirla:

(1) S. Bern., serm. de Baptismo.

Santa prodigiosa: bien sabeis los peligros que nos rodean y los enemigos que nos persiguen. Nosotros conocemos y confesamos que con el amor á Jesus todo se puede: que no hay bien como el de estar unidos á Dios y poner en su bondad inmensa toda nuestra esperanza: pero necesitamos un ángel que nos fortalezca y anime, que nos guíe y dirija, que nos defienda y nos ayude á vencer y triunfar, y este ángel sois vos, abogada y protectora nuestra. Vos podeis hacer en favor nuestro todo lo que han hecho, hacen y harán los santos del cielo por sus devotos. Miradnos con predileccion, hablad bien de nosotros al Rey inmortal que hace tu felicidad, haced que nos conceda la gracia de amarlo y de vivir unidos con él en esta vida y en la eterna bienaventuranza. Amen.

A. M.

DIA III.

Santa Rita de Casia resuelta á hacer en todo la Santisima voluntad de Dios, es la muger santa y pundonorosa que tanto se elogia en los libros santos.

Gratia super gratiam. Mulier sancta et pudorata.

La muger santa y pundonorosa, es la gracia y el tesoro mas apreciable.

ECCLUS. c. 26 v. 19.

Hombres de la ilustracion y de la ciencia: reguladores de nuestros destinos y árbitros del mundo: escuchadme, y sereis mas sabios; oid mis palabras, y se os aumentará la inteligencia: sed dóciles á la voz del cielo, y la prudencia será vuestra maestra. Se trata de una muger santa y pundonorosa en medio de la sociedad cristiana; de una muger adornada y embellecida con las virtudes de una alma fiel enamorada de Jesus; de una muger tan compuesta, tan recatada, tan solícita en cumplir con los oficios de su empleo, tan esmerada en dar á Dios lo que es de Dios

y al César lo que es del César, tan ejemplar y tan grata á los ojos del Señor, que él mismo se dignó ponerla como objeto de magestad y de gloria en el diccionario del cielo, en el dialecto de la Iglesia, en la estimacion de los que tienen fe, y viven en el reinado de la gracia. De esta muger ocupada en la contemplacion, como María, y en el ministerio doméstico, como Marta, tratan con frecuencia los libros santos, y de ella nos dicen cosas grandes, cosas dignas de saberse, cosas que no se hallan en la jurisprudencia humana, ni en las tablas científicas de las naciones. Yo voy á hacerme cargo de ellas, os las espondré y vosotros juzgareis.

Dicen que la muger santa adornada con los brillos del pudor es una preciosa margarita de tanto precio y valor, que debe el hombre vender todo cuanto tiene para adquirirla y poseerla: que es como la fimbria del vestido de la Esposa; como la túnica polímita de José; como una de las damas de honor de la casa del divino Salomon; como uno de los miembros bien complexionados del cuerpo místico de la Iglesia; como el iris de paz y el anuncio de las misericordias del Señor: que ella es por sus virtudes el órgano que alegra al cielo, la citara á cuyo compás canta la Iglesia loores incesantes á su divino Esposo; el arco de guerra que hiere de muerte al infierno; el azote, la cruz y el verdugo de los incrédulos, licenciosos y libertinos; la gracia en fin y el tesoro mas apreciable que puede verse en la sociedad de los hijos de Dios. *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata.*

¿Podríamos personificar todas estas prerogativas en alguna de esas mugeres esclarecidas que ha puesto la maes-

trá de la verdad en nuestros altares para nuestro culto, veneracion y respeto? ¿No habrá en nuestros Martirologios una santa que reuna las gracias de la muger pundonorosa que tanto elogia el divino Espíritu? Ah! bien sabeis que sí. Sin nombrarla yo, estais convencidos de que la teneis á vuestra vista en ese trono de magestad en que se ostenta la santidad de la muger que quiero proponeros como ejemplar y modelo de las virtudes que deben brillar en las de su sexo. *Santa Rita de Casia*: esta es una rama robusta del árbol de la vida que fortalece á los débiles, de la ciencia en que se aprende á huir del mal y á obrar el bien, de la salud en que sanan todos los enfermos, de riquezas espirituales en que las mugeres cristianas encuentran todo lo que necesitan para hacerse dignas del celestial Esposo, llenar de fragancia con los aromas de sus virtudes el jardin de la Iglesia santa en que el mismo Dios tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres. Santa Rita hasta su tercer lustro es como la Dévora que instruía al pueblo santo bajo la sombra de una palma; como José dando lecciones de virtud en el Egipto; como Moisés predicando la grandeza de la divina Providencia, arrojado en un cesto de mimbrés en las corrientes del Niño; como Daniel lleno de virtud en medio de Babilonia; como Ester y Mardoqueo fieles al Dios de sus padres en la corte del gran Cambisès. Santa Rita en la edad mas difícil, es designada en los decretos eternos para ser la maestra y doctora de las doncellas que se hallan en igual estado; para asegurarlas en sus peligros, sacarlas triunfantes y victoriosas de los combates del mundo, del demonio y de la carne; y hacerlas dignas de los elogios que hace el Espíritu Santo de la Muger santa

y pudentiora. *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata.* ¿Quereis embellecer vuestras almas con todo el brillo de los ángeles puros que alaban sin cesar al *tres veces santo*, que hace la gloria de sus escogidos? Pues mirad á santa Rita que encendida en amor divino y unida estrechamente con su Dios no pensó mas que en hacer su santísima voluntad en el lance crítico de tomar estado, como os lo voy á manifestar para vuestra edificacion y efectos consiguientes, si me ayudais á pedir la gracia que todos necesitamos para que mi predicacion sea para todos lo que la de san Pablo para santa Tecla y la de nuestro apóstol Santiago para nuestros padres. Digamos con devocion y ternura á la Madre de nuestro Dios y Señora de nuestras almas:

Ave Maria.

Gratia super gratiam, mulier sancta et pudorata.

No hay cosa mas digna de honor que la santidad. Como la sombra sigue al cuerpo, así la gloria sigue á la virtud. Hasta el mundo mismo se ve precisado á elogiar la rectitud del justo aun cuando lo persigue, atormenta y oprime. Acab respeta el celo santo de Elías aunque le irritan sus palabras, y David oye con respeto á Natan cuando

lo reconviene. Entre los gentiles vemos tambien. que Jeremías es tratado con honor de Nabuzardan, Neemias de Ciro, y Tobías del Rey de Babilonia: Herodes se entristeció cuando mandó cortar la cabeza al Bautista, y Pilatos se lavó las manos diciendo al condenar al Salvador, que no queria hacerse reo de la sangre del justo. Sin embargo, los profanos critican siempre á los justos, los escarnecen y vilipendian, los injurian y befan teniéndolos cuando menos por estúpidos y groseros, por intratables é indignos de figurar en la sociedad: alternando con sus notabilidades: Estos son de aquella casta de hombres que mantienen una guerra impía y sacrilega contra Dios, como lo dice el santo Job (4); son de aquellos perversos que despreciando al Dios que debén adorar quieren ellos mismos recibir adoraciones como si fueran dioses: son los profanadores de las cosas divinas, blasfemos, hipócritas, enemigos de Dios y de su religion, perseguidores de la virtud, viciosos, corruptores de la buena fama, que jamás piensan en la eternidad ni en su salvacion: son... qué se yo: vosotros lo sabeis; porque los teneis á la vista, os rodean, os acompañan, os cortejan, os cumplimentan, os agasajan, y acaso os fascinan y engañan. Y valga la verdad, señores: ¿qué concepto forman estos libertinos sin vergüenza ni pudor, de la muger santa y pundonorosa? ¿Qué dicen en sus devaneos y desahogos, al hacer referencia de una jóven virtuosa, dedicada al cumplimiento de sus obligaciones, fiel observadora de los preceptos de nuestra religion, recogida y enemiga

(1) Job, c. 15, v. 25.

de esos pasatiempos ó diversiones en que peligrá la inocencia, se pone en riesgo la virtud, y se da un paso hácia la caída y el crimen? Dicen mil despropósitos y vaciedades; desatinan como los insensatos de que habla el libro de la sabiduría; ridiculizan con chistes, gracejos y monerías la virtud de la doncella santa y pundonorosa; sostienen en el terreno de la disolucion el imperio del vicio, forman planes de ataque para derribar la constancia mas firme y la reputacion mas acreditada: estudian los flancos de la naturaleza humana; espian los pasos mas ocultos de las vicissitudes; acechan, acometen, se retiran, vuelven á envestir, no dejarán sosegar ni vivir en paz á la pobre y sencilla muger que se han propuesto rendir y avasallar: siempre andarán tras ella; diestros en el arte de seducir hablarán de honor, de virtud, de hombría de bien, de religion y de santidad; aparentarán moderacion, compostura, comedimiento y toda clase de consideraciones: siendo de la escuela de Lucifer y ayudantes de Asmodeo se trasformaran en ángeles de luz para asegurar el golpe., y Ay! de la que no imite y siga los pasos de Santa Rita, porque será víctima, perecerá y la deshonor será su patrimonio. Hechos y lances latentes y palpitantes, hablad por mí; y decid si son exageraciones de un fanático mis insinuaciones. Dios de bondad, iluminad á cuantos os adoran en este santo templo para que conozcan el terreno que pisan y eviten los peligros que los rodean, con la gracia triunfadora que concedéis á los humildes que se arrojan confiados en los brazos de vuestra Providencia con firme propósito de hacer siempre vuestra santísima voluntad como la gloriosa y admirable Santa Rita de Casia.

Esta santa fundada en su amor á Jesus, en la union de su alma con el Dios de la redencion, y en su decision de hacer en todo la voluntad del Padre que está en los cielos, conoció desde sus primeros años las infinitas ventajas que trae consigo la profesion de la religion cristiana. Dirigida por la gracia veia con los ojos de la fe los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de Jesucristo; el infinito precio y valor de los Sacramentos; los incomprensibles gozos de la celestial Jerusalem; las inestimables utilidades de la comunión de los santos; la felicidad de una alma justa, y la dicha de la muger santa y pundonorosa, y no pensó mas que en serlo. Para esto pone todo su cuidado en el estudio de sus obligaciones, en la marcha evangélica que deberia seguir para agradar á su Dios y hacerse digna de sus beneficios, en ser fiel imitadora de las santas que le habian precedido. Recurre á la oracion, y en ella comunica con su Dios: le ofrece en sacrificio su virginidad con firme propósito de conservarse pura é inmaculada; se obliga á defender su inocencia con la práctica de todas las virtudes, y los ejercicios de la mas austera penitencia; los ayunos, la total abnegacion, su contemplacion en las cosas pertenecientes á su salvacion, la huida de todas las ocasiones en que pudiera peligrar su virtud, el recogimiento, la laboriosidad y esmero en obedecer á sus piadosos padres, en respetar á los mayores y en tratar á todos con la caridad mas acendrada la presentaron al mundo como una muger santa y pundonorosa, y todos veian en ella una doncella privilegiada destinada en los decretos eternos para ser el ejemplo y modelo de las de su sexo. Santa Rita en lo mas oculto de su casa, en la calle, en las plazas, en el trato so-

cial, en el templo y en todas partes tenia presente á su Dios y no cesaba de darle gracias por haberla hecho hija de padres cristianos, por haberla reengendrado en las aguas del bautismo, por haberla dado inteligencia en las cosas de la religion y pensamientos de virtud y santidad. Santa Rita no reconocia nobleza comparable con la de ser hija de Dios, tener derecho al paraíso y ser miembro vivo de la Iglesia: era toda de Jesus; sabia que fuera de él no puede haber salud; que con él todo se puede, y que á su lado, ninguna fuerza tienen la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion ni la espada, como lo dice el Apóstol (1). Santa Rita, siempre unida con el Dios de su alma era una Magdalena por la amargura de sus lágrimas, una Teresa por sus éxtasis y revelaciones, un san Juan de la Cruz por su abnegacion, y un san Francisco de Sales por la bondad de su corazon: era un Abrahan en la fe, un Gedeon en la fortaleza, un Moisés en la mansedumbre, un José en la castidad, un Job en la paciencia, una Judit en el valor, y una Estér en el espíritu de religion. Así llegó á ser una muger santa y pundonorosa, una doncella llena de virtud y de gracia, un tesoro oculto en el rincon doméstico. ¿No habria quien la desease? Faltarían hombres interesados en adquirirla y poseerla? ¡Ay, señores y señoras! Ahora puede decirse que tocamos con lo mas critico de la vida de esta santa prodigiosa.

Los impíos y libertinos no pudieron acercarse á esta

(1) Ad Roman. c. 8, v. 35.

muger santa protegida por su virtud, por Jesus y por María que la tenían por hija. Desde luego conocieron los mundanos que el corazón de Rita era inespugnable; que para-
petada con el amor divino y los ejercicios de las virtudes, era invencible; que aquella joya no estaba destinada para la tierra, sino para el cielo. Pero los hombres honrados, virtuosos, nobles, religiosos y cristianos la miraban como una gracia y un tesoro apreciable en el sentido del Sabio, y trataron de adquirirla y poseerla por medios lícitos y justos. Muchos caballeros ricos, nobles y poderosos la pidieron á sus padres por esposa, convencidos de que en su virtud aseguraban un manantial de bienes y un fondo de riquezas inapreciables. Instaron, fueron y vinieron... Al fin los padres de Rita ofrecieron á su hija por esposa á un hombre en su concepto digno de poseerla. ¡Qué lance este para la que era y quería ser toda de Jesus! ¡Yo casarme! ¡Yo faltar á mis votos y anteponer un hombre al Amado de mi alma! ¡Yo compartir mi amor, entregarme á un esposo de la tierra y no ser toda del del cielo! Dios mío: llena de amargura recorro á vuestra bondad y clemencia. Inspiradme lo que debo hacer para agradaros y contribuir á que se cumpla vuestra santísima voluntad en esta vuestra sierva. Hablad, Señor, que vuestra esclava os escucha para seguir vuestra voz.— Pues obedece á tus padres y cástate:— Esta fue la contestación del cielo á las súplicas de santa Rita. ¿Podrá replicar y contradecir al que es obedecido de los vientos, de los mares y de cuanto existe? ¿Negará Rita su asenso á las órdenes de la divina Providencia, que despues de haberla hecho ejemplar y modelo de santas doncellas quiere que lo sea de virtuosas, prudentes y discretas casa-

das? Imposible : Rita nó conoce mas que la voluntad de Dios. Dios la llama al estado del matrimonio. En él la contemplaremos, y en él veremos que siempre fue la muger santa y pundonorosa de que habla el Eclesiástico, para que la santidad y el pundonor tengan su asiento en las almas de las mugeres cristianas. *Mulier sancta et pudorata.*

Por hoy reasumamos y digamos á las doncellas: que en santa Rita tienen el espejo en que deben mirarse; que en seguirla en sus virtudes aseguran su pureza, su honor, su reputacion, su santidad, su decoro y su pundonor: que si quieren verse libres de los importunos ataques, de los asaltos, seducciones, intrigas, mañeos y diabluras de los hijos de la carne siempre solícitos y afanosos por pervertirlas, vencerlas y perderlas, hagan todo lo que hizo santa Rita, y no se aparten de sus enseñanzas y ejemplos. El amor á Jesus, la mas íntima unión con Dios, y un firme propósito de hacer siempre la divina voluntad fueron los fundamentos en que se apoyó santa Rita para ser la muger santa y pundonorosa que tanto elogian los libros santos, y en los mismos quisiera yo se fijaran todas las doncellas que hay en este santo templo para que se apoderara de ellas el espíritu del Señor y se viera en ellas un desprecio generoso del mundo, una resolucion fuerte de combatir hasta la total ruina de las pasiones, unos deseos vehementes de agradar al Redentor, unos gemidos tiernos por poseerlo y vivir con él, una ansia santa de imitar á la Esposa de los Cantares que á todos preguntaba por su Amado sin saber pensar mas que en él. Yo quisiera que esas plantas que puso el Padre celestial al cuidado y vigilancia de sus padresse condujeran como santa Rita, que dedicada á cumplir con los

déberes de su estado obligó á los hombres á no formar sobre ella proyectos de seducción y de conquista horrenda; á no poner en ella miras criminales; á enamorarse mas bien de su modestia, de su virtud, de su santidad, de su pudor y de los encantos que produce el amor divino en las almas puras, que caminando por la senda recta del Evangelio aman de corazón á Jesus y son amadas y protegidas de su divina Magestad. Yo quisiera ver reproducida y multiplicada la jóven y virtuosa santa Rita en todas las jóvenes de este pueblo para poder anunciarle dichas y felicidades sin número ni medida. Quisiera... ¿Pero qué importa querer lo santo, bueno y perfecto, si mi querer no tiene la virtud de hacer que todos quieran eficazmente lo mismo? Quieren ser santas y pundonorosas como santa Rita, las aficionadas á concursos de ociosidad, á visitas inútiles, á entretenimientos sin sustancia, á diversiones frívolas, á espectáculos, bailes y conciertos en que el demonio tiende redes en que no pocas doncellas fátuas quedan prendidas, infamadas, y hechas el ludibrio de sus engañadores, escandalizados de sus condescendencias y desomboltura? ¿Aman á Jesus, están unidas con Dios, ni piensan hacer la voluntad del Padre celestial, esas jóvenes presumidas que nada perdonan, y á todo se atreven con el fin de obligar aun á los sabios, como Salomon, á erigir templos á los dioses de su liviandad, de su indecencia, de su libertinage y de su lubricidad? ¿Quieren imitar á santa Rita y ser pundonorosas las que aborrecen el recogimiento, ignoran la penitencia, no entienden de oracion, desprecian las máximas del Evangelio, corren tras las flores que siembra el enemigo en los prados de la lujuria, y son el escándalo y tropiezo de cuantos han

nacido de muger? ¿Y pueden ser la gracia y el tesoro apreciable de los hombres justos, esas hijas de la prostituta de Babilonia, llenas de veneno, de abominacion, de iniquidad de horror, de confusion y de infierno?

No: estas bellezas humanas pagadas de la hermosura y lozanía de su juventud se han apartado de Dios, como Lucifer, y no aman la virtud, no quieren la gracia, eligen los caminos de la vanidad y en ellos quieren lucirse: aborrecen las vias de la santidad y del pundonor; para ellas es santa Rita una ilusa, una fanática, una muger sin gusto, sin estilo y sin mérito, enemiga de los instintos de la juventud criada por Dios para los goces, y la desprecian, se apartan de ella por no seguirla é imitarla. Esto es lo que es para con las que alabando con los labios la virtud, la aborrecen con el corazón obrando la iniquidad. Yo no se que decir á estas inconsideradas jóvenes; apostrofaré sin embargo á la juventud, y diré:

¡O juventud! Te dan el nombre de bella edad, de primavera de la vida, de flor de los años y de sazón de los deleites: pero si no te meces en el columpio del amor divino y de la union con Dios, eres el origen funesto de sentimientos y dolores para las edades sucesivas; eres el tiempo de los vicios y pasiones que te corrompen y envenenan; eres la edad en que los jóvenes arrebatados en un torbellino de horrores, de desaciertos y contradicciones no pueden sufrirse así mismos: edad en que el infierno se apresura á pervertir la amable pureza de las costumbres. Salomon dice, que es difícil percibir el vuelo del aguila, la rapidez de un navio, y las sinuosidades y giros de la culebra, pero que es enteramente desconocido el camino del hom-

bre y de la muger en su juventud (1). Sobre esto dice san Gerónimo, que un jóven tiene en el ímpetu de sus pasiones toda la rapidez é impetuosidad del aguila; que tiene en la variedad de sus deseos y en los caprichos de sus inclinaciones, todas las vueltas y repliegues de la culebra, y que en los diferentes pensamientos que le agitan y en la multitud de proyectos que forma se asemeja á un navio combatido de los vientos en una furiosa tempestad. El jóven es un azogue que jamás se fija; es un vino nuevo que hierve con toda su fuerza; es un camaleon ó un Proteo, que toma todo género de figurás. En situacion tan funesta ¿no se hallará en la formacopea cristiana una medicina que sane, justifique y haga un ángel de semejante criatura? Sí, señores: la hay eficacisima y ya os la he propuesto al hablaros del amor divino; de la union celestial y del propósito firme de hacer la voluntad de Dios, con que santa Rita mereció hacerse la muger santa y pundonorosa que tanto alaba y engrandece el Espíritu Santo. Mírenla las jóvenes: aprendan de ella; síganla en sus virtudes y ellas serán las mugeres santas y pundonorosas que tanto honor dan á la sociedad cristiana; serán como la muger adornada y embellecida con las virtudes de una alma fiel enamorada de Jesus; y con su recato, con su compostura, con su virtud y la gracia se harán amar de Dios y de los hombres, y en este caso, será este pueblo un paraíso, una morada de justos, una reunion de fieles que bajo la direccion y amparo de santa Rita de Casia, viven en los brazos de la reli-

(1) Prov. c. 30, v. 49.

gion adorable de los cristianos, para morir en gracia y ser dignos de alabar, de bendecir y glorificar por los siglos de los siglos al Dios de la pureza y de la santidad.

Haced que así sea, gloriosa santa Rita: alcanzad para las jóvenes que con tanta devocion asisten á estos solemnes cultos, las gracias que tanto necesitan para seguiros é imitaros, y no permitais que salgan de este santo templo sin comprender que todo su mérito consiste en tener la virtud de los que aman á Jesus, vivan unidos con Dios, y no piensen mas que en hacer su santísima voluntad. Estended tambien vuestra solicitud sobre todos vuestros devotos, y no haya uno solo que deje de bendecir á Dios en sus santos, para que santificados con la gracia que se concede á los que hacen la voluntad del Padre celestial, seamos todos conducidos en alas del amor divino á la triunfante Jerusalem de la gloria. Amén.

A. M

DIA IV.

Santa Rita, casada, enseña con sus buenos ejemplos y virtuosa conducta á las mugeres casadas á ser fieles y prudentes esposas, á salvar sus almas y hacer de sus familias un taller de santidad.

*In fide vivo filii Dei, qui dilexit me,
et tradidit semetipsum pro me.*

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me
amó y se entregó á la muerte por mí.

AD GAL., C. 2, V. 20.

Felices sobre toda ponderacion las niñas que mirando embelesadas el precioso cuadro de las virtudes de santa Rita en su tierna infancia, se aficionan á ella, la imitan, y aman de corazon á aquel Divino Jesus que hace la gloria de cuanto existe. Aun mas dichosas las doncellas que conducidas por los ejemplos de esta admirable Santa en los primeros lustros de su vida, viven como ella, unidas estrechamente con su Dios, resueltas á hacer en todo su santísima voluntad, y merecer los elogios que hacen los libros santos de la muger santa y pundonorosa. Pero en

donde mas dejan notarse y percibirse los bienes, las ventajas, las dichas, felicidades y venturas que Dios derrama sobre el mundo por medio de la esclarecida Santa que tenemos á la vista, es en las mugeres casadas, que se la proponen por ejemplar y modelo de su conducta en el estado del matrimonio en que Dios la puso para que fuese la maestra, la guia y directora de las de su clase. Si señores: santa Rita, por obedecer la voz de Dios y cumplir con las órdenes del cielo, se casó; y si ejemplar y virtuosa se mostró siendo niña y doncella, aun resaltó mas su virtud y perfeccion en el santo matrimonio. Sobre esto debo hablar en este dia y deciros, que si la muger-casada representa á la Iglesia santa, esposa de Jesus y Madre de los fieles, y esta dignidad es la mas augusta, segun san Pablo, santa Rita enseña á respetarla, á dar honor al estado matrimonial, á cumplir con las obligaciones que impone, á santificarse en sus oficios, á hacer á las mugeres tan respetables como lo fueron Sara, Rebeca y Raquel; Dvora, Judit y Estér; Ana, la esposa del anciano Tobías y la madre del Baulista. Santa Rita con su ejemplar conducta en el estado del matrimonio, es el apóstol que Dios ha puesto en su Iglesia para enseñar á las mugeres casadas las virtudes que deben formar su adorno: es el espejo en que deben mirarse todas las que unidas con los lazos de la gracia unitiva de un sacramento grande, deben ser el gozo de sus esposos, la alegría de sus hijos, el consuelo de sus domésticos, el honor de la vecindad y la honra y gloria de cuantos las conocen, miran y observan. Es la portadora de la santidad al seno de las familias. Yo me encargo de demostrarlo así en este breve rato, representándoos á esta Santa

prodigiosa, diciéndose de continuo, para escitarse á la virtud, estas palabras de san Pablo: Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. *In fide vivo Filii Dei qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* En la meditacion de estas palabras sencillas aprendió santa Rita á formar sus resoluciones de virtud en su nuevo estado; ellas la hacian santa, virtuosa, ejemplar, edificante y perfecta; ellas le recordaban todo el Evangelio, le ponian á la vista toda la religion, le hacian decir á todas horas: *Vivo en la fe del Hijo de Dios, y nada será capaz de apartarme de esta luz divina que ilumina y santifica las almas. El Señor me amó; yo debo amarlo tambien: él se entregó á la muerte por mí; pues yo todo lo debo sufrir por él.* En este discurso está compendiada toda la moral del cristianismo, todo cuanto tiene que saber una muger casada para salvar su alma, y todo lo que basta para hacer santa y feliz á la sociedad. A verlo vamos, si Dios ilustra nuestro entendimiento y mueve con su gracia nuestra voluntad.

Dios inmortal, que amais á cuantos os invocan con la humildad del publicano y el ardor de la Magdalena: fortalecednos comunicando á mis frias palabras el calor de vuestra inspiracion divina, para que encendidos todos en vuestro amor nos propongamos por modelo de santa conducta y de fe viva á la esclarecida santa Rita. En el santo matrimonio dispusisteis que se viese como en miniatura toda la humana sociedad: por él habeis determinado reproducir la naturaleza racional ennoblecida con nuestro adorable Jesus, hacer de él un seminario de virtudes cristianas, y ofrecerlo al mundo como un remedo del cielo, como un ensayo de la union feliz de los bienaventurados, como la piscina

mística en que se purifica lo carnal y terreno de la fragilidad humana. Haced que así lo comprendan todos mis oyentes para que os alaben, bendigan y glorifiquen viviendo en la fe del Hijo de Dios que nos amó y se entregó á la muerte por nosotros. Os lo pedimos por la intercesión de la depositaria de vuestros tesoros María Santísima, á quien reverentes y sumisos saludamos con las palabras del ángel diciéndola:

Ave María.

In fide vivo Filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. Este ha sido siempre el lenguaje de gracia y de virtud que han usado las almas justas: esta locucion del Apóstol es la que ha dado y dará en todos tiempos á los cristianos, la fortaleza en los tormentos, la alegría en los trabajos, el triunfo en los combates, la santidad en la vida, la última gracia en la muerte, y la corona de gloria en el cielo. Cuando una alma piadosa percibe que Jesucristo la ama, que la alienta y conforta, que es el manantial y principio de su vida, que disipa las tinieblas de su espíritu y la llena de todas sus gracias, se siente poseída de un valor celestial y divino que la hace decir confiada:

todo lo puedo, á todo me atrevo, nada hay imposible para mí, teniendo la fe del Hijo de Dios que me amó y dió su vida por salvarme y redimirme. Estas palabras presuponen un amor tan encendido, una fe tan firme y una voluntad tan decidida por el cumplimiento de la ley santa del Señor, que ni aun concebirse puede que el que las prófiere deje de ser de la escuela de Jesus, inspirado por el Espíritu Santo, y dirigido por la gracia compañera de la fe viva que siempre obra el bien y jamás se acerca al mal. ¿Qué es lo que el Divino Jesus pide á una muger casada para que sea santa é irrepreensible en el estado en que la ha colocado la Divina Providencia? ¿No es lo que espresa el Apóstol y se hace entender á los que contraen matrimonio, segun la liturgia con que se administra este sacramento en la Iglesia católica, apostólica romana, que sabeis muy bien todos los que me escuchais? Pues todo lo ofreció la gloriosa santa Rita con la mayor puntualidad y exactitud. Vivía de la fe; la fe era su regla; la fe el barómetro de su conducta; la fe el móvil de todas sus acciones; la fe el fanal que la iluminaba, y la fe viva la que personificaba en ella todas las virtudes propias de su estado. La luz clara y vivificante de la fe dominaba su alma; la disponia y preparaba, segun la expresion del Salvador, para recibir la semilla de la santidad, darla el jugo suave de la contemplacion y hacerla dar el fruto de buenas obras, de resoluciones santas, de proyectos ejemplares, de propósitos propios de los que quieren amar á Dios perpétuamente, vivir unidos con él y confiar siempre en su divina bondad.

En cuanto se casó santa Rita, procuró ante todas cosas estudiar el genio, la inclinacion y el humor de su marido.

para darle gusto en todo, acertar á respetarlo, quererlo y amarlo como la Iglesia quiere, respeta y ama á Jesucristo; y hacer por su parte que el matrimonio fuese el sacramento grande de que habla el Apóstol. La afable y cariñosa simplicidad de una alma justa, el amoroso trato y la íntima union de voluntades con que de dos cuerpos distintos se hace una sola carne, segun la espresion del Salvador, la caridad mas acendrada y el ardiente deseo de vivir en la fe del Hijo de Dios, hicieron de la virtuosa Rita una casada tan ejemplar y edificante como lo fueron las esposas de los antiguos Patriarcas; viendo á santa Rita, parece que se veian en el mundo las Saras, Rebecas y Raqueles; las Anas, las Devoras ó Isabeles. Era un dechado de virtudes cristianas producidas por la fe de Jesucristo, en quien vivia, se movia y existia: se dejaba dirigir en todo por la gracia sacramental que la proveia de los auxilios necesarios para vivir santamente en los oficios matrimoniales, y era tal su santidad, que era conocida en toda la poblacion de Casia por la muger mas virtuosa y completa de su siglo. Todos la amaban y respetaban por su virtud; todos veian en ella la muger fuerte de que habla Salomon; todos admirando su conducta, presagiaban que santa Rita habia sido puesta por Dios en el mundo para llenarlo de bienes y felicidades, para ser en él la maestra, la guia y directora de las mugeres que deben santificarse en los oficios del matrimonio, siendo fieles, prudentes y virtuosas esposas, conduciéndose en todo por los instintos de la fe del Hijo de Dios que nos amó y derramó su preciosísima sangre por salvarnos, y siendo dignas de representar la union que tiene la esposa del Cordero virgen con el Esposo de su alma. ¡Qué digni-

dad esta tan augusta, amables oyentes! ¡Qué sacramento tan grande el que instituyó el glorioso Autor de nuestra fe para propagar y perpetuar la especie humana segun los designios del que la crió, redimió, santificó, y quiere glorificar! ¡Qué admirable se muestra nuestro Dios en el sacramento del santo matrimonio, en que lo mas carnal y terrenal de la naturaleza se purifica, adquiere el mérito del espíritu, es llamado á la significacion mas santa que se conoce y en que la fe del Hijo de Dios nos hace ver santidad, perfeccion y gracia capaz de hacer á los casados semejantes á los ángeles del cielo! Estas cosas tan santas y divinas no pueden verse con los ojos del libertinaje, no pueden comprenderlas los licenciosos, las tienen por exóticas y aun por absurdas los impíos, las escarnecen los sensuales y hasta se resisten á los que no viven en la fe del Hijo de Dios del modo que vivió santa Rita de Casia; en quien deben mirarse y aprender las mugeres casadas para dar honor al matrimonio, ser irrepreensibles y hacer con su conducta el oficio de los apóstoles, ganando almas extraviadas y corrompidas para el cielo. Escuchadme y lo vereis.

¿Quién lo habia de decir? El esposo de santa Rita era un hombre brutal: sus pasiones dominantes eran la cólera más furiosa, y la incontinencia mas desenfadada: maltrataba de mil modos y maneras bárbaras á su santa esposa, la injuriaba y afligia con la mayor destemplanza y crueldad; la hacia sufrir un martirio mas penoso que el de las heroínas que veneramos en nuestros altares por haberse entregado á los tormentos y á la muerte para corresponder á las finezas de su Jesus Divino. Estas tenían sus delicias en

padecer por su Redentor; se recreaban en sus tormentos, experimentaban un placer y consuelo inesplicable al verse dignas de padecer persecucion por la justicia; seguian á Jesus por el camino de los dolores y tormentos, que sacan la sangre y quitan la vida del cuerpo para asegurar la del alma, y la palma del martirio las recreaba, las fortalecia y llenaba de gloria en medio de los mayores trabajos y penalidades; pero santa Rita, muerta por agradar á su esposo, y su esposo cada vez mas inflexible, mas cruel é inhumano: su marido respondiendo á las caricias de la muger santa con desprecios y malos tratamientos, con desaires y desvíos despreciativos y feroces... ¡Ah! estos trabajos son muy superiores á los que los verdugos hacian padecer á los mártires con los garfos, azotes y eculeos; con las sierras, el fuego y el cuchillo: Decidlo sino, vosotras, mugeres casadas que me escuchais. Decid si puede imaginarse tormento igual al que experimenta una esposa que ama y es correspondida con odio y aborrecimiento; que sirve y acaricia, y recibe en pago malos tratamientos, desprecios y oprobios; que se desvive por agradar al que respeta como al representante de Jesus, y no logra dulcificarlo ni verlo satisfecho; que le venera, en fin, como á su Dueño y Señor, y encuentra por toda correspondencia insultos, vejaciones é indignos tratamientos. Decid sino es preferible la muerte á esta vida tormentosa, llena de toda la amargura que derrama el Dios de las misericordias sobre las almas, de las que escoge para enseñar á las casadas á conducirse con santidad, prudencia y discrecion en iguales lances ú otros análogos y parecidos. Santa Rita se condujo en ellos con toda la virtud de una muger que decia

á todas horas como san Pablo: Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. *Vivo in fide Filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* Oraba sin cesar, mortificaba su cuerpo con ayunos y penitencias, recurria en sus apuros á la Reina de los ángeles; pedia al cielo la gracia para sufrir y padecer con mérito; ofrecia á Jesus todos sus trabajos y tribulaciones en prueba del amor que le profesaba, y postrándose humillada delante de su Redentor le suplicaba fervorosa que iluminase á su marido con las luces de la fe para que de pecador fuese santo. Por otra parte santa Rita predicaba con su oportuno silencio, con su paciencia, con su comportamiento humilde, con la voz enérgica, triunfante y victoriosa de la virtud. Santa Rita aprendia en la fe y en la contemplacion de la ley santa del Señor lo que debiéramos aprender todos nosotros, á amarle, á servirle á ser pura y honesta; á no buscar cavilaciones y pretextos para desentenderse de una ley que contradice y repugna al espíritu, sino á pedir los auxilios y las gracias necesarias para cumplir con sus obligaciones, siendo una esposa fiel y prudente, una madre tierna y solícita, una vecina ejemplar y una muger amoldada á la fe de Jesucristo. En esta fe aprendió esta santa á amar de todo corazon á su Dios y á decir resueltamente con el Apóstol, ni la tribulacion, ni la angustia, ni la persecucion, ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni los peligros, ni la muerte, ni los ángeles, ni las potestades, ni criatura alguna será capaz de separarme del amor y caridad de mi Señor Jesucristo. En la fe aprendió santa Rita aquel admirable heroismo con que se acostumbra á vencer los imposibles de los hombres y á triun-

far de todos los obstáculos. En la fe... pero ¿qué no hizo y consiguió con la fe esta santa prodigiosa? ¿No se dice en los libros santos, que *la oracion asidua del justo vale mucho en los ojos de Dios*, que *nada es difícil para los que creen*, que *Dios es muy rico para todos los que lo invocan*, que *á los que piden se les da*, *á los que llaman á la puerta se les abre* y *á los que claman en sus necesidades son socorridos*? Pues nada se dice en vano: las palabras de Dios son eternas ó infalibles, las vemos cumplidas en los fieles y en los que no lo son, en los santos, y muy particularmente en santa Rita de Casia.

Doce años vivió martirizada con el marido mas cruel y bárbaro que jamás se ha conocido: solo Dios sabe lo que en este tiempo sufrió, padeció y mereció esta santa dirigida por la fe de Jesucristo. Pero al fin venció completamente á los enemigos de su alma, y como un apóstol triunfó de su esposo á quien hizo santo con su paciencia, con su humildad, con el sufrimiento y demás virtudes que son frutos de la fe. El marido de santa Rita reflexionó al fin sobre los ejemplos de santidad de su virtuosa esposa: se admiró de su apacibilidad, de su paciencia, de su sufrimiento y demás virtudes: observó que la gracia de la muger buena se comunicaba al hombre estraviado y vacilante, que Dios queria presentar á los dos esposos unidos con los lazos de la caridad mas acendrada, y ofrecer al mundo una prueba demostrativa de que siempre triunfa y es coronada la muger que vive con la fe del Hijo de Dios, de que la muger casada puede y debe ejercer en su casa el oficio de un apóstol, no hablando con palabras, sino con obras; no con voces y gritos destemplados, sino con la mansedumbre y con

la virtud que infunde Dios en los que creen, aman y esperan segun los preceptos de su santa y adorable religion. Ello es que el esposo de santa Rita se convirtió de un fiero leon en un manso cordero, de un hombre depravado lleno de vicio, en un cristiano morigerado y edificante. El reconoció con la luz de la fe todo el mérito de su santa esposa, y á su lado, no era ya aquel colérico, altivo, soberbio y disoluto que con ímpetu arrebatado llenaba de amargura y afliccion á la muger virtuosa, sino que por el contrario, era ya un hombre modesto, humilde, casto, temeroso de Dios, adicto á su santo servicio, dedicado á honrar á la virtuosa esposa en quien reconocia un tesoro de valor inmenso, porque en ella vivia el mismo Dios como en san Pablo.

Ahora bien, señoras que me escuchais y hombres que percibis mi voz : ¿ pudiera yo proponeros un ejemplar mas edificante que el que os ofrece santa Rita de Casia para que os conduzcais en el santo matrimonio con el decoro y santidad del Sacramento que llama *grande* san Pablo, por su alta significacion? Al paso que la virtuosa Rita os recomienda el esmero y cuidado de vivir en todo segun la fe del Hijo de Dios y la ley santa del Señor; ¿no condena los altercados, las disputas, las agrias reconvencciones, los alborotos y escándalos que se ven en los casados que no cuentan con la fe de Jesucristo para cosa alguna? ¿No enseña á las casadas la discrecion y prudencia con que deben tratar á sus esposos en los momentos de cólera, de escosos, de vicios, de destemplanza y de irregularidad permitidos por Dios para probar su virtud, y galardonarla con victorias y triunfos eternos? ¿ Sois acaso tan torpes, tan malvadas, que

no conocais que esta santa con su admirable conducta os enseña las virtudes que deben formar vuestro adorno y vuestra defensa contra las genialidades, arrebatos, furoros y demasías de vuestros maridos? ¿No conoceis, en fin, que imitando á santa Rita os haceis santas y convertís vuestras casas y familias en un remedo del cielo? Pues creedme y entended; que hoy os habla Dios por esta santa prodigiosa con el fin de que la imiteis y seáis tan virtuosas, dichosas y felices como ella lo fue viviendo con la fe del que nos amó y dió su vida por salvarnos y redimirnos. ¿Os maltratan, vejan, injurian y desazonan vuestros maridos faltando al decóro y consideraciones debidas? Pues callad; no encendáis su cólera con dictérios y reconvenciones aeres y destempladas; tened paciencia, recurrid al cielo, vivid con la fe del Hijo de Dios que dice ser necesario que cada uno tome su cruz y lo siga por el camino de los trabajos, y así atraeréis las bendiciones célestiales sobre vuestras casas y familias. Estad convencidas de que no hay, ni puede haber un hombre que no se rienda á la muger fiel y temerosa de Dios; á la muger fuerte por su fe, por su virtud y por la gracia del Señor. Si coléricos y arrebatados vuestros esposos os injurian, os afligen, os maltratan y atormentan, no los resistáis en su ira: prevenid sus gustos, sed afables, sufridas y condescendientes; hacedles comprender que vuestra dicha consiste en agradarlos y complacerlos; recurrid al mismo tiempo al cielo con oraciones y sacrificios; suplicad á María Santísima y sed sus verdaderas devotas; invocad á los santos de vuestra devoción como lo hacia santa Rita, y si de este modo no os va bien: si no alcanzáis las misericordias del Señor, tened por falsa nues-

tra fe, y por una quimera la religion que profesamos. Pero no: no hay que temer: porque es imposible que falten las palabras de nuestro Dios. Imitad á Santa Rita que vivió en la fe del Hijo de Dios, y yo os aseguro que conseguireis las gracias necesarias para vencer y triunfar de la culpa y del pecado; para hacer ángeles de vuestros maridos y ser con ellos lo que Sara con Abrahán, lo que Rebeca con Isac, lo que Jacob con Raquel, lo que santa Mónica con Patricio y lo que santa Rita con su esposo desde el momento en que se unió con ella para poder decir con verdad: Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí: *In fide vivo Filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*. No olvidéis jamás que Dios ha puesto en el mundo á santa Rita para ser la guía de las niñas en su niñez; para dirigir á las jóvenes en su juventud y para ser el ejemplar y modelo de las casadas, en cuyo estado viviendo con la fe del Hijo de Dios, fue un apóstol que predicó con sus ejemplos y virtudes las verdades eternas que nos conducen á la patria de las recompensas. Santa Rita es el espejo en que deben mirarse las casadas que quieran vivir en armonía y angelical concordancia con sus esposos, en próspera paz con los vecinos, en grata consonancia con la ley eterna, y en gracia del Dios que hace santos á cuantos viven en la fe de su Hijo como esa santa prodigiosa que tanto nos consuela en estos días. Miradla como á vuestra especial abogada y protectora: invocadla en vuestros conflictos, pedidla que os alcance del Señor una fe viva, una fe alimentada con la caridad y el ejercicio de las virtudes propias de vuestro estado; una fe que ilumine vuestro entendimiento y mueva vuestra voluntad para co-

nocer y amar al Dios de vuestras almas cumpliendo con sus divinos preceptos , y confiad en la bondad del que nos amó y se entregó á la muerte por nosotros. Meditad sobre la vida de santa Rita en el estado del matrimonio, y en su conducta dirigida por la fe aprendereis á ser fieles y prudentes esposas , á llenar vuestras familias de santidad , vuestro pueblo de buenos ejemplos , y la sociedad entera del suave olor de vuestras obras. Estos serán en parte los frutos del firme propósito de vivir con la fe del Hijo de Dios que nos amó y murió en una cruz por nosotros ; y lo que se os concederá como indicante de la seguridad con que asimilándoos á santa Rita de Casia sereis coronados de gloria en el cielo. Amen.

A. M.

DIA V.

Santa Rita de Casia da lecciones de santidad á las madres cristianas con sus buenos ejemplos y virtudes.

Erat in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.

Tenia grande reputacion entre todos, porqu temia al Señor, y no habia quien hablase de ella una mala palabra,
IUDIT. c. 8, v. 8.

La santidad... Ella sola puede hacernos respetables á los hombres y á los ángeles: ella es la que comunica el verdadero mérito; la que merece la aprobacion de Dios y su gracia; la que nos enseña á servir y agradar al Señor; la que puede hacernos dichosos y felices en esta y en la otra vida; la que nos llena de honor, de fama y de reputacion aun entre los mundanos que huyen de ella, la desprecian y persiguen con sus máximas, con sus errores, con sus vicios y pasiones, con su depravacion, con su iniquidad y con su disipacion. La santidad... En ella está el tesoro escondido

del Evangelio cuyo valor no se conoce : su voz es muda, pero clara, inteligible, patética, la mas fuerte que tiene el idioma de la religion : nos comunica los prodigios y maravillas que obra Dios en sus santos, y ella es la encargada de probar la grandeza del nombre del Señor, la profusion de su misericordia, el poder de su diestra, y la estension de su bondad. La santidad... Pero oigamos á la historia, compañera del tiempo, depositaria de los hechos, heredera de lo pasado, muestra de lo presente, y antorcha luminosa del porvenir. Ella obediente á la voz de Dios nos transmite con fidelidad los sucesos que pueden servirnos de instruccion segun san Pablo ; en ella ha escrito el Omnipotente páginas preciosas capaces de santificarnos, de hacernos agradables á la divinidad, de llenarnos de honor y de gloria, de colmarnos de las gracias, de los dones y prerogativas comunes á los ángeles y á los justos formados en la escuela de Jesus. Consultemos en prueba de estas verdades la historia de una muger santa á quien por su virtud llamó el pueblo de Israel, *bendita sobre todas las mugeres de la tierra ; honor de su linage y gloria de Jerusalem*. En los libros santos se nos dice, que cuando Betulia acosada por el ejército de un poderoso enemigo estaba para rendirse, desfallecieron los príncipes y los sacerdotes ; que nadie pensaba mas que en la humillacion, en la esclavitud y triunfo de vencedores orgullosos, altivos é insolentes : que una triste melancolía se habia apoderado de todos los corazones atormentados con la idea de una próxima y espantosa desolacion : pero que en medio de esta perspectiva de horror aun les quedaba alguna esperanza, porque en el pueblo habia una muger que tenia grande reputacion entre todos, por-

que temía al Señor, y no había quien hablase de ella una palabra mala. *Erat in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominus valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.* Esta muger era Judit: aquella famosa Judit que consultada por el príncipe Ozias y por los sacerdotes, indicó el proyecto de librar al pueblo santo por medio de la santidad siempre victoriosa y triunfante, como lo probó con el suceso mas grato y satisfactorio que pudo verse en aquellos tiempos. Esta es la letra de la historia de una muger santa en la ley de las sombras y de las figuras; ella era una representación, un geroglífico, un emblema, un indicante de las mugeres del Evangelio, el feliz anuncio de las esposas que habrían de brillar en el firmamento de la iglesia santa de Jesús, la aurora precursora de una santidad mas esclarecida, mas importante, mas pura y perfecta, de consecuencias inmensas y de efectos mas grandiosos y sorprendentes, como os lo voy á manifestar al hablaros en este día de santa Rita de Casia, verdadera Judit de la ley de gracia por la reputacion con que la estimaba el pueblo, por el temor santo de Dios, y porque fue tan observante de la ley santa del Señor en el desempeño de las obligaciones de su estado, que no había quien hablase de ella una palabra mala. *Nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.* Ya se os ha propuesto como ejemplar y modelo de la virtud que deben formar el modelo de una buena esposa. Hoy la vereis dar lecciones de santidad á las madres de familias, puesto que ella fue una madre, sobre toda ponderacion admirable y digna de la memoria de los buenos, como de la de los Macabeos lo dice la Escritura Santa.

Virgen purísima: santa Rita de Casia os miró como á

la maestra y doctora de las madres cristianas: vivió al lado de vuestra proteccion con mas seguridad que las mugeres santas de la ley antigua: vos misma le alcanzaisteis las gracias necesarias para poder ser el ejemplar y modelo de las que tienen obligacion de educar santamente á sus hijos, y vos sois la que podeis hacer que mis palabras lleven al corazon de mis oyentes la virtud de ser imitadores de esta santa prodigiosa, y de dar honor al Dios que se dignó hacer dioses á los padres cristianos en el sentido en que así lo llaman los Santos Padres. Para que así sea todos tenidos, sumisos y respetuosos os decimos con el ángel:

Ave Maria.

Erat in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.

La muger temerosa de Dios, dice el oráculo, siempre será alabada. Su precio no es comparable sino con el de las riquezas que trae una nave que trasporta de lejanas tierras lo mas precioso que hay en ellas: ó con el de aquella preciosa margarita á vista de la que vende el hombre todo cuanto tiene por comprarla y poseerla. Su esposo, añade el Sabio, puso en ella toda su confianza seguro de que no

podrian quedar burladas sus esperanzas. Ella armada con la corona de la santidad aparece como superior á las de su sexo; sin dejarse deslumbrar de las falsas brillanteces del mundo, sin pretender hacer mérito de su hermosura, sin permitir que las modas, el peinado, el vestido ó el adorno inmoderado ejercieran sobre ella el dominio despótico que en otras; colocando toda su gloria en la virtud, en el santo temor de Dios y en la santidad que todos alaban, ensalzan, preconizan y engrandecen. Esta muger modesta no ve ni percibe los elogios de los que la observan, no se tiene por santa aunque lo es: su humildad cubre las demás virtudes que la adornan; no se engrie, no se contradice, ni engaña á nadie: teme á Dios, y por calmar su divina justicia, se dedica á estudiar las obligaciones de su estado para cumplirlas con la gracia del que la da benéfico al que se la pide con rectitud de corazón. Ilustrada con las luces del cielo conoce la malignidad de las máximas del mundo, el veneno de sus artificios, la poca duracion de sus placeres, la extravagancia de sus usos y costumbres, los peligros de la vanidad, y los encantos engañosos de las pasiones, y se pone en guardia para no caer en la red, para no dejarse engañar de la multitud desenfrenada, para entregarse á los ejercicios de una virtud sólida que ni el contagio de los malos ejemplos corrompa, ni la disipación general sea capaz de hacerla retroceder un punto de su deber. Lejos de desamparar la religion de sus padres, la defiende con indecible valor contra la malicia de los enemigos que la cercan; la hace amable con su conducta irreprochable; es uno de sus mas brillantes adornos; la predica, la defiende y estiende con la poderosa voz de sus ejemplos edi-

ficantes ; contiene con su vida virtuosa á los relajados , viciosos , libertinos é impíos ; á todos señala los caminos de la ley santa del Señor , y aunque oculta en el rincón de su casa , atenta á sus quehaceres domésticos , dedicada al arreglo y cuidado de su familia , siempre sobre la rueca y el huso y hecha un todo para todos los que debían santificarse á su lado , ella es el objeto de los elogios del Sabio , y de ella pueden predicarse todas las gracias y beneficios con que el pueblo hebreo alabó á la valiente y virtuosa Judit. Vcámoslo en santa Rita de Casia , astro resplandeciente puesto por Dios en su Iglesia para guiar y dirigir á las mugeres en todos los estados en que pueda colocarlas la divina Providencia.

De la libertadora de Betulia se dice , que vivía recogida en su casa ; que en ella ayudaba y observaba con la mayor religiosidad todos los preceptos de la ley ; que su conducta santa y virtuosa la grangeó una reputacion honrosa en todo el pueblo ; que edificadas de su santidad todas las gentes no habia entre ellas quien pudiera hablar una sola palabra contra el tenor de su vida , ni contra la regularidad de sus costumbres ; que vivió siete años con su marido siendo el ejemplar de las esposas honestas y virtuosas ; y en fin , que por su grade santidad fue elegida por Dios para ser la redentora de su pueblo , la directora de los príncipes y de los sacerdotes , la que enseñaba á todos á alabar y bendecir al Señor , á glorificar su santo nombre , á corresponder á sus beneficios con continua general acción de gracias y á vivir segun la voluntad del que no puede querer mas que lo bueno , lo justo , lo recto , lo santo , lo virtuoso , lo útil y conveniente. ¿ Y no se predicen todas estas

cosas de la esclarecida y admirable santa Rita de Casia? De ella se nos dice, que encendida con la llama del amor divino desde su mas tierna infancia, no pensó mas que en amar á Jesucristo con toda su alma, con todo su corazon, con todas sus potencias y sentidos, siendo un ángel en su inocencia y una santa en su piedad: que en su juventud vivió estrechamente unida con su Dios, con firme y resuelto propósito de hacer en todo su santísima voluntad; que constituida por disposicion divina en el estado del matrimonio vivió en él con la fe del Hijo de Dios teniendo siempre presente que el divino Redentor la amó hasta el estremo de dar su vida por ella: que con estas santas consideraciones se escitaba á cumplir religiosamente con las obligaciones de una muger casada, fiel, prudente y discreta, haciéndose digna de las misericordias del Señor: que teniendo por norte y regla de su conducta el Evangelio, cargó gustosa con el peso de la cruz que la destinó el Salvador del mundo para su santificacion; y que con tan suave carga logró vencer á los enemigos de su alma, mostrándose tan virtuosa, que ni los mayores trabajos, las mas crueles contradicciones, los mas atroces tormentos, las injurias y desprecios mas inmerecidos, ni todo el poder del mundo y del infierno fueron capaces de apartarla de la ley santa del Señor, en quien esperaba con la mayor confianza, convencida de que Dios prueba á sus escogidos pero sin desampararlos ni desatenderlos. Santa Rita justificada con los ejercicios piadosos de la religion divina como la antigua Judit, mereció ser escogida para dar la paz á la sociedad doméstica de su familia, y á la comun del pueblo cristiano; no cortando la cabeza al soberbio Holofernes como la heroína hebrea, si-

no haciendo un ángel bueno de un demonio; un santo de un impío destemplado, un esposo virtuoso de un hombre colérico, inconsiderado, iracundo, altivo, arrogante, cruel y feroz, capaz de perturbar el sosiego y tranquilidad mejor establecida. Santa Rita de Casia despues del triunfo que con la divina gracia consiguió del infierno convirtiendo á su esposo, se empleó en corresponder agradecida á los favores y beneficios que habia recibido del cielo, en hacer que todos alabasen, bendijesen, y glorificasen al Señor; en que no se conociese entre los cristianos mas que un solo Dios, una sola fe y un bautismo; en que en el santo matrimonio dejaran verse las virtudes de que habla el Apóstol de las gentes, y en que entendiese el mundo, que solo en la sociedad cristiana se halla el linage escogido, la gente santa, el real sacerdocio y el pueblo de adquisicion que tanto ensalza el Príncipe de los apóstoles. Santa Rita de Casia, no solo fue una esposa santa, ejemplar y edificante, como se os tiene demostrado para bien y provecho de vuestras almas, sino que fue tambien una madre admirable y digna de la memoria de los buenos, en quien deben mirarse todas las madres cristianas para ser santas y contribuir al bien público de la sociedad, según los designios del que la formó.

¡O si yo pudiera haceros comprender las virtudes en que se ejercitaba Santa Rita desde el momento en que percibia que Dios la elevaba á la dignidad de madre! Antes de dar á luz el fruto de su union conyugal se postraba delante del Señor como la antigua Esposa de Eloaná, y lo ofrecia á su santo servicio. Recurría fervorosa en el estado de su embarazo á la divina clemencia pidiendo gra-

cia y misericordia: invocaba la proteccion de la Purísima Madre de Jesus con la resolucion mas decidida de imitarla en lo posible: se encomendaba á los santos de su devocion, y preparándose con ejercicios santos y piadosos conseguia la proteccion divina á cuya sombra crecia en virtud y santidad de un modo superior á las esplicaciones de los hombres. Al tener en sus brazos á sus hijos, se los ofrecia de nuevo al Señor pidiéndole bendiciones, dones y gracias preservativas del pecado y obradoras de virtudes, los criaba en el santo temor de Dios exhortándolos á la piedad y misericordia como la madre del jóven Tobías; los cuidaba como la antigua Ana á su Samuel; los atendia como Betsabe á Salomon, como la madre de los siete macabeos á sus pequeñuelos, como Salomé á los hijos del Zebedeo, como las madres enseñadas y dirigidas por San Pablo y por los que merecieron ser los padres, maestros y doctores de los primeros cristianos. Santa Rita sabia que Dios le habia confiado la educacion de sus hijos, que esta educacion santa, virtuosa, científica y religiosa, piadosa é ilustrada, era el alma y la vida de los imperios, el fiel termómetro de la elevacion ó decadencia de los estados, la única que puede dar á la sociedad héroes capaces de honrarla y hermosearla, y hacer santos, sabios é ilustrados á los hombres, y para proporcionar todos estos bienes al pueblo gobernado por la divina Providencia, cumplir con sus deberes y hacerse digna de los favores del cielo, vaciaba en sus hijos todos los frutos de su santidad inclinándolos con sus ejemplos y doctrinas al ejercicio de las virtudes, á la huida del pecado, á desear los bienes eternos, á despreciar los falsos, terrenos y perecederos que ofrece el mundo á sus prosélitos, á medir el verdadero

mérito con la vara de la verdadera virtud, á ser humildes, pacíficos, condescendientes y accesibles, á amar á todos sin aborrecer á nadie. ¡Con qué piedad tan ardorosa cogia Santa Rita á sus tiernos hijos para llevarlos al templo, ofrecerlos á su Dios y aficionarlos á Jesus, á María y á los santos cuyas imágenes dejaban verse en los altares! ¡Con cuánto celo los instruía en los preceptos de la ley, en la necesidad de cumplirlos, en los eternos tormentos preparados para castigar á los que la quebrantan; en la recompensa prometida á los que los observan, y en la dicha ó desdicha, en la felicidad ó infelicidad de los buenos cristianos y de los que no lo son! Desde el dia en que nacian sus hijos, tenia Santa Rita el mayor cuidado para que no vieran sus ojos, oyeran sus oídos, ni percibieran sus sentidos mas que cosas honestas, virtuosas y edificantes como tanto lo encarga San Agustin á las madres cristianas poniéndolas á la vista el ejemplar de su virtuosa madre santa Mónica, de quien fue una copia fiel la esclarecida y admirable santa que tenemos á la vista para nuestro consuelo y edificacion. Ella enseñaba á las tiernas plantas que le habia confiado el Padre celestial el camino de la cruz de Jesucristo fuera del que nadie puede salvarse; les infundia en sus almas un deseo ardiente de padecer y sufrir por su Redentor, de alabarle y bendecirlo en lo próspero y adverso de la vida, como el santo Job, de poner toda su gloria en hacer siempre la divina voluntad. Ni creais que en estas enseñanzas empleaba Santa Rita la elocuencia de los Demóstenes, Tulios ó Quintilianos, ó que para hacerse percibir necesitaba de esos aparatos de elegancia y cultura que tanto se aprecian entre los mundanos. Nuestra santa usaba

del lenguaje de la fe, de la persuasión, de los buenos ejemplos, del magnetismo de la caridad á cuya virtud nadie se resiste.

Ocupada estaba santa Rita en hacer las delicias de su virtuoso esposo y de sus inocentes hijos, bajo la base del santo temor de Dios, cuando el Omnipotente la hirió en lo mas vivo de su corazon para que en su mayor desgracia pudiera dar lecciones de virtud á los desgraciados y afligidos. Un alevoso asesino quitó la vida á su marido dejándola entregada en los brazos del dolor, de la afliccion mas cruel y del desamparo mas penoso. El esposo de Santa Rita está cubierto de heridas y de sangre; es un cadáver sin figura de hombre; horroriza su simple aspecto; nadie puede mirarlo sin desear justa venganza, sin pedir castigo para el criminal, y una pronta satisfaccion á la vindicta pública. La muger santa es la que no se conforma con los juicios de los hombres atentos á sus pasiones. Ella está muy acostumbrada á alabar y bendecir las obras del Eterno, á mirar los sucesos humanos con los ojos de la fe, á querer en todo la voluntad divina, á prestarse sumisa y respetuosa á las órdenes siempre justas y llenas de rectitud que dirigen y gobiernan el universo, llevándolo en los brazos de un curso providencial, que se ve y no se sabe explicar, hácia su destino. Santa Rita en la muerte violenta de su esposo, vió la mano de Dios, y se humilló ante ella; lo bendijo en su tribulacion; le dió gracias en medio de su dolor; se ofreció á su santo servicio en el lastimoso estado de viudez á que quedaba reducida: cuidaba de edificar á sus hijos con su paciencia y perfecta conformidad con la voluntad de Dios, y de este modo agradaba á Dios y á los

hombres; atendia á la educacion de sus hijos, contribuia por su parte al bien público de la sociedad, y se hacia merecedora del elogio que se hace en los libros santos de la virtuosa Judit con estas palabras de mi testo. *Tenia grande reputacion entre todos, porque temia al Señor, y no habia quien hablase de ella una palabra mala. Exat in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.*

Santa Rita, en la desgraciada muerte de su marido, vió cumplidos los designios de Dios sobre ella en el estado del matrimonio: cumplió con los deberes de una santa esposa, de una madre admirable, y de una muger reputada por la mas perfecta y cabal de su siglo; y de aqui el verla hoy en ese trono augusto recibiendo los honores y sagrados cultos que le ofrecen sus devotos para glorificar al Dios que tan admirable se muestra en sus santos; de aqui el que la Iglesia santa la presente á las madres cristianas como el ejemplar y modelo de las virtudes que deben formar su adorno, y de aqui el asegurar de parte del mismo Dios que las esposas y madres que imiten á santa Rita de Casia en la fé, en la buena conducta, en la piedad, en el santo temor de Dios y en el esmero que manifestó en cumplir con las obligaciones del estado en que la puso la divina Providencia, tendrán la dicha de que de ellas se diga lo que en los libros santos se dice de la muger fuerte, santa y piadosa que buscaba Salomon como una cosa rara y prodigiosa: que serán reputadas entre todas por virtuosas y dignas de la memoria de los buenos, sin que ni aun los mundanos se atrevan á hablar de ellas ni una palabra mala: que las casadas, en fin, que sigan las má-

ximas, los ejemplos y enseñanza de la gloriosa santa Rita, serán las escogidas en los decretos eternos para ennoblecir y hermosear con sus virtudes la Iglesia Santa; para contribuir con sus méritos á la grandeza y esplendor de la sociedad culta en que vivimos, y ser las antorchas brillantes que dirijan con su santidad á sus familias hácia la perfeccion cristiana, en que todo es gracia, virtud y gloria. Estos serán los frutos que podrán cogerse de ese arbol de vida que puso Dios en el jardin de su Iglesia, los efectos de la devocion con que debeis alabar y bendecir á vuestra abogada y protectora santa Rita de Casia, y todo lo que yo pudiera prometerme de esta predicacion.

Imitad, pues, á la muger temerosa de Dios, y sereis alabadas como ella. Fortaleced vuestras almas con la fé del Hijo de Dios, con el amor divino, con el temor santo y la caridad propia de los hijos de la gracia, como santa Rita de Casia, y sereis templos vivos del Dios que tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres. Amad, servid, respetad y procurad agradar á vuestros esposos como os lo encarga san Pablo y los lo enseña con el ejemplo santa Rita; y contad con que sereis contadas entre las hijas de Sion destinadas á servir de cerca al Dios grande que vela sobre su pueblo. Educad á vuestros hijos en la ley santa del Señor, enseñándoles los caminos del cielo con vuestros buenos ejemplos y los medios que os sugiera la caridad, en perfecta concordancia con Santa Rita de Casia, y Dios hará florecer en vuestras familias las virtudes que se vieron en las de las Saras, Rebecas y Raqueles: la sociedad os bendecirá, os consagrará sus alabanzas, os llenará de honor y de gloria; y sereis en

vuestro pueblo lo que Judit en Betulia , lo que Estér en la corte del grande Asuero y lo que santa Rita en Casia. Sereis, en fin, en esta vida santas esposas , santas madres, santas mugeres y santas hijas del Evangelio , para ser eternamente felices en la gloria que á todos deseo. Amén.

A. M.

DIA VI.

Santa Rita de Casia, esperando en Dios é instándole con ruegos y oraciones en su viudedad, fue un modelo de virtud en que deben mirarse las viudas cristianas para vivir como lo manda el apóstol san Pablo.

*Quæ autem vere vidua est et desolata
spèret in Deum , et instet observatio-
nibus et orationibus die ac nocte.*

La que verdaderamente es viuda y desamparada, espere en Dios y dedíquese á rogar y á orar de dia y de noche.

I TIMOTH., CAP. 5, V. 5.

¡Qué dichosa y feliz sería la sociedad culta en que vivimos si la esclarecida y admirable Santa Rita de Casia fuera consultada é imitada como lo quiere el Dios de la santidad y de la gloria! En este caso veríamos en el jardín cerrado de la Iglesia *hermosas azucenas* en las niñas puras é inocentes, como las Libradas, Justas y Rufinas, como las Ursulas y Bibianas, como las Leocadias, Rosas de Viterbo y Catalinas de Sena: *lirios vistosos* en las jóvenes ho-

estas , como las Aguedas , Ineses , Eulalias , Casildas , Catalinas y Marianas : *árboles fructíferos* en las casadas virtuosas , como las Salomé s é Isabeles , como las Eduvigis y Adelaidas , como las Basilisas , Juanas de Haza y otras innumerables : *cipreses incorruptibles* en las viudas piadosas , sufridas y recogidas , como las Anas y las Mónicas , como las Paulas , Melanias , Marcelas , Brígidas , Marías de la Cabeza y otras muchas que sirvieron á Dios y lograron con su gracia el triunfo mas completo contra los enemigos de sus almas. Veríamos la hermosura y fragancia de las rosas y los aromas del terebinto , del cinamomo y del incienso en los méritos y virtudes de cuantos pertenecen á la gran casa del Padre de familias que se menciona en los libros santos ; la frescura del plátano , la fecundidad de la oliva , la grandeza de la palma , las yerbas aromáticas , los jazmines con sus verdores , y toda clase de flores con su púrpura y colores varios harian un paraíso delicioso de la tierra miserable en que gemimos desterrados , y todos formaríamos la interesante perspectiva de los primeros cristianos que , por la caridad con que se amaban y sus virtudes , dijo el mismo Dios que *todos tenían un corazón y una alma*. Siguiendo , en una palabra , á santa Rita por los caminos de su santidad , imitándola en las virtudes , que la hicieron tan esclarecida en los diversos estados en que la puso la divina Providencia , y acogiéndose á la protección que dispensa á sus devotos , sería este pueblo la amada Sion del Señor , la Jerusalem santa de los hijos de Dios , y la escogida tierra de Jesen , siempre iluminada con las luces indeficientes del sol de justicia , Jesucristo. ; No se os va demostrando así en los sermones de este nove-

nario? Se os ha dicho que Dios puso á santa Rita en su Iglesia para que sirviese de ejemplo á las niñas, á las jóvenes, á las casadas, á las viudas y á las religiosas del claustro; se os ha ido probando esta verdad con toda la fuerza de la razon y de la fé: los predicadores evangélicos han agotado los recursos de su ingenio y de su celo para hacer Ritas virtuosas de todas las mugeres y justos á todos los hombres, y nada, nada ha faltado por parte del cielo para ponerlos á todos en los caminos de nuestras justificaciones y llenarnos de dichas y felicidades.

Hoy es el dia destinado á proponeros á esta gloriosa Santa en el estado de viudedad en que la dejó desamparada el Omnipotente, para que sirviese de guia y modelo á las viudas cristianas, á las viudas respetables y dignas de honor, á las viudas como Judit y Ana la Profetisa, que de los brazos de sus esposos pasaron á los del Dios que supo premiar sus trabajos, su desolacion y su virtud en esta y en la otra vida. Yo soy el encargado de hacer el elogio de Santa Rita viuda; de presentárosela en este estado sin mancha á los ojos de Dios y de los hombres; de hacer que la miren con aficion todas las mugeres que se hallan en su caso, para que imitándola sean virtuosas y santas como ella; y de contribuir por mi parte á que del cuadro prodigioso de la vida edificante de esta admirable Santa resulte gloria á Dios, gracia á los fieles y felicidad á los escogidos. Todo espero conseguirlo si logro demostraros, que santa Rita se condujo en su viudez atendida en un todo á las instrucciones que dió el Apóstol á su discípulo Timoteo para que dirigiese á las viudas por los caminos de la santidad. San Pablo, inspirado por el cielo, dijo: — *La*

que es verdadera viuda y desamparada, espere en Dios y dedíquese á rogar y á orar de día y de noche. Santa Rita de Casia lo hizo así en el desamparo de su viudedad, y en esto consite todo su mérito. Trataré de probarlo contando con la gracia que acostumbramos conseguir por intercesion de la depositaria de los tesoros de la divina Omnipotencia Maria Santísima, señora y abogada nuestra, á quien diremos para obligarla:

Ave Maria.

Quæ autem vere vidua est et desolata speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus die ac nocte.

Ya habeis admirado la paciencia de santa Rita de Casia en los trabajos, contradicciones y adversidades que sufrió en su matrimonio; el celo con que consiguió la santificación de su esposo; el esmero y cuidado con que procuró educar á sus hijos en el santo temor de Dios, y la resignacion heroica con que se conformó con la voluntad del Señor en la muerte alevosa con que perdió la vida su virtuoso y ejemplar marido; pero aun hay que admirar mas en esta santa sobre toda ponderacion admirable. Con el horroroso asesinato de su esposo quedó santa Rita abis-

mada en un mar de desconuelos, de aflicciones, de angustias, de dolores y penalidades; pero no desfalleció su virtud. Acudió como acostumbraba á su Dios; le pidió socorro y amparo en sus conflictos, valiéndose de la Madre de misericordia y consoladora de afligidos; se postró humillada y encendida en amor divino delante de su Redentor, y le dijo con todas las veras de su alma: — Vos, Señor, sois el que me abate y atribula, el que me aflige y llena de pena, el que me entrega en los brazos de la angustia y del dolor mas acerbo; pero yo adoro la mano que me hiere, y bendigo vuestro santo nombre. Solo ¡Dios mio! os pido y suplico, que aumenteis mi fe, que fortalezcáis mi esperanza y acaloreis mi caridad para ser digna de vos y merecer la gracia que concedéis á las viudas verdaderas, á las viudas decididas á trataros como á Padre, á amaros y serviros como al Dios digno de todo honor y gloria; á obedecer al santo Apóstol, esperando en vuestra divina bondad con ruegos y oraciones incesantes.

Ejemplo admirable, amados míos; lección importantísima que debieran aprovechar las almas afligidas para acertar á encaminar hácia Dios el sacrificio de sus contratiempos, de sus desgracias, de sus calamidades, congojas, pesares y aflicciones. El solo, aun cuando no tuviéramos mas, bastaria para probar la grandeza y constancia invencible de santa Rita de Casia. ¡ Con cuánto amor y santidad presentaba sus hijos al Señor diciéndole que mas los queria ver muertos que manchados con el pecado! *Llevadlos, Dios mio; sacadlos de este mundo antes que permitir que pequen y os ofendan*, decia esta santa á su Dios, deseosa de que todos lo alabasen y bendijesen; de dedicarse total y

absolutamente al santo servicio del Señor, y servir de ejemplo á las almas desamparadas. Dios la oyó; murieron los hijos de santa Rita, y quedó sola esta hija del dolor y de la gracia, puesta en el mundo para la salvacion de muchos, por las virtudes que la hicieron tan célebre en su estado de viudedad; en ese estado en que, libre la mujer de la sujecion de su marido, y dueña de su persona y de su hacienda, corre tanto peligro su honestidad; en ese estado en que, pasados los primeros momentos de los lloros y aflicciones, es tan comun el pasar al extremo contrario y entregarse á las diversiones, á las concurrencias, á la desenvoltura y á la disipacion; en ese estado, en fin, en que el abandono, la miseria, la pobreza, el olvido, el desprecio y la falta de consideraciones, ponen á las viudas que no se gobiernan por las instrucciones de san Pablo, en la ocasion de abandonarse á los vicios y destemplanzas que tanto afean la hermosura de la sociedad cristiana.

No fue de este número la esclarecida santa Rita de Casia. Esta madre, maestra y doctora de las viudas desamparadas, en cuanto se vió libre de compartir su afecto entre Dios y el marido que hacia sus veces representando á Jesucristo, entregó su corazon por completo al Redentor de su alma, y aunque siempre lo habia servido cumpliendo con las obligaciones de su estado como fiel hija del Evangelio, ahora se enardece su bendita alma en deseos de amar y servir mas y mas á Jesucristo, y se prepara á emprender un tenor de vida tan ejemplar, que bien puede asegurarse que los que la imiten serán santos y se salvarán. El retiro del mundo, la separacion de sus concurrencias,

pompas y vanidades, el recogimiento interior y exterior para dedicarse á la oracion y tratar en ella con su Dios, la habitual contemplacion en las cosas divinas, y la esclusiva ocupacion en el cumplimiento de sus deberes espiritualizaban tanto á esta Judit de Casia, que no habia en la poblacion quien no viese que la viuda santa se sublimaba sobre las cosas terrenas y carnales para ser un ángel en la tierra. Si alguna vez se presentaba en público, era para edificar con su compostura y modestia, para ir al templo en donde fijaba su morada como la antigua Ana que mereció ver al Salvador; para predicar con su continente virtuoso las doctrinas con que el Apóstol quiso santificar á las viudas cristianas. Resplandecia en santa Rita no solamente el pudor, guarda de la castidad, sino tambien la modestia que tanto se recomienda en los libros santos á las mugeres, y con especialidad á las viudas. Aborrecia el lujo, los adornos superfluos, los modales y maneras libres y licenciosas, y todo lo que pudiera ponerla en peligro de faltar á su propósito de instar á Dios y de orar de dia y de noche segun las instrucciones de san Pablo, que eran toda su regla, su ley y su norte indeclinable. De aquí el manifestar su decencia en la honestidad de sus trages, en la santidad de sus movimientos, de sus palabras y conversaciones sin permitir en ellas el menor desórden, como la que no pensaba mas que en que todos sus actos fuesen una continua accion de gracias á Dios, como lo encarga el Apóstol de las gentes. Estuvo tan distante de vivir en la disolucion y en las delicias del siglo, que al contrario, estaba muerta á los ojos de los hombres, entregada á los ejercicios de la mortificacion, del ayuno, de la oracion y de la mas austera

penitencia por conformarse con Jesucristo y hacerse digna de sus misericordias. Fue, por decirlo de una vez, una verdadera viuda cristiana ocupada en instar á Dios, en rogar y orar de dia y de noche, como lo prescribe la ley santa del Señor : *Instet obsecrationibus et orationibus die ac nocte.*

Decidme ahora, amables oyentes : santa Rita de Casia en los ejercicios de la vida que acabo de describir á la ligera ¿ no puede servirnos á todos de ejemplo para que arreglemos nuestra conducta y nos santifiquemos en el estado en que nos ha puesto la divina Providencia ? Y sobre todo ¿ no merece ser la maestra de las viudas cristianas en unos tiempos de licencia, de corrupcion, de libertinage y de escándalo como los que vamos atravesando ? Porque ¿ qué es lo que observamos, vemos y palpamos todos ? Vergüenza me da el indicarlo. Vemos en muchas viudas, no el estado de desconsuelo y de tristeza en que deben vivir segun el Apóstol, sino un estado de libertad, anchuroso y expansivo en que sin pensar mas que en sí mismas se dejan engañar de sus pasiones, se olvidan del pudor y de la vergüenza que se vieron precisadas á guardar por algún tiempo, y se creen exentas de las leyes que ordenan, muestran y señalan los caminos de la santidad. Lejos de esperar en Dios, de instarle y pedirle con ruegos y oraciones de dia y de noche como debieran, se entregan á los festejos, á la alegría y al regalo : se gozan de ser viudas del siglo, de pasar por mugeres de mundo, de brillar y sobresalir en las concurrencias sociales, de tener adoradores sensuales y de llevar el sello de las abominaciones de la prostituta de Babilonia, enemiga de la pureza y santidad

de la religion divina que nos trajo del cielo Jesucristo para nuestra dicha y felicidad. Ellas olvidadas de la virtud... pero basta. Abrid los ojos las que os hallais en este estado de disipacion, y advertid que Jesús os pide la mano de esposas para asociaros con los ángeles del cielo despues de haber edificado con vuestras virtudes la tierra. Entended bien lo que dice y enseña el apóstol, y no olvideis, que segun los oráculos sagrados, la viuda que vive en las delicias, alegrías y placeres del mundo, *está muerta*; porque está fuera de su estado de lágrimas, de desolacion y de tristeza en que debiera santificarse: *está muerta*, porque no vive para Dios, único esposo que debe elegir para tener con él sus complacencias y hacerse digna de sus gracias y misericordias: *está muerta*, porque no se alimenta de la oracion; porque no se mortifica, ni hace el menor esfuerzo para agradar al que la llama para hacerla participante de su santidad y de su gloria: *está muerta* en fin, porque no contempla la vida edificante de santa Rita de Casia; porque se resiste á imitarla en sus virtudes; porque la religion cristiana la espanta, y porque la impiedad festiva la divierte y la engaña. Ved aquí el *porqué* el apóstol san Pablo llama *muertas* á las personas que no viven con la vida de Jesucristo cumpliendo con los deberes de su estado, segun los designios del Padre celestial. ¿Quereis ser de este número las que acudis con tanta devocion á tributar cultos de honor y de magnificencia á la gran viuda de Casia. ? ¿ Llegará vuestra impiedad hasta el extremo de ridiculizar, de escarnecer y despreciar los ejemplos santos y edificantes que os dejó esta santa para que siguiéndola é imitándola logreis la paz de los justos en la tierra y la gloria de los santos en

el cielo? No es posible. Todos amais á santa Rita de Casia, y esto me basta para creer que desais su proteccion, su amistad, la participacion de sus gracias, de sus méritos y virtudes. Verdad es que todos vivimos en la pelea, en la milicia cristiana, y en el tiempo de la tentacion en que aun los mas ajustados sufren pérdidas de consideracion: pero Jesus es nuestro Padre, María Santísima nuestra Madre y santa Rita de Casia nuestra abogada y protectora, y con tales patronos nadie debe temer; todos debemos esperar orando de dia y de noche para hacernos dignos de las misericordias del Señor, como nos lo encarga el apóstol. A Jesus, á María y á santa Rita, señores y señoras que me escuchais, y nuestra victoria es infalible, nuestro triunfo seguro, nuestra salvacion cierta y nuestra gloria como las promesas eternas de nuestro Dios. Recurrámos todos al Redentor de nuestras almas, y á la madre de la divina gracia; pero por medio de la gloriosa santa Rita de Casia que nos enseña á agradar al Hijo del Altísimo, y á la esposa del Espíritu Santo: por medio de esta santa viuda cuyo amor y caridad se estendia á los enfermos á quienes asistia y servia con sus propias manos; á los pobres en cuyo seno depositaba sus limosnas; á los pecadores á quienes con sus súplicas, con sus amonestaciones, con sus consejos saludables, y con sus poderosos ejemplos procuraba ganar para Dios escitándolos á verdadera penitencia, á sus mismos enemigos, volviéndoles bien por mal, sufriendo sin murmuracion sus desprecios, persecuciones y calumnias, y á los hombres todos pidiendo á Dios por ellos y deseándoles la gracia, la virtud y la gloria.

No perdamos de vista á santa Rita, de quien podemos

asegurar todo lo que san Agustín decía de su madre santa Mónica: «que era sierva de los siervos del Señor, y que
•cuantos la conocían, alababan, bendecían y daban gra-
•cias á Dios en ella, porque la pureza y santidad de su vi-
•da manifestaba que la gracia poseía su corazón con todas
•las virtudes de su estado: que no tuvo mas que un mari-
•do á quien amó, respetó y trató como á representante de
•Jesus: que gobernó con acierto y prudencia su familia;
•que educó con esmero á sus hijos pariéndolos tantas ve-
•ces cuantas los veía apartados de la ley divina; y que dió
•escelentes ejemplos de virtud á todos.» Esto dijo el gran-
de obispo de Hipona de su madre, y esto mismo digo yo
con la Iglesia de Jesucristo, de santa Rita de Casia: de es-
ta santa puesta por Dios en el mundo para hacer santas y
virtuosas á las mugeres de cualquier clase, estado ó condi-
cion que ellas sean, y justos á cuantos hombres la contem-
plen é imiten en las virtudes comunes á todos los cristia-
nos. Si, pues, santa Rita fue casta, sóbria y devota, sedlo
también vosotras, mugeres que me escucháis. Si esta san-
ta llena de fe cumplió con los deberes que impone el Após-
tol á las viudas cristianas esperando en Dios é instándole
con ruegos y oraciones de día y de noche, imitadla las
que os halláis en las amarguras de la viudedad, y el Señor
será vuestro esposo, vuestro consuelo, vuestro protector y
vuestro Dios, lleno de amor y de misericordia. Si esta abo-
gada vuestra puso todos sus deseos y pensamientos en el
cielo cuando se halló sola y desamparada en la tierra, ha-
ced vosotras lo mismo, y Dios llenará de gozo vuestras al-
mas, os concederá la gracia de poder sembrar en bendicion
para que en bendicion recojais los frutos de vuestras virtu-

des, y la sociedad se honrará con vuestro mérito. Si, en fin, santa Rita, como la virtuosa Judit del pueblo hebreo, mereció una grande reputacion entre los que la conocian y trataban, porque era temerosa de Dios y cumplia con las obligaciones de su estado, siendo ejemplar de buena conducta por su fe, por su honestidad, por su compostura y modestia, por su esperanza firme y por su caridad ardiente; aficionaos á ella, proponéosla por modelo, seguidla en todos sus pasos, formad alianza con su virtud venerándola con devocion piadosa, y vuestra suerte se hallará entre la de las santas que asisten al Cordero sin mancha en la corte celestial; sereis el honor de vuestras familias y la honra y gloria de nuestra nacion católica, y vuestra memoria correrá en bendiccion por todas las generaciones. Ojalá fueran estos los resultados de esta predicacion, y que todos convencidos de que con santa Rita y por santa Rita podemos ser salvos, acudamos á ella con la fe propia de los hijos de la gracia, y consigamos por su intercesion las misericordias del Dios que quiere nuestra salvacion. En este caso no habria belleza comparable con la de este pueblo; porque compuesto de niñas inocentes, de jóvenes puras y modestas, de casadas virtuosas y de viudas parecidas á las Anas, Mónicas y Ritas, ¿no seria un remedo del cielo y un lugar delicioso para los que creen en el Evangelio y aman á Dios? Si se regocijan nuestras almas al verse reunidas á santa Rita en este santo templo en donde todo respira gracia, virtud y gloria, y todos tenemos un placer singular en venerar á esta esclarecida santa, ¿qué delicias no serán las nuestras, si perseverantes en la oracion, imitamos á santa Rita en sus virtudes y somos como ella. só-

brios, justos, piadosos y devotos? Si emancipados del yugo de los vicios, nos inclinamos hácia la virtud y ponemos nuestra dicha en vivir con Jesucristo en Dios, sin perder de vista los ejemplos que nos dejó santa Rita para que seamos santos y perfectos: ¿no nos tendríamos por dichosos y felices aun en esta vida? Reflexionadlo: escuchad la voz de la razon y no hagais traicion á vuestra conciencia. Esta os dice que con santa Rita de Casia se aseguran la gracia, la virtud y la gloria: que á su lado no hay vicios ni pecados, desórdenes ni excesos, remordimientos ni inquietudes; que en pos de esta santa caminan siempre las bendiciones del cielo, las gracias de la virtud, los instintos de la piedad, las misericordias del Señor y las señales de la predestinacion. Ella siempre clama, vocea y dice con san Pablo, que busquemos al Señor mientras puede ser encontrado; que dejemos para esto los deseos impuros, las injusticias, las impaciencias, las tendencias seculares y las cosas carnales, sensibles y terrenas, y nos dediquemos á esperar en el Señor instándole con ruegos y oraciones para que nos atienda benigno y nos haga dignos de sus misericordias, y que jamás nos apartemos de la ley santa del Señor. Escuchémosla en provecho nuestro: sigamos todos á santa Rita por los caminos de la virtud, y la gracia nos hará fuertes y poderosos como á ella. En esta santa prodigiosa hallarán las niñas una compañera, las jóvenes una igual, las casadas una de su estado á quien seguir, las viudas una piadosa muger á quien imitar, y los fieles todos una hija del Evangelio que jamás supo gloriarse sino en Jesucristo crucificado, como el Apóstol. A ella todos, y digámosla con fe viva:

Prodigiosa y admirable santa Rita, honor de las casa-

das y gloria de las viudas : todos te invocamos en nuestros conflictos y os pedimos que nos sostengais en nuestros combates , que nos ayudeis en nuestros apuros , que seais nuestra protectora y que intercedais por nosotros al Señor que os eligió para ser nuestra guia , nuestra conductora y nuestra abogada en la tierra , y nuestra eterna compañera en el cielo. Amén.

A. M.

DIA VII.

Escogiendo Santa Rita de Casia el estar en la casa del Señor mas que el habitar en las tiendas de los pecadores, nos enseña á buscar á Dios por los caminos de la virtud, y á huir del vicio y del pecado.

Elegi abiecius esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.

Escogi estar abatido en la casa de mi Dios, antes que morar en las tiendas de los pecadores.

PS. 83., v. 11.

Qué grande y admirable se nos muestra santa Rita de Casia en este día. Ya hemos visto que su vida portentosa es un mapa animado de prodigios inauditos, una cadena de acaecimientos extraordinarios, una pirámide de triunfos capaces de hacer época en la serie de los tiempos. La hemos contemplado en su misma infancia como á un ángel por su pureza, por su inocencia y por su santidad; en su juventud, como á una alma criada por el Omnipotente pa-

ra hacer en todo su santísima voluntad; en el estado del matrimonio con todas las virtudes propias de una esposa santa y de una madre piadosa, y en su viudedad, como á una muger paciente nutrida con la oracion y con los ejercicios religiosos de que habla el Apóstol de las gentes. En ella hemos observado la muger fuerte que buscaba Salomón, una santa en quien se reunieron la inocencia de Susana, el fervor de Ester y el heroismo de Judit para hacerla digna de las honras universales. Pero hoy hay que decir de esta santa prodigioso cosas mas sublimes; hay que declarar que la misma admiracion se asombra al ver lo que ha obrado el Todopoderoso en este astro luminoso de su Iglesia; hay que hacer entender á las gentes todas, que santa Rita de Casia no solo fue el ejemplar y modelo de las virtudes que hacen santas á las niñas, á las doncellas, á las casadas, y á las viudas, sino que Dios la escogió en sus decretos eternos para que fuese la maestra de las maestras de la perfeccion cristiana, el libro vivo de las almas escogidas, el oráculo de los sabios, la luz de los místicos, el ornamento y gloria de los claustros, un serafín tan abrasado en amor divino, como os lo haré ver al deciros, que libre santa Rita de los lazos que la unian al mundo, y en plena libertad para poder buscar á su amado por lo mas perfecto de su ley santa, se resolvió al fin, y dijo con el Salmista.—Escogí estar abatida en la casa de mi Dios, antes que morar en las tiendas de los pecadores. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.*

Reina del ciclo: bien sabeis que vuestro santísimo Hijo grabó en el corazon de santa Rita de Casia una inclinacion

natural hacia el bien, hacia el honor; hacia el agradecimiento y hacia la piedad: que esta devota vuestra miró con horror las abominaciones de la tumultuosa prostituta de Babilonia; y que siempre tuvo un deseo eficaz de ser fiel á su Dios en todas las acciones de su vida. Vos misma, enamorada de sus virtudes, os declarasteis en su favor, y no parasteis hasta verla colocada en lo mas interior de vuestros retreles soberanos, en el *Sancta Sanctorum*, lugar reservado en donde Dios se comunica á las almas privilegiadas haciéndolas participantes de los torrentes de amor divino que fertilizan los campos legados á la Esposa santa, y hace serafines de los hijos de los hombres, y yo necesito de vuestro auxilio para presentarla á mis oyentes con todo el esplendor y brillo de las perfecciones monásticas con que se hizo admirar de los grandes de la casa del Señor. Inspiradme para que mi lenguaje sea proporcionado; y todos salgamos de este santo templo edificados, persuadidos y resueltos á imitar segun nuestro estado á la gloriosa santa Rita de Casia. Os lo pedimos diciéndoos en albricias.

Ave María.

Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.

Desde el momento en que santa Rita quedó sin esposo y sin hijos, se dedicó total y exclusivamente á amar y ser-

vir á su Dios en la oscuridad de una vida retirada del mundo y escondida con Jesucristo en Dios. Su bendita alma ocupada de la hermosa idea de las cosas celestiales, se inclinaba á los ejercicios de la oracion en que escuchó una voz *semejante* á la que movió el corazon del patriarca Abraham para dejar su patria y la casa de sus padres, y dirigirse al lugar en que Dios queria hablarle: *semejante* á la que sacó á Lot del incendio de Sodoma: *semejante* á la que despues de los apóstoles condujo á los desiertos de la Tebaida y de la Nitria á los Pablos, Antonios, Arsenios, Hilariones y Pacomios; á Grenoble y Clarabal á los Brunos y Bernardos; al retiro de sus monasterios á las Escolásticas, á las Umbelinas, á las Claras, Gertrudis y Teresas. El Omnipotente dejando á millares de vírgenes que habitaban en los tabernáculos del siglo, escogió á la virtuosa santa Rita para colocarla en el sagrado de su casa, hacerla el ejemplar modelo de las mismas santas, y ofrecer al mundo una de las maravillas mas sorprendentes de la gracia. Rita, fiel á la fuerza y eficacia de esta misma gracia, empezó á responder y á seguir los impulsos de la voz celestial que hablaba en su interior, desprendiéndose de los vínculos mas sagrados de la naturaleza, emancipándose de la dependencia del mundo y de su conducta, y formando-se el heroico proyecto de abrazarse para siempre con Jesucristo, su divino Esposo, queriendo mucho mas habitar despreciada y abatida en la casa de su Dios, que en los conventículos de los pecadores: *Elegi abjectus esse in domo Dei mei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum*. Nada importa que á la ejecucion de este proyecto se opongan imposibles á las fuerzas humanas; las divinas y omni-

potentes los vencerán y los hombres verán que el Dios de Moisés es siempre fuerte y poderoso, terrible, magnífico, magestuoso y adorable por los siglos de los siglos. La sierva del Señor resuelve entrar en el convento de santa María Magdalena del orden de san Agustín, sito en la poblacion de Casia: pide con súplicas y ruegos humildes su admision en la morada de las Esposas del Cordero vírgen: pero no es escuchada ni atendida: pedia un imposible: las monjas no podian admitirla sin quebrantar sus leyes y estatutos: una muger de los antecedentes de Rita no podia asociarse con las hijas predilectas del claustro. Insiste sin embargo nuestra santa; su fe la alienta, la gracia la dirige, el Señor la llama, su corazon la insta, su alma no se aviene á vivir en un siglo impostor, lleno de falsedades, suspira por la union con su Amado, y los ángeles del cielo la transportan al convento de la Magdalena; la dejan en el coro; la ven las monjas; se admiran y se sorprenden; preguntan, indagan, inquieren y se convencen de que todo era obra de Dios, de que santa Rita se encontraba entre ellas por disposicion divina, de que el Omnipotente les concedia un don precioso dándoles milagrosamente una compañera que habria de llenar de honor y gloria su convento, su orden, su patria y su siglo.

No se equivocaron las vírgenes prudentes, ni fueron errados sus cálculos. Inspiradas por el cielo dieron el habito de monja á santa Rita, y con él un vestido de santidad tan sublime y elevada que llegó á ser el asombro y la admiracion de las mismas santas. En cuanto Rita se vió honrada con la cualidad de esposa de Jesucristo adelantó con muchas ventajas á las vírgenes que habian emprendido an-

tes que ella el camino de la perfeccion religiosa: habiendo contraido nuevos empeños con al Amado de su alma reúne todos los resortes de su corazón, todo el nervio de sus potencias, toda la vivacidad de sus pensamientos y todo el fervor de sus deseos para pertenecer á solo Dios y agradarle como á su único dueño: su espíritu generoso avergonzado de la tibieza en que creia haber vivido, abraza en toda su estension las virtudes que podian satisfacer á su amado Jesus: instruida en las obligaciones monásticas observa un silencio inviolable, al que junta una oracion continua, una contemplacion estática, un fervor indecible, y una austeridad asombrosa: su divorcio con el mundo fue el mas absoluto y perpetuo, y la abnegacion de sí misma era tan perfecta, su humildad tan profunda, su pureza tan acendrada, su obediencia tan ciega, tan extrema su pobreza, su caridad tan ardiente, su celo tan activo, su fidelidad tan inalterable, y su amor á Dios tan encendido, que las almas mas puras y perfectas alabaron al Señor, porque habia sacado de los tesoros de su sabiduría una criatura tan cabal que se confundia en sus ejercicios de caridad con los mas abrasados serafines.

Aun no he dicho lo bastante compendiando las virtudes que forman el carácter de los santos: en santa Rita de Casia todo es singular, todo propio y privativo, es como el lirio del campo, como la rosa de Jericó, como el cinamomo y el terebinto, símbolos y figuras bíblicas de grata significacion. Santa Rita en el claustro examinó escrupulosamente su vida anteacta, la comparó con la que debe tener una alma espiritualizada y absorta en Dios, y creyéndola disipada y poco fervorosa se constituye en juez inexorable

de si misma y se delata , se acrimina , se calumnia atribuyéndose en su humildad epítetos que no merecía , y se condena al suplicio de la mas dura penitencia ; reúne en su persona todo el espíritu de mortificación que hizo tan memorables á los pobladores del desierto ; se entrega á los ejercicios de los perfectos ; los silicios y las disciplinas son los atavíos con que se adorna esta nueva Estér para agradar al divino Asuero ; una crucifixion severa de los sentidos , un ayuno perpétuo , una vigilia continua , una labor jamás interrumpida , un vivir y morir constantemente por purificarse y hacerse digna del Esposo inmaculado , este fue el círculo de su vida monástica. Y qué os parece : ¿ no debería estar contenta y satisfecha con ella la virtuosa y ejemplar santa que nos ocupa ? ¿ Queda que hacer mas á una alma encerrada en el cuerpo mortal de un descendiente del primer prevaricador ? Ay ! señores : somos por desgracia demasiado terrenos y carnales para conocer las cosas que son del espíritu de Dios. Santa Rita sabia , como san Pablo , que no son comparables los padecimientos de esta vida con la dicha de ver á Dios cara á cara y gozarlo eternamente en la gloria : sabia que todas las mortificaciones y penitencias imaginables eran como un átomo imperceptible á la vista de lo que padecieron y sufrieron por nosotros Jesus y María : sabia que el hombre habia nacido para el trabajo , para la virtud y para la gloria conquistada con la sangre de un Dios crucificado , y esta sabiduría propia de los santos la convencia de que por mucho bueno que pudiera hacer y practicar en esta vida , era muy poco y de escaso valor á los ojos de un Dios ante el que se humillan las potestades celestes , y tiemblan los tronos , los querubines , los serafí-

nes y toda la milicia celestial, como lo canta la Iglesia. De aquí el ocuparse siempre en las divinas alabanzas, derramando su alma en unas efusiones tan tiernas que parecía agotarse su corazón; el estar abrasada en una hoguera cuyas llamas la elevaban sobre lo terreno y la precisaban á decir á su divino Esposo: — Señor: añadid á vuestros beneficios el de hacerme participante de los dolores de vuestra santísima pasión: haced que yo viva muriendo por Vos; que os imite según mis fuerzas, y sea un sarmiento vigorizado con la virtud de la cepa que le comunica la vida y lozanía necesaria para fructificar. Herid, sajad, quemad y cortad toda la maleza que hay en mí con tal que no me condeneis, ni me borreis del libro de la vida. Todo antes que desagradaros y perderos, todo por servirlos, todo por complacerlos, todo por ser vuestra, y todo por lograr vuestra gracia, vuestro amor y vuestra gloria. — Al momento fue escuchada y atendida esta súplica por el que todo es dulzura, piedad y misericordia: santa Rita sintió clavada en su frente una espina de la corona de Jesús, y yo no soy capaz de hacerlos comprender los agudísimos dolores que le ocasionó. Se le formó una herida incurable, y llenándosele de gusanos y de putrefacción, tuvo necesidad de apartarse de sus hermanas por no serles molesta, ni afligirlas con el hedor insoportable de la llaga; cual otro paciente Job se constituyó en el muladar de la enfermería, en donde solo Dios sabe lo que sufrió con tan penosa mortificación. Hízose admirar de cuantos tenían noticia de sus virtudes eminentes, y su fama se extendió muy luego por todo el orbe cristiano con circunstancias tan particulares, que era tenida de todos por un oráculo divino, por un prodigio de la ciencia celestial y divi-

na, por la que mas penetraba y mejor esplicaba los misterios de la fe. Todas las clases de la sociedad la veneraban, aplaudian y respetaban como á la amada y escogida del Señor. Las monjas, sobre todo, conocedoras del mérito de santa Rita, la miraban como á la maestra de las virtudes monásticas; la vieron mil veces con el rostro inflamado con el fuego del amor divino, tan agradable y pacífica, como si gozara de los consuelos celestiales que comunica frecuentemente el divino Esposo á las almas que lo aman con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos, como esta santa angelical.

Desde el feliz momento en que la espina de nuestro Redentor se clavó en la frente de santa Rita, parece que fue estraida esta hija de la gracia de la condicion humana, y puesta en la de los serafines y querubines. En cuanto Rita se vió atribulada con sus penitencias y acerbos dolores de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, se halló tambien anegada en un abismo de mercedes estraordinarias que inundaron su alma por todo el resto de su vida: arrebatada en profundos éxtasis entra en posesion de cuantas dulzuras contiene la oracion mas fervorosa, de cuantas luces puede comunicar la mas alta contemplacion, y de cuantas delicias promete en la tierra la union íntima con el divino Esposo. Ya se veia ilustrada con luces superiores á la comprension humana, ya con un conocimiento claro de los mas profundos misterios; unas veces parece que descubria en toda su plenitud la hermosura eterna, y otras que experimentaba unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem, y que bebia en aquella fuente de delicias que embriaga á los santos. Santa Rita con la espi-

na de Jesus se contemplaba dichosa y feliz. Es verdad que su vida era una vida de dolor y de tormento, de pena y de afliccion, de sufrimiento y paciencia; pero su alma estaba trasportada en Dios, y en el seno de la divinidad oia aquellas palabras misteriosas que no se ha concedido al hombre proferir. Se acaloraba su corazon; se abrasaba; se derretia, rebosaba en delicias celestiales, y no pudiendo sopor-
tar torrente tan impetuoso de estos favores divinos, pedia á su Esposo que la ensanchase el corazon, ó que limitase sus beneficios. Llegó á fastidiarse aun de las cosas mas precisas y necesarias al cuerpo humano, adquiriendo una impasibilidad asombrosa que la eximia de las necesidades inseparables de la vida mortal, y la preservaba del sueño, del hambre, de la sed y de la intemperie de las estaciones, pudiendo decir en los últimos dias de su peregrinacion lo que un ángel dijo á Tobías:— Yo uso de un alimento invisible, que es el mismo Dios.—¿ Pensais acaso que no pasó de aquí todo el patrimonio que llevó al claustro la virtuosa viuda de Casia? ; Ay, señores! Las delicias que acabais de oirme no fueron mas que una pequeña porcion de las arras con que el celestial Esposo coronó las virtudes eminentes de santa Rita: su mano soberana que no ponía término á sus profusiones se empeña en privilegiar á esta santa prodigiosa destinada á ser el modelo de las vírgenes y el ejemplar de las almas puras y perfectas. Dispensa con ella las leyes ordinarias de su Providencia y la regala con maravillosas apariciones que la hacen á un mismo tiempo morir de placer y de dolor: parece que todo el cielo se pone en movimiento para honrar á esta nueva Estér: los espíritus soberanos bajan del paraíso á celebrar sobre el lecho de la

penitencia las bodas del Cordero inmaculado. La Santísima Virgen, los antiguos patriarcas, los santos ángeles se la manifiestan visiblemente, la hablan con la misma familiaridad que si fuera ciudadana del cielo: el mismo Redentor deja verse en figura corporal, unas veces rodeado con los resplandores de su gloria, otras recién nacido en el pesebre, ya entre las humillaciones del Calvario, y ya resucitado y glorioso á la diestra de su Padre causando en su corazón unas impresiones tan vivas, tan tiernas y tan penetrantes que jamás llegará á comprenderlas la inteligencia humana. ¡O soledades del Egipto y de la Tebaida, santificadas con los prodigios y virtudes de los Pablos, Antonios, Hilariones, Pelagias y Egipcíacas! Vosotras, depositarias de las maravillas del cielo: ¿fuisteis alguna vez testigos de tan plausible y asombroso espectáculo? ¡O Dios mio! ¡Con qué abundancia os derramasteis sobre la virtuosa santa Rita de Casia, predestinada para esposa vuestra! ¡Con qué profusión premias su fortaleza y su constancia! ¡Con qué dulzuras tan copiosas pagais sus trabajos y combates! A vista de tales premios: ¿quién no se arroja en los brazos de la cruz, y pide á Dios, como santa Rita, el favor de ser participante de los dolores que sufrió el Redentor de las naciones en su Pasion acervísima? Si el amor á Jesus hace dulces los mayores padecimientos, atrae los favores del cielo, y hace ángeles de frágiles pecadores: ¿quién no lo procura en la oracion, en los ejercicios de piedad, en la fiel observancia de la ley, y en la caridad que es la vida de los justos? Si santa Rita espuesta á los mismos peligros que nosotros, y aun acaso mas tentada y afligida, se valió de las armas de la fe para vencer y triunfar y logró agradar á su Dios

ofreciéndole un corazón y una alma resignada en su santísima voluntad: ¿no podremos imitarla y seguirla, al menos en lo substancial para ser y llamarnos hijos de Dios? Pues esto es lo que exige de nosotros; el que nos reúne hoy en este santo templo para alabar, bendecir y glorificar al Dios que tan admirable se muestra en sus santos. El Señor nos presenta á santa Rita de Casia hecha un serafín abrasado con el fuego del amor divino, para que nos convenzamos de que la santidad no se halla vinculada á ninguna clase, estado ó condicion; de que en todas las clases en que nos coloque la divina Providencia podemos ser tan santos como deben serlo los hijos del Padre celestial; de que el mas santo entre los hombres es el que tiene mas caridad, *fuere el que fuere*, como lo dice nuestro Catecismo de doctrina cristiana. ¿A quién no animan estas verdades eternas? ¿Quién no se alienta al ver la perfeccion á que llegó santa Rita de Casia solo por haber amado á Jesus cumpliendo con sus divinos preceptos en los diferentes estados en que tan sensiblemente manifestó su virtud? Todos somos llamados al reino de los cielos, como esta santa prodigiosa; á todos se nos ofrecen las gracias necesarias para llegar á la patria del descanso eterno; no hay uno que no sienta en sí mismo la facultad de hacer lo que han hecho los santos; no se encuentra en este santo templo uno solo que no crea y co-ozca que en Jesucristo se halla la plenitud de todos los bienes, y que de ella podemos participar todos, como lo dice el Apóstol. Podemos pues, y debemos ser santos. Pero ¿por qué no lo somos? Porque en nada nos asemejamos á santa Rita de Casia: porque no amando como ella amó á su Redentor, estamos apegados á lo carnal y terreno que nos

abate y oprime : porque nos dejamos engañar de un mundo falso en sus promesas, engañoso en sus deleites, falaz en sus apariencias y enemigo declarado de nuestras almas: porque somos infieles á las promesas que hicimos en el bautismo, y porque no habiendo percibido las delicias de la fe, de la esperanza y de la caridad, no las deseamos como los que aman de veras á Jesus. No somos santos, porque no queremos serlo : y esto es monstruoso, es inconcebible, es horroroso, es incalificable. Volvamos nuestra vista á santa Rita de Casia, y al verla sacarsu felicidad de la cruz de Jesucristo imitémosla y nuestra dicha será semejante á la suya. Escogamos como esta santa prodigiosa el estar abatidos, humillados y contritos en la religion divina, en que hemos sido educados, desechando la comunicacion con los pecadores, y de cierto se nos concederá la gracia que hace santos á los fieles en esta vida y eternamente felices en la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

DIA VIII.

Con santa Rita de Casia, se santifican, se perfeccionan y se hacen dignas esposas de Jesus las religiosas consagradas á Dios con los votos monásticos.

Memor esto... Unde exieris: et agere penitentiam, et prima opera fac.

Acuérdate de donde has caído, y arrepíentete y haz las primeras obras.

APOCALIP., C. 2, V. 5.

Aquel Dios cuya voz victoriosa rompe los cedros del Líbano, reprime los torbellinos del aire, suspende el curso de los astros y pone término á las olas del mar: aquel Dios que estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo y humilla, abate, rinde, y enmudece cuando quiere, á toda la naturaleza: el Omnipotente en cuya mano soberana un José encarcelado pasa de un oscuro calabozo á ser el árbitro y Señor de todo el Egipto; un pastorcillo como David es sublimado desde el humilde cayado al magnífico solio de Israel; y el pequeño hijo de

Sarvia al frente de las tropas de Judá: ese Dios de poder, de providencia y de magestad, que se valió de Judit para inundar de sangre incircuncisa los campos de Betulia; de Estér para detener el rayo con que el saberbio Aman quiso arruinar el pueblo santo; y del balbuciente Jeremías para asustar con espantosos anuncios al rey Sedecias en medio de su misma púrpura y diadema. Este gran Dios, cuando se propuso consolar á su Iglesia santa combatida del mundo y del infierno suscitó una muger capaz de llamarse con toda propiedad la maestra, la luz, el ejemplar y el oráculo de todas las personas de su sexo; una muger desnuda de los afectos terrenos y carnales en quien no haciendo la menor impresion ni los halagos del mundo, ni los placeres de la carne, ni los trabajos de la vida, ni los desprecios de las criaturas, ni las grandezas del siglo, fuese á propósito para comunicar las órdenes del cielo no solo á los grandes y pequeños del pueblo cristiano, sino tambien á los mismos ángeles, á la manera con que san Juan manifestó lo bueno y lo malo que halló el espíritu del Señor en los de las iglesias de Efeso, de Esmirna, de Pérgamo, de Teatira, de Sandes, de Laodicea y de Filadelfia: una muger en fin como santa Rita de Casia, gloria inmortal de su nacion, astro luminoso y ornamento singular de los claustros, consuelo de la Iglesia, terror y espanto del infierno, y triunfo de las que comprometidas con los votos monásticos se proponen amar y servir al Dios de la redencion para reinar eternamente con él en la gloria.

Ved aquí la obra grande en que nuestro Dios quiso ostentar su bondad, su poder y sabiduría en favor de esas almas escogidas puestas en el camarín de su santuario para

los fines de su Providencia. El ha determinado que con santa Rita se santifiquen todas las monjas; que se perfeccionen, se hagan dignas de los consuelos celestiales, atraviesen felizmente á su lado la peregrinacion en que gemimos los desterrados hijos de Eva y se salven. Así quisiera demostrarlo en el presente discurso dirigido especialmente á las religiosas del claustro para que acordándose de donde han caído, hagan penitencia de sus tibiezas, de sus flojidades, de sus descuidos, de sus faltas y defectos, y vuelvan al fervor de los primeros días en que consagradas al Señor no pensaban mas que en amar y servir al Dios de su alma con la práctica de todas las virtudes. *Memor esto... unde excidenis, et age pœnitentiam, et prima opera fac.*

Reina de las vírgenes: hemos llegado á lo mas santo y perfecto de la sociedad cristiana; al retrete de las esposas del Cordero inmaculado; al huerto cerrado y á la fuente sellada, que simbolizan la mayor pureza humana, y aquí encontramos á vuestra devota santa Rita de Casia dando lecciones de santidad y perfeccion á las almas santas y perfectas. Por Vos pasaron las gracias que la hicieron tan esclarecida, y á vuestra bondad recurro para que me alcancéis las luces que necesito para hablar de perfeccion, de pureza y de santidad á las personas perfectas, puras y santas. Ilustradme deritiendo todo lo carnal y terreno que me oprime y abate, y no desecheis las súplicas de los que os invocan diciéndoos con la veneracion mas sumisa y el mas profundo respeto

Ave María.

Memor esto... unde excideris: et age poenitentiam, et prima opera fac.

¿Para qué hablaros del espíritu de austeridad que acompañó á santa Rita de Casia hasta los últimos linderos de la eternidad, si sabeis muy bien que su pasion dominante fue la del amor mas fervoroso á su divino Esposo? ¿Para qué deciros que colocada en el claustro milagrosamente, fue en él un serafin encarnado, siempre al pie de la cruz en busca de su Dios; siempre ocupada en sus divinas alabanzas, y en caminar de virtud en virtud, de victoria en victoria y de triunfo en triunfo hasta el monte santo de la perfeccion evangélica ayudada de la gracia que procuró conservar y fortalecer con el aceite de la caridad mas acendrada; si de todo esto estais convencidas teniéndoos por dichosas en ser hijas de esta madre, maestra y doctora de la vida monástica, que habeis abrazado para ser dignas esposas del Cordero virgen que hace santos á los que lo siguen, y eternamente felices á los que lo poseen en la gloria? ¿No sabeis, acaso mejor que yo, lo que fue la prodigiosa santa Rita de Casia en el retiro de la soledad claustral en que purificada con los ejercicios monásticos llegó á ser el modelo y ejemplar de las que profesan su misma regla, su mismo estatuto, su misma vida, y su conato hácia la perfeccion evangélica, fin último de vuestros deseos por hallarse en él abierta la puerta del cielo? Pues si esto es así, dejemos á santa Rita de Casia presidir á ese coro de vír-

genes desde aquel trono de magnificencia en que la colocó la divina Providencia para vuestra direccion, alegría y consuelo, y hablemos de vosotras mismas.

No hay comunidad religiosa, dice mi melifluo P. S. Bernardo, en donde no se hallen almas tibias, que llevan el yugo de la religion de mala gana: que no pensando mas que en sí mismas, y en lo que puede agradarlas, obedecen sin virtud, oran sin atencion, hablan sin circunspeccion, leen sin edificacion, y casi todo lo hacen con gran dosis de disipacion. Verdad es que estos males pueden llamarse necesarios, por ser consecuencias funestas de la debilidad de nuestro ser; pero *ay* del delincuente, *ay* de los que no vigilan, *ay* de los que duermen cuando mas deben velar, porque ninguno de estos verá abierta la puerta de los cielos! La tentacion de la tibieza es una tentacion terrible, que se introduce en nosotros sin advertirlo; ella apaga el espíritu de religion, devora el ardor de la caridad, engendra el hastio y la indiferencia en las cosas que se tienen por leves, hace descuidadas á las almas que la admiten, y tiene la funesta virtud de hacer demonios vestidos con la capa de santidad, de los mas ajustados y religiosos. No hay que asombrarse. El Espíritu Santo dice, que el estado de tibieza es mucho peor que el del pecado: porque hay almas que no podrian sufrir por largo tiempo los remordimientos de un pecado grave: hay monjas que horrorizadas con la vista de un pecado mortal se humillan mil veces como David, y se cubren de ásperos silicios como Judit, siendo así que no forman escrúpulo y se hallan muy tranquilas y satisfechas en la tibieza. Casiano afirma que ha conocido pecadores que se han mudado en fervorosos peni-

tentes ; pero que jamás ha visto una mudanza en las personas religiosas entregadas en los brazos de la tibieza. Observacion tremenda cuya gravedad apoya un Profeta cuando dice que son incurables las llagas del santuario. *Desperata est plaga ejus* (1). La tibieza nos hace objeto de odio en la presencia del Dios santo, aun sin haber perdido su gracia. El Evangelio llama necias á ciertas vírgenes porque eran tibias y negligentes ; añade, que el celestial Esposo les negó la entrada en el cielo diciéndolas, que buscasen el aceite de la caridad que escluye todo pecado y estuviesen vigilantes, porque ignoraban la hora en que las sorprenderia la muerte. El mismo Dios se queja amargamente de un santo Prelado, porque no obstante su santidad, se habia apagado en él el primer fervor de su caridad. « Se, » le dice, que tienes paciencia, que has sufrido por mi nombre, y que no has desfalecido : pero tengo contra tí, el » que has dejado tu primera caridad : *quod charitatem tuam » primam reliquisti* (2). » Para corregirlo y sacarlo del fatal estado de la tibieza que rechaza á Dios y abre las puertas al mundo, le dice, que se acuerde de donde ha caído, que se arrepienta, y haga las primeras obras : *Memor esto unde excideris : et age pœnitentiam, et prima opera fac*. Y valga la verdad, religiosas santas : ¿ no podré yo aplicaros esta correccion divina sabiendo, como sé, que ninguno por santo que sea está esento de imperfecciones y omisiones en el cumplimiento de sus deberes ? ¿ Sois acaso tan perfectas, como aquella santa á quien dijo san Pedro Damia-

(1) Mich. c. I.

(2) Apocalip. c. 2, v. 4.

no : *Sigue haciendo lo que haces, y obrando lo que obras? Age quod agis, operare quod operaris?* Aunque así sea, el Apóstol nos dice que obremos nuestra justificación con temor, y que nadie sabe si es digno de amor ó de odio. A mí me toca deciros que la tibieza es un monstruo que os despedazará si no veláis ; que estais espuestas á perecer si queréis vivir estacionadas sin adelantar en el camino de la perfección que os habeis propuesto seguir, porque el no adelantar es volver atrás, como lo dice mi P. S. Bernardo: que veáis si os sucede algo parecido á lo que se vió en los sacerdotes y levitas del pueblo escogido. Familiarizados estos con la vista del Tabernáculo dejaron las precauciones prescristas por la ley santa del Señor : el prodigio de la columna de fuego perdió su aprecio ; al fin, sucedieron á la veneración las profanaciones. Unos ministros temerarios se atrevieron á presentar un fuego extraño : otros usurparon las funciones reservadas al Sumo Pontífice : se aficionaron á las hijas de Madian : tan apenas se halló en toda la tribu de Levi un Fincés que vengase la santidad de la ley. ¿Hay, repito, algo de esto, entre vosotras? Porque la familiaridad con las prácticas piadosas sin grande vigilancia, suele apagar el primer fervor, el corazón se resfria, Dios se retira, el mundo se acerca, y á su sombra se fortifican las inclinaciones viciosas á la manera de una tierra sin cultivo en que crecen los cardos, las espinas y malas yerbas. Ya que el sagaz tentador no ve practicable el camino de graves crímenes en los claustros, se contenta con introducir en ellos la tibieza, y hacer que se siente un género de vida acomodado al amor propio, sin el que no habría infierno, según mi doctor meliflúo, y si logra que las personas religio-

sas se permitan ciertas omisiones que en un principio se miraban con grande escrúpulo, se da por satisfecho y tiene por cierta la victoria, por seguro el triunfo.

Para defenderos de este infernal ardid, dice san Buenaventura, acordaos del dia en que tuvisteis á grande dicha el vestir el santo hábito de penitencia con que os honrais y ennobleceis. Entonces erais humildes, erais obedientes, erais activas, estábais vigilantes y á cada momento os ofreciais en holocausto vivo al Dios de vuestra alma. Pero ¿han crecido estas virtudes con los ejercicios monásticos en que estais ocupadas? Pues es que si no es así, alguna pasion os ha herido; en algun defecto habeis caido; habeis dejado la primera caridad, y Dios os dice en este dia: Llorad esos defectos, haced penitencia, volved al fervor primitivo, humillaos á la vista de la carne que vestís, dad las últimas pinceladas á la imágen de Jesucristo crucificado, y vuestra será la victoria, vuestro el triunfo, vuestra la gracia y vuestra la gloria. ¿Teneis para esto, mas que seguir é imitar á vuestra Madre, maestra y doctora santa Rita de Casia? Formadas en su escuela, y dirigidas por sus doctrinas y ejemplos ¿no os llenará vuestro celestial Esposo de fortaleza como á Judit, de valor como á Jael, de temor santo como á Tobías, de paciencia como á Job, del don de lágrimas como á David y á san Pedro, y de fervor divino como á la Esposa santa? Teniendo, como teneis en favor vuestro, la proteccion de esta hija inclita de la Iglesia cuya sagrada imágen os inspira todo lo bueno, y os asegura que desde el cielo os aparta de todo lo malo ¿á quién debeis temer? A vuestra carne. Con la gracia, con la penitencia y con la disciplina monástica se reprime, se

doma, se sujeta, se humilla y se reduce á servidumbre, como lo esperimentó el Apóstol, acaso mas tentado que nosotros. ¿Al mundo cuya infeccion penetra aun en lo mas interior del santuario? Este enemigo es muy conocido: el cielo en su misericordia os reveló toda su deformidad; os inspiró la idea de abandonarlo; os sacó de la Sodoma impura del siglo, y del abominable Egipto de la corrupcion; os condujo al silencio de los claustros en donde el Señor habla al corazon de los que lo buscan, y ahí escudadas con las prácticas de las virtudes que hicieron tan perfecta á santa Rita de Casia teneis los elementos necesarios para degollar á los soberbios Holofernes, para vencer á los Sisaras arrogantes, para romper los lazos del seductor Lebiatan, para huir de la tibieza, volver al primer fervor, y ser en ese alcázar de santidad y perfeccion evangélica lo que fue santa Rita de Casia. Con esta santa no es posible pensar mas que en amar á Dios; en sacrificarle la propia voluntad con firme propósito de hacer siempre la suya; en vivir mortificadas, muertas al mundo y vivas para Jesucristo; en tener la vigilancia de las Vírgenes prudentes, en mostrarse en todo dignas esposas de Jesus y en aspirar á las promesas hechas á los que cumplen fielmente los deberes que vosotras mismas os impusisteis libre y voluntariamente en vuestra profesion. Resolvos pues á imitar á santa Rita de Casia en la crucifixion severa de sus sentidos, en las vigiliass continuas, en los ejercicios laboriosos, en el fervor y constancia con que sirvió al Dios de su alma, en aquel encendido amor á Jesucristo que la hizo aparecer en la tierra como si fuera un serafin del cielo, y no temais; porque el Dios de los claustros es aquel Dios de

tan piadosas entrañas, que derramó lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro; que no vió el desconsuelo de Marta y María sin compadecerse; que lastimado de la dolorosa viuda de Nain mandó á la muerte que restituyese á aquella madre el hijo de su dolor: es un Dios que se deja aplacar de la sincera contrición de un pecador, y que para haceros santas fervorosas y esposas queridas suyas, os dice lleno de amor y caridad. Aprended de mí que soy manso, y humilde de corazón.—Vigilad y orad para que no caigais en la tentación:—Recibid sobre vosotras el yugo de mi ley cuya carga es suave, y dulce su peso; poseed vuestras almas en la paciencia hija de la caridad, y día llegará en que os alegréis por haber sido fieles á las inspiraciones de la gracia. Este, religiosas santas, es el Dios de santa Rita y el vuestro. Tomadlo por maestro y escuchadlo en la oración; no lo dejéis jamás; luchad con él, si es preciso, como Jacob, hasta obligarle á echaros su bendición, y no esperéis mas; porque ya es llegado el tiempo de volver como el hijo pródigo á la casa paterna á vivir en ella con los adornos de la gracia y la diadema de la caridad mas acendrada. Ya es tiempo, señoras respetables, de que acudáis á santa Rita y la pidáis su protección para santificaros; para que se perfeccionen vuestras almas, os hagáis dignas de los consuelos celestiales, y podáis atravesar felizmente la peregrinación en que gemimos los desterrados hijos de Eva.

No hay, gracias á Dios, que reprenderos por graves crímenes, ni nos hallamos en el caso de deplorar entre vosotras escándalos trascendentales: pero el Dios de la santidad os halla reprehensibles en algunas cosas: dice, que ha decaído en vosotras el fervor primitivo; que no sois tan san-

tas como debiérais serlo; que sois algo tibias, flojas y descuidadas en su santo servicio, y que si no hacéis penitencia de estas venialidades funestísimas y no volveis á los días de vuestro primer fervor, os arrancará de su santuario, y seréis objeto de su maldición. Mirad pues, lo que contestáis á vuestro celoso Esposo. El quiere que no se apague en vosotras el amor que le habeis jurado; que seais fieles á vuestros votos, observeis el tenor de vida que habeis profesado; vivais siempre en los brazos de la cruz mortificadas, contritas y humilladas cual conviene á las hijas de la penitencia y que seais, en una palabra, copias fieles de santa Rita de Casia que por sus méritos y virtudes llegó á ser la luz del mismo santuario, la doctora de los sabios, la maestra y consultora de los santos, la madre de las religiosas y el oráculo de su siglo. Esto es lo que quiere y exige de vosotras vuestro amantísimo Jesus: os desea y os ama en tan alto grado, que parece que os suplica que seais suyas, imitando á su esposa santa Rita. ¿Será posible que os negueis á un Dios que os suplica y demanda vuestra amistad, para haceros sus esposas y compartir con vosotras la felicidad eterna que le es propia y esencial? Dios os llama con esa voz misteriosa que deja oírse en lo interior de vuestros corazones; os manda, para que os decidais, no un ángel del cielo, para que no seais deslumbradas con su esplendor, sino una santa que habiendo estado sujeta á las mismas pasiones, á las mismas fragilidades y miserias que vosotras, triunfó con la gracia de los enemigos de su alma, y llegó á un grado tan sublime de perfeccion evangélica, que se os propone como ejemplar y modelo de la santidad que debe embelleceros, haceros puras y perfectas, y ocupar en

la Iglesia santa un lugar de preferencia en que debeis edificar con vuestros ejemplos, contener el brazo del Omnipotente levantado para castigar á los pecadores, y ser el pararrayos en que se embote la cólera del cielo para que no pueda dañar á los que le ofenden.

Dios en su piedad y misericordia os envia á santa Rita de Casia, para que fijando vuestra consideracion en sus virtudes, aviveis vuestra fe, fortalezcáis vuestra esperanza y encendais vuestra caridad de manera que ilustradas con las luces de la gracia conozcáis toda la importancia del aviso que os da en este dia el oráculo sagrado diciendo á cada una de vosotras: *Acuérdate de donde has caído, arrepiéntete, y haz las primeras obras: Memor esto, unde excideris, et penitentiam age, et prima opera fac.* Sed dóciles á esta demostracion divina, rendid vuestra cerviz bajo la ley santa del Señor, imitad á vuestra madre, maestra y doctora santa Rita de Casia en el fervor constante con que sirvió á su Dios en los ejercicios monásticos propios de vuestro estado, y haced que el mundo entienda que si al lado de santa Rita se santifican las niñas, las jóvenes, las casadas y las viudas, tambien se perfeccionan las hijas del claustro, las esposas de Jesus, las destinadas á acompañar eternamente al Cordero virgen de cuyo costado sale aquel rio de delicias en que se embriagan los ciudadanos del cielo. Confesad en vuestro reconocimiento que Dios escogió á santa Rita de Casia para dirigiros con sus doctrinas, virtudes y ejemplos hácia la perfeccion evangélica en que deja verse en toda su pureza el espíritu del Señor, y reunid vuestras potencias y sentidos para decir con todas las veras de vuestra alma:

Gloriosa santa Rita, madre, maestra y doctora de nuestra fe, luz y guía de nuestra vida, y astro luminoso de nuestras almas: protegednos en nuestros conflictos. No te olvides de tus hijas, ni las dejes en manos de su propio consejo. Alcanzadnos del divino Esposo la paz, la union, la fe rendida y la caridad ardiente para que arrepentidas de nuestras infidelidades y ayudadas con la gracia, podamos hacer penitencia, y volver á los dias de nuestro fervor primitivo en que solo Dios era el objeto de nuestro amor. Haced que seamos dignas hijas vuestras en esta vida para ser eternamente vuestras compañeras en la gloria. Amen.

A. M.

DIA IX.

Santa Rita de Casia, siempre constante en amar y servir á Dios, nos enseña á perseverar en la virtud hasta la muerte.

Usque ad mortem certa pro justitia.
Hasta la muerte combate por la justicia.
ECLES. C. 4, v. 33.

Teneis presente lo que se os ha dicho de la prodigiosa, esclarecida y admirable santa Rita de Casia, digno objeto de nuestra devocion en estos dias? ¿No la habeis admirado enamorada de su Dios desde su puericia, ejemplar en su juventud, virtuosa en su matrimonio, edificante en su viudedad, portentosa en el claustro, y maestra y doctora de las virtudes en que deben perfeccionarse todos los fieles de cualquiera clase, condicion ó estado que ellos sean? Sí; al venerarla con los presentes cultos no hay uno solo en este santo templo que no esté convencido de que debe proponérsela por modelo de la perfeccion cristiana á que

todos debemos aspirar. Todo cuanto se os ha predicado se ha reducido á demostrar la santidad esclarecida de esta hija de la gracia hasta los confines de su vida y los umbrales de su muerte. Los ministros de la divina palabra han estado felices en la esplanacion de la vida virtuosa y ejemplar de santa Rita : han hecho oportunas y exactas aplicaciones, os han exhortado a seguir y á imitar á esta heroína de nuestra religion, y ¡ojalá que los frutos de su predicacion hayan correspondido al cielo con que han trabajado en favor de vuestras almas! ¡Ojalá que enamorados todos de las virtudes de este prodigio de santidad y de perfeccion evangélica, hayan formado proyectos virtuosos y firmes resoluciones de vivir y morir segun las máximas y preceptos de nuestra religion divina, y que se reproduzca en este pueblo el espectáculo que ofrecieron al mundo los habitantes de Sicar cuando oyeron á la Samaritana convertida en apóstol por el Salvador!

Escuchad, sin embargo, amados oyentes, porque sin lo que hoy os voy á predicar de nada os servirá lo que se os ha predicado. Sin la perseverancia en la virtud de ningún valor son los buenos principios, las buenas obras, la vida mas ejemplar, santa y virtuosa. Saul, escogido por Dios y celoso por su gloria, prevaricó y perdió la victoria y la corona prometida á los que combaten hasta la muerte por la justicia: un santo como Salomon lo vemos convertido en un ídolo; y un apóstol, predicador de la verdad y obrador de milagros, hecho un infame traidor de su divino Maestro. Vemos á un Orígenes, defensor de la fe, convertido en cismático; á un Tertuliano, austero y penitente, hecho un infiel y un herege; á un Celso, á un

Porfirio, á un Rufino, á un Pelagio, á un Lutero y á un Enrique VIII, declarado defensor de la fe por la santa Sede, siendo el escándalo de la religion y la prueba mas demostrativa de la verdad consignada en los libros santos para que el hombre pueda alcanzar todo el complemento de su redencion. *Hasta la muerte combate por la justicia*, dice el Sabio. Debemos combatir y emplear todas nuestras fuerzas en defensa de la ley santa del Señor, en hacernos dignos de la piedad y misericordia de nuestro Redentor, en obrar nuestra justificacion castigando nuestro cuerpo como san Pablo, para no ser del número de los réprobos y salvar nuestras almas. ¡ Oh, y qué bien entendia estas verdades la gloriosa santa Rita de Casia, y cómo las tuvo presentes hasta que exhaló su último suspiro en las manos del Señor! Yo os la voy á proponer por modelo de perseverancia en la virtud, para que todas vuestras obras formen un conjunto de méritos propios de los predestnados, y consigais por su proteccion la corona prometida á los que hasta la muerte combaten por la justicia, como nos lo manda el oráculo sagrado. *Usque ad mortem certa pro justitia*.

Virgen adorable: en vuestras manos se halla la vara de oro del celestial Asuero, estendida no solo en favor de Estér, sino tambien en el de sus afligidos aliados. En vos se encuentra el iris de la paz, la señal de confederacion entre Dios y las generaciones sempiternas, la seguridad de vuestros devotos y de los que se proponen imitar y seguir á santa Rita de Casia, á quien os dignásteis visitar con vuestro santísimo Hijo en la hora de su muerte preciosa en los ojos del Señor. Haced que todos los que

concurrimos á este santo templo experimentemos el poder de vuestra diestra en la hora de nuestra muerte, para que con nuestra abogada y protectora bendigamos y glorifiquemos eternamente vuestra bondad y elemencia, y la del que os escogió por su Madre y auxilio de los cristianos. Os lo pedimos bajo la tierna impresion que sienten nuestras almas siempre que os decimos con el ángel :

Ave María.

Usque ad mortem certa pro justitia.

¡Qué ideas tan tristes, qué angustias, perplejidades y dudas inquietan á los corazones mas robustos al meditar sobre su eterno descanso ! El Real Profeta dice lleno de turbacion y sobrecogido de un pavor aterrante : — He enmudecido al traer á mi memoria los dias eternos, y el justo recelo de si habré nacido para salvarme (1). Se halla mi corazon, decia el santo Job, como la barquilla acometida de una furiosa tempestad; mi temor es como el de un navegante en el punto en que se ve sumergir en las olas (2). Oseas asegura que no conoce la alegría,

(1) Ps. 76., v. 5.

(2) Job., c. 31, v. 23.

porque entiende que Dios entre dos hermanos elige el uno y deja reprobado al otro (1). ¿Quién, dice mi padre san Bernardo, puede decir con certeza, *yo soy del número de los escogidos*? Nadie, puesto que no hay lugar seguro para la salvacion. Un ángel cayó del cielo, Adán del paraíso, y Judas del colegio apostólico. Dios miró el justo Abel y despreció á Cain; salvó á Noé y perdió á Cham; bendijo á Isac, y dejó en manos de su consejo á Ismael; amó á Jacob y aborreció á Esaú; coronó á David, y dejó en el campo á los otros hijos de Isai. Si se pregunta la razon de todo esto, os responderé con el angélico doctor despues de san Agustin, que para nuestro entendimiento no hay otra que la voluntad adorable de Dios, que porque quiere elige á unos y reprueba á otros (2). Y en este caso, ¿qué haremos para salvarnos? A pesar de los misterios, ¿no es cierto que todos los que son fieles á la gracia se salvan, y que perseverando en la virtud se tiene una muerte que es el principio de la vida eterna para los justos? Así es, y siguiendo á santa Rita de Casia como con tanto celo y energía se nos ha encargado, nosotros haremos que Dios nos predestine para la gloria, como lo dice san Ambrosio; y aunque seamos pecadores, con tal que nos convirtamos al Señor y nos resolvamos á imitar á esta santa prodigiosa, todos nos salvaremos. Verdad es que parece que navegamos por el mar tempestuoso de este mundo sin timon, sin remos, sin árbol, sin ve-

(1) Oseas, c. 13, vv. 14 y 15.

(2) Santo Tom. 1 p. q. 23, art. 4.

las y sin áncora; pero ¿por qué? Porque no queremos acogernos á Jesus; porque no acudimos á Maria Santísima; porque no tomamos de los almacenes de la fé las armas que hay en ellos para vencer á los enemigos de nuestras almas y triunfar. San Pablo, perseguidor de Jesucristo y de su Iglesia, ¿no mereció despues de convertido ser un grande apóstol? La pública pecadora, desde que principió á amar á su Redentor, ¿no logró, perseverando en la virtud, ser un serafín abrasado en amor divino aquí en la tierra? San Agustin, en cuanto dejó de ser herege, maní-queo y lascivo, ¿no fue un doctor católico y un santo de primera magnitud? San Guillelmo, cismático, adúltero; incestuoso y sangriento, ¿no llegó á ser un ejemplo de ermitaños y un modelo de penitencia? ¿Y por qué? Porque perseveraron en la virtud; porque escucharon dóciles una voz del cielo que les decía: — Combate por la justicia hasta la muerte. *Usque ad mortem certa pro justitia*. Y qué, ¿no podremos hacer nosotros mismos lo que hicieron tantos santos y santas, teniendo los mismos ó aun mayores auxilios que ellos, puesto que nos sirven de guia, de ejemplar y modelo en todo lo que debemos hacer, obrar y omitir, segun las reglas, máximas y doctrinas de nuestra religion santa? Ahí tenemos á santa Rita de Casia. ¿Quién no conoce que imitándola en la constancia con que sirvió á su Dios, en el fervor con que le amó, y en el esmero con que observó su ley santa, se asegura la salvación vinculada á la perseverancia en la virtud?

Santa Rita es amada de Dios: tiene grande valimiento en la corte celestial; alcanza lo que pide en favor de sus devotos; y este es un poderoso motivo para que postrados

ante el trono de su gloria nos alegremos en el Señor como Isaías, y hagamos resonar el aire con cánticos de agradecimiento, con himnos, salmos y general accion de gracias. Si Moisés formó un cántico para alabar y bendecir al Señor que libró al pueblo santo del furor de los egipcios sumergidos en las olas del Bermejo: si Tobías glorificó al Señor con toda su familia cuando recobró la luz que habia perdido, si Débora alabó al Dios de sus padres despues de vencido Sisara: y si David se ofreció de nuevo al Señor cuando fue revelada á Natan la duracion de su reino: ¿qué no deberemos hacer nosotros al ver la bondad con que el mismo Dios nos asegura que imitando á santa Rita en la constancia con que combatió hasta la muerte á los enemigos de su alma, seremos admitidos entre los ciudadanos del cielo para ser felices por perpetuas eternidades? Reflexionadlo: porque me urge el manifestaros que teniendo por guia de nuestra conducta á esta santa prodigiosa, viviremos bien, moriremos mejor, y lograremos ver á Dios en la patria de los bienaventurados.

Sea uno devoto de santa Rita y resuélvase á imitarla en sus virtudes, y él será animado, no por el espíritu del mundo, sino por el que describe Isaías cuando dice, que debemos ser limpios, quitar el mal de nuestros pensamientos, dejar de obrar perversamente, aprender á obrar el bien, buscar el juicio, subvenir al oprimido, juzgar al pupilo y defender á la viuda (1). Amemos á Dios como lo amó esta

(1) Isai., c. L.

su sierva y esclava : propongámonos hacer siempre la divina voluntad cumpliendo con los preceptos del Señor : estudiemos las obligaciones de nuestro estado para no faltar á ellas : recurramos de continuo al Padre celestial en la oracion que debe ser el alimento de nuestras almas : pidamos al cielo las gracias necesarias para sufrir y padecer con mérito las adversidades , contradicciones y trabajos de esta vida : entremos en los caminos de nuestras justificaciones con firme propósito de no dejarlos hasta llegar al término á que nos conducen , que es una muerte preciosa en los ojos del Señor : perseveremos , en fin , como santa Rita en la virtud , y vive el Dios ante cuya presencia estoy , que ninguno se condenará ; que todos seremos justos , virtuosos y santos ; que nuestra vida será digna de los hijos de la gracia , nuestra muerte feliz y dichosa y nuestro porvenir eterno como el de los ángeles del cielo. Santa Rita , niña ; santa Rita , joven doncella ; santa Rita , casada virtuosa ; santa Rita , viuda ejemplar y edificante , y santa Rita , sobresaliendo en virtud y santidad entre las almas mas santas y perfectas del claustro , es la antorcha brillante y esplendorosa que Dios ha puesto en su Iglesia santa para iluminarnos en la noche de la culpa y facilitarnos un viaje próspero hácia la tierra de promision , en donde está nuestra felicidad eterna. Mirémosla para no perderla jamás de vista ; sigamos el rumbo que nos señala , y no lo dudeis , como la estrella guió á los reyes magos al portal de Belen , así las doctrinas , los ejemplos y la proteccion de esta abogada nuestra nos conducirá á una buena muerte para que entremos á reinar eternamente con Jesus en su gloria. Ojo siempre á la vida virtuosa de santa Rita , y en ella encon-

traremos una medicina universal para todas nuestras dolencias y enfermedades; en ella hallaremos á Jesus y á su santísima Madre dirigiendo el timon de la nave en que navegamos por el mar tempestuoso de este mundo, y una áncora segura en que podremos salvarnos en las mas recias tempestades.

Si tememos sumergirnos en las olas del deleite, de la ambicion, de la avaricia, de la vanidad, de la ira ó del odio: si la gravedad de nuestros pecados nos turba y abate; si la disipacion en que hemos vivido nos desanima, y la tentacion quiere cerrarnos las puertas de la esperanza para que nos desesperemos y tengamos por imposible nuestra salvacion, levantemos nuestros ojos á santa Rita y en ella hallaremos la señal salvadora de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, aprenderemos á apreciar los méritos infinitos de nuestro Redentor, los de su santísima Madre y los de los santos que reinan con Jesus en la corte celestial, y nuestros pensamientos serán pensamientos de confianza, pensamientos de conversion y penitencia, pensamientos de oracion y de continua acción de gracias, pensamientos de perseverancia en la virtud, pensamientos cristianos, á los que siempre va unida la gracia que todo lo puede y facilita. A santa Rita, señores y señoras, á santa Rita, y en ella hallaremos todo lo que podemos desear para salvarnos. Ya se os han mencionado las virtudes en que se ejercitó en todos los estados en que la puso la Divina Providencia: se os ha demostrado que en seguirla é imitarla consiste vuestra perfeccion, y solo falta que veais el término de sus méritos, la muerte preciosa que la sacó de este valle de lágrimas para volar á los descansos eternos, en donde se

halla con todo el poder que comunica el Omnipotente á las esposas del Cordero virgen.

Recordad todo lo que se os ha predicado de esta santa esclarecida: traed á la memoria el mérito que contrajo santa Rita en el dilatado tiempo de su padecer, y el grado á que se elevó su espíritu en los ejercicios monásticos, y no olvideis que á la fama de su eminente santidad concurrían innumerables personas de todas partes con el fin de admirarla y consultarla en los negocios mas arduos, como á un oráculo celestial. Tened presente que en los caminos de su justificacion jamás dijo *basta* esta virtuosa santa, sino que encendida mas y mas en amor divino, siempre adelantaba hácia el seno de la divinidad como al centro de sus ansias y deseos, y reunid ahora toda vuestra atencion para escuchar el final del último periodo de su vida edificante. Dios la visitó por medio de una penosa y dilatada enfermedad, en que dió ejemplos de sufrimiento y de resignacion en la voluntad divina, sin perder en medio de sus dolores su apacibilidad y su paciencia inalterable. Consumida mas á la violencia del amor divino que al rigor de la enfermedad del cuerpo, conoció que su fin era llegado y se dispuso como si hubiera sido una grande pecadora para comparecer en el tribunal del recto Juez que halla defectos en la santidad de los hombres; pidió perdon á sus hermanas por sus faltas en el servicio del divino Esposo; las exhortó á ser fieles á la gracia: se encomendó á sus oraciones: pidió y recibió con fervor ardiente los Santos Sacramentos, y reconcentrada en sí misma para entregar su espíritu en manos del Señor, fue recreada con la vista de su celestial Esposo y de su santísima Madre, dejándola anegada en tan

dulces contemplaciones, que no pudiéndolas sufrir el humano espíritu por su elevacion y grandeza, murió quedando su rostro tan hermoso y apacible como si estuviera agradablemente dormida. Este fue el dichoso término de la mujer fuerte, santa y virtuosa que nos presenta el cielo, para que siguiéndola é imitándola nos salvemos. ¿Qué decís ahora de la prodigiosa y admirable santa Rita de Casia? Pero no digais nada, porque el cielo se ha encargado de hablar por vosotros. En cuanto espiró santa Rita, manifestó Dios la santidad y la gloria de su fiel sierva por medio de grandes y repetidos milagros. Su cuerpo despedía una fragancia sobrenatural; las campanas de Casia se tocaron espontáneamente sin mano de hombre; la llaga de su frente, llena de gusanos y de putrefaccion, se convirtió en un resplandor brillantísimo, en nada parecido á los resplandores que se ven en la tierra: aun hoy mismo con haber pasado mas de dos siglos, se mantiene su santo cuerpo incorrupto, flexible, y como si estuviera vivo; hasta los vestidos que usó y con que se enterró se mantienen sin corrupcion. ¿Dirá acaso la incredulidad que en estas cosas hay mucha supersticion, demasiada ilusion y mucho fanatismo? Pero la Santa Sede, infalible en sus juicios, despues de haber examinado los innumerables milagros que se han obrado por Santa Rita, la puso en el catálogo de los santos; la Iglesia, maestra de la verdad, la erigió altares para que fuese venerada con culto público y solemne por los fieles; nos manda invocarla en nuestras necesidades, solicitar su proteccion y pedirla que nos alcance de Dios la perseverancia en la virtud, y nosotros á lo que nos dice la Iglesia nos atenemos. Nosotros sabemos por la fe, que siguiendo é

imitando á santa Rita, en sus virtudes, seremos salvos, viviremos bien, moriremos mejor, y pasaremos á ver al Dios que hace felices eternamente á los que lo miran en el cielo. Sabemos que con santa Rita son santas las niñas, las jóvenes, las casadas, las viudas, las religiosas del claustro y todos los que forman la sociedad cristiana en que vivimos, y este conocimiento, hijo de la ciencia de los santos, es el que nos hará obrar lo bueno y evitar lo malo; el que nos hará amable la virtud y aborrecible el vicio; el que nos hará esperar la corona de justicia preparada para los justos, y el que nos hará pedir á nuestro Dios la perseverancia en la virtud y la gracia de combatir contra los enemigos de nuestras almas en cumplimiento de lo que nos manda el oráculo sagrado cuando dice: *Combate hasta la muerte por la justicia. Usque ad mortem certa pro justitia.* ¡Ob, si lo hiciéramos así, amados de mi alma! En este caso todos podremos gloriarnos de que el santo novenario con que hemos honrado la memoria de santa Rita de Casia, produce en nuestras almas los frutos de virtud y santidad que nos disponen para la futura gloria que Dios tiene preparada á los que lo temen y lo aman con toda su mente, con toda su alma, con todas sus potencias y sentidos. Saldremos de este santo templo con deseos eficaces de vivir y morir como esta santa prodigiosa, y no habrá uno solo en este auditorio que no tenga un placer inefable en despedirse de santa Rita de Casia, diciéndola:

Prodigio de virtud y santidad: haced que todos comprendamos que no hay dicha comparable con la de amar y servir á nuestro Dios, cumpliendo con sus divinos preceptos: que el mayor bien de las almas perfectas consiste en pro-

sesar los consejos evangélicos y en ser fieles á la gracia: que en imitarnos todos en las virtudes propias de nuestro estado, aseguramos la perseverancia en la virtud por la que se entra en el reino de los cielos. Alcanzadnos del Padre de las luces y Dios de toda consolacion, las gracias que necesitamos para modelar nuestra conducta con la vuestra, y ser todos hijos del Escelso, para que arrastrados dulcemente por vuestras dóctrinas y ejemplos, tengamos la dicha de pelear hasta la muerte por la ley santa del Señor que en su misericordia dijo á todos los hombres redimidos con su preciosísima sangre: Venid á mí, y yo os confortaré en la vida, os protegeré en la muerte y os glorificaré en el cielo. Amen.

A. M.

NOVENARIO

A LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

SERMON

PARA EL DIA PRIMERO.

Tenemos obligacion de orar y procurar el alivio de los fieles difuntos. Nosotros tambien moriremos, y nos es muy útil tener presente la muerte.

*Mortui non prohibeas gratiam, non desis
plorantibus in consolatione, et cum
lagentibus ambula.*

No dejes de hacer bien por los difuntos,
no faltes á consolar á los que lloran,
ni á tener compasion de los que se
hallan atribulados.

ECCL., c. 7, v. 37.

Es una obra de piedad y de misericordia, es muy conforme á los sentimientos de nuestro corazon, y es lo que forma una parte muy esencial de la religion católica que profesamos, el tomar parte en las aflicciones y necesidades de nuestros semejantes, y procurarles todo género de consuelo y alivio. El que viere á su hermano en la ne-

cesidad, el abandono y miseria, y tuviese unas entrañas tan duras que no se moviese á compasion ni se resolviese á prestarle sus auxilios, no tiene la caridad y amor de Dios, no puede ser amigo de Dios, no tiene sentimientos de racional, y es peor y mas inhumano que las fieras.

La Iglesia nuestra Madre se aprovecha de estos sentimientos y predisposiciones naturales, y aunque llama todos los dias nuestra atencion cada vez que muere alguno de sus hijos, y nos recuerda en la muerte de los otros la suerte que nos espera á cada uno despues de esta vida, ha querido destinar un dia especial en cada año para ocuparle en orar por los fieles difuntos; para darnos el ejemplo, recordarnos el deber que tenemos y escitarnos á dirigir nuestras súplicas al Señor por los que nos han precedido y murieron en la fé que profesamos nosotros; para trasladar nuestra contemplacion á lo que pasa despues de la muerte, y separándonos por algunos momentos de los afares y tareas de esta vida, presentar á nuestra consideracion y darnos á entender del modo posible el estado lastimoso de aquellas almas fieles, amigas de Dios, y que salieron de este mundo en su amistad y gracia, pero que llevaron algunos ligeros defectos que purgar ó algun resto de pena temporal que satisfacer. Nos recuerda el estado lamentable de aquellas almas justas que estan acrisolándose y purificándose en el fuego de la divina justicia, y nos dirige á cada uno las palabras del Eclesiástico : — No dejes de hacer bien por los difuntos; no faltes á ofrecer los consuelos á los que lloran, ni á tener compasion de los que se hallan atribulados y afligidos. *Mortuo non prohibeas gratiam, non desis plorantibus in consolatione, et cum legenti-*

bus ambula. Los cánticos lúgubres que resuenan en las bóvedas de nuestros templos implorando las divinas misericordias, el sonido lastimero de las campanas, el semblante de los ministros del Señor, y las vestiduras del luto con que ofrecen el tremendo Sacrificio, el humo del incienso que penetra por entre los huesos áridos y secos, restos de nuestros hermanos que ocupan nuestras tumbas, todo nos inspira sentimientos de piedad, de compasion, y nos recuerda el deber que tenemos de hacer bien por aquellas almas afligidas que tienen derecho á gozar de Dios entre las gerarquías de los ángeles, pero que sin embargo son atormentadas con unas penas que se diferencian muy poco de las penas del infierno, sin que tengan otro alivio que el que las suministramos nosotros.

Penetrados íntimamente de los sentimientos de la Iglesia y de sus desconsuelos al celebrar la Conmemoracion de los difuntos, habeis dispuesto celebrar un Novenario y dedicaros por todo él á la consideracion del estado lastimoso de las benditas almas del purgatorio, y á procurar su alivio, siguiendo el laudable ejemplo de muchas personas virtuosas y de muchos pueblos que, con grande utilidad suya y en honra y gloria de Dios, han abrazado esta santa devocion. Yo quisiera, habiendo de dirigiros mi voz en este santo Novenario, presentar á vuestra vista aquel lugar de penas, aquellas almas afligidísimas, aquellos horribles calabozos en que padecen privados de la vista de su Dios, y ser tan feliz que acertára á inflamaros en una verdadera compasion y en deseos sinceros de que las ofreciéseis todos los consuelos que el Padre de las misericordias ha puesto en vuestras manos. Quisiera engendrar en vosotros sentimien-

tos de piedad para con los fieles difuntos, y de utilidad y provecho espiritual para vosotros mismos. Siguiendo el método establecido en este santo Novenario, procuraré al menos, con la ayuda del Señor, recordaros las verdades que mas nos interesan, tanto para aliviar á las almas del purgatorio, cuanto para mirar por nosotros mismos y evitar con tiempo los castigos de Dios. Piedad y esmero en socorrer á las benditas ánimas del purgatorio. Procurar una muerte dichosa por medio de una vida santa en que nada nos quede que purgar; hé aqui las resoluciones que era de desear que todos sacásemos de estos ejercicios á que damos principio en este dia. Hoy me limitaré á manifestaros la obligacion que tenemos todos de orar por los difuntos y procurar su eterno descanso. En su suerte os haré entrever lo que á nosotros nos espera, porque moriremos tambien, y para que evitemos las penas de la otra vida nos es un medio muy útil el pensar en la muerte, el tener presente que nos hemos de morir.

Dignaos, Señor, favorecedme con vuestra divina gracia, que os pedimos por la intercesion de Maria Santísima.

Ave María.

Mortuo non prohibeas gratiam.

¡ Con qué orden tan admirable está trazada la obra de nuestra redencion! ¡ Qué íntimamente unidos están los miembros de esta religion del Dios de caridad y misericor-

dia, y qué maravillosamente forman todos el cuerpo místico de Jesucristo! Mientras vivimos en la tierra nos hallamos colocados entre la Iglesia que triunfa en el cielo, y la que padece en el purgatorio. Los bienaventurados piden á Dios por nosotros y le presentan nuestros ruegos y nuestras necesidades, y nosotros le pedimos por las almas del purgatorio. Los santos alcanzan los favores y beneficios de Dios para nosotros, y nosotros, con nuestras satisfacciones y sufragios, podemos alcanzar las misericordias de Dios para los justos que gimen en el lugar destinado á purificarse. La justicia de Dios no se separa jamas de su misericordia. Si castiga á aquellas almas á quienes ama y ha de admitir á los gozos y delicias eternas, no las ha dejado abandonadas en su calamidad; las ha provisto de remedio y de consuelo, y este consuelo y remedio, amados míos, le ha puesto en nuestras manos. Las castigará mas no poder, digámoslo así; pero ya que no hallen alivio en el cielo y las destine el Señor á que paguen hasta el último cuadrante, le tienen en la tierra. Suspiran y clamarán en vano mientras que lloren y se aflijan solas; pero está en nuestra mano el aliviar sus penas, el acelerar su destierro, el anticiparlas el momento de entrar en los gozos del Señor y participar de las eternas y castas delicias.

Segun esto, y convencidos como estamos de estas verdades de nuestra religion augusta, ¿qué necesidad tenemos ya de que se nos recuerde la obligacion que tenemos de interesarnos por las almas del purgatorio? ¿Qué mas hay que decirnos para que oremos por los difuntos y nos apresuremos á mejorar la situacion de las almas que

nos demandan nuestros socorros, y cuyo alivio ha puesto el Señor en nuestras manos?

— Sí, hermanos míos, y no me cansaré de repetirlo, el Señor ha puesto el alivio de las almas del purgatorio en nuestras manos, y esto debiera bastarnos para movernos á procurar en cuanto nos fuese posible su socorro. Dios quiere que las favorezcamos y ayudemos. ¿No debemos complacernos en hacer la voluntad de Dios, aquello que sabemos que es de su agrado y divino beneplácito? Este es el orden de su adorable Providencia: ¿no deberemos conformarnos con él? ¿A qué debemos aspirar sino á hacer la voluntad y llenar los deseos de nuestro Dios, de un Dios de quien somos hijos, y que nos ha de recompensar tan abundantemente por todo aquello en que le sirvamos y agrade-mos?

Importa muy poco á un acreedor que le satisfaga las deudas el mismo deudor ó otro cualquiera en su nombre: lo que le interesa es el recobrar su crédito y quedar satisfecho exactamente. Nuestro Dios es todavía mas compasivo y benigno para recibir las satisfacciones y el pago de nuestras deudas que lo que puede ser un hombre con otro. Le basta, digo mas, le agrada sobremanera y se complace en ver entre sus criaturas esta mútua y recíproca caridad y compasion; él mismo nos la inspira, nos escita á ella, nos la recompensa y da los medios con que podamos practicarla, porque admite cuantas satisfacciones le ofrezcamos por las ánimas del purgatorio que reducidas á padecer son incapaces de satisfacer por sí mismas. Podemos satisfacer por ellas y lograr del Señor con nuestros sufragios que las anticipe el momento de admitirlas á su gloria y que sa-

cándolas de aquellas cárceles y tormentos pasen á gozar las delicias eternas. ¿Qué no podremos prometernos de un alma que deba á nuestras oraciones el gozar de la presencia de Dios, que nos sea deudora de las satisfacciones que hemos pagado por ella?

Atendamos pues, y consideremos con reflexion, diré con san Buenaventura, que aquellas almas que se hallan detenidas en el purgatorio no pueden merecer, pero pueden ser ayudadas por nuestros méritos. Son miembros unidos, y como no estan secos, muertos, ni parálíticos, pueden recibir la influencia del cuerpo aunque no puedan obrar por sí mismos. Así lo ha dispuesto la divina justicia atendiendo á su benignidad, y ya que murieron en gracia, aunque no puedan ayudarse por sí mismas, quiero por su misericordia que puedan ser ayudadas por nosotros. ¿Qué grado de criminalidad, dice el mismo santo, tendrá nuestra negligencia, con que se compara nuestra inhumanidad y fiereza si viéndolas padecer rehusamos obrar para poder romper sus ligaduras y sacarlas de sus tormentos?

Un brazo que está amarrado no puede moverse; pero si por nuestros esfuerzos le desatamos y sacamos de la opresion de las ligaduras ó cadenas que le amarran y restituimos á su entera libertad, libre ya podrá moverse y obrar en defensa de su libertador en prueba de su agradecimiento. De un modo semejante, hermanos míos; verdad es que las almas justas mientras estan en el purgatorio estan ligadas y nada pueden obrar ni en beneficio suyo ni en favor nuestro; pero tambien es verdad que nosotros podemos romper y desatar sus aladuras y que libres ya y desatadas puedan obrar y manifestarnos su agradecimiento haciéndonos bien y al-

canzándonos con abundancia los auxilios del cielo, protegiéndonos con una especial intercesion por nosotros.

Si, pues, Dios nos manda interesarnos por nuestros prójimos necesitados; si es de su agrado y se complace en recibir las satisfacciones que le ofrecemos por los difuntos; si es tan conforme á los sentimientos de nuestro corazon el hacer bien á los menesterosos; si el mismo Señor es tan misericordioso que nos provee y nos inspira medios abundantes con que socorrer á las almas del purgatorio; si es el mejor medio de cumplir toda la ley de Dios y merecer su amistad y gracia el amar y socorrer á nuestros prójimos; si este es el precepto del Señor, el que nos amemos y socorramos mutuamente; si tanto pueden hacer en favor nuestro las almas del purgatorio luego que por nuestros ruegos y satisfacciones pasen á gozar del Señor sin temor de perderle nunca en aquella mansion donde no es conocido el llanto, el dolor, ni la tristeza, ¿qué queda para movernos y obligarnos á orar y procurar el alivio y descanso de las almas que ahora estan en las prisiones y tormentos para ser purificadas y que solo esperan concluir de pagar sus deudas y satisfacer la pena merecida? Pudiendo pagarla nosotros por ellas ¿dejaremos de hacerlo?

Pasemos por compasion, diré con san Bernardo, hasta llegar á aquellos con quienes estuvimos unidos por uniformidad de naturaleza. Pasemos hasta la region del purgatorio con nuestra consideracion y veamos aquella vision grande, ¿cómo es que un Padre tan piadoso, benigno y compasivo deja en los tormentos á aquellos mismos á quienes tiene dispuesto glorificar y admitir á sus eternas delicias? No los tiene destinados á la muerte sino á la purificacion;

no á la ira, sino á la misericordia; no á la destruccion; sino á la instruccion, de modo que no son vasos de ira sin otro destino que la muerte eterna, sino vasos de su misericordia elegidos y preparados para su reino. Levantémonos, pues, en su ayuda, interpelemos por ellos con nuestros gemidos, imploremos su ayuda, intercedamos con nuestros suspiros, oraciones y ruegos; satisfagamos por ellos valiéndonos del adorable sacrificio de la misa; el Señor lo verá, lo recibirá, se lo aplicará y hará que su trabajo se convierta en descanso, su miseria en gloria y sus tormentos en corona. Por estos medios podemos poner fin á su penitencia, concluir sus trabajos y acabar con sus penas. Corre, pues, alma fiel, cualquiera que tú seas; observa lo que sucede en esta region de expiacion y logra tu ganancia en estas ferias en que tanto puedes lograr con tu compasion y dejándote llevar de los impulsos de la misericordia.

Mientras el alma sumergida en las llamas del fuego que la atormenta se purga; se purifica y expia todas sus faltas, parece que es enemiga de Dios. ¿Por qué, le dice al Señor, por qué te apartas de mí, escondes tu rostro, huyes y me tienes por enemiga tuya? El alma que se está purificando en el purgatorio, aunque esté en la amistad y gracia de Dios, mientras esté en aquel lugar de tormentos y aflicciones está tan distante de la patria del descanso y la felicidad y rodeada de unos padecimientos tan atroces que pudiera decirse que el Señor la trata como si fuera un alma reprobada: *¿Cur faciem tuam abscondis, et arbitraris me inimicum tuum?* ¿Quién puede sacarla de aquella cárcel, quitar el estorbo que la impide pasar á la gloria y hacer que se una y estreche para siempre con su Dios y goce de su

eterna amistad, sino aquel que pague por ella los débitos que tiene contraidos y satisfaga á la divina justicia con las buenas obras y satisfacciones que puede aplicarla desde la tierra? ¿Quién puede lograr que participe de los efectos de la divina gracia tan luego como salga de aquella horrible prision y pase á la gloria que es la recompensa de la gracia, sino el que ruega y ofrece sacrificios por ella y se mueve á compasion de su lastimoso estado? Si, pues, en muchas ocasiones aun en esta vida hemos sido humanos, compasivos y generosos, y hemos procurado ayudar y consolar á nuestros padres, parientes y amigos socorriéndolos y alargándolos nuestra mano favorecedora en sus necesidades. Si nos hemos afligido y hemos llorado con ellos para mitigar sus penas y hacer que no fuesen tan amargas sus lágrimas, ¿cuánto mas urgente, mas justo, y mas racional es que socorramos á aquellas almas que imploran nuestro socorro desde el purgatorio, y que son tal vez nuestros mismos padres, nuestros parientes y nuestros mismos amigos y mucho mas siéndonos tan fácil el socorrerlas y cediendo en utilidad nuestra; porque ¿cuántos bienes podemos prometernos si tienen la suerte de que por nuestros sufragios salgan de las angustias de aquella cárcel y pasen á reinar en la gloria? Reconozcamos, pues, la obligacion que tenemos de hacer bien por los difuntos: *Mortuo non prohibeas gratiam.*

Conviene muy adecuadamente al propósito que voy desenvolviendo el argumento tomado de la semejanza de los miembros de nuestro cuerpo de que se vale el apostól san Pablo, que nos dice: los miembros se tienen mutuamente solicitud y cuidado, de modo que si uno padece, padecen

tambien todos los demás. Vosotros sois el cuerpo de Jesucristo y miembros de un mismo cuerpo (1). Ahora bien: todas las almas fiéles y cristianas, no solamente aquellas que estan unidas á los cuerpos, sino tambien las que estan en el purgatorio, como que estan en gracia y amistad de Dios son miembros de un mismo cuerpo que es la Iglesia cuya cabeza es el mismo Jesucristo, y la misma Iglesia las reconoce puesto que ruega y suplica por ellas. Pues así como los miembros de un mismo cuerpo cuando enferman y padecen se ayudan mutuamente; *si quid patetur unum membrum compatiuntur omnia membra*: así es muy justo que los fieles se ayuden y socorran unos á otros. Viendo pues la afliccion y tormento en que se hallan las almas del purgatorio, y que sus penas y tormentos son muy semejantes á las del infierno y tal vez mas intensas, ¿no es de nuestro deber sentir y padecer tambien, y como miembros de un mismo cuerpo y unidos acaso con otros muchos vínculos además de los de la religion ayudarlas y socorrerlas? Siéndonos tambien tan fácil el remediarlas ¿tendremos la inhumanidad de dejarlas en el olvido? En esta parte la naturaleza misma nos enseña lo que debemos hacer en el orden de la gracia. Si un pie se lastima y hiere tropezando en alguna piedra, al momento ocurren las manos para curarle y ligarle, los ojos le registran y consideran con la mayor atencion, el cuerpo todo busca otro descanso y apoyo por no gravitar sobre él, y el corazon tambien le compadece y siente. Si nuestras almas tienen la gracia divina y la ca-

(1) 1.^a Cor. cap. 22.

ridad de Dios, ¿no deben obrar de un modo semejante con los fieles difuntos, que son nuestros prójimos y miembros místicos de un mismo cuerpo, compadeciéndose y ayudándolos con los correspondientes sufragios? ¿Acaso, pregunta san Agustín, porque en el cuerpo el pie está distante de los ojos, cuando en el pie se clava una espina le abandonan los ojos? ¿No vemos que todo el cuerpo se contrae, que el hombre se sienta, se encorva, busca la espina que se clavó en la planta del pie y que todos los miembros hacen cuanto pueden para sacar la espina que atormenta á lo último del cuerpo? Los pecados son las espinas y abrojos que punzan y atormentan á las almas, y aunque en esta vida se nos perdonen en cuanto á la culpa y reato de pena eterna, en cuanto á la pena temporal tienen que andar y consumirse en el purgatorio: no pueden aliviarse las almas por sí solas en aquel lugar, así como por sí solo no puede curarse el pie, tienen necesidad de las manos, del sufragio de nuestras obras satisfactorias. ¿Seremos unos miembros tan muertos y tan separados que no cooperemos á esta mutua ayuda y socorro? Si hasta en los cuerpos de las bestias vemos esta mutua solicitud de sus miembros, ¿por qué en el cuerpo místico de la Iglesia no han de ser comunes á todos los miembros las pasiones, enfermedades y dolencias, por el afecto de la caridad y de la misericordia? Siendo, pues, las benditas almas del purgatorio miembros del cuerpo de la Iglesia de que nosotros somos parte también, no solo podemos, sino que estamos obligados á ayudarlas y aliviarlas sus penas: y como se esponen los miembros menos nobles y necesarios por la conservacion de los mas principales, como se ofrece el brazo ó la mano pa-

ra evitar el golpe de la cabeza , así también es muy justo que en el cuerpo místico de Jesucristo guardemos la misma proporción y por caridad llevemos el peso unos de otros y procuremos expiar las penas y pagar las deudas de aquellas almas justas y queridas de Dios , lo que podemos hacer con nuestras penitencias corporales , nuestras peregrinaciones , vigiliass , ayunos , oraciones , limosnas y demás géneros de buenas obras con que podemos acelerar su eterna dicha y sacarlas de las penas.

Digo mas : así como el alma es la que une los miembros en el cuerpo natural y se manifiesta sea así porque faltando el alma faltan y se destruyen los miembros , así en el cuerpo místico de Jesucristo que es su Iglesia , la caridad es el alma que une entre sí á todos los miembros y forma de todos un solo cuerpo : pues no manifestaremos que tenemos caridad , no daremos señales de union y de vida si no nos compadecemos y auxiliamos á las almas del purgatorio , que son parte del cuerpo que todos formamos , y mucho mas cuando sabemos que no tienen otro recurso que nosotros ni otros auxilios que los nuestros. No dejemos , pues , de hacer bien por los difuntos , de ayudarlos en sus penas y tomar parte en sus lágrimas y aflicciones. *Mortuo non prohibeas gratiam non desis plorantibus in consolatione , et cum lugentibus ambula.* No nos desentendamos de la obligación que tenemos de hacer bien y rogar por los fieles difuntos.

Nosotros también hemos de morir y aun podremos contarnos por dichosos si nos cabe la suerte de ser destinados al purgatorio ; y ved otro motivo poderoso para que seamos compasivos con aquellas almas que purgan los últimos restos de sus pecados ; porque llegará un día no muy lejano en

que demandaremos el socorro y los sufragios de los que viven en la tierra, y el Señor hará que como ahora nos portemos se porten despues con nosotros, nos olvidarán si ahora olvidamos, y nos dejarán sin ayuda y socorro si ahora no socorremos á las almas del purgatorio. El propio interés debe escitarnos tambien á ser compasivos con los fieles difuntos. Tambien nosotros hemos de morir... Y ved por qué el pensamiento del purgatorio no solo escita en nuestras almas ideas benéficas á favor de los difuntos, sino que nos recuerda las verdades mas terribles y escita pensamientos de qué debemos valernos para nuestro espiritual aprovechamiento.

Las almas que gimen en el purgatorio son las de aquellos que vivieron con nosotros, que estuvieron en este mundo como nosotros, que nos educaron y criaron, y murieron con defectos leves que purgar y algun reato de pena que satisfacer. Tambien moriremos nosotros porque no hemos de ser eternos. Meditémoslo y tengamos presente la muerte, la corta duracion de esta vida y lo que nos espera en la otra en que hemos de ser juzgados por el rectísimo Juez y nos apresuraremos á evitar, no solo los grandes escándalos y pecados que nos acarrearán la condenacion eterna, no solo las envidias, los odios, enemistades, el apego á las riquezas y placeres de este mundo, las injusticia y venganzas, sino hasta las faltas ligeras que tan descuidadamente cometemos. Tengamos presente la muerte, recordemos con frecuencia lo que padecen las almas del purgatorio para expiar sus pecados, y si no somos enemigos de nosotros mismos no dilataremos para despues de la muerte nuestras satisfacciones; nos limpiaremos y puri-

ficaremos mas y mas , intimamente persuadidos de que hemos de pagar hasta el último resto de nuestras deudas , y que lo que no paguemos en esta vida lo tenemos que pagar en la otra de un modo infinitamente mas trabajoso, velaremos para no incurrir en las culpas veniales y no nos asustarán los ayunos, mortificaciones y penitencias con que ahora podemos borrar de nuestras almas el reato de pena temporal que con tanta severidad castiga el Señor en la otra vida. Tengamos presente la muerte , que á todos sin distincion nos ha de llegar , y seremos solícitos de nosotros mismos y ansiosos por vivir de modo que no tengamos que sufrir despues las penas del purgatorio. Lejos, pues, de ocuparnos en los afanes de esta vida, pensemos y recordemos la muerte y este pensamiento nos hará concebir resoluciones santas y emprender obras útiles. Moriremos luego, vivamos bien y de modo que podamos vivir eternamente. Las almas del purgatorio podrán ayudarnos, no ya solo porque en sus tormentos y estado lastimoso nos avisan el esmero con que debemos vivir, el odio que debemos tener al pecado, lo riguroso de la divina justicia, las penas que debemos evitar , y el amor y gusto con que debemos hacer penitencia ; sino porque ayudándolas nosotros con nuestros sufragios llegarán pronto á gozar de Dios y entonces emplearán su intercesion y sus ruegos en favor nuestro y el Señor á sus instancias nos dispensará sus auxilios. A las almas que nos deban el alivio de sus penas deberemos despues nosotros favores continuos del cielo y nos alcanzarán tal vez, que muriendo en gracia pasemos á gozar inmediatamente la gloria que el Señor se digne concedernos á todos. Amen.

F. L. G.

DIA II.

Peña de daño que aflige á las almas del purgatorio. Juicio terrible que á cada uno nos espera en el tribunal de Dios.

In amaritudinibus moratur oculus meus.

Libera me Domine et pone me iuxta te

Mis ojos estan sumergidos en la amargura.

Librame, Señor, y ponme junto á ti.

JOB , CAP. 17.

Job privado de todos sus bienes, tendido en un asqueroso muladar, lleno de heridas, cubierto de gusanos y reducido á un estado el mas lastimoso, lo sufrió todo con la mayor resignacion y paciencia, y solo se quejó sufriendo en todo de una sola cosa, como nos lo hizo observar Tertuliano: *In amaritudinibus moratur oculus meus. Mis ojos estan sumergidos en la mas acerba amargura.* Nada tenia que no padeciese, no habia parte sana en todo su cuerpo, no habia tormento que no le molestase, y sin embargo se quejó solamente de la amargura en que moraban sus ojos. Tal es el estado de un alma del purgatorio, de un alma que ha sido sentenciada á purificarse de sus faltas entre los mas

terribles tormentos. Se halla rodeada de angustias, atormentada con los mas atroces dolores, llena de penas; y sin embargo nada la aflige, ni de nada se queja tanto como de la pena que padecen sus ojos, de que no pueda ver á su Dios en aquel estado: *In amaritudinibus moratur oculus meus*; y como Job suspira continuamente y dice: *Libera me Domine et pon me juxta te*. Librame, Señor, y ponme junto á tí, y entonces aunque padezca todos los trabajos, aunque no haya mano que no se levante contra mí. Parece que todas las demás penas son tolerables; pero la pena de no ver á Dios, de estar privada el alma de la vision de su Dios, es superior á todas las demás penas. Aunque el alma que está en el purgatorio está segura y cierta que ha de entrar en la gloria y gozar de la vista de su Dios, que es lo que forma la bienaventuranza de los justos, la dilatacion que sufre es para ella un largo y penosísimo infierno, un tormento incomparablemente mayor y mas insufrible que todos los demás tormentos que padece y con que el Señor la purifica.

Esta es la pena que se llama de daño, sobre la que debemos ocuparnos en este día, para escitarnos á compasion con las ánimas del purgatorio, procurando acelerar su destierro y anticipar el momento de que vean á Dios, con nuestras oraciones y sufragios, y á compasion con nosotros mismos, recordando el juicio terrible porque tenemos que pasar para que procuremos salir de toda pena y destinados á la gloria. Pidamos, para tratar con acierto estas verdades que tanto nos interesan, los auxilios de la divina gracia, por la intercesion poderosa de Maria Santísima.

Ave Maria.

In amaritudinibus...

Dos géneros de penas afligen á las almas del purgatorio: la pena que los teólogos y santos Padres llaman de daño y la pena de sentido. La pena de daño consiste en la privacion, carencia ó mas bien en la dilatacion de la vision de Dios que sufren las almas en aquel lugar. La de sentido consiste en los tormentos de fuego con que son purificadas. Las almas del purgatorio no ven á Dios, estan privadas de la vista de su Dios y esta es su mayor pena y el tormento mas grande que padecen. Estan desterradas de la patria celestial, aman á Dios y no le gozan, estan inquietas, agitadas, llenas de amargura y afliccion preguntando incesantemente por su Dios, y en cada momento que pasa sin unirse á él, sufren un tormento inesplicable preguntándose á sí mismas; ¿alma mia! ¿dónde está tu Dios? *¿Ubi est Deus tuus?* Si la esperanza que se difiere aflige al alma ¿cuánto mas la esperanza del sumo bien afligirá á un alma, no ya oprimida con el peso de los deseos terrenos y apegada á los bienes materiales, sino libre de las ataduras de la carne y que no desea otra cosa que á su Dios, que es arrastrada con todo el ímpetu de su amor hácia su Dios? Mi alma, dicen con razon las almas del purgatorio, mi alma está sumergida en la amargura: librame, Señor, y ponme junto á tí: haz que mis ojos te vean y gocen de tu presencia, y aunque padezca entonces todos los mas terribles tormentos. *Libera me Domine, et pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.*

Cuando Absalon consiguió de su padre David por medio de Joab que le levantase el destierro y le restituyese á su gracia, tuvo por una pena mucho mayor la condicion que le puso de que no habia de ver su rostro ni ponerse en su presencia: *Revertatur in domum suam, faciem autem meam non videat*. Se afligió y contristó tanto, fue tanta la pena de su corazon que no dudó manifestar que queria mas bien morir que ser afligido con tanta crueldad. Pido, dijo, que se me permita ver la cara de mi padre el rey, y si se acuerda de mi iniquidad que me mande quitar la vida: *Obsecro ergo, ut videam faciem regis, quod si memor est iniquitatis meae occidat me*. Tuvo por mayor gracia ver la cara de su padre, que gozar una vida abundante de comodidades, y por menos castigo la muerte que la privacion de la vista del rey.

Los israelitas cautivos se afligian y lloraban en las orillas de los rios de Babilonia. ¿Por qué pudiese sentaban á llorar con tanta amargura y tan llenos de luto y de pena? ¿Acaso porque yacian en la miseria, porque estaban viviendo en las cavernas, porque estaban atadas sus manos y sus pies, porque se los obligaba á cargar grandes piedras sobre sus hombros para reedificar los muros de Babilonia? No; lloraban solo porque se acordaban de su amada Sion de que estaban desterrados: *Illic sedimus y flevimus ousu recordaremur tui Sion*. Los continuos y escesivos tormentos corporales que los obligaban á padecer, tantas privaciones como sufrían no les eran tan sensibles como el acordarse que estaban tan lejos de Jerusalem su patria; esto solo era lo que los obligaba á sentarse á llorar.

La madre de Tobias desde que llegó el dia prefijado

para la vuelta de su hijo, lloraba sin consuelo porque sus ojos no le veían venir. Todos los días se sentaba junto al camino y con una impaciencia que no la dejaba sosegar se subía á lo alto de un monte para lograr verle venir á lo lejos, y como no lo conseguía, lloraba con unas lágrimas irremediables, como nos lo dice la Historia Sagradas, y es lamentaba de la pérdida de su querido hijo, luz de sus ojos, báculo de su vejez, consuelo de su vida y esperanza de su posteridad. Todo lo hubiera perdido por él y con él solo creía tenerlo todo : *Omnia simul in te uno habentes, te non debuimus dimittere á nobis*. Estos, sin embargo, y otros muchos ejemplares que pudiera alegar no pueden suministrar-nos sino una idea muy escasa é imperfecta de lo que padecen las almas del purgatorio por la ausencia de su Dios. ¿Cuánto mas que Absalon la privacion de ver á su padre, sentirán las almas del purgatorio el estar privadas de ver á Dios, cuya vision es la que glorifica á las almas y hace que sean dichosos y llenos de todos los bienes los habitantes del cielo? Es verdad que estan seguras de que algun día han de comparecer á su presencia; pero esta dilatacion que sufren las atormenta tanto mas, cuanto mas suspiran y desean con mas ardor que las llegue el momento de entrar en la posesion de este bien infinito. Esta esperanza diferida aflige á su alma. Y si á proporcion de la esperanza crece y se aumenta la afliccion y la pena, como las almas del purgatorio tienen por objeto de su esperanza al sumo bien, al bien infinito que estan seguras que han de conseguir, por la dilacion de esta consecucion sufren una pena infinita. Si se siente tanto mas el estar privado de alguna cosa, cuanto mas se estima y se desea con

mas impaciencia, y no hay cosa que mas estimen ni deseen con mas impaciencia las almas justas que se hallan detenidas en el purgatorio que el ver á su Dios, claro es que esta privacion es lo que mas sienten y mas las atormenta.

¿Qué proporcion hay entre la Jerusalem de la tierra y la Jerusalem del cielo? ¿Y si tanto sentian los israelitas estar alejados de su patria y los costaba derramar tantas lágrimas á las orillas de los rios de Babilonia, cuánto sentirán las almas del purgatorio estar fuera de la patria celestial? ¿Cuándo, Señor, dirán, cuándo ha de llegar el dia en que podamos ponernos en vuestra presencia? De dia y de noche no tendremos otro alimento que nuestras lágrimas mientras no os gocemos y se nos diga incesantemente: ¿Dónde está tu Dios? *¿Ubi est Deus meus?* Gimen nuestros ojos en la amargura; libranos, Señor, y ponnos junto á tí: *In amaritudinibus moratur oculus meus. Libera me Domine et pone me juxta te.*

Tobías era el consuelo de su madre, la esperanza de su vejez, la luz de sus ojos, todo lo tenia en él; pero ¿cuánto mas es el Señor para el alma del purgatorio, puesto que es todo su consuelo, su esperanza, su bien, su esposo, su amigo, su centro, su Dios? ¿Cuánto mas irremediables serán las lágrimas con que aquellos justos desamparados lloran su ausencia, y qué amargo será su pesar cuando se digan convirtiéndose á sí mismos y recordando las faltas en que incurrieron en este mundo: *Omnia simul in te uno habentes, te non debuimos dimittere á nobis?* ¿Por qué fuimos tan insensatos y necios que teniéndolo todo en vos, consentimos en dejaros y apartarnos en lo mas mínimo de vos?

Esposos que llorais la pérdida de vuestros consortes; padres que llorais la ausencia de unos hijos que gimen en la esclavitud; hijos que os afligis por la falta de unos padres que tan tiernamente os amaban y de quienes esperabais una suerte dichosa en el mundo; amigos que os hallais sin consuelo desde que no disfrutais la dulce compañía de un amigo que tanto os esperaba... nada tiene que ver vuestra pena con la que aflige á las almas del purgatorio viéndose ausentes y privadas de su Dios, y escede tanto, como distancia hay de lo finito á lo infinito y del amor carnal y terreno al amor puro y casto de estas esposas del Cordero sin mancha. El afecto con que se busca y se desea el sumo bien despues de esta vida por las almas justas, dice san Buenaventura, es mas intenso que todos los afectos de las cosas temporales mientras se vive en este mundo, y mucho mas cuando ya es llegado el tiempo de entrar á poseerle, y por lo mismo el carecer de él se sufre con muchísima mayor molestia. Aquellas almas justas aman á su Dios y su Dios las ama, y sin embargo huye y se aparta de ellas. El amor divino que tienen las almas mientras estan en este destierro es solamente una sombra, un ensayo de aquel amor que empieza con la muerte. Todas las inclinaciones desaparecen, el bullicio y tumulto del mundo, la multitud de objetos, los combates y fatigas que es necesario sostener, los ímpetus de las pasiones, el estrépito de los sentidos, la vigilancia y continua atencion para conservar en el corazon la caridad, hacen que sea mas débil y menos fuertes los ímpetus del amor divino aun en las almas mas fervorosas. En el silencio, en aquella soledad, en aquel vacío en el alma se deja á sí mismo, posee enteramente

su amor, y todo su amor es para su Dios. Le busca y pregunta por su Dios embriagada de amor como la Esposa de los Cantares, hace resonar de dia y de noche sus quejas y suspiros, son inesplicables los ímpetus y los ardores puros y castos que abrasan y consumen á aquellas almas que son arrebatadas hácia su Dios con el afecto mas violento, y con todo, el Esposo celestial huye de ellas, ve correr sus lágrimas y no las enjuga, le llaman, le esperan y no las responde ni viene á ellas. ¿Por qué, le dicen lamentándose con Job, como se espresa san Buenaventura, porqué nos ocultas tu divino rostro y no tratas como si fuéramos enemigas tuyas? *¿Cur faciem tuam abscondis, et arbitraris me inimicum tuum?* No, no hay ni puede haber tormento mas acerbo y cruel para un alma justa que el verse tratada por su Dios como si fuera un alma reprobada y enemiga suya. Las esconde el Señor su rostro, que es lo que vivifica á todo el paraíso del cielo y por eso dan por sentado los teólogos y santos Padres que esta pena de daño es la principal que padecen las almas en el purgatorio y sin la que se tendrían por dichosísimas aunque sufriesen muchos mas y mayores tormentos.

¿Quedarán sin consuelo alguno y no habrá alivio para su pena? ¿El Dios de las misericordias, no la tendrá para con unas almas que tanto le aman? Si es fuerte y ardiente el deseo que tienen estas almas de unirse á su Dios, no es menos el deseo y la impaciencia que tiene Dios de remunerar á estas mismas almas y darlas entrada en su gloria, pero le es preciso satisfacer á su justicia y para esto ha querido que podamos nosotros satisfacer por ellas y que con nuestras oraciones, ayunos, limosnas, sacrificios y otros

ejercicios piadosos las libremos de las penas, y aceleremos el momento de que Dios las admita á su presencia, y dé á ver su cara que ahora le obliga á apartarla de ellas su justicia. De aquí es que cuando logramos sacar á alguna alma del purgatorio por nuestros sufragios le es tan grato y acepto al Señor como si á él mismo le redimiésemos de la esclavitud, como lo reveló el mismo Señor á santa Gertrudis, y se ofrece á obrar con nosotros con misericordia haciendo que vuelva á nuestro seno nuestra oracion. ¿Necesitaremos mas para movernos á compasion y resolernos á prestar nuestra ayuda y ofrecer nuestras satisfacciones para bien de las almas del purgatorio?

¿Y qué puede decírsenos mas á propósito para que tengamos compasion de nosotros mismos y procuremós salir libres de toda pena en el juicio terrible por que tenemos que pasar? Sí, hermanos míos; la pena que sufren las almas del purgatorio, la privacion de la gloria y destierro del celestial paraíso, la ausencia de su Dios y el negarlas Dios su cara, que tan terriblemente las atormenta, es efecto de la sentencia que el Señor las intimó cuando fueron juzgadas. Tambien nosotros compareceremos muy pronto en el tribunal del Señor. En el momento que nos coja la muerte, el alma irá á oír la sentencia que la corresponda segun sus obras. Las riquezas, los honores y distinciones, todo nos abandonará en el sepulcro, y solo nos seguirán nuestras obras. El Señor las examinará, nada podremos ocultar á su infinita sabiduría; serán pesadas en la balanza de su inexorable justicia; nada ha de quedar sin satisfacer, nada ha de entrar manchado en su gloria; las faltas mas ligeras, esas faltas que cometemos con

tanta frecuencia y nos dispensamos con tanta facilidad; esos pecados de que nos hemos arrepentido, pero que no hemos castigado suficientemente en nosotros, obligarán al Señor á sentenciarnos á sufrir y purificarnos en el purgatorio, á negarnos su divina presencia. Si somos cuerdos y amantes de nosotros mismos, ¿qué debemos hacer ahora que tenemos tiempo y podemos tener propicio á nuestro Juez? ¿Qué ideas escita en nuestras almas, qué afectos y resoluciones engendra en nuestro corazón la memoria de un juicio por donde tenemos que pasar sin remedio y sin tardanza, y la pena terrible con que el Señor castiga á las almas justas y amigas suyas negándolas su rostro y dejándolas en los tormentos hasta ser purificadas, sin otros delitos que unas culpas leves y unas faltas ligeras? Si hemos de ser juzgados; si nada ha de quedar sin satisfacerse á la justicia divina y hemos de pagar hasta el último cuadrante; si las penas con que aflige el Señor aun á las almas á quienes ama y destina á su reino son tan sensibles, procuremos juzgarnos ahora, sentenciarnos, castigarnos, purificarnos, para que el Señor no tenga que retirar de nosotros su divino rostro hallándonos con manchas. El juicio por donde tenemos que pasar y por el que pasaron las almas del purgatorio; el terrible juicio que hemos de sufrir en el tribunal de Dios; la consideración de que ha de llegarnos este momento en que se ha de decidir de nuestra suerte, ha sido bastante para que muchos pecadores se conviertan, muchos justos perseveren, ha poblado los desiertos, ha corregido los vicios. ¡Ay! si se nos intimase la sentencia y se nos dijese: —Mañana has de presentarte al Juez de vivos y muertos á dar cuenta de

tu vida y de tus obras, ¿en qué ocuparíamos el día de hoy? Si á una alma despues de juzgada la permitiera el Señor volver á este mundo y poder sufrir despues otro juicio, ¿qué género de vida emprenderia? ¿Nos persuadimos que nada de esto va con nosotros, ó que se nos habla de un suceso que está todavia muy lejos? Meditemos, pues, y tengamos presente continuamente el juicio que hemos de sufrir. Recordemos cuántas veces el enemigo nos tienta, y el mundo nos convida con sus placentes. Tal vez seremos llamados antes que lo pensemos, y sin tener tiempo para prepararnos. Hagamos que nuestra vida toda sea una preparacion para aquel momento en que hemos de presentar el acopio de lo bueno y malo que hayamos hecho; limpiémonos y purifiquémonos para que nó nos castigue el Señor con privarnos de su vista, sino que nos admita en su reino y nos premie con que le veamos cara á cara por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA III.

Pena de sentido con que son atormentadas las almas del purgatorio. Las penas de la otra vida deben servirnos de freno para evitar los vicios.

Manus Domini tetigit me.

Me ha tocado la mano del Señor.

JOB, C. 19, v. 21.

A estas palabras redujo Job la historia de sus penas y padecimientos: *Me ha tocado la mano del Señor. Manus Domini tetigit me.* El Señor me ha despojado de mi gloria, y quitó la corona de mi cabeza. Me ha destruido, y perezco á la manera de un árbol que se arranca de cuajo y queda sin esperanza de dar fruto alguno. Se ha irritado su furor contra mí, y me ha reputado por un enemigo suyo. Han venido los ladrones, y me han despojado de todo. Mis hermanos han huido de mí; y mis conocidos, como si fueran estraños, se han apartado de mí. Mis parientes me han abandonado, y los que me conocían y trataban se han olvidado de mí: los que habitaban en mi casa, y mis mismas criadas, me miraron como á un es-

traño, y he sido á sus ojos como un peregrino. Llamé á mis criados, y no me quisieron responder. Mi propia mujer, se apartó con horror de mi aliento. Las gentes me despreciaban, y cuando me aparté de ellas murmuraban de mí. Mis consejeros abominaron de mí, y aquellos á quienes yo mas amaba se hicieron contrarios míos. Mis carnes se consumieron, mi piel ha quedado pegada á mis huesos, y no me han quedado mas que mis labios al rededor de mis dientes. La mano del Señor, por fin, y para decirlo todo, *ha tocado sobre mí. Manus Domini tetigit me.*

Habiendo de hablaros yo en este dia de las penas terribles con que son atormentadas las almas del purgatorio por el el mismo Dios, celoso de su justicia ¿qué puedo yo deciros, amados míos, mas adecuado y á propósito que lo que dijo de si mismo Job para compendiar sus penas, y lo que la Iglesia inspirada por el Espíritu Santo aplica á estas almas afligidísimas y pone en la boca de cada una de ellas: *Manus Domini tetigit me: Me ha tocado la mano del Señor?* Cuando yo fuese tan feliz que pudiese hacer una descripcion exacta de las penas y tormentos con que son afligidas aquellas almas, ¿equivaldria todo lo que dijere á lo que comprende esta queja suya y encierran estas misteriosas palabras? Aquellas terribles plagas con que la justicia del Señor castigó al Egipto fueron obra del dedo de Dios: *Digitus Dei est hic.* Dos dedos de una mano invisible llenaron de terror y espanto á un rey poderoso, como sabemos que lo era Baltasar. ¿Qué temible debe ser que toque á un alma la mano del Señor, como á Job, y la llene de dolores y aflicciones? Y si tan pesada es y se hace sentir tanto cuando prueba y visita ¿qué será

cuando castiga por los pecados y aplica las penas proporcionadas á las culpas? ¿Quién hay que ignore lo terrible que es el caer en las manos del Dios vivo?

Con esto diria lo bastante acerca de las penas que sufren las almas del purgatorio, y mas que todo lo que el ingenio humano puede discurrir para presentar el estado de aquellas almas justas que penan y aman y esperan. Tienen sobre sí la mano justiciera del Señor: *Manus Domini tetigit me*. Sin que sea mi ánimo entrar en exageraciones arbitrarias, ni en presentaros un cuadro delineado por mi insuficiencia, os diré lo que acerca de esto sostiene la Iglesia y enseñan los doctores, para que, penetrados de lo terrible de las penas de la otra vida, no solo alivieis á las almas que las padecen, sino que os sirvan de freno, que os contengan en la carrera del mal y os retraigan de todos los vicios.

Vuestra gracia, Señor, nos es muy necesaria para hablar y conocer algo de los rigores de vuestra justicia, y nos es preciso empezar por implorar vuestras misericordias. Favorecednos con vuestros auxilios por la intercesion de vuestra santísima Madre.

Ave María.

Manus Domini....

Ninguna cosa manchada puede entrar en el reino de los cielos, y segun esta verdad eterna é infalible, los que

al salir de este mundo van en pecado mortal; en el odio y enemistad de Dios, serán atormentados eternamente y escluidos para siempre de la gloria; y aquellos que mueren en gracia, pero sin haber satisfecho enteramente por sus pecados y borrado de sus almas el reato de pena temporal, ó con algunos pecados veniales que aunque no destruyen la gracia y la caridad de Dios, la resfrían y afean al alma, serán destinados á purgarse entre los tormentos dispuestos por la justicia de Dios hasta que paguen todo el delito, y escluidos de la gloria hasta la completa satisfaccion. ¿Quién puede comprender ni explicar los tormentos con que la justicia divina castiga los pecados en la otra vida? Esplicándolos los santos Padres y doctores, nos dicen que las almas del purgatorio son atormentadas de dos modos: quedando apartadas de la vista de Dios y de sus consuelos, y sufriendo unas penas tan semejantes á las del infierno, que solo se diferencian en que los condenados al infierno están privados para siempre de la gloria, y sufrirán eternamente las penas sin esperanza de redencion, porque en el infierno no la hay; y las almas del purgatorio conservan la esperanza de gozar de Dios, y sus tormentos durarán hasta tanto que se purifiquen y satisfagan todas sus deudas. Ahora bien, dice san Agustin; la pena de los condenados, el dolor que sufren y los tormentos que se los obliga á padecer son tales, que en este mundo no pueden concebirse, ni explicarse, ni aun considerarse; porque todas las penas que podemos imaginar, las que Jesucristo sufrió en la Pasion, las de todos los mártires, las de todas las criaturas juntas, son nada comparadas con las penas del purgatorio; y hay tanta diferencia entre el suc-

go natural y el fuego del purgatorio , como entre el fuego pintado y el natural.

De la pena del purgatorio debemos tener por cierto, dice san Buenaventura , que el fuego es un fuego corporal con que los espíritus de los justos que en esta vida no cumplieron las penitencias, ni dieron una satisfaccion condigna por sus pecados son atormentados mas ó menos , segun que llevaron consigo mas ó menos manchas que purificar. Son atormentados menos gravemente que en el infierno, pero mucho mas gravemente que en este mundo. No de tal modo que no esperen siempre y sepan que no se hallan en el infierno de los reprobados, aunque muchas veces no lo distinguirian atendiendo á la acerbidad y la intension de las penas. Con estos tormentos y aflicciones producidos por el fuego corporal, los espíritus se purifican y depuran de los reatos, inmundicias y reliquias del pecado hasta que purgados suficientemente pasan y son introducidos á la gloria del celestial paraíso.

En el purgatorio, dice el mismo santo, sufren las almas la pena de daño, que consiste en la carencia de la vision divina, y la pena de sentido que consiste en el tormento del fuego, y así respecto de la una como de la otra la pena mas mínima del purgatorio es mayor que la mas grande de este mundo. Conócese esto acerca de la pena de daño, porque el afecto con que se desea el sumo bien despues de esta vida por las almas justas es mucho mas intenso que el afecto de las cosas temporales durante la vida, y por eso se lleva con mayor molestia el carécer de él, y es muchísimo mas sensible. Y acerca de la pena de sentido, porque como el dolor no consiste esencialmente en la le-

sion, sino en el sentir la lesion, tanto mas debe padecer el alma cuanto mas sienta, y por eso siente y padece muchísimo mas con el fuego de la otra vida. El que sean tan acerbas las penas del purgatorio, dice tambien el mismo santo, consiste en que como Dios busca mas la enmienda que la pena, pondera mas en la penitencia la virtud de la buena voluntad que la pena con que el penitente se castiga, y así pesa mas para con Dios una pequeña pena voluntaria en esta vida, que otra mucho mayor no voluntaria en la otra, así como vale mas un poco de oro que mucho plomo; y así conviene que lo que en la otra vida falta en la voluntad se supla en la acerbidad.

El fuego del purgatorio, dice san Bernardino, es un instrumento de que se vale la divina justicia. Con esto se disipan las dudas y es inútil averiguar cómo obra y se hace sentir en las almas que son espirituales y esentas de toda materia. Como el alma segun el orden de la naturaleza, dice este santo, se une al cuerpo para darle vida, así segun el orden de la divina justicia el alma tambien se une al fuego para recibir la pena. Tiene dispuesto un fuego abrasador en que han de consumirse las manchas y purificarse las almas santas hasta que no quede en ellas inmundicia ni arruga alguna y puedan presentarse puras ante la presencia de su Dios. El fuego del purgatorio es un fuego real y mucho mas activo que el que conocemos en este mundo; las almas del purgatorio estan intimamente unidas, totalmente allegadas y como penetradas de él ¿cuál será la afliccion que sufran y la intensidad de sus penas y dolores? Si todas las penas, tormentos y aflicciones que se padecen en el mundo se comparasen con la menor de las que afli-

gen á las almas del purgatorio se tendrian por un consuelo y querria mas cualquiera de los vivientes, si las llegase á conocer por experiencia, estar padeciendo siempre y sin descanso todas las penas que han sufrido los hombres desde Adán hasta el presente, que estar un solo día sufriendo las menores penas con que son atormentadas las almas del purgatorio.

Tan pesada es, amados míos, la mano del Señor y tan terriblemente se hace sentir de aquellos á quienes castiga con su rigurosa justicia. Se acabó con la vida el tiempo de la misericordia y no queda lugar sino á la justicia. Las almas á quienes el Señor castiga en el purgatorio con tanto rigor, salieron de este mundo con unos pecados llorados, detestados, lavados con la sangre de Jesucristo y cubiertos con su gracia: puede decirse que no llevaron al tribunal de su Dios pecados, sino los vestigios y la sombra del pecado. Sin embargo, unos pecados llorados con tantas lágrimas, absueltos y perdonados ya, unos pecados que fueron y que ya no son, los castiga tan terriblemente el Señor, y un Señor que ama aquellas almas justas y solo aborrece el pecado. En el infierno no se deja Dios ver como un Padre y Salvador, sino como un juez airado y severo: su poder desairado, su justicia provocada, su cólera desdefiada, su santidad ultrajada, su gracia repudiada, su misericordia menospreciada, todo le clama contra el pecador del infierno; pero todo le pide á favor de los penitentes del purgatorio: son unos justos que murieron en paz, justos cuyos últimos suspiros estuvieron mezclados con la invocación del nombre de su Redentor Jesús y las aspiraciones devotas de su caridad, son almas escritas en el libro de la

vida, y marcadas con el sello de su eleccion, almas que el cielo espera y desea, almas amantes y amadas de su Dios y sin otra voluntad que la de su Dios, y sin embargo, todo el amor y la ternura de su Dios no las librará de los rigores de su justicia. Sus pecados no existen ya, pero existieron; fueron unos pecados ligeros; pero eran pecados: el corazon los detestó, es verdad, pero no los castigó. Su penitencia fue verdadera y sincera, pero no fue suficientemente rigurosa ni bastante para aplacar á la divina justicia. Pasarán dias, años y tal vez siglos enteros envueltas en lágrimas y en un fuego devorador, pero en el corazon de Dios hay un odio poderoso que prepondera á los impulsos de su amor y de su ternura y es el odio que tiene al pecado. Las ama, pero no dejará de atormentarlas hasta que el fuego consuma y borre hasta los últimos vestigios de sus fragilidades: no dejará de pesar sobre ellas la mano del Señor, ni saldrán del lugar del dolor hasta que satisfagan por entero todas sus deudas. Diremos que los castigos de la otra vida son proporcionados á la justicia de Dios que es infinita, encendidos por el sopro de su justicia y por consiguiente superiores á lo que nosotros podemos imaginar y pensar, y que las almas justas del purgatorio nos esplican toda la intension de su pena y dolor diciéndonos que las ha tocado la mano del Señor: *Manus Domini tetigit me.*

¿No merece un estado tan lastimoso toda nuestra ayuda y nuestros consuelos? ¿No deberemos emplear los medios que el Señor ha puesto en nuestras manos en procurar el alivio de unas almas tan afligidas? Y volviendo la consideracion hácia nosotros mismos, ¿no debemos asustarnos

el cometer un pecado y ser en extremo vigilantes para no caer con culpas en las manos del Dios vivo? La justicia de Dios, aquellos castigos tan espantosos y terribles que tiene dispuestos para castigar las culpas, aquellas penas tan inexplicables que padecen las almas justas del purgatorio para expiar unas faltas ligeras y limpiarse de sus pequeñas imperfecciones ¿no deben servirnos de freno para evitar los pecados, apartarnos de los vicios y dedicarnos á hacer penitencia y purificarnos en esta vida antes que el Señor no pueda menos de tratarnos con todo el rigor de su justicia? Si así castiga á unas almas que tanto le sirvieron y adoraron, que tanto procuraron su honor y gloria, que tanto se esmeraron en vivir y morir en su amistad y gracia, ¿qué penas tendrá dispuestas para esas blasfemias con que se ultraja al mismo Dios, para esos escándalos con que se arruina á los prójimos, para ese libertinage y licencia en que todo se permite y á todo se abandona el pecador, como si porque no se castigan sus crímenes en esta vida, no hubiera un Dios que ha de castigarlos en la otra? Si así castiga el Señor unas faltas ligeras ¿qué castigos deseará sobre esos pecados tan continuados y repetidos, sobre esos placeres que por lo mismo de ser reprobados se buscan con mas ansia y se gozan sin remordimiento, ultrajando y burlándose del mismo Dios que los prohíbe? Si tan terribles son las penas del purgatorio ¿qué serán las del infierno donde el Señor no ve si no enemigos y rebeldes y donde se aumentan además de los castigos, la rabia, la desesperacion y el remordimiento de una conciencia que acusa, reprende, condena y roe sin cesar, y en donde no queda esperanza de alivio ni de término?

¿Si con tanta severidad castiga la divina justicia las faltas ligeras, esos defectos que nos perdonamos con tanta facilidad y aun dejamos pasar desapercibidos ¿qué castigos tendrá dispuestos para esos pecados detestables que irritan á Dios, ofenden á los hombres, perturban la paz, corrompen las costumbres; para esos pecados que se agravan por la falta de temor, la desvergüenza y tal vez la vanidad y jactancia con que se cometen?

Hermanos míos, bajemos vivos al infierno para evitar el bajar á él despues de muertos: esto es, meditemos con frecuencia, fijemos nuestra consideracion en el infierno y las penas que padecen las almas desgraciadas y condenadas para siempre y en las que sufren las benditas almas del purgatorio: meditemos en los tormentos con que castiga el Señor las ofensas que le hacemos muy especialmente en las ocasiones en que somos tentados y arrastrados al pecado, y nos servirá de freno para evitar los vicios. El mundo con todos sus placeres, las pasiones con todos los deleites, las riquezas con todas las comodidades con que brindan, perderán toda su ilusion y todo se disipará al resplandor de las llamas devorantes del fuego de la otra vida. No tenemos necesidad de otra cosa que de avivar nuestra fe, pensar en lo que nos recuerda con tanta frecuencia el táfido lúgubre de las campanas de nuestros templos; meditar sobre la suerte de nuestros amigos y difuntos, para que seamos mas cautos, mas vigilantes sobre nosotros mismos, mas temerosos de Dios y mas fieles en servirle. El Espíritu Santo nos asegura, que acordándonos de nuestros novísimos no pecaremos jamás, porque realmente es muy difícil, es imposible que nos resolvamos á pecar mientras

dominen en nuestra alma las ideas del estado y de las penas con que son afligidas, las almas en la otra vida y son castigadas por sus culpas graves ó purificadas por sus defectos leves y manchas que dejaron sin limpiar por la penitencia.

Desde ahora, Dios mio, os prometemos meditar sobre el infierno, tener siempre presentes los rigurosos castigos de la otra vida con el ánimo de evitarlos con una vida pura, santa y toda de vuestro agrado. Amparad, Señor, nuestra resolución con vuestra divina gracia, para que así sea eficaz y constante, y logrando no ofenderos en esta vida, consigamos amaros y gozaros en la otra por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA IV.

La consideracion de lo que es el purgatorio nos manifiesta la necesidad que tenemos de hacer penitencia , y cuál debe ser esta.

Unumquemque juxta vias suas judicabo Domus Israel, ait Dominus Deus. Convertimini et agite penitentiam ab omnibus iniquitatibus vestris, et non erit vobis in ruinam iniquitas.

He de juzgar á cada uno segun sus caminos, dice el Señor. Convertlos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades y dejarán de servir para vuestra ruína.

EZECHIEL, CAP. 18.

El golpe del martillo y el ruido de la sierra no se oyó en la construccion del templo de Salomon, dice la Historia Sagrada ; primero se cuadraban y pulian las piedras y las maderas en el monte Libano y despues se colocaban en el templo. Así, dice el seráfico doctor san Buenaventura, sucede con las piedras vivas que han de colocarse en la celestial Jerusalem. Nada puede entrar en ella manchado ó

imperfecto. Es imposible que entre en ella un alma mientras tenga alguna falta que purgar, y así es necesario que se cuadren y perfeccionen en esta vida, ó despues con el fuego del purgatorio hasta que entren á ser colocadas en el edificio del cielo.

Hemos contemplado el estado afflictivo y lastimoso en que se hallan las almas del purgatorio; la pena que affige á estas benditas almas por verse separadas de su Dios á quien tan vivamente desean unirse, los tormentos tan inexplicables con que el Señor purifica las ligeras faltas que sacaron de este mundo y los golpes terribles con que las labra para poder darlas asiento en el edificio de su templo eterno y celestial; hoy debemos fijar nuestra consideracion en el conjunto de aquel lugar de calamidades y miserias, tender nuestra vista sobre aquel lugar de dolor y de llanto, escuchar las voces de aquellas almas que sufren y que al mismo tiempo que demandan nuestro socorro nos advierten lo que debemos hacer en provecho nuestro. ¿Tenemos serenidad y valor para contemplar tanto tormento y affliction, tantas penas con que purifica el Señor á las almas y no cuidarnos de purificarnos y evitar con tiempo el tener que ser atormentados en el purgatorio? Al considerar el conjunto lastimoso de las penas del purgatorio ¿no nos estremecemos y resolvemos á evitar el peligro de ir á parar á aquel lugar de affliction y tormento? Oye, Israel, lo que te dice tu Dios, dice uno de los profetas: á cada uno he de juzgar segun sus caminos. Convertíos, haced penitencia y apartaos de vuestras iniquidades y así conseguireis que no sirvan para vuestra ruina y perdicion. Arrojad de vosotros todás las prevaricaciones en que habeis vivido; formaos un

corazon nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué quieres morir, casa de Israel? Yo no quiero tu muerte sino que vuelvas en tí y que vivas. Preciso es que las almas que han de entrar en el santuario de Dios vivo se perfeccionen y purifiquen en esta vida ó en la otra. ¿Queremos dejarlo para despues de la muerte? ¿Somos tan necios que no suspiremos por entrar en la patria celestial, ó no nos asusten y estremezcan los castigos con que el Señor acrisola á las almas del purgatorio? Pues contemplando lo que sufren estas almas benditas y que para entrar en el reino de Dios es preciso purificarse y limpiarse de toda mancha, no lo dilatemos para la otra vida. Nada podemos encubrir ni disculpar al Señor de vivos y muertos que nos ha de juzgar; nuestras obras le estan patentes y segun nuestros caminos nos ha de sentenciar, pues apartémonos ya de nuestras iniquidades, hagamos penitencia y convirtámonos de veras al Señor ahora que tenemos tiempo. ¿Por qué nos hemos de dejar morir y esponernos á sufrir los tormentos terribles del purgatorio? Convirtámonos y hagamos penitencia y viviremos. El Señor borrará nuestras iniquidades y purificándonos en esta vida nos admitirá en el santuario de su gloria.

Ved, amados míos, lo que nos enseña la consideracion del lugar del purgatorio: La necesidad de convertirnos, purificarnos y hacer penitencia y una penitencia verdadera. Así voy á manifestarlo en este rato con el deseo de que persuadidos de esta verdad nos resolvamos todos á obrar segun ella. Para esto pidamos los auxilios necesarios al Señor por la intercesion de su bendita Madre á quien diremos con el ángel:

Ave Maria.

Ununquemque juxta vias suas...

Espanta la voz de la gracia que nos exhorta á penitencia; somos cobardes y amantes del reposo. ¡Qué difícil es amarnos contra nosotros mismos, renunciar á nuestras inclinaciones pecaminosas, romper los lazos que nos unen á objetos amables, pero peligrosos y funestos, apartarnos de un camino alegre y sembrado de flores para seguir una senda penosa y llena de tropiezos, renunciar al deleite, entregarse á las lágrimas y al dolor, morir por decirlo así, en la flor de la vida, prevenir la eternidad y apresurarse á abrazarse con la Cruz! No dudamos de la misericordia de Dios, que como un Padre piadosísimo nos consuela diciéndonos que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; que no quiere que nuestras iniquidades nos sirvan para nuestra ruina y perdición; que le perjudicará su impiedad al impío, porque se olvidará de ella en cualquiera día que se convierta, se aparte de su maldad y haga penitencia. Sin embargo, vemos por experiencia con qué ansia y con qué velocidad procuramos satisfacer nuestros apetitos viciados, con qué impaciencia seguimos y nos proporcionamos los deleites... La hija saltatriz de Herodías decía: *Quiero que al momento me des en un plato la cabeza del Bautista. Los pies de los pecadores*, dice el real Profeta, *son veloces para correr á derramar la sangre*; y cuanto somos veloces y precipitados para el mal y para procurarnos nuestra ruina, somos tardos y perezosos para levantarnos, apartarnos del mal y volvernos á Dios que

nos llama y nos convida á penitencia. Desórden de que se admiraba y no podia comprender el padre san Basilio: Nosotros, decia, cometemos los pecados con velocidad y con un ánimo pronto, y despues somos muy perezosos para hacer penitencia y siempre dejamos el hacerla para mas tarde. La naturaleza se estremece, los sentidos se rebelan, el corazon tiembla y se intimida; pero si fijamos nuestra consideracion en las terribles penas que padecen las almas del purgatorio, no vacilaremos en elegir y nos convenceremos de la necesidad que tenemos de anteponer las mortificaciones de esta vida á los tormentos de la otra.

No hay otros caminos que nos conduzcan al cielo que la inocencia, que no ha caido en pecado y la penitencia que llora y repara el pecado cometido. ¿Somos nosotros de aquellas almas tan puras y tan fervorosas que nada tienen de que ácusarse? Aquellos santos que tenian mas derecho á pensar así de sí mismos estaban muy lejos de creerse inocentes. Su humildad y su vigilancia los hacia advertir defectos donde el mundo solo encuentra virtudes, y al paso que eran mas justos y santos, temian y pensaban ser mas grandes pecadores. Nosotros, no ya por humildad, sino por una tristísima verdad tenemos que confesar que hemos pecado. Los estravíos de nuestra juventud, el orgullo de nuestro espíritu, los afectos de nuestro corazon, el desfreno de nuestras pasiones ¿á qué excesos nos han precipitado? ¿Qué han sido ciertos momentos, ciertos dias y tal vez años enteros que se presentan con todo su horror á nuestra vista, cuando repasamos en la amargura de nuestro corazon los dias antiguos? Aunque no hubiésemos cometido mas que un pecado solo, era necesaria para nosotros la pe-

nitencia ¿Qué sera despues de tantos como hemos cometido? Preciso es que nos juzguemos ahora delante de Dios, del mismo modo que Dios nos ha de juzgar algun dia. No nos tenemos por reos de enormes crímenes, pero si abrimos nuestro corazon y desenvolvemos sus senos ocultos ¿qué se presentará á nuestra vista sino una turba de innumerables afectos profanos, de deseos, de temores, de esperanzas, de disgustos y de placeres que alternativamente le agitan? Somos delicados hasta el extremo, altaneros y negligentes, muy fáciles en irritarnos y muy difíciles de aplacar; nos domina el respeto humano, somos esclavos de los caprichos agenos y de nuestras mismas pasiones; somos agradecidos á nuestros amigos y muy ingratos para con nuestro Dios, muy fáciles en dejarnos arrastrar del mundo y muy difíciles en volvernos á Dios. ¿Qué es lo que amamos? ¿Con quién trata y en qué se ocupa nuestro corazon? Si miramos sin pasion, solo veremos que nos faltan las virtudes; que carecemos de las obras buenas que nos han de salvar, que abundamos en malicia; veremos tantos consentimientos dados á la concupiscencia, tantas inspiraciones y gracias despreciadas, tantas virtudes abandonadas, tantas confesiones y comuniones infructuosas, tanta frialdad y pereza. ¿Quiera el Señor que no descubramos abominaciones mayores! Pero aun así ¿somos lo que debíamos de ser? ¿Quisiéramos morir tales como somos? ¿Tenemos motivos para estar contentos con el estado en que nos encontramos? ¿Y Dios, puede estar satisfecho de nosotros? Pues si no lo está, para mudar su corazon es preciso que nosotros mudemos el nuestro, que comencemos una vida nueva, que lloremos la pasada, que hagamos peni-

tencia; ó de otra suerte suframos despues las penas terribles con que la justicia divina ha de purificar nuestras manchas en el purgatorio, si somos tan felices que podemos evitar las del infierno.

Aquellas llamas abrasadoras, aquellos tormentos inconcebibles é inesplicables, aquella separacion de Dios que tanto aflige á las almas, aquel terrible desamparo que tanto hace sentir al alma la ausencia de su Dios, aquel padecer y sufrir hasta pagar el último cuadrante en un fuego encendido por el soplo de Dios, ¿no nos manifiesta bien el rigor con que la justicia divina castiga hasta las faltas mas ligeras, hasta las sombras y las manchas del pecado? Y siendo nosotros reos de mayores crímenes, hallándonos acreedores á mayores castigos, pudiendo ahora aplacar á poca costa al Señor, desarmar su justa ira y pagar nuestras deudas con la penitencia ¿es posible que seamos tan necios y tan enemigos de nosotros mismos que rehusemos hacerla? Al considerar y confesar como fieles católicos lo que nos enseña la fe acerca del purgatorio, ¿nos asustará ya el nombre de penitencia, de mortificacion, de ayuno, de oracion y lo dejaremos todo para los que hacen profesion de justos y devotos, para los religiosos y sacerdotes? Por lo mismo que somos mas culpados y mas pecadores, ¿no tenemos mas necesidad de penitencia? Si los enfermos son los que tienen necesidad de medicarse ¿no somos los pecadores los que tenemos enfermas nuestras almas y necesitamos aplicarlas la saludable medicina de la penitencia? Atendiendo al rigor con que son tratadas las almas benditas del purgatorio, ¿nos quejaremos de que son pesados los ayunos, de que no podemos sufrir las mortifica-

ciones, de que somos débiles y flacos? ¡Almas justas! si el Señor os permitiera volver desde el purgatorio á expiar vuestras faltas á este mundo con obras satisfactorias, ¡qué continuas, qué terribles y qué ejemplares serian vuestras penitencias, y qué suaves os parecerian comparadas con los tormentos que os afligen en aquel lugar de vuestro suplicio! ¿Cómo podemos atrevernos á quejarnos y tener por pesadas é impracticables las obras de mortificacion con que el Señor quiere que limpiemos nuestras faltas en esta vida; á escusarnos de practicarlas y á vivir en el ocio y descanso como si no hubiéramos de tener que satisfacer á Dios sin remedio en esta vida ó en la otra?

Para nuestro aliento y consuelo diré, que cuanto Dios es terrible é inexorable en la otra vida en que para nosotros se acabó el merecer, es benigno, misericordioso y compasivo en esta: que él mismo suaviza la penitencia que nos exige y nos manda hacer: él busca en la tierra á los pecadores con ardor y los recibe con amor y ternura; que no debemos temer su ira si nos volvemos á él, porque no nos tratará con dureza. El buen pastor que conduce al aprisco á la oveja perdida; el padre que se apresura á abrazar al hijo pródigo, que se compadece de él y le concede el perdón de que era tan indigno, son unas imágenes muy imperfectas todavía de la bondad é indulgencia con que nos trata nuestro Dios mientras vivimos en la tierra. ¡Con cuánta ternura nos recibe! ¡Con cuánta complacencia! ¡Hoy con nosotros en el silencio! Las lágrimas de la penitencia son mas dulces, dice san Agustín, que las alegrías profanas que embriagan á los espectadores en los teatros, como él mismo lo habia experimentado. ¡Qué nudos tan

:

fuertes tenia que romper, qué pasiones que dominar, qué costumbres que destruir, qué sacrificios que hacer! Y sin embargo, todo esto, nos dice el santo, todo esto nada me costó y hallaba un placer muy puro en huir de los deleites que antes me habian encantado. No, hermanos míos, no conocémos los consuelos interiores que suavizan los rigores aparentes de la penitencia; no creamos á los sentidos ni á las máximas y preocupaciones de un mundo carnal que blasfema de lo que ignora; creed á los que hablan de lo que conocen, saben y han experimentado, y experimentadlo vosotros y hallareis que entre las lágrimas de vuestra penitencia rebosará vuestro corazon en un gozo mucho mas puro y consolador que el que habeis experimentado en los placeres pecaminosos del mundo y de la carne. Los penitentes del Egipto, los solitarios de la Tebaida entre los horrores de sus austeridades estaban llenos de alegría, penetrados é inundados de delicias, y hallaban mas placer en llorar sus pecados que el que tuvieron en cometerlos. Nuestro Dios es el mismo y lo mismo que ha sido en todos los tiempos, y él sabrá endulzar vuestras penas y hacer que os sean amables las penitencias. El que se apoya en la cruz no camina, sino que corre y vuela. Las montañas escarpadas se allanan y las dificultades se desvanecen. Repugna á nuestra naturaleza viciada y á nuestras inclinaciones y apetitos, tenemos mucho que trabajar y vencer; pero empecemos á hacer algo por Dios y Dios lo hará todo con nosotros. Dadme un solo penitente verdadero que esté descontento con su suerte y entonces yo os permitiré temer la penitencia.

Si, pues, no podemos escusarnos de hacer penitencia,

si tan fácil nos es hacerla en esta vida y tanto nos ayuda y consuela el Señor en las obras de penitencia que deben recrearnos en vez de retraernos; si hemos pecado y son tan terribles las penas con que la divina justicia castiga y toma satisfaccion de las ofensas aun las mas ligeras en la otra vida, aun de aquellas almas justas y amigas suyas á las que atormenta con tanto rigor ¿qué debemos hacer, sino hacer penitencia y satisfacer á Dios por nuestras culpas en esta vida para evitar los tormentos inexplicables de la otra? La fe del purgatorio, diremos con un íntimo convencimiento como me propuse manifestaros, la fe y la consideracion de lo que es el purgatorio nos manifiesta bien la necesidad que tenemos de hacer penitencia. Y nos manifiesta cuál deba ser esta.

Los tormentos del purgatorio nos dan á conocer el rigor de la divina justicia y que no se aplaca el Señor con una satisfaccion cualquiera, y nos descubren que no basta en este mundo una penitencia que no sea real, verdadera, sincera y eficaz; que no basta una penitencia reducida meramente á un deseo estéril, á un propósito de hacerla, á una resolucion ineficaz, sino que es necesario que sea una penitencia del agrado de Dios y como Dios la exige de nosotros, y para esto es preciso que empecemos por enmendar nuestra vida y apartarnos de los caminos de la iniquidad y que huyamos de las ocasiones de pecar.

Examinad delante de Dios vuestras inclinaciones, vuestros malos hábitos, vuestros defectos, vuestros pecados, vuestras pasiones y vuestro corazon para descubrir el origen del mal. Las penitencias que nada corrigen, las que lloran al parecer lo pasado y no producen efecto al-

gino en lo presente ni en lo venidero, son unas penitencias reprobadas y funestas. Examinad, después que os habeis resuelto á hacer penitencia, cuáles son vuestras conexiones en el mundo, los afectos de vuestro corazón, las compañías y amistades que conserváis. Examinad si vuestra penitencia es amarga y llena de dolor, y de un vivo arrepentimiento á vuestra alma; si es semejante á la de un David, un Ezequías, un Manasés, á la de la Magdalena ó la de san Pedro. Examinad si es rigurosa, si castiga y destruye el pecado, y hace de vuestro cuerpo una víctima de penitencia y se asemeja en algo á las penas que padecen las almas del purgatorio, y si así no fuere, resolvos desde ahora á emprender una penitencia verdadera, una penitencia que es necesaria para salvaros, una penitencia que es el medio único para reparar el mal; aplacar la justicia de Dios y poder evitar á poca costa las penas terribles del purgatorio.

Emprended esta penitencia para no morir eternamente y lograr que olvide el Señor vuestras culpas y se dé por desagraviado con vuestras satisfacciones; y emprendedla también, al mismo tiempo que para utilidad vuestra, para provecho y sufragio de las almas que desde el purgatorio os demandan con tantos y tan justos motivos vuestra ayuda. Con las obras de mortificación y penitencia, convertidos sinceramente á Dios y castigándoos con mortificaciones, al paso que expiais vuestros pecados, podéis ofrecer vuestras obras de penitencia en satisfaccion por las almas del purgatorio y aliviar las penas que padecen. No abandonemos lo que tanto vale y nós es tan útil; no reparemos en los sacrificios, y mucho menos en

los respetos del mundo. Convirtámonos á Dios y hagamos penitencia. El Señor se apiadará de nosotros y olvidará nuestras iniquidades, nos librará de los tormentos del purgatorio, y lograremos por nuestras súplicas conceda el alivio y descanso á las almas que aflige y atormenta para satisfacer á su justicia. Seremos útiles para nosotros mismos, y útiles para nuestros hermanos difuntos, y en recompensa nos premiará el Señor con su gloria. Amen.

F. L. G.

DIA V.

Medios poderosos que tenemos para librar de sus penas á las almas del purgatorio, y especialmente del santo Sacrificio de la Misa, y excusas frívolas de que usan los cristianos para no valerse de él.

*Panem tuum, et vinum tuum super sepul-
crum justí constitue.*

Ofrece tu pan y tu vino sobre la sepul-
tura del justo:

JOB., c. 4, v. 8.

Nada deseaba con mas fervor el rey de Babilonia que el que saliese Daniel libre del lago de los Leones, á donde á pesar suyo se vió precisado á consentir que fuese conducido, y el temor de su muerte le inquietó tanto que vuelto á su casa no pudo cenar, ni dormir, ni tuvo un momento de sosiego, y solo deseaba que volviese la luz del dia para ir al lago de los Leones á llamar á Daniel, á quien deseaba hallar libre, vivo y salvo. De un modo semejante, hermanos míos, nada desea el Señor con mas

vehemencia y ansiedad que el que se libren las almas del penoso lugar del purgatorio y de las penas con que son atormentadas, y que paguen cuanto antes la debida satisfaccion á su divina justicia; y así como movido á compasion de Daniel sumido en el lago de los Leones envió á un ángel del cielo que tomándõ por los cabellos á Abacuc, que se hallaba en Judea, llevase pan á Daniel para que no pereciese de hambre, así quiere, y movido de su misericordia ha dispuesto, que no los ángeles del cielo, sino nosotros que estamos en la tierra, ayudemos á las almas que estan penando en el purgatorio, y anticipemos sus satisfacciones y el momento de entrar en el eterno descanso con nuestros sufragios, y muy especialmente con el inercuento sacrificio de la misa. Este es, dice san Buena-ventura, el pan del cuerpo de Jesucristo, que cuando le ofrecemos aquí por los difuntos le trasmitimos por sus efectos á la cárcel del purgatorio y conseguimos por él que se libren de la boca del leon y no perezcan en los tormentos. Este es el medio suave, acomodado y al mismo tiempo eficaz que podemos usar para aliviar de las penas á las almas del purgatorio, y con que podemos refrigerarlas en sus terribles tormentos; este es el sufragio principal que podemos ofrecer por ellas, y por esto decia el anciano Tobías: *Panen tuum, et vinum tuum super sepulturam justí constitue. Ofrece tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo*; en cuya oblacion se prefiguraba y predecia la del pan y el vino, bajo cuyas especies se consagra y ofrece el sacrificio de la misa, para que por él sean expiadas las almas del purgatorio. En aquella profética sepultura de los justos de que habla Tobías, dice san Ambrosio, no se

nos manda precisamente ofrecer la comida, sino la oblacion veneranda y sagrada del cuerpo y sangre de Jesucristo.

Voy á manifestar en este rato la eficacia poderosa del santo sacrificio de la misa para aliviar á las almas del purgatorio y hacer ver lo funesto de las excusas de los cristianos para no valerse de este medio que el Señor pone en sus manos, y con el que tanto se aplaca y mitiga su justicia.

No nos retireis, Señor, vuestros auxilios, que tan necesarios son para que yo hable con acierto y logre que concibamos todas resoluciones santas en favor nuestro y en favor de las almas del purgatorio. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra santísima Madre, á quien saludamos con el ángel:

Ave María.

Panem tuum...

La sangre de los animales que se derramaba en los antiguos sacrificios no solamente se ofrecia en honor y culto de Dios, sino que Dios queria tambien que se aplicase y sirviese para la expiacion de los pecados de su pueblo: *De-di vobis sanguinem, ut super altare in eo expiatis pro animabus vestris, et sanguis pro animæ piaculo sit* (1). ¿Qué podre-

(1) Lev., cap. 17, v. 11.

mos decir de la sangre de aquel Cordero que se ofrece todos los dias en el santo sacrificio de la misa por la salud del género humano como se ofreció una vez en el Calvario y de quien repite hasta tercera vez el sacerdote que es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, muy especialmente cuando se trata de expiar y lavar, no ya las culpas, sino sus reliquias, de remitir la pena temporal con que se limpian y purifican las almas en el fuego del purgatorio?

En el santo sacrificio de la misa se ofrece á Dios una víctima de un valor infinito, una víctima que no puede menos de aceptar; al mismo Hijo de Dios vivo, Jesucristo Dios y hombre verdadero ¿qué prenda mas grande podemos ofrecer al Señor y cómo podrá menos de aplacar su ira y refrigerar á las almas del purgatorio cuando le ofrecemos este presente? La misa, dice conforme á esto san Bernardino, es el mayor bien que podemos hacer por las almas del purgatorio por la comunicacion del cuerpo de Jesucristo, porque en ella ofrecemos al mismo Jesucristo, y una misa tiene valor suficiente para hacer que salgan todas las almas del purgatorio. Tertuliano llama al sacrificio del altar segun que se aplica á las almas: Refrigerio de los espíritus. Es el medio mas eficaz para conseguir que se abran las puertas del cielo, porque la puerta del cielo observa san Juan Damasceno, es el cuerpo de Cristo que dijo de sí mismo: *Yo soy la puerta*. Es el alimento mas adecuado que podemos suministrar á las almas sumergidas en el lago del purgatorio para que no desfallezcan, y cobren vigor y fortaleza, porque es el pan vivo que bajó del cielo como lo recuerda la Iglesia en el Evangelio de la misa de difuntos,

para que entendamos que el cuerpo de Jesucristo, este pan sagrado ofrecido en el incruento sacrificio de la misa es el sufragio principal y mas eficaz que podemos ofrecer por las almas del purgatorio.

De aquí, dice san Juan Damasceno, que desde el tiempo de los apóstoles y discípulos del Señor se halla establecida la saludable costumbre de orar y hacer conmemoracion en los tremendos misterios y sacrificios, de los difuntos que murieron en la fe.

No en valde, dice san Juan Crisóstomo, se ha establecido desde el tiempo de los apóstoles que en el tremendo sacrificio de la misa se haga conmemoracion de los que murieron. Supieron bien que de aquí los resulta muchísimo logro y utilidad. En aquellos momentos en que todo el pueblo tiene levantadas sus manos al cielo y el sacerdote lleno de veneracion ofrece el sacrificio ¿cómo no aplacaremos á Dios y moveremos su misericordia en favor de los difuntos? Oramos, dice san Cirilo de Jerusalem, por los santos Padres y obispos difuntos y por todos los fieles que murieron entre nosotros creyendo como firmemente creemos que es el mayor sufragio, consuelo y ayuda que podemos darlos. el orar por ellos en el tremendo sacrificio del altar. El padre san Agustin nos dice de su madre santa Mónica, que no se cuidó en los momentos últimos de su vida de que su cuerpo fuese cubierto con suntuosidad, que se enterrase con aromas, que se la erigiese un sepulcro escogido y de gusto, ó que se la trasladase á su patria: nos mandó solamente que hiciésemos conmemoracion y orásemos por ella en el santo sacrificio de la misa en que se ofrece aquella víctima santa, con cuya sangre preciosísima se bor-

ró el decreto que nos era tan contrario y con la que quedó vencido el enemigo del género humano.

Y á la verdad , siendo la víctima que se ofrece en la misa de tanto valor , renovándose en el altar el sacrificio del Calvario y ofreciéndose la sangre que lavó los pecados del mundo , presentando desde la tierra al Eterno Padre á su mismo Hijo sacrificado para aplacar su ira , reconciliar al hombre con su Dios y borrar el decreto de condenacion , ¿ cómo es posible que el Señor no se apiade , y qué otra cosa mas digna ni mas acepta podemos ofrecerle ? Cuando ofrecemos al mismo Jesucristo y aplicamos la virtud de su preciosísima sangre para lavar las manchas de las almas del purgatorio ¿ podrá menos el Señor de aceptar nuestra ofrenda , oir nuestras súplicas y aquella sangre que tiene una virtud omnipotente para borrar los pecados del mundo , no podrá blanquear á unas almas afeadas con unas ligeras manchas ? Con razon diremos que el sacrificio de la misa es el sufragio principal que podemos ofrecer por los fieles difuntos , que es el refrigerio de las almas , el pan que las sostiene en aquel lugar de destierro , que tiene un valor infinito y que por su virtud podemos librar de sus penas á las almas del purgatorio ; y la Iglesia , maestra de la verdad y sumamente piadosa con sus hijos le ofrece todos los dias y quiere segun ha recibido de los apóstoles que oremos en él y le ofrezcamos al Señor por nuestros hermanos difuntos .

No negamos que podemos aliviar y socorrer á las almas benditas del purgatorio satisfaciendo por ellas al Señor con nuestras oraciones , limosnas , ayunos , mortificaciones y con todo género de buenas obras : pero no podemos menos de confesar que el sacrificio de la misa es un

sufragio que lleva consigo una prerrogativa muy especial y es: que aunque el sacerdote que celebre la misa y el que la manda aplicar y paga su limosna no se hallasen en estado de gracia, el sufragio no perderia nada de su valor y aprovecharia á las almas por quienes se aplica, lo que no sucede con las demás buenas obras que toman su valor de las disposiciones del que las ejecuta. Jamás se pierde el valor de la misa, ni perjudica á los difuntos la mala disposicion en que pueda hallarse el que la manda aplicar y aun la del mismo sacerdote que la celebra, porque el sacerdote ofrece aquel sufragio en persona de Jesucristo, y Jesucristo es la víctima que se ofrece, y tiene el valor y mérito de suyo sin relacion á las manos por donde pasa, á la manera que una moneda tiene su respectivo valor y se la da el mismo precio ya sea que la recibamos de mano de un amigo ó de algun enemigo.

En la víctima que se ofrece en la misa reconocemos y confesamos al mismo Jesucristo, y como Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es infinito, el valor de la misa por este concepto es infinito, y así no témen asegurar los santos que bastaria una sola misa para librar á todas las almas del purgatorio y sacarlas de sus penas. Sin embargo, debemos tener muy presente segun la doctrina de los Teólogos, que aunque la misa, en cuanto al don que en ella se ofrece, sea de un valor infinito porque en ella se ofrece el cuerpo sacratísimo de Jesucristo y de su preciosa sangre, con todo, en cuanto á la aplicacion de su valor ó en cuanto á su eficacia, es limitado, y así la misa que se aplica por uno en particular se aprovecha en cuanto á este efecto limitado, y es útil en general á todos los demás

difuntos por su valor infinito. Si un poderoso que disfrutase de renta veinte millones, por ejemplo, destinase á un siervo suyo diez mil reales anuales, se gozaria este y se alentaria con la seguridad de su pension, y no estorbaria esto para que el poderoso distribuyese el resto de sus bienes dando á este ó al otro, á unos mas y á otros menos. Pues de un modo semejante, la misa que se aplica por uno, consigue por ella un valor limitado segun la voluntad de Dios, y del valor infinito participan todos los demás fieles vivos y difuntos, segun Dios quiere distribuir á cada uno.

Debemos, pues, segun esto, reconocer lo recomendable y eficaz que es el sacrificio de la misa para sufragio de las almas del purgatorio y no desistir jamás de aplicarle y ofrecerle por ellas, porque aunque su valor es infinito y siempre acepto y agradable á Dios, en cuanto á su eficacia y aplicacion es limitado segun que al Señor place distribuir, y así no basta que apliquemos una ni mas misas, sino que debemos repetir en cuanto podamos la ofrenda de este sacrificio. Nos convenceremos, segun la doctrina espuesta, que es muy conveniente que ofrezcamos sobre el sepulcro del justo nuestro pan y nuestro vino: *Panem tuum et vinum tuum super sepulturam justí constitue*. El pan y vino que en el sacrificio de nuestros altares en virtud de la consagracion se convierte en el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Estando tan ligados con las almas del purgatorio y confesando estas verdades que nos enseña la fe ¿cómo está nuestra conducta tan poco conforme con nuestras creencias y con el interés que parece debíamos tomarnos por las almas de nuestros difuntos?

No hablo de aquellos inhumanos verdugos que con poco temor de Dios y sin oír á sus conciencias se olvidan de cumplir, ó mas bien positivamente no quieren cumplir ó lo dilatan cuanto pueden, las misas que ordenaron en sus testamentos los que murieron con la esperanza de este sufragio, y de cuya injusticia y robo sacrilego ha de hacerlos reos el Señor ante su divina presencia. No hablo de los que en los funerales de sus parientes y amigos se cuidan mucho de la ostentacion y pompa mundana, de la concurrencia á las exequias, de la abundancia de luces, de las músicas escogidas, del sepulcro y las inscripciones vistosas, del luto de sus vestidos y de todo lo que exige el mundo, y no piensan en hacer que se apliquen algunas misas, desapareciendo hasta la memoria del difunto luego que desaparece la necesidad de manifestar al mundo que se ha sentido y llorado su falta. Hablaré, sí, de tantos padres, de tantos hijos, de tantos esposos que con frívolas excusas rehusan hacer que se aplique una misa por un hijo á quien tanto amaban, por un padre que tanto se afaná por dejar acomodados á sus hijos, por un esposo que tan tiernamente amó á su querida esposa, por un amigo que no deseó otra cosa que favorecer á su amigo. Emplean en gastos inútiles y superfluos, gastan en juegos y regalos, y si no es la justicia la que se lo ordena en cumplimiento de los legados piadosos, en cuyo caso es mas culpable la omision; la caridad por lo menos ¿no los manda que hagan participantes de su pan y de su vino á los difuntos? Os quejareis tal vez de que vuestra complexion no os permite ayunar ni emprender obras de mortificacion y penitencia, que no teneis tiempo para ocuparos en la oracion ni en visitar á

los enfermos, ni en otras obras buenas que pudiérais aplicar en sufragio por las almas del Purgatorio, pero ¿qué podreis decir para no mandar aplicar alguna misa por vuestros difuntos? ¿Sois tan pobres que os falta este recurso? Examinad los gastos que teneis y lo que empleais inútilmente en vuestras diversiones y tal vez en vuestros vicios, y hallareis que os engañais y que el espíritu tentador os obceca, porque se complace en que padezcan las almas y en que si posible fuera desapareciese de la tierra el terrible sacrificio de la misa: hallareis que no es la falta de medios, sino mas bien vuestra falta de caridad y devocion, vuestra indolencia y olvido, y que registrando la abundancia en vuestras mesas, pudiérais muy bien alargar de vuestro pan y vuestro vino á los difuntos, moderando vuestros gastos y empleando vuestros ahorros en misas por aquellos á quienes tal vez debeis todo cuanto teneis. Pero quierò suponer y daros por cierto que seais tan pobres que todò lo necesiteis para vosotros. ¿Os cuesta tambien dinero el oir misa? Tanto tiempo gastado inútilmente, dedicados á los afanes y los intereses de este mundo, ¿y no teneis media hora para oir una misa y aplicarla por vuestros difuntos? El dejar pasar la semana entera sin entrar en la Iglesia, teniendo proporcion y ocasiones abundantes y tiempo de sobra, ¿es tener caridad con los difuntos y aprovechar las ocasiones de socorrerlos? ¿Es tener fe y haber contemplado lo que es y lo que vale el sacrificio de la misa el oir una á la ligera el dia de fiesta, tal vez sin atencion, distraidos y sin acordarse ni de la víctima que se ofrece, ni de los difuntos por quienes podiais y debiais orar? Y si no os es dado en el resto de la semana ¿por qué en el dia de

fiesta no os ocupáis en oír alguna misa mas para ofrecer este consuelo y alargar esta limosna á vuestros difuntos ya que no pudiéreis otra cosa? Escusas frívolas hallaremos, que son las que alegan los cristianos para no socorrer á las almas del purgatorio con el santo sacrificio de la misa, ya sea haciendo que se las apliquen algunas, ó ya al menos oyéndolas con devocion y ofreciéndolas por ellas, porque no hay cristiano, sea del estado y condicion que quiera, que no pueda hacer una cosa ú otra ó las dos juntas. No hay quien no pueda acercarse á la sagrada mesa del altar y comulgar dignamente ofreciendo por ella esta víctima de propiciacion.

No despreciemos, pues, este medio tan eficaz de socorrer á las benditas almas del purgatorio. Hagamos cuanto esté de nuestra parte para enviar nuestro pan y nuestro vino á nuestros difuntos. Haced, Señor, que vuestro ángel lleve hasta vuestra presencia y ponga en vuestro altar la ofrenda del cuerpo y la sangre de Jesus, que os ofrecemos y prometemos ofrecer continuamente en el tremendo sacrificio de la misa, y que purificadas con esta preciosísima sangre las almas que padecen en el purgatorio, el arcángel san Miguel las saque de las tinieblas y las lleve á la mansion de la luz santa que teneis prometida á Abraán y á sus descendientes, y que os pedimos nos concedais á todos. Amen.

F. L. G.

DIA VI.

La oracion es un medio útil para aliviar á las almas del purgatorio y es tambien muy provechosa y saludable para nosotros.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut à peccatis solvantur.

Es santo y saludable el orar por los difuntos para que se libren de sus pecados.

2. MACHAB., CAP. 12, V. 46.

La iglesia nos intima el oráculo del Espíritu Santo, fuente de la verdad en que se nos dice : Que es santo y saludable el pensamiento de orar por los difuntos, y esto solo debería bastar para estimularnos á orar por las almas del purgatorio, pudiendo y debiendo atenernos á esta antorcha luminosa que nos sirve de guia en este lugar de oscuridad y tinieblas. No podemos dudar que nuestros sufragios aprovechan á los difuntos y sirven para que expien mas fácilmente y con mas prontitud sus culpas, y estos sufragios en que pueden comprenderse todos los demás que podemos

:

hacer se reducen á cuatro géneros de obras, dice san Buena-ventura. La oracion, el ayuno, la limosna y el santo sacrificio de la misa, de lo que nos da la razon diciendo: que los difuntos pueden quedar libres y ser absueltos de toda la pena de dos modos, ó por el camino de la gracia ó por el de la justicia. Por el de la gracia pueden conseguir su libertad por la intercesion pública del que es la cabeza del cuerpo á que corresponden, y así la consiguen por medio del santo sacrificio de la misa; y por la intercesion como privada y particular de los miembros, y así la consiguen por los ruegos y oraciones de los justos. Por el camino de la justicia pueden conseguir ser libres, ó por modo de redencion de su pena, lo que se logra con las limosnas, ó por modo de solucion y paga de su deuda lo que se consigue con ayunos, mortificaciones y demás obras de penitencia.

El santo sacrificio de la misa es el sufragio principal, el mas eficaz y poderoso para ayudar á las benditas almas del purgatorio, porque en él y por él se interesa Jesucristo mismo, que es la cabeza del cuerpo místico de la iglesia á que corresponden tambien las almas del purgatorio; pero los que somos miembros de este cuerpo, los que componemos tambien este cuerpo podemos interesarnos y hacer valer nuestra intercesion, y esto lo lograremos con nuestras oraciones. De este sufragio, de este recurso que Dios ha puesto en nuestras manos, en que tanto confian y tanto esperan de nosotros las almas del purgatorio, y que nos es al mismo tiempo tan fácil y practicable, nos corresponde hablar en esta vida y voy á manifestaros brevemente: que la oracion es un medio útil y poderoso para ali-

viar á las benditas ánimas, y que es tambien muy provechosa y saludable para nosotros.

Volvámonos antes de todo al Señor, y digámosle como los apóstoles: enseñadnos á orar, Señor, para que oremos como debemos, y aliviemos con nuestras súplicas á las almas del purgatorio: dignaos instruirnos y favorecernos con vuestra gracia sin la que nuestras oraciones no pasarán de ser un sonido vacío que no llegará hasta vuestro trono de piedad y clemencia. Os la pedimos por la intercesion de vuestra Madre á quien decimos con el ángel:

Ave María.

Sancta ergo et salubris...

Todo aquello que es del agrado de Dios no podemos dudar que sirve para alcanzar sus gracias y lograr sus beneficios. ¿Y cómo dudaremos que el orar por los difuntos es del agrado y beneplácito de nuestro Dios? Orando por las almas del purgatorio, honramos á Dios haciéndole un obsequio gratísimo; somos cooperadores de Dios ayudando para que se cumpla la predestinacion hecha por el Padre; tenga efecto la redencion hecha por el Hijo, y se cumpla la voluntad y eleccion que hizo el Espíritu Santo. ¡Cuánto apreciará el Señor á aquel que libre de los tormentos aquel tesoro que tanto apreciaba, junto al que puso todo su

corazon, por el que le dió todo, á un alma cristiana ! Pues si con la oracion agradamos á Dios, diremos con razon que la oracion es un medio útil para alcanzar sus beneficios y orando por los difuntos mitigaremos sus penas y conseguiremos su libertad. Ama el Señor á aquellas almas á quienes su justicia castiga en el purgatorio, y no podrá menos de recibir con agrado las súplicas de los que le ruegan por unas almas que són amigas y queridas suyas. Somos miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, y la cabeza no puede menos de mirar con agrado el que los miembros se ayuden, se interesen unos por otros y cuiden de su conservacion, y esto hacemos interponiendo nuestras oraciones para los difuntos. El Señor las oye con piedad y se mueve á misericordia con ellos.

Quiere el Señor que oremos y le pidamos el socorro de nuestras necesidades y de las de nuestros prójimos ; que nos intereseamos por los enfermos, por los cautivos, por los mismos que son enemigos suyos por estar en pecado mortal, y aun por los hereges y los infieles, y el Señor nos oye y accede en muchas ocasiones á nuestras súplicas ; ¿ cuánto mas nos atenderá cuando le pedimos lo que él quiere y desea tambien por unas almas justas y destinadas á su gloria, por unas almas enfermas y cautivas, el alivio de las penas que sufren las almas del purgatorio ?

Conocida es de todos los cristianos la eficacia y poder de la oracion, y que nada se resiste en el cielo ni en la tierra á su poderoso influjo. Pedid, y recibireis, nos dice el Señor ; llamad, y se os abrirán las puertas ; pedid, y se os dará la medida llena. Pues si el Señor nos oye cuando le pedimos para nosotros, cuando recurrimos en busca

de la salud corporal, de la libertad, de los bienes temporales, de las lluvias oportunas, de la esención de una peste, ó de otra calamidad pública; cuando le pedimos para nuestros amigos; nuestros parientes, nuestros superiores y prelados; ¿temeremos que sea desatendida nuestra oracion cuando le pedimos por las almas del purgatorio? ¿Dejará de moverse á compasion á vista de nuestras súplicas dirigidas por unas almas á quienes miramos con tanta predileccion? Oremos, pues, por los difuntos, y mas particularmente por las almas de aquellos que nos son mas allegados y tenemos mas obligacion de pedir. Con esto daremos de comer al hambriento; proporcionando con nuestros ruegos que pasen al reino de los cielos y sean alimentados para siempre con el pan de los ángeles: daremos de beber al sediento; padecen una sed de ver al que es la fuente de agua viva, y con nuestras oraciones podemos proporcionárlas que beban el agua que las dará nuestro Dios, y apaga la sed para siempre: vestiremos al desnudo, haremos que los dé el Señor la vestidura nupcial; y que con sus estolas purificadas y lavadas; enriquecidos con la preciosa vestidura de la caridad; entren en las bodas del celestial Esposo: daremos posada al peregrino, y levantaremos el destierro á los desterrados, logrando con nuestras oraciones que entren triunfantes y llenos de gozo en la casa del Señor: visitaremos al encarcelado y redimiremos al cautivo; penetrando con nuestras súplicas hasta aquel lugar en que estan enfermas aquellas almas á quienes atormenta sobre todo la pena de no ver á su Dios: enterraremos á los muertos, haciendo que sean trasladados desde el purgatorio á la

tierra de los vivientes. Orando por los difuntos cumplimos todas las obras de misericordia con las almas mas necesitadas, mas escasas de medios para socorrerse, mas amigas de Dios y mas agradecidas á sus bienhechores.

Ved por qué en la muerte de nuestros padres ; parientes y amigos no debemos ocuparnos tanto de la pompa fúnebre, de la magnificencia de las exequias, de afligirnos y derramar lágrimas como los que no tienen esperanza y viven sin fe ; como los que estan demasiado apegados á los afectos del mundo y de la carne. Nuestras lágrimas de nada pueden ayudarlos, en lugar de que nuestros ruegos, nuestras oraciones y súplicas son útiles para aliviar las penas á que la justicia divina pueda haberlos sentenciado. Nuestros gemidos y llantos serán estériles ; y si nuestra compasion es puramente natural, de nada aliviará la suerte de aquellos por quienes lloramos. Oremos por ellos levantándonos del polvo de la tierra ; y elevándonos hasta el trono del Dios, pidámosle su gracia en favor de nuestros difuntos, y así alcanzaremos su descanso, porque este es el medio proporcionado ; útil, acomodado á todos, el medio que á todos nos concede el Señor para aliviar á las almas del purgatorio. Y tambien es la oracion por los difuntos provechosa y saludable para nosotros.

No es mi ánimo ocuparme en anunciaros las ventajas que puede traernos el conseguir por nuestros ruegos la libertad de una sola alma del purgatorio y tener la dicha de que nos sea deudora de su eterna felicidad. ¡ Cuántas gracias podríamos prometernos de la intercesion de una alma justa colocada en el reino de Dios ; que, agradecida á nuestros sufragios, abogase por nosotros ante su mismo

trono. No pretendo manifestaros el mérito grande que contraemos para con Dios orando por los difuntos, y que lejos de privarnos del mérito de nuestras buenas obras aplicándolas en satisfaccion de las almas del purgatorio, el Señor nos le aumenta mas y nuestras oraciones vuelven con creces á nuestro seno. No voy á detenerme á recordaros la verdad de que al que da se le dará y tendrá mas abundancia, y comprobárola con infinitos ejemplares y favores dispensados por Dios en recompensa de las oraciones y buenas obras aplicadas por los difuntos: voy á intimaros que la oracion por los difuntos es útil y provechosa para nosotros, entre otras muchísimas razones, porque aviva nuestra fe, anima nuestras esperanzas, y si la hacemos como es debido, no puede menos de enderezar nuestros pasos y hacernos seguir por el camino de la salvacion. Orando por los difuntos protestamos que no han muerto para siempre, que viven en la porcion mas noble, que es su alma; que hay otra vida, en la que hemos de ser juzgados por Dios; que tambien hemos de morir nosotros; que tal vez seremos hallados reos de mayores culpas, y convirtiéndonos desde los difuntos á nosotros, leyendo nuestra suerte en la suya, despertaremos del sueño en que nos adormecen los placeres y regalos de este mundo, y pensaremos en la eternidad que nos espera; y siendo así, no podremos menos de resolvernos á entrar en el camino que ha de salvarnos. ¿Por qué viven los hombres en el desenfreno y la licencia? ¿Por qué se abandonan á los vicios y viven sin temor de Dios y como si nunca hubieran de morir? Porque no hay quien piense en la suerte que le espera de cerca, *nulus est qui recogitet corde.*

El olvido de la otra vida, el descuido del negocio más importante que tenemos, que es el de nuestra salvacion, el no pensar en poner los medios para salvar nuestras almas; el cansarnos en los caminos ásperos y difíciles del mundo y no recordar que nacimos para Dios y para negociar en este mundo nuestra salud eterna, es el origen de nuestros desórdenes, y por eso nos estamos muy sosegados en nuestros pasatiempos; por eso oímos las verdades eternas como si nada nos tocasen ó no hablasen con nosotros.

Pues orando por los difuntos, en los momentos en que dirigimos á Dios nuestras súplicas por las almas del purgatorio; no podemos menos de recordar que hemos de ser juzgados, y que el salvarnos es lo que mas nos interesa; que de nada ha de servirnos cuanto tengamos si nos perdemos á nosotros mismos para siempre y que nos hallamos en este mundo para negociar en él en los cortos días que nos concede el Señor nuestra salvacion eterna. Orando por los difuntos no podemos menos de pensar tambien en nosotros mismos y procurar salvarnos, y este pensamiento nos hará cautos en los peligros, vigilantes y celosos para apartarnos del pecado y de las ocasiones de cometerle; nos consideraremos como huéspedes y peregrinos en la tierra, y miraremos con poco interés sus placeres, sus intereses y regalos, tendremos fija nuestra atencion en el cielo y no omitiremos medio alguno para conseguirle. ¿Podemos procurar ni querer cosa que nos sea mas útil y provechosa? Pues ved como la oracion al mismo tiempo que es un medio eficaz para aliviar á las almas del purgatorio y mitigar sus penas, es saludable para nosotros, engendra naturalmente en

nosotros el pensamiento de nuestra salvacion que no podemos menos de desear y procurar y si no obramos así es porque vivimos olvidados de este negocio tan interesante.

No nos contentemos pues, con unas lágrimas naturales y sin provecho sobre nuestros difuntos: no nos contentemos con unas oraciones tibias, sin atencion, sin fervor, sin reflexionar en el estado en que se hallan, ni pensar en aquel Dios á quien los encomendamos; oremos por las almas del purgatorio intimamente persuadidos de que podemos aliviar así su suerte, que nuestro Dios nos pide que oremos por ellas y reciba nuestras súplicas; oremos fijando nuestra consideracion en el purgatorio y en el cielo; y al paso que procuramos su salvacion no nos olvidemos de la nuestra, de este negocio tan necesario, tan interesante y que no podemos encomendar á otro y tenemos que agenciar por nosotros mismos.

Señor, Criador y Redentor de todos los hombres, dignaos conceder á las almas de vuestros siervos y siervas la remision cumplida de todos sus pecados y que consigan por nuestras piadosas súplicas el perdon y la indulgencia que siempre han deseado y lleguen á descansar en paz. Concedednos tambien que seamos solícitos de nosotros mismos, que atendiendo á nuestro destino, á la salvacion de nuestras almas, meditemos en ella; evitemos los pecados, consigamos el perdon de los que hemos cometido, trabajemos para vivir santamente y acopiar un caudal de méritos para recibir despues la corona de justicia de vuestra misma mano en la gloria. Amén.

F. L. G.

DIA VII.

*Con las limosnas podemos redimir los pecados
de los fieles difuntos y los nuestros.*

*Ignem ardentem exstinguit aqua, et elemo-
syna resistit peccatis.*

El agua apaga al fuego y la limosna resiste á
los pecados.

ECCLESIAST. CAP. 3, V. 33.

Si un príncipe tuviese un amigo de su especial cariño que por haber contraído algun débito á su real cámara estuviese retenido en la prision y fuese al mismo tiempo una ley indispensable el que cada uno, aunque fuese muy privilegiado y distinguido, habia de pagarle hasta el último cuadrante sin que en esto pudiese servirle la gracia y amistad del príncipe, ¿qué grato le seria á este el que alguno pagase todo el débito para que quitado el obstáculo pudiese salir de la prision el que no podia pagar sus deudas y gozar libremente de la amistad y los obsequios del Señor? Pues las almas del purgatorio son unas almas justas, amadas esposas de Dios que es el Rey de los reyes, quienes no

pudiendo pagar sus deudas ni el Señor dispensarlas este pago, tienen que estar retenidas entre los tormentos y aflicciones mas terribles hasta pagar el último cuadrante y ser purificadas con los tormentos porque no tienen otros medios con que satisfacer; pero nosotros podemos pagar por ellas y quitar este obstáculo que las impide unirse á su Dios y grangearnos así la gracia y los beneficios del Señor y la gratitud de las almas socorridas por nuestra mano. Nosotros podemos redimir la pena de las almas del purgatorio y pagar sus deudas con nuestras limosnas, con nuestras mortificaciones y penitencias. Dad limosnas á los necesitados, y sobre otra multitud de bienes, conseguireis con ellas que se rompan las cadenas que tienen amarradas á las almas del purgatorio, que sean enteramente libres y absueltas, y que pasen á la patria de los santos. Dad limosnas y apagáreis con ellas las llamas obrasadoras del purgatorio, porque así como el agua apaga al fuego, dice el Espíritu Santo por el Eclesiástico, así la limosna borra y resiste al pecado. *Ignem ardentem exstinguit aqua, et elemosyna resistit peccatis.*

De este medio con que podemos refrigerar y aliviar á las almas del purgatorio nos corresponde hablar en este día y voy á manifestaros que con las limosnas podemos redimir los pecados de los fieles difuntos y que debemos valerlos de ellas para redimir tambien los nuestros. Obra de la gracia y superior á la fuerza del hombre es el apartar del corazon del hombre el apego al dinero y el ansia por enriquecerse, inclinándole á ser misericordioso y compasivo. Dignaos, Señor, concedérnoslas para que seamos limosneros y comprendamos el inmenso bien que conseguiremos con nuestras limosnas para las almas de los fieles difuntos y pa-

ra nosotros. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre á quien saludamos con el ángel:

Ave María.

Ignem ardentem.....

Si quisiéramos oir, repetidas veces resuenan en nuestros oidos los llantos y quejas lastimeras del purgatorio, pidiéndonos con sus lamentos nuestra compasion y misericordia, *Miseremini mei, saltem vos amici mei*: compadeceos de nosotras al menos vosotros que fuisteis nuestros queridos amigos. ¿Podrá hallarse un hombre que sea tan inhumano y tan duro de corazon, que viendo á otro quemarse en un horno encendido y teniendo próxima el agua con que poder apagar el fuego y librar al afligido que iba á perecer, se esté mirando sin perturbarse y máno sobre mano sin procurar apagar el fuego y librar del peligro y del tormento á su prójimo? Nosotros vemos con la luz de la fe á muchas almas sumergidas entre las flamas del purgatorio, las que sabemos que son amigas de Dios y que al fin han de llegar á reinar con él para siempre; podemos apagar el fuego en que se abrasan con nuestras lágrimas, penitencias, mortificaciones y limosnas, ¿cómo podemos ser tan duros que no nos movamos á compasion ni haga-

mos cosa alguna en favor suyo? ¿Quién tiene un corazón tan empedernido que no lllore y se aflija cuando presencia la enfermedad ó la muerte de un amigo, que no padezca con los que padecen y lllore con los que lloran? El mismo Jesús al ver llorar á las hermanas de Lázaro y á los judíos sus amigos que lloraban con ellas, se angustió su espíritu, se conturbó y lloró tambien. ¿Por qué, pues, el hombre que al ver las miserias y calamidades se mueve tan fácilmente á compasion y á ayudar en cuanto pueda á los afligidos, no se compadece y alivia á las almas del purgatorio rodeadas de mayores tormentos y miserias que las que pueden imaginarse en este mundo? ¿Carecemos de medios con que hacerlo? Verdad es que penan y son atormentadas por sus pecados, por las faltas ligeras que cometieron en este mundo y por las manchas que no acabaron de limpiar y borrar de sus almas con sus satisfacciones y penitencias, pero nosotros podemos redimir sus pecados con las limosnas y alargarlas este alivio y consuelo en sus tormentos.

La limosna que tenemos obligacion de hacer á los pobres, porque no somos dueños de otros bienes que de aquellos que necesitamos para nuestra subsistencia, y todo el sobrante debemos distribuir á los pobres; la limosna que nos va formando un caudal para la otra vida, y tanto mas hallaremos congregado cuanto mas hayamos distribuido entre los necesitados; la limosna que nos hace semejantes á nuestro Padre celestial que es misericordioso, y de cuya benéfica mano recibimos tantos dones; la limosna por la que nos bendecirán los que fueren socorridos y nos atraerán con sus plegarias las misericordias de Dios; por la que seremos

llamados bienaventurados, y el mismo juez rectísimo en el día tremendo de su juicio y sentencia final nos destinará á su reino, recordándonos que por eso es completa nuestra dicha, porque dimos de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo; sirve tambien para sufragio de las almas del purgatorio, es el agua que apaga aquellas abrasadoras llamas y la paga que podemos ofrecer al Señor en satisfaccion de sus pecados.

Todo género de buenas obras sirve y le acepta el Señor en sufragio de las almas del purgatorio, con todas podemos merecer y satisfacer á nuestro Dios por nuestros pecados ó por los de los fieles difuntos, pero las limosnas son de su especial agrado y llevan consigo la bendicion del Señor: las limosnas, segun la espresion repetida en los libros santos, las redimen y libran del pecado y de la muerte, aplacan la ira de Dios, y si los presentes que se hacen á los hombres nos los vuelven favorables y propicios, ¿cuánto mas moveremos al Señor; vistiéndole, hospedándole, alimentándole en la persona de sus pobres, porque lo que hacemos con los pobres lo hacemos con él y lo recibe como un obsequio hecho á su misma persona? La limosna, dice san Juan Crisóstomo, es un bien admirable, atraviesa los aires, pasa mas allá de la luna, se sobrepone á los rayos del sol, llega á la altura de los cielos y pasa de los mismos cielos, no se detiene en los coros de los angeles y de las potestades superiores, penetra hasta el trono de Dios. ¿Cómo no se moverá á compasion el Señor cuando la ofrecemos en sufragio de las almas del purgatorio y para suplir lo que ya no pueden hacer por sí mismas? Y las súplicas de los pobres á quienes socorriéremos ¿dejarán

de ser oídas de Dios y moverse á misericordia por estas plegarias debidas á la gratitud? Parte tu pan con el pobre, nos dice Isaías, da hospedage en tu casa á los peregrinos y pasajeros, cuando vieres á un desnudo cúbrele con tus ropas y no mires con desprecio á tu carne en la carne de tu prójimo. Entonces como si fuera la mañana saldrá para tí la luz, invocarás al Señor y te oirá, clamarás y te dirá: *Eccé adsum: aquí estoy*. Con lo que se nos da á entender que no desoye el Señor nuestras súplicas cuando las acompañamos con nuestras limosnas, que podemos tener una confianza grande en conseguir lo que pedimos, porque si aumentamos la limosna á la oracion es muy poderosa y eficaz para lograr nuestras peticiones.

¿Cómo podremos resistirnos y no valernos de este medio para apagar la ira del Señor y con ella el fuego que abrasa sin consumir á las almas del purgatorio? ¿Cómo podemos estarnos mano sobre mano y no tomar esta agua de refrigerio, este caudal que redime los pecados y satisface al Señor por las almas del purgatorio? No hablo de aquellas limosnas que estamos obligados á hacer porque los mismos difuntos nos las encargaron, porque nos dejaron en posesion de sus bienes en la confianza de que cumpliríamos sus piadosos encargos; estas limosnas son una paga forzasa, una obligacion que debemos de justicia y el faltar á ellas es un robo, es una crueldad y tiranía para con las almas de nuestros bienhechores: hablo de las limosnas voluntarias, de las que todos podemos hacer y debemos por compasion y caridad para redimir los pecados de los fieles difuntos. No hay hombre en cualquier estado en que se halle que no pueda hacer limosnas y ayudar por este medio

á las almas del purgatorio. No hay quien pueda escusarse, porque no consiste la limosna en dar mucho, sino en la buena voluntad con que se da; y si el Señor nos da poco, aun de lo poco debemos hacer participantes á nuestros hermanos necesitados. Pero por pobres que seamos; aunque carezcamos de recursos, podremos en todo lugar, en todo tiempo, en medio de la mayor pobreza dar limosna á las almas del purgatorio satisfaciendo por ellas con nuestros ayunos, con nuestras mortificaciones y penitencias y con nuestra misma pobreza sufrida como un sacrificio que hacemos al Señor. Luego si todos podemos, deberemos tambien redimir los pecados de los difuntos y apagar el fuego del purgatorio que los abrasa con nuestras limosnas.

Con las limosnas tambien podemos redimir los nuestros. De grande aprecio y estimacion es la limosna, dice san Juan Crisóstomo, que puede horrar los pecados y mitigar el juicio de Dios, porque aunque tú calles hablarán por tí otras tantas bocas cuantos hayan sido los pobres á quienes hayas socorrido. La limosna mitiga la ira de Dios, dice el Espíritu Santo, así como los bienes que se atesoran en el seno acarrean su indignacion. Un juicio terrible nos espera; apenas hay viviente que pueda justificarse en la presencia de Dios, apenas se salvará el justo, y sin embargo, el que es limosnero y misericordioso le esperará con tranquilidad y con gozo, dice el real Profeta: *Succundus homo qui miseretur et commodat; disponet sermones suos in iudicio, quia in æternum non commovebitur*. En el juicio de Dios, dice san Agustín, es protegido el hombre misericordioso de modo que no tema las llamas eternas, porque como nos dice el apóstol Santiago, la misericordia sobrepasa sobre el

juicio, y el juicio sin misericordia le sufrirá aquel que no haya obrado la misericordia. Viste á Jesucristo, dice según esto san Juan Crisóstomo, para que Jesucristo te vista en el día del juicio, cúbrele, para que te cubra y proteja en el día de su ira. Cuando llegue el día malo librará el Señor al misericordioso. Dios se constituye el libertador del que libra del mal al pobre; Dios oirá al que clama en sus angustias, si este oyó al padre cuando clamaba: Bienaventurados los misericordiosos porque ellos conseguirán misericordia. ¿Queremos gozar de Dios y recibir la merced y corona de los grandes profetas y santos? Pues no desconfiemos de la infalible promesa de nuestro Dios: el que admite en su casa á un profeta ó á un justo por amor á Dios y en cuanto que es profeta, recibirá la merced de un profeta y ni aun la limosna de un vaso de agua quedará sin recompensa. Cualquiera otro camino para el cielo puede engañarnos, pero el de la misericordia y limosna es seguro y trillado, es el camino real; tomad pues, dice santo Tomás de Villanueva, tomad el camino de la salud, el camino real y seguro: entended sobre el pobre y menesteroso, para que cuando vosotros os halleis necesitados entienda sobre vosotros el Señor. No puede errar el limosnero en el camino del cielo, dicen san Juan Crisóstomo y san Juan Damasceno. El ciego á quien ha socorrido y que tropezaba temeroso de caer es el que con sus limosnas le guía con seguridad para subir al cielo. El pobre, dice san Agustín, es el camino del cielo. Da á Jesucristo en la tierra para que te retribuya en el cielo. Da limosna al pobre, dice el Eclesiástico, y la limosna misma rogará por tí y te librará del mal. Oye muy pronto el Señor al que no se desdén de oír

y socorrer al pobre, y el que cierra sus oídos al clamor del pobre, clamará y no será oído.

No alcanzará la misericordia del Señor el que no sea humano y misericordioso. La limosna nos librará del mal, nos redimirá los pecados, nos alcanzará la remision de nuestras culpas, porque á los que la reciben los mueve á que oren por el que se la da y así los limosneros tienen muchos intercesores, y cuando los socorridos fueren ingratos, la limosna misma siempre estará delante de Dios y rogará por nosotros, y Dios peleará por nosotros, nos defenderá del enemigo tentador, nos iluminará y dará su gracia para que salgamos del pecado, como lo vemos en el Centurion, que por sus limosnas consiguió la gracia de ser ilustrado con la luz de la fe y que el ángel le dijese: *Elemosynæ tuæ ascenderunt in memoriam in conspectu Dei*. Con la limosna segun las repetidas promesas del Señor, conseguiremos la divina misericordia y con la gracia que el Señor nos comunicará accediendo á los ruegos de la limosna que clama sin cesar por nosotros nos limpiaremos de nuestros pecados.

Seamos pues limosneros y misericordiosos mientras vivimos y no dejemos nuestras limosnas para despues de la muerte. El que no hace limosna en vida y lo deja para despues de su muerte es semejante al hombre que quiere caminar llevando la luz á su espalda, dice san Buenaventura. En la vida, dice san Bernardino, es cuando debe hacerse la limosna para que su luz preceda y no vaya detrás de los pies del que muere. Apliquémonos á hacer limosnas segun lo que el Señor nos da: apliquémoslas en sufragio de las almas del purgatorio como pobres que son los mas necesi-

tados y afligidos; con ellas apagaremos el fuego que las atormenta, mitigaremos la ira del Señor, las redimiremos de sus pecados y lograremos redimir y que se nos perdonen los nuestros; por la limosna rogará y elamará por nosotros, nos atraerá las misericordias de Dios, nos iluminará y dará su gracia el Señor con la que detestaremos nuestras culpas y conseguiremos la gloria. Amen..

F. L. G.

DIA VIII.

El olvido de las almas del purgatorio es una ingratitud muy criminal y nos acarrea muchas desgracias.

¿Quare persequimini me sicut Deus, et carnibus meis saturamini?

¿Por qué me perseguís como Dios y os alimentáis con mi carne?

JOB., CAP. 19, v. 22.

En medio de la aflicción y los tormentos con que Dios castiga y purifica á las almas del purgatorio, no las ha dejado el Señor otro consuelo que las súplicas, oraciones y suffragios de los vivos. ¿Cuál será la pena y sentimiento, con qué amargura de corazón verán el olvido y desamparo en que las tienen los que quedáron en este mundo y mucho mas el de sus parientes, amigos y de aquellos á quienes favorecieron y enriquecieron con los bienes que los dejaron? ¿Cuántas veces se verán precisadas á poner en su boca las quejas justas y muy sentidas del santo Job: mis hermanos se han apartado muy lejos de mí y mis conocidos como si

fueran estraños apartan de mí su rostro. Me han abandonado mis parientes mas allegados, y los que se gloriaban de ser amigos míos me han desconocido. Aquellos mismos á quienes yo mas amaba se han convertido en contrarios míos ¿por qué me perseguís como Dios, y os alimentáis con mi carne? *¿Quare persequimini me sicut Deus, et carnibus meis saturamini?* Claman desoladas aquellas benditas almas contra este género de ingratos que las defraudan sin piedad ni temor de Dios de la justa esperanza que depositaron en ellos. El estar separadas de su Dios y privadas de verle, el que sean atormentadas con tanto rigor y tratadas como si Dios las persiguiese y tuviese por enemigas suyas, lo sufren con resignacion porque conocen muy bien que deben ser tratadas de un modo por un Dios infinitamente justo á quien son deudoras por sus pecados. Pero que sus parientes, sus esposos, sus mismos hijos, aquellos á quienes dejaron sus bienes y enriquecieron tal vez con lo que economizaron en este mundo, reposen en la comodidad, disfruten tranquilos las comodidades y regalos y se olviden no solo de hacer aquellos sufragios y limosnas que exige la gratitud y caridad, sino tambien aquellos que manda la justicia, aquellos que por voluntad espresa los ordenaron en su testamento entre los últimos suspiros y que tan encarecidamente los pidieron, esto no puede menos de llenarlas de afliccion como afligiria á un padre encarcelado y cautivo ver á un hijo apoderarse de sus bienes y gastarlos en provecho propio sin pensar en procurar la libertad de su padre.

De esta falta de piedad y misericordia voy á hablaros en este dia y á manifestaros que el olvido y desamparo de las almas del purgatorio es una ingratitud muy criminal y

que nos acarrea muchas desgracias , para que si nos hallamos culpados salgamos cuanto antes de este crimen y todos cuidemos de evitarle, ser cuidadosos de socorrer y orar por los fieles difuntos , y mucho mas de cumplir las obligaciones que los debemos de justicia.

Avivad, Dios mio , nuestra fe , porque imposible parece que la tengamos y creamos en lo que la Iglesia nos enseña del purgatorio , segun lo que vemos obrar, y si no obramos de otro modo es por nuestra falta de fe. Avivad nuestra fe, y muy poco quedará que hacer para que nos espanteinos y horricemos de nuestro olvido y de la ingratitud que tenemos con las almas del purgatorio. Haced que se reanime y fortalezca con vuestra divina gracia, que os pedimos por la intercesion de vuestra Santísima Madre:

Ave Maria.

Quare persequimini me....

La compasion y caridad que debemos tener con los afligidos y necesitados; la ayuda que debemos darnos unos á otros como miembros todos de un mismo cuerpo místico, que es la Iglesia cuya cabeza es Jesucristo; el agradecer con todo al mismo Dios que se complace en que le pidamos y nos intereseemos por las almas del purgatorio; el estado mi-

serable en que se hallan en aquel lugar de tormentos y penas capaz de enternecer á los corazones mas duros; el interés propio que nos resulta de hacer bien y ser compasivos con las almas del purgatorio, porque nos proporcionamos unos amigos y protectores en el cielo y son innumerables los bienes que podemos prometernos si conseguimos por nuestros ruegos que se mitiguen sus penas y sean trasladadas á la patria de la felicidad y del descanso; la misma facilidad y lo poco que nos cuesta el socorrerlas, porque podemos hacerlo con nuestros ruegos, nuestras limosnas, mortificaciones y penitencias, confesiones y comuniones y con el santo sacrificio de la misa; el contemplar que las almas que estan destinadas á purificarse en aquel lugar son tal vez las de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros compañeros, amigos y favorecedores, todo debe movernos á hacer todo el bien que podamos y todo hace grato y recomendable el pedir por los difuntos. Pues ahora bien, el que los olvida falta á todos estos deberes, se olvida de todas estas consideraciones, no tiene entrañas de piedad ni puede ser que se halle en él la caridad de Dios, es un verdugo de las almas del purgatorio y lo es de su alma propia tambien, no puede prometerse misericordia, porque sufrirá un juicio sin misericordia el que no tenga misericordia, y cuanto es del agrado de Dios el que le pidamos y ofrezcamos nuestras satisfacciones y sacrificios por las almas á quienes atormenta su justicia en el purgatorio, tanto le desagrada el olvido y abandono, el no ser caritativos con ellas.

Con el olvido de las almas que purgan sus defectos en el fuego de la otra vida incurrimos en la inhumanidad mas

detestable, faltamos á los deberes de parientes, de amigos, de conocidos, de paisanos, á los deberes de hombres, faltamos á Dios, faltamos á nuestros prójimos y nos faltamos tambien á nosotros mismos? ¿Qué vicio puede darse mas reprehensible y criminal? ¿Qué dirá una madre desde aquel lugar de luto, llanto y dolor á sus hijos? Hijo mio querido, acuérdate de mí, eye mis lamentos y suspiros, y ya que la mano y la justicia de Dios está puesta sobre mí y soy atormentada con estas llamas y esta amarguísima afliccion date prisa á socorrerme. No te pido que vengas corporalmente á este lugar, bien sé que esto no puede ser, pero puedes mandarme el socorro con mucha facilidad. Puedes rogar á Dios por mí con un corazon contrito y humillado, puedes mortificarte y hacer penitencia, y el agua de tus lágrimas apagará el fuego que me abrasa, puedes alargar una limosna á un pobre dejando de gastar en lo que no te hace falta y procurar que se me aplique el santo sacrificio de la misa. Hijo de mi corazon, ¿será posible que te atrevas á negar á tu afligida madre una gola de agua, una lágrima de contriacion y penitencia que tanto puede aprovecharla y aliviar sus dolores? Acuérdate de los dolores que yo sufrí por tí, de los males que padeci llevándote en mi vientre, pariéndote, alimentándote con mis pechos y criándote con tanto cariño. Si oyéramos estos ó semejantes y mas espresivos lamentos de una madre, de un padre, de un hijo ó de un amigo que formó nuestras delicias y recreos en esta vida, ¿tendríamos corazon para negarle los socorros que estuvieran en nuestra mano? ¿Cómo nos sufriríamos á nosotros mismos hallándonos reos de semejante ingratitud? Pues sin embargo, amados mios, tales son las

súplicas que nos dirigen las almas del purgatorio, las de nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros maestros, nuestros bienhechores y nuestros amigos, y por desgracia entre el ruido, los afanes y distracciones del mundo, no se las quiere oír. Todo es aflicción y sentimiento en los momentos primeros que siguen á su muerte, pero pasa el tiempo y de todo nos olvidamos. A no poder menos y por respetos al mundo mas bien que por motivos de fe y de caridad se cumple lo preciso é indispensable para sufragio del difunto hasta dar sepultura á su cadáver, pero despues duele el gastar y solo se cuida de aprovecharse de los despojos del que murió, empezando muchas veces, cuando aun conserva calor el cuerpo que acaba de espirar, las pendencias de los herederos, y de aquí los odios y los pleitos, sin que haya quien piense en cumplir lo piadoso que deja encargado en su testamento.

Nos pareceria increible semejante desórden entre cristianos si no le viéramos y por desgracia con demasiada frecuencia. Si el olvido, la falta de compasion y caridad con las almas de los fieles difuntos es un delito, una ingratitud muy reprehensible y criminal, ¿qué habremos de decir de la falta de justicia de los hijos, de los esposos, de los herederos que estando obligados por tantos títulos á socorrer y hacer bien por sus difuntos dilatan el hacerlo y tal vez no piensan en hacerlo jamás y solo en malgastar los bienes de qué se han hecho dueños? ¿Qué diremos de los que poseen sus bienes y rehusan pagar unas pequeñas cargas piadosas con que los gravaron? ¿De los que insultan su memoria y se mofan de su piedad y en vez de ser agradecidos y repartirlos luego ofreciéndoselo en limosnas y sacrificios todo lo

tienen por poco y se quejan de que no los hayan dejado mas para tener mas con que satisfacer sus vicios?

Hay amigos segun los tiempos, que no lo serán en los dias de la tribulacion, dice el Espíritu Santo. Hay amigos compañeros de mesa, que lo son mientras tienen que recibir y pueden apoderarse de los bienes de sus amigos, pero que dejan de serlo cuando sobreviene la necesidad y huyen y se apartan olvidándose de los beneficios y de las personas cuando ya no pueden serles útiles dice tambien el oráculo sagrado: *Est amicus socius meus, non permanebit in die necessitatis*. Tal es la amistad que por lo comun se tiene con los difuntos, no pasa de esta vida, no dura mas que mientras pudimos participar de sus bienes y los abandonamos en el dia de su necesidad, cuando contemplamos que no pueden sernos útiles y se hallan reducidos á la calamidad y miseria. Si este género de amigos es tan detestable ¿qué nombre podremos dar á la ingratitud de los parientes, de los hijos mismos de los difuntos que con tanta facilidad olvidan á las almas de sus padres en los dias de su necesidad, cuando acaso se hallan en el purgatorio y no quieren hacer sufragio alguno por ellas? ¿Por qué nos perseguís como Dios, los dicen desde aquel lugar en que estan viendo y sintiendo su ingratitud, por qué nos perseguís y tratais con mas rigor que el mismo Dios y os hartais de comer nuestra sustancia sin acordaros de nosotros? *¿Quare persequimini me sicut Deus et carnibus meis saturamini?* ¿Qué nombre daremos á la impiedad de los hijos que despedazan y devoran á sus misinos padres? Pues tan criminal es el olvido y la ingratitud con las almas de los fieles difuntos que demandan nuestro auxilio y no queremos socorrerlas. In-

gratitud y olvido tambien que nos acarrea muchas calamidades y desgracias.

¿No ha de tomar Dios venganza de sus escogidos que claman á él de dia y de noche : nos dice Jesucristo por san Lucas valiéndose de la parábola de una viuda que pedia justicia al juez contra su enemigo? Esta viuda afligida y desconsolada , nos denota al alma del purgatorio , abandonada de Dios y sumergida entre los carbones que la abrasan. Delante de Jesucristo, que es nuestro Juez , acusa á sus herederos, á sus hijos, á su esposo, á sus padres, á sus amigos, que tan inicuamente la maltratan como si fueran sus mas crueles enemigos. ¿No ha de tomar venganza el Señor de esta alma escogida y amiga suya que clama á él sin cesar y castigar á los que tan inhumanamente la persiguen y devoran su sustancia? Estas almas justas se presentarán con grande constancia delante de Dios y pedirán contra aquellos que los angustiaron y robaron sus despojos, se comieron el fruto de sus trabajos y no los quisieron socorrer en sus necesidades , las trataron como á enemigas; y el Señor las hará jueces de sus enemigos segun la espresion de Job : *Pauperibus judicium tribuet*. Si tanto podemos prometernos de un alma que por nuestros ruegos y sufragios consiga salir del purgatorio y ser nuestra intercesora y abogada delante de Dios; la que no pueda presentar delante de la divina presencia otra cosa que nuestro olvido, nuestro desprecio y la impiedad con que la hemos abandonado y gastado sus bienes, si no pide venganza contra sus perseguidores y verdugos, ¿podrá menos de pedir justicia? No pregunteis ya la causa de las desgracias que por justo juicio de Dios sobrevienen á los que son crueles con las almas del purgatorio, dice san Bernar-

dino. ¿En qué consiste que aquel siendo rico y opulento ha venido á reducirse á la pobreza y miseria? Procede de que el alma de su padre está en el purgatorio, dice este santo, y como el hijo no cumple con los legados piadosos que le mandó en su testamento, ni hace las restituciones que le mandó, le echa su maldicion todos los dias, y como aquella alma está en gracia de Dios y Dios es amigo suyo, la oye y vienen sobre él sus maldiciones hasta que al fin venga á quedarse reducido á la mas espantosa miseria. Examinemos las maldiciones de que usa el Real Profeta al salmo 108: «Sean pocos sus dias y entre otro á ocupar su destino: queden sus hijos huérfanos y su muger viuda; sean llevados de un lado á otro sus hijos, y mendi-
»digen y sean echados de sus moradas. Escudriñe el lo-
»gero toda su hacienda, y los extraños roben sus trabajos.
»No haya quien le ayude, ni quien se duela de sus huér-
»fanos. Sean sus hijos para la muerte, y en una sola ge-
»neracion quede borrado su nombre.» Pero ¿por qué han de sobrevenir tantas desgracias? *Pro eo quod non est recordatus facere misericordiam*, dice el sagrado Testamento. «Por
»cuanto no se acordó de usar de misericordia. Y persiguió
»al hombre desvalido y mendigo y al afligido de corazon
»para matarle. Amó la maldicion y le vendrá; y no quiso
»la bendicion y se alejará de él.»

Detestemos el crimen y la odiosa ingratitud de olvidarnos de las almas del purgatorio; oremos por ellas todos los dias y apliquémoslas todo género de sufragios y muy especialmente los que las debemos de justicia en cumplimiento de su voluntad y del destino que quisieron dar á sus bienes; no tengamos la inhumanidad de devorar sus carnes

alimentándonos con sus despojos sin pensar en lo que debemos á la piedad , á la amistad , á la caridad , y á la justicia; temamos las desgracias que nos puede acarrear nuestra ingratitud y las maldiciones de unas almas santas que pedirán justicia contra nosotros y el Señor las vengará y las hará nuestros jueces. Cuidemos con tiempo de cumplir con nuestros deberes de justicia y no dejar para nuestros herederos el pago de nuestras deudas y el arreglo de aquellos negocios en que podamos perjudicar á nuestros prójimos. Y si queremos que tengan despues compasion y misericordia con nosotros , tengámosla nosotros ahora con los difuntos y demos este buen ejemplo, porque con la misma vara que midamos hemos de ser medidos. Avivemos nuestra fe y no podremos menos de ser solícitos y compasivos con las almas del purgatorio, y el Señor recibirá como hecho por él y para él cuanto hagamos por aquellas y nos lo recompensará cuando nos juzgue dándonos el galardón de su gloria. Amen.

F. L. G.

DIA IX.

La piedad con las almas del Purgatorio nos atraerá las bendiciones del cielo.

Benedicti vos à Domino qui fecistis misericordiam hanc cum Domino vestro Sàul et repelictis eum.

Benditos seais de Dios, porque habeis hecho esta obra de misericordia con vuestro rey y señor Saul y habeis cumplido con darle sepultura.

2. REG., CAP. 2, V 5.

Gracias á Dios, con vuestra asistencia y la devocion con que habeis concurrido á este piadoso novenario habeis manifestado que no estais olvidados de las almas de vuestros amigos y parientes difuntos, que no habeis dejado de amar despues de su muerte á los que amásteis durante su vida, que no sois ingratos y tiranos con las almas del purgatorio; que teneis fe y abundais en deseos de socorref y librar á las almas que gimen en la esclavitud y claman sin cesar dia y noche por nuestros sufragios. Habeis manifes-

tado bien que no se alivia á las almas ni se las proporcio-
na el eterno descanso con lágrimas estériles, con funera-
les suntuosos, con flores y adornos artísticos sobre sus se-
puleros, y todo lo que es pompa mundana y restos de la
ciega gentilidad, sino con las oraciones, ayunos y auste-
ridades tomadas por penitencia, limosnas, con el santo
sacrificio de la misa, la frecuencia de sacramentos y de-
más buenas obras que ordena la religion cristiana. Yo me
congratulo y en este dia último de este piadoso novenario
os doy las gracias por vuestra piedad con los difuntos, y to-
mando en mis labios la palabras del santo rey David á los
que dieron sepultura á Saul os digo: *Benedicti vos á Domino qui fecisti misericordiam hanc cum Domino vestro Saul, et sepelivistis eum. Benditos seais de Dios, porque habeis cumplido esta obra de misericordia y dado sepultura á vuestro rey y señor Saul.* Y si David pedia las bendiciones del cielo para los que habian recogido los restos de Saul su perseguidor y enemigo de su Dios ¿cuánto mas debo yo pedir las y cuántos mas acreedores serán á ellas los que han usado de misericordia, no ya con los cuerpos corruptibles sino con unas almas que estan en la gracia y amistad de Dios y que desea con impaciencia llevarlas á su reino y concederlas el descanso y la felicidad, admitiéndolas á su divina presencia? No temo aseguraros por esto que la piedad y compasion cristiana con las almas del purgatorio os atraerá las bendiciones del cielo: y esto es lo que voy á manifestaros en este dia para alentaros y confirmaros en vuestra devocion, y para que os proporcioneis este medio fácil y seguro de conseguir las gracias y favores de Dios.

La Santísima Virgen Maria, dice san Bernardino, ejer-

ce su dominio y es Reina de las almas del purgatorio, y por esto dice el Eclesiástico : *In fluctibus maris ambulari*. En estas penas transitorias y amargas se encuentra María Santísima para visitar y socorrer á las almas cristianas, porque todas las que se hallan en aquel lugar son hijas suyas, porque son hijas de gracia y de predestinacion, y asiste y socorre muy particularmente á las almas que han sido devotas suyas. Soy madre de todos los que estan en el purgatorio, dijo la misma Señora á santa Brígida, y las penas que deben sufrir para purgarse de sus pecados se las mitigan en cierto modo por mis ruegos en cada hora, porque así le place al Señor disminuir el rigor de su justicia por su intercesion. Tratando de recomendar una devocion y práctica de piedad tan del agrado de María Santísima, que practica en el cielo la misma Señora, no dudo que interpondrá su mediacion para que el Señor nos dispense su gracia que la pediremos rendidamente diciéndola con el ángel :

Ave María.

Benedicti vos...

Un vaso de agua que demos por caridad nos asegura el mismo Jesucristo que no ha de quedar sin merced. ¿Cuánto mas recompensará el Señor las buenas obras que apliquemos en sufragio de las almas del purgatorio? Si

queremos alcanzar las misericordias de Dios es preciso que seamos misericordiosos, y el mismo Evangelio nos enseña que con la misma medida que nosotros midiéremos, hemos de ser medidos. Conforme á esto no podemos dudar que á proporcion de los auxilios y sufragios que suministramos á las almas del purgatorio, dispondrá el Señor que nosotros seamos socorridos y recibamos sus favores. Usará el Señor con nosotros de misericordia segun que nosotros la tengamos con los difuntos. El mismo Dios es el que se encarga de recompensarnos los buenos oficios que hagamos por las almas del purgatorio, de suerte que aun cuando las almas favorecidas se olvidaran de ellas como el criado de Faraon se olvidó de José á quien dejó en la prision, lo que no podemos creer, tenemos por fiador al mismo Dios. *Faciat vobiscum Dominus misericordiam, sicut fecisti cum mortuis* (1). El mismo Dios inspirará despues á las almas del purgatorio cuando las admita en su gloria, que ofrezcan sus satisfacciones y rueguen é intercedan por aquellos que pidieron por ellas.

El que aplica sus buenas obras y satisfacciones en sufragio por las almas del purgatorio, se proporciona una segura recompensa con usura, porque en parte alguna podemos colocarlas y asegurarlas mejor y de un modo que nos produzcan mas que aplicándolas á las almas de los fieles difuntos. El que ruega y ofrece sus satisfacciones por los vivos obra como aquel que espone sus ganancias á los peligros de una larga navegacion. Todo el tiempo en que vivimos

(1) Ruth, c. 4, v. 8.

es una peligrosa navegacion, y puede muy bien suceder que agitados por la tempestad de la tentacion se sumerjan y lo pierdan todo, porque por el pecado se pierde todo lo que antes se habia logrado con las obras buenas: pero el que aplica sus buenas obras por las almas de los difuntos del purgatorio, las pone á un censo con todas las seguridades y fianzas, nunca podemos perder lo que ofrecemos por ellas, nós hacemos participantes de sus méritos, y cuando purificadas ya y satisfecha la divina justicia salen de aquella cárcel y pasan á gozar de Dios, nos proporcionamos tantos intercesores y abogados poderosos en el cielo; cuantas sean las almas á quienes hubiéremos socorrido en el purgatorio. Digo mas, estas almas generosas y santas no esperan á estar en el cielo para rogar por sus bienhechores, ruegan desde el mismo purgatorio y piden por nosotros ya que no pueden pedir por ellas. Porque si segun se nos refiere en el Evangelio de san Lucas era atormentado en las llamas del infierno el rico Epulon, y aun se acordaba de sus parientes que habia dejado en el mundo y pedia á Abraan que enviase á Lázaro á avisar á sus hermanos para que no se condenasen como él ¿cuánto mas compasivas y misericordiosas serán las almas del purgatorio y rogarán al Señor porque no se pierdan las almas de los devotos que las socorran desde este mundo? Cuanto mayor fuere la necesidad que socorriéremos, será tanto mayor nuestro mérito y la recompensa que podemos prometernos; pues no hay necesidad mayor que la de las almas del purgatorio, no hay estado mas aflictivo y penoso, los vivos pueden pedir por sí y alcanzar de Dios misericordia, pero los fieles difuntos estan privados de este recur-

so y no tienen otro en sus tormentos que los sufragios de los vivos. Nuestros sufragios son unas limosnas, y no hay limosnas que podamos hacer con mas fruto, ya porque no hay necesidad mas grande que las de estas almas desamparadas que no pueden ayudarse á sí mismas, y ya porque haciéndonoslas amigas con nuestros sufragios las obligamos para que despues nos ayuden y alcancen del Señor que nos lleve con ellas á su reino. Conforme á esto nos dice san Agustin, que uno de los ejercicios mas santos y de los cuidados mas piadosos en que el hombre puede ejercitarse en esta vida es el ofrecer sacrificios, oraciones y limosnas, el rogar por los fieles difuntos que estan en el purgatorio y son nuestros hermanos.

El real Profeta nos espone la dicha del que es misericordioso, y á ninguno pueden aplicarse con mas exactitud sus palabras inspiradas que al que lo es con las almas del purgatorio. *Beatus qui intelligi super egenum et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus...* Bienaventurado el que entiende y se ocupa en socorrer al necesitado y al pobre; en el dia malo le librará el Señor. El Señor le guarde y le dé la vida, le haga bienaventurado en la tierra y no se entregue al deseo de sus enemigos. El Señor le dé socorro sobre el lecho de su dolor, y acomode su cama para que logre algun reposo cuando se halle en la enfermedad. Las gracias que recibimos y experimentamos mediante la gratitud de las almas del purgatorio á nuestros sufragios no se limitan al tiempo de la vida en cuanto que por su intercesion cuando ya estan en el ciclo nos preservamos de muchas desgracias, adversidades y trabajos, y el Señor nos envia bienes espirituales y temporales, sino que nos las al-

canzan muy especialmente para el tiempo de nuestra muerte, y nos proporcionan el alivio y tranquilidad como se le proporciona al enfermo el que ablanda y muelle su cama: *Universum stratum ejus versanti in infirmitate ejus*. El Señor para remunerar la misericordia que hemos tenido y los sufragios con que hemos aliviado á las almas del purgatorio, cuando nos vemos en la última enfermedad, hace que sea suave y tranquila nuestra agonía, que nos resignemos y conformemos con su santísima voluntad, nos da fuerzas para resistir y vencer las tentaciones, nos inspira santos pensamientos, y hace que nos inflamemos en su amor divino, que nos llenemos de una santa compuncion y olvidados de los cuidados terrenos solo pensemos en él y le digamos: *Ego dixi: Domine miserere mei; sana animam meam, quia peccavi tibi*. Ten, Señor, misericordia de mí; sana á mi alma porque he pecado contra tí: cuantos consuelos demos á los fieles difuntos, dice san Gerónimo, tantos mas recibiremos en retribucion. No podemos temer en asegurar que serán mucho mayores los beneficios que redundarán en nosotros que los sufragios que hagamos en alivio suyo, porque Jesucristo mismo nos lo ha prometido y ha dicho: Dad y se os dará una medida llena, abundante; recibireis mas de lo que podais recoger en vuestro seno. Desde el cielo verán y conocerán nuestras necesidades y miserias, y no cesarán de interceder y clamar hasta tanto que consigan innumerables gracias y beneficios para nosotros, una medida llena y abundante.

No son solas las almas socorridas con nuestros sufragios á las que interesamos en nuestro favor, lo son tambien todos los ángeles y todos los habitantes del cielo. To-

dos se congratulan de su libertad, y si nos aseguró Jesucristo que es un gozo grande para los ángeles de Dios el que un pecador se convierta y haga penitencia ¿cuánto mas se alegrarán cuando entran ya triunfantes las almas en el cielo y ven que se ocupan los asientos que dejaron desocupados los ángeles rebeldes que bajaron á los infiernos? Se aumenta su gloria accidental, dice san Agustín, porque se gozan y complacen en la dicha y bienaventuranza de los otros, y cuantos mas compañeros tuvieron en la gloria, tendrán tanto mayor placer. Pues si todo el cielo participa el fruto de nuestros sufragios, natural es que todo él se nos manifieste agradecido como que hemos cooperado á su mayor gloria. Natural es que envíe sus ángeles en nuestro socorro, y nos acompañen y defiendan en nuestras necesidades y trabajos. Natural es que los espíritus celestiales recojan nuestras oraciones y las eleven hasta el trono de Dios para que sean favorablemente despachadas como lo hizo el arcángel san Rafael con Tobías en premio de su piedad con los difuntos. Cuando orabas, te afligias y dabas cuidadosamente sepultura á los difuntos, yo, le dijo el arcángel á Tobías, yo me complacia en ofrecer tus oraciones al Altísimo y por eso en los días de tu aflicción me ha enviado el Señor para curarte, para cuidar á tu hijo y acompañarle en su viaje, para librar á Sara del demonio, y para llenar de bienes á tu casa. Así obra el Señor con los que son piadosos con las almas del purgatorio, y si cada uno se examina á sí mismo conocerá los beneficios que ha conseguido por este medio.

Conservemos, pues, y aumentemos cada vez mas nuestra piedad y misericordia con las almas del purgatorio. Si

nos compadeceemos, nos dice el apóstol, seremos también glorificados. Las almas del purgatorio claman sin cesar y buscan en nosotros la compasión y misericordia: *Miseremini mei, miseremini mei*. Pues si somos compasivos con ellas seremos conglorificados con ellas. ¿Puede decirsenos; ni podemos apeteecer mas? Este es el camino seguro para alcanzar las divinas misericordias. Yo os las prometo en el nombre de las benditas ánimas y en el del mismo Dios. Y ya que en este santo novenario habeis considerado el estado de las almas del purgatorio, sus penas, los medios con que podeis socorrerlas y lo útiles y necesarios que las son nuestros sufragios y que con tanta facilidad podemos hacerlos, y al mismo tiempo con tanto provecho nuestro, de todo lo que podeis haberos convencido con la sencilla esposicion que os he hecho de lo que la fe nos enseña acerca del purgatorio, y sin valerme de lamentaciones espantosas y de ejemplos aterradores, sin que tengais nada que ridiculizar ni que oponerme por mas que querais usar de la crítica mas severa, lo que os suplico es que no os olvideis de los difuntos, que continueis ofreciendo al Señor por ellos vuestros sufragios, que persevereis en vuestra devoción para que seais benditos del Señor, y os proteja el Señor con sus favores. *Benedicti vos á Domino qui fecistis misericordiam hanc*. Que no inutiliceis ni dejes pasar este medio de aprovechar y enriqueceros de bienes del cielo. Y para que no perdais el fruto, lo que os pido y encargo encarecidamente es, que cuideis de hacer vuestros sufragios en estado de gracia, que el Señor no oirá cuando le pedis por vuestros difuntos si sois enemigos suyos, que no serán meritorias vuestras obras si estais en pecado mortal. Daos prisa á sa-

lir de este miserable estado, considerad con frecuencia lo que es y lo que se padece en el purgatorio, y os esforzad á evitar hasta los pecados leves, á pensar en vuestra salvacion, á perfeccionaros y santificaros. Vivid en gracia de Dios y vuestras obras tendrán eficacia para satisfacer por las almas benditas; no os olvideis de ellas y entended que procurando su gloria procurais tambien la vuestra.

Dignaos, Dios mio, aceptar y recibir en satisfaccion cumplida por las almas benditas del purgatorio, y en especial por las que son de nuestra mayor obligacion, por las de nuestros padres, parientes, amigos y bienhechores, por las que pertenecieron á esta misma corporacion y estuvieron en otro tiempo con nosotros y os ofrecieron estos cultos, todos los sacrificios, comuniones, oraciones, limosnas, santas resoluciones y propósitos, todo cuanto bueno hayamos hecho en comun y en particular en este santo novenario para que las sirva de sufragio y remision de sus penas, y unido todo con los méritos de Jesucristo nuestro Señor y de su bendita Madre santos y justos, las libre de los tormentos y pasen al eterno descanso, y dadnos vuestra gracia para que seamos constantes en pedirlos por ellas, en servirlos y agradaros hasta que nos unais á vos, y hagais participantes de la gloria. Amen.

F. L. G.

DUODENARIO

En honor del glorioso Patriarca san José.

SERMON

PARA EL DIA PRIMERO.

Fruto primero del Espiritu Santo, caridad. .

*Dico autem : Spiritu ambulate et desideria
carnis non persequetis..*

Seguid las inspiraciones del Espiritu Santo y vivid segun su doctrina, y no os dejareis arrastrar de los deseos de la carne.

GALAT CAP. 5, V. 16.

A esto redujo el apóstol todas las reglas para vivir cristianamente y segun Dios, triunfando de nuestros enemigos en esta terrible lucha que nos es indispensable sostener constantemente con nosotros mismos con la concupiscencia carnal que se rebela contra el espíritu y nos inclina á lo malo : *yo os digo y ruego, que sigais las inspiraciones del Es-*

piritu Santo y vivais segun su doctrina y así conseguireis tener una vida conforme á la doctrina de Jesucristo y no consentireis ni obrareis segun los deseos de la carne que tan contrarios son á la ley de Dios. Dico autem: Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis. El que se deja conducir por su espíritu propio sigue á un ciego que le lleva al precipicio; pero el que se guía por el espíritu de Dios sigue la luz de la verdad y la vida. El espíritu del hombre, esta inclinacion que sentimos en nosotros al mal como un efecto de nuestra naturaleza viciada y corrompida por el pecado de nuestro primer padre es el principio de nuestros malos deseos; constantemente está rebelándose contra la verdad y la razon que nos da á conocer el espíritu de Dios; manifestas son, dice el mismo apóstol, las obras de la carne que son la fornicacion, la inmundicia, la lujuria, la servidumbre de los ídolos, las enemistades y contiendas, las disensiones y alborotos, las envidias, los homicidios, las embriagueces y comilonas y otros excesos semejantes que nos alejan y nos privan del reino de Dios. Por el contrario las obras que produce en nosotros el Espíritu Santo, los frutos útiles y delectables que obra en nosotros la divina gracia dejándonos gobernar por el Espíritu Santo son la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia y la castidad. Es preciso para ser y pertenecer á Jesucristo crucificar la carne propia, mortificar sus vicios y concupiscencias, no dejarnos dominar de nuestras propias pasiones, y vivir segun el espíritu de Dios que es el principio de todos los santos deseos, de los consejos justos y de las obras rectas. Sigamos las inspiraciones de

este divino espíritu y viviremos cristiana y santamente.
Spiritu ambulato.

¿Qué medio tomaremos para abrazar una resolución tan justa y que nos es tan provechosa, y cómo acabarnos de decidirnos entre tantos afectos, tantas inclinaciones, tantos lazos que nos estrechan á nuestros corrompidos deseos y nos unen á este mundo lleno de perversidad y de engaño? ¿Cómo haremos para triunfar de nuestra carne y de nuestras poderosas y envejecidas concupiscencias y corrompidas costumbres?

Caminamos en un mar lleno de peligros y espuesto á todas horas á naufragios, y los santos del cielo son las torres elevadas puestas á la orilla, segun la bella semejanza de que se vale san Basilio, que á la manera que las que se ven plantadas en las playas sirven para los navegantes de guia contra las tinieblas y de recurso y ayuda contra los cosarios y enemigos que pueden atravesarse, así plantados en la tierra firme de la eternidad los santos, pero vecinos con su afecto al mar tempestuoso de este mundo sirven para nuestra guia con sus admirables ejemplos, y para nuestra ayuda y salvacion consu intercesion poderosa. Son unas torres de fortaleza y santidad que en la tierra nos sirven de ejemplo y de refugio en el cielo. Con sus ejemplos nos enseñan lo que debemos nosotros obrar, y con su patrocinio y valimiento, con su poderosa intercesion nos alcanzan la gracia del Espíritu Santo para que obremos bien.

¿A qué santo, segun esto, dirigiremos nuestras miradas y elegiremos por nuestro intercesor y abogado en el cielo con mas acierto y preferencia, que al glorioso patriarca san José, esposo de María Santísima y padre de nuestro Se-

ñor Jesucristo en cuanto que fue el elegido por el Espíritu Santo para que cumpliese y llenase con el mismo Hijo de Dios hecho hombre todos los cargos y deberes del Padre? Habiendo de resol vernos á vivir en este mundo, no segun nuestros deseos, sino segun el espíritu de Dios y su ley santa, ¿á quién hemos de proponernos por ejemplar y modelo con mas acierto que á este varon justo; á este árbol plantado junto á las corrientes de Jesus y María, que produjo sazonados y abundantes frutos, que estuvo lleno de los frutos del Espíritu Santo, y quién ha de interceder con mas eficacia por nosotros que aquel á quien el mismo Jesucristo trató, respetó y obedeció como á padre?

Con razon acudimos á él y le ofrecemos nuestros cultos, y la piedad cristiana le obsequia con un religioso *Duodenario* y le aclamamos por su especial protector. En él admiramos y contemplamos sus virtudes; pero para que esta consideracion nos sea útil debemos proponérnosle por ejemplar y modelo, reconocerle por un varon lleno de los frutos del Espíritu Santo y aprender en su ejemplo á mortificar los deseos de la carne, pidiéndole para esto su auxilio y su poderoso patrocinio. Este es el fin de estos cultos y el objeto de la devocion á san José, y está marcado segun esto el asunto de mis discursos y el fin á que debo encaminar mis exhortaciones en cada dia. A reconocer en san José los frutos dichosos del Espíritu Santo, á imitarle en producir estos dichosos frutos y á pedirle su proteccion para conseguirlo.

Hoy debemos dar principio con el fruto primero que es la CARIDAD y para que lo hagamos con acierto y utilidad de nuestras almas pediremos antes al Señor que nos favo-

rezca con su divina gracia por la intercesion de su Santísima Madre:

Ave María.

Dico autem: spiritu ambulate...

El nombre de fruto , dice mi angélico doctor Santo Tomás (1) , está aplicado de las cosas corporales á las espirituales y como en aquellas llamamos fruto á aquello que es producido por la planta cuando llega á su perfeccion y lleva consigo cierta suavidad y comunica cierto deleite, y segun esto puede llamarse fruto relativamente á dos cosas , á saber : al árbol que le produce y al hombre que disfruta el fruto producido , así se acomoda tambien el nombre de fruto á las cosas espirituales en dos sentidos ; de un modo en cuanto que se llame fruto del hombre como de un árbol aquello que él mismo produce ú obra, y de otro en cuanto que se llame fruto del hombre aquello que el hombre-consigue ó disfruta, especialmente lo que es lo último, y lleva consigo cierta delectacion. Tiene por ejemplo , un hombre un campo ó un árbol , esto no se llama fruto del hombre, sino lo que es lo último , aquello que intenta disfrutar del campo ó del árbol , y segun esto el fruto del hombre es el

(1) 2, 2, q. 70, art. 1, et. 3.

fin último. de que debe gozar. Considerando el fruto del hombre segun lo que el hombre produce ú obra, así sus actos humanos se llaman frutos, y si son conformes y convenientes al mismo que los ejecuta llevan consigo cierta delectacion y complacencia. Por esto los actos ú operaciones del hombre cuando proceden de él conforme á su corazon y segun la facultad de su razon se llaman frutos de la razon, pero cuando proceden del hombre segun una virtud superior cual es la virtud y gracia del Espíritu Santo, entonces los actos y operaciones del hombre se llaman frutos del Espíritu Santo, como proceden de una semilla divina, segun lo que se nos dice por san Juan en su epístola primera: el que ha nacido de Dios no obra el pecado, porque permanece en él. la semilla de Dios.

Entre los frutos del Espíritu Santo, dice tambien el mismo angélico doctor, se pone en primer lugar la caridad atendiendo al modo con que procede el Espíritu Santo en nosotros, ordenando primeramente á nuestra alma con respecto á sí misma, despues ordenándola con respecto á las cosas que estan cerca de ella y últimamente con respecto á las que estan ó son inferiores á ella. Entonces diremos que el alma está bien ordenada respecto á sí misma, cuando en los bienes y en los males procede con equidad, y la primera disposicion del alma para el bien es por el amor que es la primera afeccion del alma y la raiz de todas sus afecciones, y por eso el fruto primero del Espíritu Santo es la caridad. En ella se nos muestras el Espíritu Santo de un modo especial, se nos da como en su propia semejanza, porque él es el amor y la caridad de Dios.

El acto de amor de Dios y del prójimo, decimos segun

esto, que es la caridad segun que es fruto del Espíritu Santo en nosotros; y es la fuente, raíz, mérito y vida de todos los demas frutos. Porque ¿quién, dice san Agustín, puede tener un verdadero gozo, si no ama á aquel bien de que únicamente puede y debe gozarse? ¿Quién puede tener una paz verdadera sino con aquel á quien ama de todas veras? ¿Quién puede tener longanimidad y continuar con perseverancia en el bien, si no fuere fervoroso en amar? ¿Quién es benigno si no ama á aquel á quien hace bien? ¿Quién se hace bueno si no lo consigue amando? ¿Quiénes saludablemente fiel si no con aquella fe que obra por amor? ¿Quiénes manso como debe serlo á quien no modera el amor? ¿Quién es continente si no ama aquel por quien guarda y de quien le viene su honestidad? Tened ante todas las cosas la caridad que es el vínculo de la perfección, nos encarga por esto el apóstol; y el que permanece en la caridad, dice el discípulo amado, permanece en Dios, y Dios permanece en él.

¿Qué fue la vida del esclarecido y glorioso san José sino una cadena seguida de obras de caridad para con su Dios y con su prójimo? ¿Cuál fue el fruto que produjo este varón justo con mas abundancia, sino la caridad? No tuvo otro querer, no tuvo otros deseos que agradar y servir á su Dios y así se le ve pronto para cuanto la divina Providencia dispone de él. Se ve reducido á la clase de un pobre artesano desde la altura de sus progenitores; y como reconoce que la voluntad de Dios le quiere en el abatimiento to y la pobreza, bendice, adora, respeta y ama á quel Dios que dispone como le place y como conviene á sus altos fines de la suerte de sus criaturas. Se le prepara el desposo-

rio con la mas pura y santa de las vírgenes, y José acepta esta honra singular y entra á ser un custodio fiel de la virginidad de María; un depositario de esta esposa del Espíritu Santo; de este huerto cerrado y fuente sellada. Se le comunican en sueños por un ángel del Señor los misterios que se ocultan en el seno de María, y como estaba lleno del amor y caridad de su Dios, se disiparon al momento todas sus agitaciones, sus ansiedades, sus dudas y todas sus inquietudes. El ser esposo de María y Padre putativo de Jesús, del Hijo mismo de Dios, del que había de salvar y redimir á todos los hombre no le reporta sino fatigas, incomodidades, sustos, molestias, deslucidos, persecuciones, ¿pero cuándo manifestó el justo José la mas mínima queja? Si alguna vez tuvo alguna pena y afliccion no fue por sí mismo, sino por su Dios, por no poder socorrer á un Dios puesto en sus manos y encomendado á su cuidado que quiso sujetarse por nosotros á padecer hambre, sed, cansancio, pobreza... No se afligió por padecer solo, sino por ver padecer á Jesús, á un Dios á quien amaba con la mayor ternura.

¿Qué tuvo jamás que quejarse de José, ni qué recibieron los hombres de este varon santo sino pruebas de su amor, de aquel amor que siendo tan fervoroso para con su Dios redundaba tambien en los hombres en quienes no reconocia otra cosa que hechuras de su Dios, imágenes de su Dios, almas criadas para Dios? Enemigos tuvo san José, tuvo perseguidores crueles; pero en vano sería el buscar los odios, los resentimientos, las venganzas, las imprecaciones, juramentos y maldiciones de san José: amaba á su Dios, y como era tan puro y fervoroso su amor, como era

tan copioso el fruto de caridad que el Espíritu Santo habia producido en su alma, amaba tambien á los hombres y hacia bien y rogaba al Señor por sus mismos perseguidores. Su mansedumbre, su paciencia, su bondad, su honestidad y pureza, su benignidad eran efectos de esta caridad fervorosa que dominaba en su bendita alma y que le daba el obrar con complacencia en medio de los mismos trabajos y continuas aflicciones por que tuvo que atravesar en esta vida.

Aquello que mas nos deleita y en que mas nos complacemos es, dice san Agustin, lo que mas obramos y por lo que obramos, de modo que si amamos y nos complacemos en Dios, obraremos segun su ley santa y nos repugnarà el pecado con sus concupiscencias, porque no abrigaremos otros deseos que el ansia de que reine en nosotros su justicia y el cuidado de agradarle. Así lo vemos en el glorioso san José, y este es el esclarecido ejemplo que nos da ese santo patriarca. Pero ¿le imitamos nosotros? ¿Cuidamos de que se halle en nuestras almas el fruto de la caridad que produce el Espíritu Santo? ¿Obramos y nos dirigimos en nuestras operaciones por el principio de la caridad y con el fin de amar á nuestro Dios y ser útiles á nuestros prójimos? ¡Desgraciados de nosotros si no hallamos en nosotros mismos este fruto de bendicion! Pero para tenerle, para que obre con su poderoso influjo el Espíritu Santo en nuestras almas, para que seamos con toda propiedad de Jesucristo y le pertenezcamos como cosa propia es necesario que crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y desordenadas concupiscencias. Es necesario que nos crucifiquemos con aquel temor santo y duradero con que nos guardemos de ofender

á aquel á quien debemos amar con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras potencias. No es lo mismo, dice san Agustín, no es lo mismo el temor que tiene la esposa adúltera de que no la conserve su marido, que el que tiene la casta de que no la abandone. Aquella la es triste y molesta la presencia de su varón; y esta nada siente tanto como su ausencia: aquel es un temor corrompido y transitorio, pero este es un temor casto que ha de durar por los siglos de los siglos. Con este deseaba crucificarse el real Profeta: *Confite timore tuo carnes meas*. Los apetitos y concupiscencias carnales, son las carnes, y los preceptos del Señor son los clavos. Con estos las crucifica el temor santo de Dios y nos hace una historia acepta y agradable á sus ojos. Nada debemos temer tanto como desagradarle y de nada debemos cuidarnos mas que de merecer su amor y que nos comuniqué su espíritu. Y si hemos de vivir del espíritu de Dios es preciso que andemos y obremos según él. *Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus*. Si vivimos por Dios y para Dios, si no queremos otra cosa que amar á Dios es preciso que nuestras propensiones, nuestros deseos, nuestros consejos, nuestros movimientos correspondan al principio vital que nos anima. El que vive por el espíritu de Dios y le ama de veras se ejercita en obras santas, todo lo que obra, lo encamina á Dios, no se deja llevar de las costumbres del mundo y no condesciende con los deseos de la carne. No puede ser amar á Dios y vivir según su espíritu: producir frutos de gracia y caridad y entregarse á los deseos y seguir las inclinaciones de la carne.

No seamos pues, concluiré con el apóstol, amigos de

la vana gloria y amantes de los placeres con que nos brinda el mundo y á que nos escita nuestra carne. Amemos á Dios, que es el único que merece ser amado, y con él y por él amemos á nuestros prójimos. Tengamos la caridad, que es el vínculo de toda la perfeccion cristiana y la que ha de hacernos dichosos. El Espíritu Santo difundiendo en nuestros corazones la caridad, destruirá los vanos deseos de nuestras pasiones, nos hará sentir el deleite y las complacencias que experimentan los justos en el amor y servicio de su Dios; el tedio que causan los goces de los mundanos y sus inmundos placeres, lo dulce y suave que es el Señor para los rectos de corazon, y nos dedicaremos á amarle con preferencia sin suspirar por otra cosa que por hacernos acreedores á su amor.

Para esto necesitamos y os pedimos vuestro patrocínio, glorioso san José, y en esto queremos que empleis en nuestro favor el poderoso valimiento que tenéis en el cielo. Nuestros enemigos son incansables y no dejan de procurar nuestra ruina; el mundo, sus costumbres, sus respetos, sus envidias, sus ambiciones, sus engaños y locuras; nosotros mismos con nuestras inclinaciones viciadas, todo conspira á privarnos del amor de Dios y destruir en nuestras almas el fruto de la caridad. Asistidnos en esta pelea en la vida y mucho mas favorecednos en la hora de la muerte para que no seamos vencidos, para que no se pierda y acabe en nosotros la caridad, y hallándola el Señor en nuestras almas las reconozca por suyas y las premie con su gloria. Amen.

F. L. G.

DIA II.

Fruto segundo del Espiritu Santo:

GOZO.

Dico autem: Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis.

Seguid las inspiraciones del Espiritu Santo y vivid segun su doctrina, y no os dejareis arrastrar de los deseos de la carne.

GAL., CAP. 5, V. 16.

No es este mundo el lugar de las delicias y placeres, es el de la tristeza, el llanto y el dolor, es un miserable desierto en que tenemos que estar gimiendo y suspirando y en una guerra continua con los muchos enemigos que nos rodean. ¿Es posible que haya de ser siempre triste nuestra vida, y que no hayamos de esperimentar consolacion alguna? ¿Es la virtud, como el mundo la quiere representar, siempre adusta, melancólica y envuelta entre la oscuridad y amargura, y los gozos y placeres han de estar reservados para los seguidores del mundo y los que se abandonan á los vicios? El justo ¿ha de tener la pension de vivir siempre melancólico y con el corazon oprimido

de tinieblas y de tristezas? Si los mundanos se forman esta idea y conciben de este modo la virtud, si apegados á sus inmundos gozos y deleites no reconocen otros placeres que los sensuales, la verdad y realidad no es así. El Espíritu Santo produce en nuestras almas el fruto de la caridad, y al amor que engendra la caridad se sigue necesariamente el Gozo, porque todo el que ama siente un gozo con la union y posesion de lo que ama; y aunque es verdad que este mundo es un destierro para el justo que tiene que sostener una guerra continua, que no debe tomar parte en los deleites profanos, lo es tambien que en medio de este lugar de miserias tiene sus consolaciones, los placeres sólidos y verdaderos que lleva consigo la virtud, el gozo y las dulzuras inefables que produce el Espíritu Santo y nacen del amor de Dios y del bien del prójimo, y que no son como los gozos y dulzuras del mundo, flngidos, aparentes, momentáneos, mezclados con pesares y remordimientos, sino puros y semejantes á los que gozan los bienaventurados en el cielo.

Nó, no debemos asistarnos ni retracernos de entrar por los senderos estrechos que nos conducen al cielo por la penitencia, el ayuno, el recogimiento; la mortificacion y vigilancia sobre nosotros mismos, porque nos parezca una vida triste y melancólica y un camino demasiado penoso: todo lo suaviza y dulcifica el Gozo que produce en las almas amantes de su Dios el Espíritu Santo; este excelente consolador, dulce huésped del alma, apacible y dulce refrigerio, descanso en los trabajos, que nos templa en los rigores del calor y nos consuela en los llantos; y cuando no tuviéramos otros motivos para amar á nues-

tro Dios, deberíamos resolvernos á hacerlo por experimentar y sentir las dulzuras y gozos que comunica á las almas de sus siervos aun en esta vida mortal.

Reconozcamos esta saludable verdad en la vida del glorioso patriarca san José, y propongámonos con su ejemplo buscar los gozos y deleites del espíritu y huir de los terrenos, carnales y mundanos, que no dejan sino amargura, sentimiento y pesar.

Interponed vuestra mediacion, glorioso san José, para que el Señor nos conceda su gracia que le pedimos tambien por la intercesion de vuestra Esposa y Señora nuestra María Santísima.

Ave María.

Dico autem : Spiritu ambulate.....

Consuela y reserva el Señor á sus escogidos en medio de las aflicciones y molestias que sufren por su amor. Este es el orden admirable de su divina Providencia, y los trabajos, persecuciones, tormentos y aun la muerte que han sufrido sus siervos por su amor y servicio, los ha recompensado enviándolos sus consuelos que han inundado de gozo sus almas. David estuvo entre tribulaciones toda su vida, perseguido de Saul, calumniado por sus enemi-

gos, lleno de pesadumbres por sus mismos hijos, y sin embargo, confiesa de sí mismo que las divinas consolaciones llenaron de alegría su alma. *Consolationes tuæ lætificaverunt animam meam*, y tanto mas, cuanto mayores fueron los dolores y angustias de su corazón: *secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo*. Abraham, apenas hizo el sacrificio de dejar por mandado de su Dios su casa, su patria, sus amigos, y comenzó á vivir en una tierra estraña, cuando comenzó tambien el Señor á recrearle con favores, visiones y revelaciones celestiales. Cuando Moisés abandonó el palacio de Faraon y se ocupaba en el humilde ejercicio de apacentar ovejas en el campo de Median, el Señor se le apareció y le comunicó sus designios y reveló sus promesas. San Esteban que habia de servir de ejemplo á tantos como despues de él habian de sufrir las persecuciones, los tormentos, las fieras y la muerte en defensa de la fe de Jesucristo, quiso el Señor que en las mismas piedras con que le apedrecaban sin piedad los enemigos de Jesus, gustase las dulzuras del paraiso. Le fueron dulces las piedras del torrente, y en medio de su afliccion vió los cielos abiertos y á Jesus que le esperaba con la corona del triunfo. Los apóstoles tuvieron que plantar la Iglesia á costa de su sangre, siempre entre enemigos, entre trabajos, entre peligros, en los tribunales, en los tormentos, pero el Señor consolaba sus almas con el gozo del Espíritu Santo, y se alegraban en los mismos padecimientos, se congratulaban porque habian sido hallados dignos de padecer por su Jesus. El Espíritu Santo los llenaba de consuelo en sus llantos y tristezas. San Pablo tantas veces espuesto á la muerte, tantas veces encar-

celado, tan rodeado de trabajos interiores y exteriores como él refiere de sí mismo, llevando la luz del Evangelio por todo el mundo y trabajando mas que todos los apóstoles, no puede contener el gozo en que rebosa su alma, aun en medio de las mayores tribulaciones. *Superabundo gaudio in omni tribulatione*. San Pedro amarrado á las cadenas, duerme tranquilo en la víspera de su suplicio, hasta que un ángel le pone en libertad y fuera del peligro. El discípulo amado, tan perseguido por el emperador Domiciano, ¿cuántos consuelos y revelaciones experimentó en su destierro á la isla de Pathmos? ¿Y qué fue lo que endulzó tantas molestias, tanta pobreza, tanta adversidad y persecucion como tuvo que sufrir el glorioso patriarca san José, sino el gozo espiritual que el Espíritu Santo infundia en su bendita alma en medio de sus tribulaciones? Sin murmurar ni quejarse de las disposiciones de la divina Providencia, duras y repugnantes si se consideran segun las luces del espíritu humano, obedece, se rinde ciegamente y adora la mano de su Dios. Se aquieta en sus sospechas acerca de su esposa: venera y se consuela en la pobreza con que nace el Redentor del mundo, acepta el destierro y camina con prontitud al Egipto; todo lo sufre con resignacion y con gusto, porque su alma rebosa en el gozo del Espíritu Santo. Un conjunto de miserias y trabajos descubrimos cuando registramos y consideramos la vida pobre de san José, pero una vida tambien llena de resignacion, de igualdad de ánimo, de consuelos y gozos interiores con que se recreaba su alma, y era favorecida del Espíritu Santo en premio y recompensa de su amor y sus servicios á su Dios.

Así es, hermanos míos, como se conduce el Señor con los que le sirven y le obedecen. Es verdad que exige de nosotros que nos renunciemos á nosotros mismos, que no vivamos segun el mundo y la carne, que son enemigos de Dios; que nos pide el sacrificio de nuestro corazon y que no quiere que amemos á otra cosa que á él: que para amar á Dios y lograr ser del número de sus siervos y escogidos, es preciso el retiro, la mortificacion y penitencia, lo que el mundo llama una vida triste y melancólica, una vida oculta y despreciable, porque no se puede tomar parte en sus locuras y vanidades, no puede mancharse en sus inmundicias y torpezas; pero el mismo Señor recompensa abundantemente todas las privaciones y molestias, todos los rigores y mortificaciones de una vida penitente; hace fáciles, llevaderos y aun gustosos todos los trabajos y sacrificios con sus consolaciones interiores y el gozo que nos comunica su divino espíritu. *Viam mandatorum tuorum incurri cum dilatasti cor meum*, decia el real Profeta. El Señor nos conforta, nos sostiene, nos alienta y con sus favores podemos fácilmente correr por el camino de todos sus mandamientos. El gozo del Espíritu Santo es la unción que nos hace fáciles y movibles para todas las obras de virtud: y si abundan las pasiones y tribulaciones por Dios, abundan tambien sus consolaciones. Tomad mi yugo sobre vosotros, nos dice por esto el mismo Jesucristo, porque mi yugo es suave. ¿Cómo? Pregunta el padre san Agustín, ¿no es verdad que el que se somete al yugo del Señor pone un peso sobre su cerviz, se pone á grandes peligros, y mas bien puede decirse que pasa del descanso á los trabajos que de los trabajos al descanso? ¿No lleva consigo el yugo

del Señor la aflicción, la molestia y las tribulaciones? No; dice el mismo santo, es duro para los sentidos, pero es admirablemente suave para el espíritu. El Espíritu Santo entre la corrupción del hombre exterior, renueva de día en día al hombre interior, dándole á gustar el descanso espiritual y aquella afluencia de delicias de Dios que lleva consigo la esperanza de una eternidad dichosa y que hace mirar como pesadas, ásperas y enojosas todas las cosas presentes, y ligeras y suaves todas las que se ordenan á la otra vida.

Cuantos han gustado las delicias y consolaciones interiores que comunica el Espíritu Santo á los que se someten á servir con fidelidad al Señor, han manifestado que es muy grande la multitud de dulzuras de Dios, que es demasiado grande el gozo que infunde aun en esta vida en los que le aman, y escede á todas las dulzuras y complacencias carnales; que es muy suave el Espíritu del Señor, que no deja olvidados á los pobres que todo lo dejan por él, sino que los tiene preparadas sus dulzuras; que ni el ojo puede ver, ni el oído oír, ni en el corazón del hombre puede caber la abundancia de bienes que tiene Dios preparada y hace gustar á los que le aman; que es un maná escondido y desconocido el que da á los que vencen; que los que siembran con lágrimas, recogerán con alegría; que serán embriagados de las dulzuras de Dios y se olvidarán de todo, porque el espíritu queda absorto y como enagenado en Dios; que es mejor un día en los átrios del Señor que mil en los tabernáculos de los pecadores.

¿Qué mas necesitamos para resolvernos á servir de todas veras á Dios? Cuando no tuviéramos otros motivos, ¿no

deberia ser bastante el gozo, las dulzuras y consolaciones con que nos anima y recrea en esta vida, aquella abundancia de delicias que hace sentir á las almas en medio de los mayores trabajos de este destierro? ¿No es mas envidiable el espíritu tranquilo y gozoso de San José y su completa resignacion en la voluntad de Dios que todos los tesoros y placeres de los monarcas del mundo? Conozcamos, pues, como nos dice el P. san Bernardo, que si nos son molestos los trabajos de la penitencia, si nos es sensible el afligir y castigar la carne, si nos es pesada la abstinencia, si en la vigilia y oracion se adormece y llena de tedio nuestra alma, no es por otra causa que por la pobreza de nuestro espíritu, porque no tenemos el gozo del Espíritu Santo. ¿Qué no templará é inflamará aquella dulzura que hace que sea suavisima aun la misma muerte? El real profeta nos dice de sí mismo que humillaba á su alma con el ayuno, que sus rodillas habian enflaquecido con el ayuno, que sus carnes se habian debilitado, que vestia el cilicio, se alimentaba de la ceniza, se castigaba todo el dia y madrugaba como si faltase tiempo para mortificarse, y sin embargo esclama lleno de alegría que segun la multitud de sus dolores, así son las consolaciones de su alma. Espanta la vida espiritual y penitente porque no advertimos en ella sino austeridades, vigiliass y ejercicios de mortificacion y por eso huimos de ella; pero nos engañamos torpemente, dice San Bernardo, porque vemos la cruz y no vemos al mismo tiempo la uncion, la amargura dulcísima que contiene, el gozo y los consuelos espirituales que lleva consigo. ¿Con cuánto gusto apeteceríamos los trabajos de la vida cristiana por experimentar y que gozasen nuestras al-

mas las consolaciones y dulzuras divinas? Conozcamos también que no está el gozo y la alegría verdadera en las comidas y bebidas, en los placeres, deleites y diversiones, en los honores y distinciones, en lo que el mundo tiene por grande y apetecible, sino en servir á Jesucristo. Hay una diferencia muy notable entre los consuelos del espíritu que da Dios á sus siervos y las falsas y fingidas consolaciones con que engaña el mundo á sus secuaces. Estos las buscan y tienen por tales á las venganzas, la vanidad, la avaricia, la pompa y el fausto, los juegos y placeres sensuales, las que hallan en las aguas turbias de sus placeres desordenados se han hecho para beber unas cisternas de aguas corrompidas y disipadas; pero los siervos de Dios buscan todos sus consuelos en el cielo, no admiten otros placeres ni alegrías que las que los vienen de Dios y en él es en quien se gozan. Los mundanos se cansan en andar por caminos ásperos y difíciles, se alimentan de ilusiones, se dejan llevar de las fábulas y mentiras de los inicuos, y tristes y fatigados, conocen al fin que erraron y se apartaron de la verdad cuando ya no pueden emprender el camino de salvacion. Y ¿cómo han de poder tener alegría estando en tinieblas y sin ver la luz del cielo? ¿Cómo han de tener alegría los que viven en la enemistad de Dios, los que estan agitados con los remordimientos de su conciencia llena de gravísimas culpas, los que ven que á cada paso puede sorprenderlos la muerte y que no pueden prometerse de sus obras otra cosa que la eterna condenacion?

Llevemos nuestros corazones á Dios, apartemos nuestra consideracion de los bienes y placeres terrenos, no apetezcamos los gustos y deleites de esta vida. Alcanzad-

nos, glorioso san José, que imitando vuestro ejemplo busquemos todos nuestros consuelos en Dios, que le amemos para que descansa nuestro corazon y comunicándonos las dulzuras que produce en esta vida el gozo del Espíritu Santo, nos dé después las de su gloria. Amen.

F. L. G.

DIA III.

Gozo tercero del Espiritu Santo :

PAZ.

Dico autem: spiritus ambulate.....

El complemento y consumacion del gozo es la Paz, porque no puede tener un gozo perfecto el que es perturbado en la fruicion del bien que ama ó bien por los obstáculos exteriores, ó bien porque no está suficientemente satisfecho su deseo y le queda aun mas que desear. La paz del Espíritu Santo destierra toda perturbacion é inquietud. No hay cosa alguna que pueda estorbar al justo el que goce y se complazca en su Dios; y gozando de su Dios nada le queda que desear; estan completamente satisfechos sus deseos y se acabó el ansia, la inquietud y avidez de sus apetitos. Este sosiego y tranquilidad del espíritu, esta serenidad del alma es lo que llamamos paz, es un fruto de la divina gracia que obra en los escogidos el Espíritu Santo, es la paz que admiramos en el glorioso patriarca san José, y es la úni-

ca paz sólida y verdadera, y la que por consiguiente debemos procurarnos.

No hay quien no apelezca la paz ; sin embargo la buscaremos en vano , nos engañaremos á nosotros mismos si creemos hallar otra paz que la que produce el testimonio de la buena conciencia, el convencimiento de haber obrado bien y no ser agitado de los remordimientos de la conciencia, el sosiego y tranquilidad de los apetitos, contentos y satisfechos con servir , amar y poseer á Dios por la gracia. Ni los placeres y regalos, ni las riquezas y comodidades, ni todos los tesoros del mundo, y todos los bienes de la tierra juntos pueden dar la paz al alma , ni llenar sus deseos, ni aquietar sus iniquidades. ¿Queremos disfrutar la paz, queremos tener un gozo completo , que esté siempre tranquila nuestra alma entre tantos trastornos y agitaciones como nos inquietan en el mundo? Pues no tenemos otro medio que ser justos como san José ; vivir según el espíritu y no dejarnos arrastrar de las concupiscencias de la carne. Cualquiera otro camino es torcido y no nos conducirá á la paz ni nos proporcionará sino amarguras y tristezas. En la tranquilidad de una conciencia pura consiste la paz del Espíritu Santo, y fuera de esta ó sin esta no podemos gozar de paz.

Esta verdad interesante voy á manifestaros en este rato, y ¡ ojalá que con el ejemplo de san José nos resolvamos todos á procurarnos esta paz dichosa y consoladora ! ¡ Ojalá que despertemos y salgamos de la funesta paz con nuestros vicios que nos engaña y nos pierde ! Espíritu consolador y dador de la paz, obrad en nuestros corazones con el influjo poderoso de vuestra divina gracia. Os la pedimos por el

poteroso valimiento é intercesion del glorioso san José y su Esposa la Santísima Virgen María, á quien saludamos con el ángel :

Ave María.

Dico autem....

No puede tener paz el pecador, porque su alma jamás podrá estar tranquila ni satisfecha. Posea los bienes y goce de los placeres que guste, siempre estará en una inquietud por el temor de perderlos, y aunque se asegure de su posesion, ni llenan jamás ni satisfacen sus deseos. La memoria de su pecado le persigue, el recuerdo de sus crímenes le atormenta; cuando tiende su vista hácia la eternidad se conturba, quiere sofocar el grito aterrador de su conciencia, y cansado de unos placeres busca otros, inventa todos los días nuevas distracciones para poder huir de sí mismo y adormecer por algunos momentos su inquietud; pero todo le cansa, nada le es suficiente, en todo queda con ansiedad. Entre las delicias y regalos el sueño huye de sus ojos y la alegría está desterrada de su corazón. En vano se esfuerza en aparecer festivo y placentero; el mundo tiene también sus hipócritas que aparentan lo que no son y el mas ligero incidente los trastorna. Una mano que se presenta de repente escribiendo en la pared inmuta el semblante del impío Baltasar en su magnífico convite y trastorna su corazón y el de todos sus convidados. La muerte repentina de un amigo, la desgracia de un vecino, el

más ligero ruido y el mas mínimo contratiempo trastorna y entoquece al pecador, se asusta y teme verse perdido. El justo unido intimamente á su Dios y fijando en él todas sus esperanzas, nada tiene que desear, se halla enteramente satisfecho y mira con indiferencia los que el mundo llama bienes y males, los trastornos y vicisitudes de la tierra. Tiene fijo su corazon en el cielo, y se cuida muy poco de lo terreno y perecedero, de lo que pasa en este lugar de destierro en que se mira como un caminante que pasa á la ligera, y ni los bienes, ni los males, ni la tribulacion, ni la angustia, ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni los peligros, ni la muerte le alteran ni perturban; no conoce ni quiere otro bien que estar unido á su Dios; y nada es capaz de quitarle la posesion de el Dios á quien ama, ni la paz y descanso de su corazon. Dios es su posesion y su herencia, y todo lo que no sea Dios lo mira como ageno; y como ni los hombres, ni las potestades todas pueden privarle de su Dios reputa por nada y vive tranquilo en los trabajos y males que le suceden, y solo teme el pecado, que es lo que desagrada á su Dios y le desuniria de su Dios.

El marido que ha tenido la desgracia de tener una muger mala rehusa cuanto puede entrar en su misma casa, se entretiene por las calles y las plazas y procura distraerse, y se llena de pena y tristeza cuando llega la hora en que ha de volver á ella, porque sabe bien que no hade hallar sino tedios, inquietudes, quejas, amarguras y disturbios, porque nada bueno puede haber en la casa que no hay paz entré la muger y su marido, y le es mucho mejor que el entrar en su casa el andarse entreteniendo y dando vueltas por defuera. Esta es la imágen de los pecadores; dice

san Agustín, y si son miserables y desgraciados los que al volver al seno de su familia, al recogimiento de su casa, van llenos de temor y desconsuelo por los disgustos y amarguras que los esperan, ¿cuánto mas lo serán los que no se atreven á entrar en su conciencia porque temen lo que no pueden menos de hallar en ella, el ser inquietados por la abundancia y desórden de sus culpas? La conciencia del hombre malvado, dice tambien este santo, es una pena mas terrible que las que se padecen en las cárceles y aun en los infiernos. Antes que sean castigados en la otra vida, lo son ya en esta, dice san Juan Crisóstomo. No me digais que los que viven en el pecado disfrutan de una mesa abundante, que visten con lujo y magnificencia, que llevan detrás de sí una multitud de criados y que todos los respetan al verlos pasar por las calles y las plazas: explicadme el estado de su conciencia y vereis en su interior el enorme tumulto de sus pecados, el miedo continuo, la turbacion, la tempestad de que estan agitados; vereis al alma como en un tribunal delante de su conciencia que la acusa y la despedaza como los verdugos mas desapiadados clamando contra ella por los pecados que ha cometido. Dios solo sabe sus delitos y aunque no haya quien le acuse, no deja de sentir un acusador interior é incansable: fue momentáneo el deleite, pero el dolor es perpetuo, el miedo le acompaña á todas partes, siempre está con sobresalto y ansiedad; las sombras le asustan, sus mismos cómplices y compañeros le perturban, á todas partes lleva consigo al amargo acusador de su conciencia. En la cama y en la mesa, en las calles y en su casa, de dia y de noche, en el mismo sueño y descanso se le presenta su iniquidad; vive la vida de

Cain gimiendo y temblando sobre la tierra, aunque se esfuerza á tranquilizarse, aunque nadie sabe su delito, lleva siempre el fuego y la inquietud dentro de sí mismo. El gusano roedor de la conciencia, dice el mismo Jesucristo por san Mateo, nunca muere. Con razon dice san Ambrosio que el enemigo mas terrible que tenemos es nuestro mismo pecado, que inquieta á los que estan ociosos, aflige á los sanos, contrista á los alegres, perturba á los mansos y despierta á los dormidos. Somos reos sin tener quien nos acuse, somos atormentados sin tener verdugo que nos atormentamente, estamos entre prisiones y ataduras sin que nadie nos aprisione, y sin vendedor somos vendidos, porque nos venden nuestros pecados: *Peccatis vestris venditi estis*. Estos son los que estan siempre contra nosotros, los que nos han vendido y nos dominan arrastrándonos á nuevos pecados sin salir de los antiguos. ¿Qué mayor pena que no poder librarse ni evadirse de lo que no se puede menos de estar temiendo? No hay tribulacion mayor, dice san Agustin, que la conciencia del pecado; porque si no hay llaga alguna en ella, si está sano el interior del hombre que es lo que llamamos su conciencia, aunque padezca por otro lado angustias y tribulaciones recurre á sí mismo, á su interior, á su conciencia y en ella halla á su Dios; pero si no halla allí su descanso y consuelo porque en vez de su Dios halla la muchedumbre de sus pecados, ¿qué ha de hacer? ¿A dónde acudirá en sus tribulaciones? Huirá del campo á la ciudad, del pueblo al retiro de su casa, de su casa á lo retirado de su habitacion, de allí no tiene donde huir sino á su interior y si allí halla el tumulto de sus pasiones, el humo de sus iniquidades, la llama de sus crímenes es ar-

rojado de allí, y es arrojado por sí mismo; allí halla el enemigo de quien queria huir, porque él es el enemigo de sí mismo. A donde quiera que vaya se lleva tras de sí y él mismo se atormenta consigo mismo. Estas son las tribulaciones que nos encuentran demasiado, como dice el real Profeta, y son tanto mas crueles cuanto son mas interiores. Nada importa que los artífices hallen el exterior de las maderas como dañadas y podridas, con tal que hallen sano el interior las destinan al edificio. El interior del hombre es su conciencia, ¿qué importa que su exterior esté sano si está corrompida su conciencia?

Conozcamos y desengañémonos que todo el que abandonando á su Criador pone su amor y afecto en las criaturas, cede la victoria á sus apetitos, y cada uno de los apetitos desordenados es un continuo tormento. Es incapaz de todo consuelo y de tener paz aquel á quien manda y en quien dominan sus desenfrenadas pasiones. ¿De dónde nacen las disensiones, las guerras, los pleitos y todos los males, dice el apóstol Santiago, sino de vuestras malas concupiscencias que están en guerra contra el alma? Y conozcamos por el contrario que es dichoso y bienaventurado, que vive en una paz inalterable aquel á quien de nada le reprende su conciencia. El que halla á Dios en su conciencia, el que halló sano su interior, aunque en el exterior esté sumergido en la pobreza, en el abatimiento y desprecio, en la persecucion ¿qué pena le pueden causar los males de este mundo que no llegan á su interior ni pueden despojarle de su Dios, ni la pérdida ó privacion de unos bienes que no estima ni necesita para nada? El glorioso san José no brilló en la abundancia y opulencia, fue castigado por

lo que el mundo llama fortuna, vivió pobre, sujeto á las miserias, al trabajo y á las persecuciones, pero como su alma estuvo siempre fija y unida á su Dios, como nada le reprendia su conciencia vivió siempre en la paz del justo y dormía tranquilo en medio de los mayores peligros. En la persecucion de Herodes y en el destierro de Egipto el ángel del Señor para intimarle las órdenes del cielo le halló durmiendo con el reposo del que vive en una profunda paz consigo mismo. No hubo inquietudes ni guerra para él; porque tuvo siempre la paz que da el testimonio de la buena conciencia.

Procurémosnos pues este testimonio de una conciencia pura mas que todos los bienes del mundo y tendremos la paz del Espíritu Santo. Nuestra gloria es, dice san Juan Crisóstomo, el testimonio de nuestra conciencia. Aunque sean innumerables las calamidades que nos rodeen, para nuestro consuelo, no solo para nuestro consuelo sino tambien para nuestra corona, basta el testimonio de una conciencia pura. Con esta, dice san Ambrosio, somos ricos de toda la eternidad, sin que altere la tranquilidad de nuestra alma el torrente de las concupiscencias, porque nada tendremos que desear.

Envuélvase el mundo entre sus volubles deseos é inconstantes apetitos, que lllore, se ria y perezca, pero la buena conciencia nunca se marchita y es superior á todos los vaivenes. En este mar grande y espacioso del mundo son muchos los llamados y pocos los escogidos. Son continuos los vientos y muchos los escollos en que naufragan continuamente los que navegan; unos sucumben por los peligros y escándalos públicos y otros por las asechanzas ocultas:

¿quién puede prometerse llegar al puerto y conseguir la salvacion? El que se afiance en el áncora de su buena conciencia. ¿Quién es mas dichoso que aquel que vive en la virtud y procura conservar pura su conciencia sin caer en el profundo peligro del pecado? El que se deja conducir por una conciencia recta. El que se ha endrecido y no siente ó aparenta no sentir los remordimientos de su conciencia, no teme ya el juicio, ni la muerte, ni teme al mismo infierno: *Dicite justo quoniam bene, quoniam fructum adinventionum suarum concedet: Vae impio in malum.* ¿Y qué cosa dará el hombre en cambio por su alma? La conciencia pura, dice san Agustin, es el tálamo de Dios, el lecho del Esposo Celestial en que el alma se deleita y descansa con su esposo cuando no halla en ella cosa que le ofenda. Entonces pone la paz á su alrededor y la llena hasta saciarla de sus dulzuras, la convida al huerto de sus delicias y al reclinatorio de oro, al gozo de sus ángeles.

Suspiremos sin cesar por esta pureza y tranquilidad del espíritu, por esta conciencia sin mancha, por esta paz que tan dichosos nos hace en la tierra y nos conduce á la gloria.

Alcázádnosla con vuestro poderoso patrocinio, glorioso san José, para que la disfrutemos todos vuestros devotos y viviendo en paz con nuestras conciencias en esta vida, teniendo la felicidad de que no nos reprenda nuestra alma, lleguemos despues á la posesion de la paz inamisible de vuestro reino en que desapareciendo todo temor, luto, llanto y tristeza, os gocemos y alabemos sin fin, por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA IV.

Gozo cuarto del Espirito Santo

PACIENCIA.

Dico autem: spiritu ambulat...

El apóstol Santiago instruido por el mismo Jesucristo no se contentó con decirnos que la paciencia nos es útil, conveniente y deleitable, sino que nos dijo que nos es necesaria y no podemos menos de procurarla: *Patientia vobis necessaria est*. No podemos negar que nuestra vida es una continua guerra sobre la tierra, y así como son necesarias las armas á los que están en la milicia, así nos es necesaria la paciencia á todos mientras vivimos en este mundo. Donde quiera que volvamos la vista en este valle de lágrimas, en este mar agitado de tempestades no hallaremos sino miserias, contradicciones y disgustos sin número. Dispongámoslo y arreglémoslo todo segun nuestro deseo y á medida de nuestro gusto, seamos tan felices que nada nos falte y podamos proporcionarnos todas las comodidades, y siempre tendremos algo que padecer, siempre habrá alguna cosa

que venga á turbar nuestro reposo, sea por nuestra voluntad ó contra nuestra voluntad. Ocurrirá la enfermedad, la escasez de lo necesario para conservar la vida; el detrimento del honor y reputacion, la falta de los amigos ó las calamidades de estos, lo que se llaman trabajos de que el hombre nacido de muger se ve lleno en el corto tiempo que dura su vida, y contra todas estas inevitables miserias no tenemos otro remedio que la paciencia que nos hace más llevaderas las incomodidades y nos conserva en la paz y el gozo espiritual de nuestras almas.

Preciso es, dice san Cipriano, que estemos entre el llanto y la tristeza todos los dias de nuestra vida. Tenemos que comer el pan con el sudor y el trabajo. Cada uno de nosotros cuando nace y es hospedado en este mundo lo primero que hace es llorar, y aunque nada sepa ni entienda entonces solo sabe llorar. Lamenta ya, y su alma aunque ignorante atestigua desde el principio las ansiedades de esta vida mortal, los trabajos y contratiempos continuos del mundo á que abre sus ojos. Desde el punto de nacer en adelante no se experimenta en esta vida otra cosa que sudores y trabajos. Es preciso luchar siempre con estos disgustos y trabajos de la fragilidad y miseria humana, y esta lucha y pelea no puede sostenerse sino con las fuerzas de la paciencia.

El Espíritu Santo la produce en nuestras almas y es uno de sus beneficios y saludables frutos con el que nos proveemos de sufrimiento en las adversidades, en los males continuos que nos amenazan, y con el que lejos de perturbarse nuestra alma conserva y se afianza en la paz interior, en el gozo y la caridad de su Dios.

Dejemos que obre en nosotros el Espíritu Santo, sigamos sus inspiraciones, no nos dejemos arrastrar de los deseos y concupiscencias de la carne ni nos sujetemos á la ira, que nos hará esclavos suyos. Volvamos nuestra consideración al glorioso patriarca san José, tan lleno de trabajos y ejemplar constante de paciencia, y para que nos resolvamos á pedir con instancia este fruto del Espíritu Santo os manifestaré en este corto rato, ayudado de su divina gracia, que nos es necesaria en esta vida y que nos prepara y allana el camino para el cielo. Pidamos los auxilios por la intercesión de María Santísima:

Ave María.

Dico autem: spiritu ambulate.....

Mientras vivimos en este cuerpo mortal estamos en una peregrinación y hallamos tropiezos á cada paso; para que no nos detengamos y caminemos constantemente en nuestro viaje, nos es necesaria la paciencia. En este valle de miserias nos están ocurriendo continuamente adversidades, unas que nacen de nuestra enfermedad y flaqueza, otras de nuestras malas costumbres, otras de la misma justicia divina, y otras de la perversidad de los hombres; así como sería un temerario y se esponería á mil peligros el que se pusiese en medio de la guerra sin armas, así también

lo sería el que en este mundo quisiere vivir sin paciencia, con la diferencia de que aquel perdería el cuerpo, y este perdería el alma. Nos rodean males que no tienen número; estamos infestados de males de culpa y de pena. Llevamos un cuerpo y un alma, dice Tertuliano, espuesto á las injurias. Nuestra mortalidad es un peso continuo que agrava al alma. Esta está continuamente agitada por el viento de las tentaciones, la predominan sus desordenados apetitos, la ira, el odio, la envidia, la soberbia, la avaricia, la tristeza y todas sus concupiscencias. El cuerpo ¿á cuántas enfermedades está espuesto? A la intemperie de los aires y estaciones, á las injurias de los tiempos, al hambre, la sed, el sudor, el trabajo, el cansancio y á otras infinitas penalidades y miserias de que no queda exento ni aun el hombre mas justo ni el mas afortunado. Todos tenemos que cargar con nuestra cruz y llevarla sobre nuestros hombros. Pues contra todos estos males no tenemos otro remedio que la Paciencia. La Paciencia, dice san Gregorio Magno, es el remedio para cada dolor de esta vida. Uno llora la enfermedad que padece, otro el desamparo en que queda por la muerte de sus padres, este lamenta la pérdida de sus bienes, aquel la de sus amigos, en una parte se quejan de su pobreza, en otra de la injusticia con que son perseguidos, de las calumnias con que se denigra su reputacion, de las burlas de que han sido víctimas; no se oyen ni ven en el mundo sino miserias, dolores y llantos, y no hay otro medio de soportarlos que la Paciencia.

Tan necesaria nos es esta virtud que sin ella no podemos conservar la vida moral ni la vida política. El arreglo y subordinacion de las pasiones es lo que da la vida moral

al alma en cuanto que hace que estén sujetas y gobernadas por la recta razon, y la Paciencia nos da esta sujecion contra la tristeza, la ira, la desesperacion que quitan la vida del alma. Con la paciencia llevamos las desgracias con equidad de ánimo y sin que nos perturbe la tristeza y abandonemos el bien, dice san Agustin. La Paciencia es, dice san Cipriano, la que nos recomienda y guarda para Dios, la que temple la ira, refrena la lengua, gobierna al entendimiento, guarda la paz, conserva la disciplina, quebranta el ímpetu de los apetitos, comprime la violencia de la soberbia, apaga el fuego de los rencores, modera el poder de los ricos, consuela á los pobres en su escases, defiende la integridad en las vírgenes, la castidad en las viudas, el amor y mutua union en los casados. Hace humildes á los que se hallan en la prosperidad, fuertes á los que luchan con las desgracias, mansos y resignados á los que padecen injurias y contumelias. Enseña á perdonar á los enemigos: si hemos pecado nos enseña á rogar y pedir el perdon, resiste á las tentaciones, tolera las persecuciones y consuma los martirios. Sin esta virtud, el mundo todo sería una confusion, y siendo tantos los motivos y las ocasiones en que nos ofendemos y perjudicamos unos á otros, no podríamos vivir ni aun políticamente si no nos sufriéramos y tolerásemos, y por esto decia Tertuliano que no nos era lícito estar ni un solo dia sin la paciencia. No es necesario hacer grandes esfuerzos para manifestar que no podríamos vivir sin tener paz y estando en una guerra continua. Pues para tener esta paz no hay otro medio que la Paciencia, el perdonarnos y sufrirnos unos á otros las molestias que nos causamos, el resig-

narnos en nuestras desgracias sin dejarnos llevar de la ira y poniéndonos en manos de nuestro Dios. Tan necesaria nos es la paciencia, como que sin ella no podemos vivir, y con ella posecemos y somos señores de nuestras almas, como nos lo dijo nuestro divino Maestro: *In patientia vestra posidebitis animas vestras*. Puesto que tan necesaria nos es, procuraremos que se halle y domine en nuestras almas. Nada podemos presentar al Señor que sea de su mayor agrado. Isaías sufriendo la sierra, Esteban tolerando las piedras y pidiendo el perdón para sus enemigos, Job en un muladar combatido con un tropel de pesadumbres y dolores, y sin abandonar la Paciencia son unos espectáculos dignos de Dios y de que Dios se gloria. Esc glorioso Patriarca, á quien honramos con nuestra devoción y nuestros cultos, debe servirnos de modelo. Grandes y extraordinarias fueron sus penalidades y trabajos, pero fue grande también su paciencia. El Señor le escogió para tutor y protector de su Hijo hecho hombre en la tierra. Pobreza, desprecios, persecuciones, destierros, hambre, inquietudes, todos cuantos peligros á que estuvo espuesto Jesús, todos los sufrió san José sin murmuración y sin queja. Cuanto el mundo llama fortuna favorable y prosperidad, todo se le escaseó á José, pero jamás se quejó de su Dios. En el silencio de la noche, sin provisiones, sin recursos de ninguna especie, toma el camino del Egipto con Jesús y María huyendo de Herodes por salvar al que vino á salvarnos á todos. Las molestias de un viaje largo y penoso, las privaciones y tristezas de un destierro en un país idólatra, la triste situación de verse reducido á trabajar con sus brazos para ganar el sustento, aunque descendiente

de la casa real de David, la pena de ver padecer á Jesus y Maria ¿qué fue su vida en el mundo sino una cadena de trabajos, molestias, fatigas y disgustos? Pero siempre fue resignado y paciente, siempre fue dueño de su alma, por- que no se dejó dominar de la ira, de la desesperacion, de las viles pasiones que nos pierden; el Espíritu Santo hizo mansion en él y le fortaleció con el fruto de la ciencia que hace dulces los trabajos sufridos por Dios. Los huracanes de las adversidades y contra tiempos le hallaron como una columna firme que no pudieron derribar, y su constancia y sufrimiento nos enseña á no postrarnos ni rendirnos en los daños, pérdidas, persecuciones y calamidades de este mundo.

Dejemos, pues, como san José, en las manos de Dios nuestra suerte y nuestras quejas y calamidades. El es el vengador de nuestras injurias, el médico de nuestras enfermedades, es nuestro deudor que se ha obligado á pagarnos cuanto suframos con paciencia, es nuestro Padre, y siempre nos tratará como á hijos, dándonos lo que nos conviene, aunque nosotros no lo conozcamos; es nuestro Dios que no permitirá que seamos tentados sobre aquello que pueden nuestras fuerzas; es nuestro ejemplar y modelo que va delante de nosotros con la cruz caminando al cielo, y nos dice que no tenemos otro camino para la gloria que caminar en pos de él con las nuestras. Llevemos con Paciencia nuestros trabajos, y la paciencia que tan necesaria nos es, nos preparará y allanará el camino del cielo. La Paciencia nos conducirá al puerto de la salud. Correremos, no como para conseguir una cosa incierta, sino con la seguridad de que Dios ha de premiarnos. Seremos

bienaventurados cuando nos maldigan y persigan, porque nos espera una abundante merced en el cielo, y los trabajos, lejos de entristecernos, deben regocijarnos, puesto que la tribulacion proporciona la Paciencia, la Paciencia nos prueba, la prueba engendra en nuestras almas la esperanza, y la esperanza no nos confunde, porque con ella infunde el Espíritu Santo en nuestros corazones la caridad y amor de Dios. Cuidemos de no padecer como ladrones, como adúlteros, como reos de crímenes que manchen nuestras conciencias, y en todos cuantos trabajos nos verigan glorifiquemos á Dios, llevémoslos con paciencia y alegrémonos de que Dios nos lleve por el camino estrecho, que es el que conduce al cielo. San Pedro amarrado á las cadenas y durmiendo con tranquilidad, y que conducido del ángel halló la puerta abierta para salir á la ciudad, es la imagen del hombre paciente que rompiendo las aladuras que le sujetan en la cárcel del cuerpo, entra por las puertas de la Jerusalén celestial, que se abren por sí mismas. La puerta del cielo, dice san Bernardo, es la Paciencia, que es la puerta de hierro que guía á la ciudad. El justo José, durmiendo con tranquilidad en el destierro, recibe el aviso del ángel para que vuelva á su patria, y llevando nosotros con paciencia los males de este destierro, lograremos que en el sueño de la muerte nos asista el ángel y nos encamine á la patria de los santos. La perseverancia y la Paciencia, dice tambien san Bernardo, llevan consigo cierta imagen de la eternidad, y por eso son premiadas con la eternidad. Al que padece con paciencia, dice el Crisóstomo, le reserva Dios todo el cielo, le hace ciudadano de los santos, le absuelve de sus pecados, le co-

rona con su justicia, y por lo mismo debe decirse que el que padece no es injuriado, sino coronado. Los que sufren con paciencia segun la voluntad de Dios, dice el apóstol san Pedro, encomiendan sus almas á su mismo Criador; y el mismo Jesucristo nos dice que con la Paciencia poseeremos nuestras almas. No perecerá la paciencia de los pobres porque no quedará sin su merced. Digo mas; no tendremos merced sin paciencia, sin llevar nuestros trabajos en pos de Jesus cargado de su cruz, y si sufrimos, reinarémos tambien como nos dice san Pablo: *Si sustinemus, et conregnabimus..*

Alejemos de nosotros las ideas y máximas del mundo; no nos dejemos arrastrar y seducir de los deseos de la carne: sigamos las inspiraciones del Espíritu Santo.

Espíritu consolador y fuente de todo bien, no podemos estar esentos de trabajos y miserias en esta vida, necesaria nos es vuestra paciencia y con ella no solo sufriremos con gusto, sino que nos prepararemos la entrada en la gloria. Obrad en nuestras almas este fruto precioso de vuestra divina gracia y con él aunque nos sobrevengan todos los males y privaciones, todas las miserias de este destierro. Alcanzadnos este precioso tesoro de la paciencia, glorioso san José: compadeceos de nuestros males y con vuestro poderoso patrocinio haced que el Espíritu Santo nos dé el que suframos con una resignacion y paciencia cristiana imitando vuestro ejemplo, para que os acompañemos despues en la patria de la felicidad y el eterno descanso. Amen.

DÍA V.

Gozo quinto del Espiritu Santo:

LONGANIMIDAD.

Dico autem: spiritu ambulate....

Porque en el trato humano hay muchísimas cosas que pueden turbar la paz, dice san Anselmo, se nos concede la paciencia por medio de la que llevamos con equidad de ánimo las injurias y adversidades para que pueda conservarse así la paz fraternal. Propio de la paciencia es sufrir con resignacion los males, sin desear ni hacer mal alguno á aquellos que nos los irrogan: y porque este sufrimiento debemos tenerle no por algunos momentos ó tiempos determinados, sino por todo el tiempo que sea del agrado de Dios, se nos concede tambien la longanimidad por la que sufrimos con perseverancia todos los males hasta el fin de la vida. A la verdad en este valle de lágrimas no son ciertas épocas de nuestra vida las que nos toca sufrir, sino que en todas partes, en todos tiempos, en todas las regiones, en todos los estados y profesiones que queramos elegir ha-

llemos contradicciones, molestias y trabajos mientras viviéremos, y si queremos tener paz especialmente con nosotros mismos, es preciso que tengamos paciencia y que así como constantemente tenemos que luchar con nuestras concupiscencias, así perseveremos en la fortaleza y constancia de ánimo sin dejarnos vencer, y seamos pacientes hasta el fin.

Nuestra alma, dice mi angélico doctor Santo Tomás, puede perturbarse y allerar el reposo espiritual por los males que la amenacen ó sobrevengan, y contra esto tiene la paciencia; y puede perturbarse tambien por la dilacion de los bienes, y para esto se puede proveer de la longanimidad. La privacion de los bienes y socorros, la dilatacion de las esperanzas afligen al alma y no la atormentan solamente los males que sufre; sino tambien los bienes de que carece. El sufrir con resignacion la falta de los bienes necesarios y llevar este sufrimiento hasta el término de nuestra vida es lo que se llama longanimidad, este fruto delicioso del Espíritu Santo que da á las almas firmeza para sufrir esperando los bienes eternos.

Esta virtud que tanto nos resigna en la voluntad de Dios, tan propia de los justos, que tanto resplandece en el bienaventurado san José, es el carácter del verdadero cristiano, es la que prueba si su fe es ó no verdadera. El llevar con resignacion la falta de los bienes del mundo y esperar con firmeza y perseverancia los eternos es lo que distingue á los justos y buenos cristianos de los que no lo son.

Así voy á manifestároslo en este rato para que pidais con instancias por la intercesion del glorioso san José que os conceda el Señor y produzca el Espíritu Santo en vosotros

la longanimidad y dejeis de ser débiles y apocados, teniendo ansia de padecer para asemejaros más al que por nosotros sufrió y padeció hasta la muerte. Interesemos con nuestras súplicas á María Santísima para que nos alcance la gracia, saludándola con el ángel:

Ave María.

Dico autem: spiritu ambulate.....

No es la vida presente la que ha destinado el Señor para premiar á sus escogidos. El galardón y corona le tiene reservado para después de la muerte. Por lo general los justos en este mundo no experimentan sino tribulaciones, escaseces y trabajos, se prueban en la aflicción como el oro se prueba y purifica con el fuego. Los hombres todos están sujetos á infinitas miserias y sin tranquilizar jamás los deseos de su corazón; pero esta es la diferencia del justo y del pecador, del verdadero cristiano y el que no vive según el espíritu de esta divina religión. El primero tolera con equidad de ánimo los bienes y males que el Señor le envía, bendice la mano que le azota, se tiene por feliz en padecer y ser semejante á Jesucristo, reputa en nada todo lo que el mundo llama prosperidad y fortuna, y se tranquiliza y regocija con la esperanza de los bienes eternos que han de disipar todos sus males y amarguras y llenar de gozo á su alma. Sabe quién es el Dios en quien

erece, y está seguro que es fiel y muy poderoso para cumplir sus promesas. Jamás desconfía ni desfallece, y en toda obra con longanimidad. El cristiano poco afianzado en su fe, se queja y murmura, lleva con impaciencia y con desesperacion su cruz, sin considerar que se aparta así de seguir por el camino de Jesucristo, que pierde el fruto de sus trabajos, que se le hacen mas pesados y penosos porque él mismo se despoja de todo consuelo y se cierra la esperanza de las recompensas eternas.

¿Cómo diremos que tiene fe, que mira á este mundo como un destierro y tiene fijas su atencion y sus ansias en la eternidad el que tanto se contrista por la pérdida de unos bienes perecederos, por la falta de unos bienes que para nada necesita, por un disgusto que turba su reposo y sus comodidades y no reflexiona que no ha nacido para gozar en este mundo sino para merecer, para pelear, para sufrir?

Tan lejos está de quejarse el justo y de murmurar y maldecir en los trabajos que el Señor le envía que por el contrario se complace y deleita en ellos, porque sabe que esta es la herencia y el patrimonio de los escogidos mientras viven sobre la tierra. El apóstol escribiendo á los filipenses los dice que Dios con el don de la vocacion á la verdadera fe, los dió tambien el don de padecer por su amor: *Vobis donatum est pro Christo, non solum ut in eum credatis, sed etiam ut pro illo patiamini: se os ha dado por Jesucristo, no solamente el que creais en él, sino tambien el que padezcáis por él.* Mira el cristiano el padecer como un don de su Dios y esta tolerancia es como el carácter del buen cristiano. A esto son llamados y á esto deben resignarse los que abra-

zan la religion de Jesucristo, como dice el mismo apóstol: *Ipsi enim scitis quod in hoc positi sumus*. En esto consiste vuestra vocacion, en que padezcamos y nos ejercitemos en la paciencia, para eso militamos para sufrir los males que nos sobrevengan y pelear de este modo para triunfar con la paciencia y conseguir el triunfo y la corona. De san Pablo, escogido por Dios para llevar su nombre por todas las regiones y anunciar su Evangelio á los reyes de los gentiles cuando lleno de furor iba persiguiendo á los cristianos y el Señor le ilustró con su divina luz, no se nos dice que se le ofrecieron comodidades, prosperidad, fortuna, sino el padecer muchos trabajos y contradicciones por Jesus. *Ego ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati*. Pues el cristiano instruido en su profesion, el cristiano que sabe que los trabajos y privaciones de este mundo son el patrimonio de los escogidos, y que con ellos regala Dios á los justos á quienes quiere premiar con mas abundancia en la gloria, que sabe que Jesucristo padeció primero y fue delante de nosotros para enseñarnos á seguirle y darnos el ejemplo, que no hay otro camino para el cielo que el estrecho, el de los trabajos y la cruz, y que lejos de suspirar por los bienes y comodidades terrenas, debemos fijar nuestra consideracion y nuestras atenciones en el cielo donde está nuestro Dios; no se queja en los disgustos y molestias de esta vida, no le atormentan la pobreza, la enfermedad, la persecucion ni la angustia; espera resignado que llegará el dia último de su vida, que muy pronto ha de concluir el tiempo de su destierro y entonces todo cambiará de semblante, entrará en el gozo de su Señor, será recompensado con mas abundancia de lo que podia prome-

terse en el cielo y cesará para siempre el luto, el llanto, el dolor y la muerte. Luego el que no tiene esta longanimidad, el que se impacienta, jura y blasfema en las tribulaciones y contratiempos que le ocurren en esta vida miserable, el que no se resigna en la voluntad de Dios y no se alienta con la esperanza de la vida eterna y las recompensas del cielo, habremos de decir que no tiene fe ó que si la tiene es una fe poco firme, poco arraigada, una fe muerta, porque no confía en su Dios, que es el responsable de sus promesas y el que reparte la suerte de sus criaturas segun conviene al plan eterno é invariable de su Providencia, siempre justa y siempre benéfica. Diremos que no tiene confianza en Dios que tantas veces nos ha dicho que no busquemos los bienes en esta vida, sino que busquemos el reino del cielo, y nos resignemos en hacer no nuestra voluntad propia, sino la de Dios. Diremos que no tiene fe, y es como un gentil que no tiene esperanzas, porque obra y piensa como los gentiles que no tienen idea de la divina religion de Jesus y de las recompensas que ofrece á sus seguidores.

El justo estiende su vista hasta el cielo y se resigna en sus miserias, digo mas, las mira y debe mirarlas como una señal de su predestinacion. Aquel rico que nadaba en la abundancia, que nada echaba de menos de cuanto podia apetecer en este mundo, que pasaba su vida en los placeres y regalos murió en medio de su carrera y fue sepultado en los infiernos, al mismo tiempo que el mendigo Lázaro que buscaba su sustento y no le hallaba y pasaba en la indigencia, la enfermedad y la miseria, fue trasladado de este mundo á descansar al seno de Abraham. No es posible re-

cibir bienes en este mundo y en el otro; no puede ser tener felicidad y gozar de los placeres de esta vida y de la otra; y el ser abatidos, atormentados y atribulados en esta vida es una prueba de que Dios nos reserva la felicidad y los primos como á Lázaro para la vida venidera. ¿Qué ideas tan consoladoras nos suministran estas eternas verdades de nuestra religion? Luego si no vivimos segun ellas es porque tenemos poca fe, porque no las meditamos, porque no somos unos cristianos verdaderos, y el ser sufridos, pacientes y consolarse en todos los trabajos con la firme esperanza de vida eterna es el carácter del justo y cristiano verdadero, es lo que acrisola su virtud, porque no es gran mérito el servir á Dios cuando nos regala y llena de beneficios, sino el servirle cuando nos aflige; es lo que prueba si nuestra fe es ó no verdadera.

¿Qué idea se formaria el mundo de la suerte de un hombre destinado y elegido por el mismo Dios para hacer los oficios de padre, tutor, guarda y conservador de su Hijo hecho hombre y de su Santísima Madre, criatura la mas querida de Dios? ¿Qué honores, qué placeres y distinciones hubiera destinado en este mundo para su padre un hijo que no fuera Dios? Pues san José elegido entre todos los hombres para esta alta dignidad no recibió sino molestias, sustos, incomodidades, trabajos, privaciones, pobreza; tuvo que ganar el sustento preciso para él y para Jesus y María con el sudor de su rostro entre agitaciones é inquietudes; pero como sabia que el premio de sus escogidos lo reserva el Señor para la otra vida, y que en esta son los trabajos una prueba del amor del Señor; como era tan grande su fe, todo lo sufrió con gusto esperando tranquilo los

bienes eternos de que no priva á los buenos el que juzga con justicia. Fija su atencion en el cielo, ni los bienes, ni los males, ni sus abatimientos y pobreza, ni las persecuciones y destierros nada perturbó su espíritu, solícito siempre en servir y agradar á su Dios y procurar el alivio posible de las penalidades y miserias de Jesus. Padecia por su Dios y esta consideracion le hacia llevaderos los trabajos, seguro de la recompensa y la corona.

Imitemos pues este esclarecido ejemplo; convenzámonos de que nos es necesaria la paciencia para alcanzar las divinas promesas. En el silencio y la esperanza hallaremos la fortaleza para llevar los trabajos, como nos dice el Señor por Isaías. Corramos por la paciencia á la pelca que tenemos que sostener en este mundo, y con la paciencia triunfaremos. Miremos al Autor de nuestra fe, que sufrió despreciando todo género de oprobios por abrirnos el cielo y nos enseñó que atendiendo á llegar á los bienes eternos no debemos detenernos en la carrera. No nos dejemos llevar de los deseos y concupiscencias de la carne, obremos segun las inspiraciones del Espíritu Santo, tengamos longanidad y acreditaremos así no solo que somos cristianos verdaderos, que tenemos una fe viva, sino que somos del número de los escogidos.

Es mejor un varon paciente que uno fuerte, y el que domina á su alma que el que conquista las ciudades, dice el Espíritu Santo en los Proverbios. Dominemos pues, y sujetemos nuestras almas, no nos dejemos llevar de la ira y la impaciencia, ni del tedio y disgusto por la falta de bienes de la tierra. Suspiremos por los del cielo y suspiremos y procuremoslos con la paciencia y longanidad. Esta es, dico

san Basilio, la medicina del alma, por ella esperamos los bienes futuros, y lo que todavía no se ve lo abrazamos como si lo viésemos. Sin la paciencia y longanimidad todo nos será pesado, molesto y penoso y con ella tenemos ya un pie dentro del otro mundo, como dice un varon contemplativo. Alcanzadnos por vuestra poderosa mediacion, glorioso santo y abogado nuestro, que obre en nosotros el Espíritu Santo el que seamos sufridos y llevemos con fortaleza de alma los males de esta vida en honor y por amor de Jesucristo, para que así nos distingamos y seamos conocidos por unos verdaderos cristianos, y que suspirando por los bienes eternos nos conceda el Señor entrar algun día en posesion de ellos y gozarlos por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

DIA VI.

Gozo sexto del Espiritu Santo:

BONDAD.

Dico autem: spiritus ambulato....

No ha nacido el hombre para sí mismo solamente, tiene tambien relacion y obligaciones para con los demás hombres, y el Espíritu Santo que le ilustra y rectifica su alma con los frutos de su divina gracia para gobernarse y dirigirse á sí mismo, le ilustra y rectifica tambien para que proceda con acierto respecto de sus prójimos, y esto, dice un angélico doctor santo Tomás, lo obra el fruto que llamamos BONDAD, con el que se dispone el alma para querer hacer bien á los demás. No debemos contentarnos con ser buenos para nosotros, debemos serlo tambien para todos los demás hombres. ¿Cómo podremos llenar este deber; sin el que la sociedad sería una calamidad y dejaria de haber orden, justicia, paz y vida en el mundo?

Adóptense las máximas que se quieran; altérense y varíense los modos y formas de gobernar á los pueblos, ofrézcanse las recompensas y castigúese del modo mas espantoso á los criminales y licenciosos, nada, me atrevo á asegurar, nada bastará para conseguir que un hombre sea bueno para con los demás hombres, si no se echa mano de la religion verdadera, y se le instruye segun sus divinas máximas; no podrá ser hombre de bien aun políticamente hablando, el que no sea buen cristiano; el que no tenga fe, por mas que proceda con bondad en algunas ocasiones no podrá ser reputado y tenido por bueno, ni tendrá un derecho á que los demás se fien de él. Digo resueltamente que no basta una bondad política, de urbanidad, de atencion, de interés mutuo, que es preciso que esté basada y cimentada sobre el conocimiento y la conviccion de las verdades eternas de la religion, y que solo siendo buenos cristianos podemos ser hombres de bien.

No busquemos en el glorioso san Jose máximas de sutileza y política para enseñar á vivir entre los hombres; no busquemos las astucias, ardidés y artes de que se valen los que quicren encubrir sus defectos y aparecer buenos y virtuosos, nada de cuanto se adopta en el mundo para poder ser ó parecer buenos sin Dios y sin religion. Es un ejemplar y modelo de los que aspiren á ser buenos, y lo es porque vivió segun Dios, segun las máximas y conforme á lo que nos enseña la religion revelada por Dios, porque llenó los deberes que impone Dios al hombre para con los demás hombres, y debemos desengañarnos que no hay otro medio de ser buenos, ni podemos conseguir por otro camino la bondad del Espíritu Santo. Así voy á manifestároslo en

este dia, si el Señor se digna favorecerme con su gracia que pediremos por la intercesion de María Santísima:

Ave Maria.

Dico autem.....

¿Qué queda en el mundo, qué queda á los hombres faltando la religion? ¿Qué elementos tenemos fuera de la religion para que nuestra alma se resuelva á hacer bien, á sufrir, mortificarse, á hacer sacrificio en beneficio de nuestros semejantes? Pondérese cuanto se quiera el amor á la virtud, lo grato que es el hacer bien, la estimacion y aprecio entre los hombres que se grangean los buenos, sanciónense tambien castigos terribles para los que perturban el orden, mientras no se eleve al hombre á regiones mas elevadas, y se le convenza á obrar bien por el interés de su misma conciencia, nada habrá hecho ni la política ni la fuerza. En medio de las máximas mas repetidas y la opresion mas rigurosa verá encumbrados á los viciosos, llenos de riquezas y en la abundancia á los perpetradores de la iniquidad, temidos y respetados á los mismos que atropellan la justicia, y se persuadirá que no es necesario ser buenos, sino aparentar serlo y ocultar la malicia de la vista de los demás, que para vivir en el mundo sirven las maldades y crímenes de escala para gozar los deleites, comodi-

dades y placeres que tanto lisonjean al corazón, que el hacer bien y no mostrarse ofensivo contra sus prójimos dura solo mientras convenga así á su interés personal, y el respetar las leyes mientras sean acomodadas á su gusto ó no tenga fuerza para resistirlas. Háblese con todo el elogio posible de la hombría de bien y de obrar con rectitud, el hombre no sacrificará sus inclinaciones, sus placeres, sus intereses por respeto á los hombres solamente y aparecerá como bueno en él entretanto que conviene á su interés, porque sin Dios, sin ideas de religion, quitándole todo respeto á la otra vida no puede abrigar sino máximas de libertad, de independencia; no teniendo Dios, no reconocerá superior, se tendrá por dueño de sí mismo y todo se lo referirá á sí mismo. Le dirán que por un convenio y contrato social mutuo y recíproco entre los miembros y el cuerpo de la sociedad, que por el principio de hallar la propia felicidad en la pública, porque los demás nos respeten y se sacrifiquen por nosotros debemos sujetarnos á sacrificarnos y obrar bien; que por prudencia y cordura debe atender á los cargos y obligaciones de su estado mas que á sus conveniencias propias, que no debe ser insensible ni duro de corazón con los que se hallen en la calamidad para que se compadezcan de él cuando se halle en el abatimiento, que no debe ser arrogante, altivo ni soberbio porque no le desprecien los mismos que le temen, que debe atender á las obligaciones de padre, de esposo, de magistrado, de súbdito: pero mientras no se le una y estreche con su Dios, mientras no se intimen á su conciencia y se convenza á su razón de la existencia de unos premios y castigos eternos, de un juicio ante un Juez á quien nada se ocultará, que

nada perdonará, que no podremos evitar en manera alguna, mientras no se le hable de Dios y con las perversas máximas de la irreligion se rompan y desaten los vínculos que unen al hombre con su Dios, se rompen y destruyen tambien los que enlazan á los hombres entre sí. El que olvida á Dios, el que niega á Dios y se atreve á desconocerle y despreciar su ley, con facilidad se olvidará de lo que debe á los hombres; y el que se burla y mofa de los premios y castigos eternos, con facilidad se burlará de los castigos y premios de esta vida. En los que le dominan y mandan no mirará sino unos tiranos, en los miserables y pobres unos seres desgraciados en quienes no debe fijar su atencion, observará á los poderosos para apoderarse de sus bienes sin perdonar medio alguno. No tiene temor de Dios, no cree que hay infierno ni gloria, ¿qué freno le queda para que le contenga en sus deseos depravados y viciosos? Esa inmoralidad que cunde, esa falta de honradez y hombría de bien que se lamenta, ¿no es una consecuencia necesaria de la falta de fe, de falta de religion que domina, de no instruir en las máximas cristianas á la juventud y de la facilidad con que se estienden las doctrinas perversas? Si en esa incredulidad en que se vive llegasen á ser consecuentes los hombres, ¿qué podíamos esperar de un magistrado, de un juez, de un padre sin fe ni religion? ¿En qué vendria á parar la sociedad entera dejada al arbitrio de las pasiones y del interés particular; y el hombre mismo, no vendria á ser un misterio incomprensible sin la luz de la religion? Inclinado por una parte á la bondad y perfeccion, á la virtud que mueve, atrae y cautiva su entendimiento, ¿cómo se apasiona y arrastra su corazon á los pla-

ceres mas vergonzosos, cómo se deja llevar de sus depravados deseos, por que ha de verse precisado á sujetarse y estar en guerra continua con sus inclinaciones?

Llamemos en nuestro auxilio á la religion; instruyámonos en la religion y que la sociedad entera se ilustre con las máximas saludables de la religion, y nada mas propio, mas lisongero, mas consolador que el hacer bien. Ella nos descubre los misterios y pone en claro los motivos de nuestra dependencia y nos manifiesta el origen de donde se derivan los vínculos que nos unen en la sociedad. La sociedad no es ya aquella reunion de hombres empezada por la casualidad, fomentada por el instinto y propension, conservada por la política; la autoridad y poder no son efectos de la opresion y tiranía y de la flaqueza y debilidad: el género humano es una familia numerosa cuya cabeza, cuyo señor y protector es Dios, y Dios mismo es el vengador de los que quebrantan las leyes que conservan el orden de la sociedad. Dios es el que reina en los reyes, el que sentencia en los jueces, el que manda en los superiores; él gobierna en los padres, á Dios solo deben dirigirse todos los obsequios y el hombre solo debe recibirlos para dirigírselo. Dios oye los suspiros de los pobres y necesitados, venga las lágrimas de los oprimidos, toma á su cargo la venganza de las injurias, juzgará á las mismas justicias y castigará á los jueces injustos; Dios todo lo ve, todo lo presencia, él recibe como suyo el socorro que se da al pobre, él recompensa hasta un vaso de agua que demos al sediento; padeceremos, seremos afligidos, atribulados, pero Dios nos espera despues de la muerte para premiarnos y colmarnos de bienes; se gozará el malvado en sus inmundi-

cias y perversidades, pero Dios ha de castigar sus crímenes, y esa aparente felicidad que disfruta se convertirá pronto si no se arrepiente en un luto y tormento sempiterno. Dios premia, Dios recibe todo el bien que hacemos á nuestros prójimos. *Quamdiu fecistis uni ex fratribus meis minimis mehi, fecistis.* ¡Qué magnífico y sólido es; hermanos míos, el edificio social que se levanta sobre estoscimientos! ¡Qué elevación y pureza de sentimientos se engendra en el alma! El cristiano obra el bien sin otro interés que por agradar á Dios, por el premio que ha de recibir de Dios, y ni le abaten los desprecios é ingratitudes, ni se escandaliza con el triunfo y prosperidad de los malos, ni se acobarda con los trabajos y persecuciones de esta vida; obra el bien aunque sacrifique sus intereses, y entiende que nada se padece ni se pierde cuando no se desagrada y ofende á Dios y se falta á los deberes de la conciencia.

Segun esta medida fue la bondad de ese bienaventurado san José, esposo de María Santísima. Sufrió su abatimiento y pobreza con resignacion, miró siempre la mano de Dios en las alternativas de su vida, no consideró en sus semejantes sino imágenes de su Dios, no atendió á las recompensas y favores del mundo, sino á las recompensas de Dios que premia al que hace bien, y fue tan esclarecida su rectitud y bondad que el Evangelio nos hace su elogio diciéndonos que fue un varon justo. *Joseph autem vir ejus cum esset justus.*

¿Queremos tener la bondad sólida y verdadera, la bondad del Espíritu Santo para llenar los deberes que tenemos para con nuestros hermanos, nuestro estado y nuestros destinos? Pues no la busquemos en esa ciencia hinchada

de la vana filosofía, en la falsa política y la astucia y sagacidad del mundo, busquémosla en la moral del Evangelio, en la religion de Jesucristo, en la fe, sin la que seremos atentos, políticos, generosos; pero jamás podremos ser buenos ni tener un derecho á que se fien de nosotros: seamos fieles á Dios y con facilidad lo seremos á los hombres. Imitemos en su bondad y rectitud á san José, conduciéndonos como sujetos en todo y dirigidos en todo por la mano justa y poderosa de Dios, y haciendo el bien á los hombres no por ellos sino por Dios. Con esto desaparecerán los desórdenes, las guerras, las enemistades y venganzas. Nuestra religion es de paz, y guiados y gobernados por el espíritu religioso seremos buenos y pacíficos. Potestades y superiores; padres de familia, dirigid segun estas máximas á vuestros dependientes; entended, que para que os obedezcan y respeten los que Dios ha puesto á vuestro cuidado nada mas necesitáis que proteger las saludables enseñanzas del cristianismo y procurar que vuestros súbditos sean buenos cristianos, y así y solo así serán hombres de bien y si otro camino empredeis errais torpemente. Ya que tanto apetecisteis hacer bien en esta vida y servir de consuelo á los demás hombres, glorioso san José, sed ahora nuestro protector, y alcanzadnos el fruto de la *Bondad*, el que seamos buenos segun Dios, obrando en todo por Dios y para Dios, sufriendolo todo por Dios, resignándonos en todo en la voluntad de Dios y no mirando los premios y castigos de esta vida, sino lo que Dios tiene reservado en la otra, para que siendo justos y rectos os acompañemos en la gloria y alabemos con vos á Dios por toda la eternidad. Amen.

F. L. G.

DIA VII.

Gozo sétimo del Espíritu Santo:

BENIGNIDAD.

Dico autem : spiritu ambulate...

No es bastante que abriguemos buenos deseos para con nuestros prójimos, sino que debemos ocuparnos en hacer real y efectivamente, reducir á una práctica constante el hacerlos el bien que podamos. Religión de paz y de consueños; tú llevas el alivio al necesitado é indigente, visitas al enfermo en el lecho de su dolor y su miseria, abres las cárceles y las mazmorras de los cautivos, recoges el fruto de los tratos ilícitos y vergonzosos en tus hospitales y sostienes á los hijos mismos de tus detractores con tu ingeniosa caridad, llevas la cultura y las ciencias á los países bárbaros y remotos, tú sola enseñas á que los hombres se sacrifiquen por sus semejantes, y de nada servirían las máximas pomposas de la filosofía y la política si no tuviéramos la simplicidad de la fe que por unos motivos tan poderosos y elevados nos enseña á dar de comer al hambriento, de beber al sediento, á vestir al desnudo, á hospedar al peregrino; á visitar al enfermo, á aliviar al necesitado y á

hacer bien á todos ! Esta propension cristiana es un fruto precioso del Espíritu Santo que llamamos *Benignidad*, que tanto distingue al verdadero cristiano del que no lo es. No, no es la religion cristiana, como dicen sus enemigos y perseguidores, enemiga de la sociedad, de la civilizacion; no hace á los hombres reducirse á sí mismos y ser adustos é intratables; ella al contrario enseña á endulzar las amarguras de esta vida, y si la paz y el bien consiste en hacernos mutuamente bien sin distinguir de condiciones y respetos, si esto sostiene y conserva la sociedad, la religion es la que nos enseña y nos alienta á hacerlo, la que nos estraña y desconoce si no hacemos con nuestros prójimos lo que quisiéramos que hicieran con nosotros, la que nos manda ser benignos y no dejarnos llevar de nuestros sentimientos depravados, sino que vivamos segun el espíritu ¿Queremos ser benignos? Pues mas que todas las consideraciones humanas nos moverán á serlo los castigos que nuestra religion nos enseña que estan preparados para los que hacen mal y los bienes que resultan á los que hacen el bien aun en esta vida.

Así procuraré manifestarlo en este rato para que instruidos en las verdades eternas nos resolvamos á imitar en su benignidad á ese varon justo y abogado y protector nuestro san José, objeto de nuestros cultos y cuya memoria nos es tan dulce y consoladora.

Alcanzadnos del Señor la gracia necesaria para que procedamos con acierto, y que pedimos por la intercesion de la Santísima Virgen á quien decimos con el ángel:

Ave María.

Dico autem: spiritu ambulate.....

Tenemos grabada en nuestras almas la propension á hacer bien. Sin embargo, lo comun es anteponer nuestra comodidad, nuestros placeres, nuestros deseos. Si alguna vez nos resolvemos á dispensar algun beneficio, es tal vez para lograr nuestros fines particulares, para que nos redunde algun provecho, por no desagradar á las personas que pueden valernos algo: es movidos del espíritu de partido que nos ciega y no nos deja atender al mérito; es por la recomendacion y el influjo de aquellos á quienes debemos favores; es por consideraciones terrenas envueltas siempre en el interés personal y muy rara vez por caridad y por amor de Dios. ¿Queremos satisfacer nuestras pasiones y lograr nuestros antajos? Pues no reparamos en hacer mal y cometer injusticias por vengarnos de un competidor, por apoderarnos del favor y de los empleos y dignidades, por derribar á los que pueden servirnos de estorbo. ¿De dónde nacen las guerras, los pleitos, las enemistades, los odios y venganzas, las envidias y calumnias, sino del desenfreno de nuestras concupiscencias que no se sujetan á obrar el bien y solo atienden á su provecho despreciando los límites que las fija la religion? Aconséjese al hombre ser justo y benéfico, pero preponderará su utilidad propia, y si no tiene religion, no reconocerá otra ley que el interés de sus pasiones y concupiscencias, y todo cuanto se ordene á satisfacer sus deseos. Le importará

poco mezclarse en los alborotos y homicidios con tal de lograr sus adelantos por este medio; no le contendrán las leyes de la tierra y solo la religion puede refrenarle. Esta enseña y convence al hombre de que hay un Dios que hace suyas las injurias hechas á los hombres, y toma venganza de los agravios que se los hacen como si fueran propios. Que hay un Dios que si deja al malo y perjudicial gozarse y completar su maldad, es porque es misericordioso y le espera á que se arrepienta y haga penitencia; pero que no ha de dejar sin el merecido castigo las malas obras y los daños que no se satisfagan y resarzan; que hay un Dios que se complace en premiar los beneficios que se prestan á los hombres, y que hace experimentar aun en esta vida la dulce satisfaccion que produce el hacer bien, y los remordimientos, inquietudes y los castigos visibles que descarga sobre los que hacen mal á sus semejantes.

Cain, despues que bañó sus manos en la sangre del inocente Abel, sentia despedazado furiosamente su corazon y llegó á envidiar la muerte de su mismo hermano sacrificado á su odio y envidia. Los sediciosos abren con sus alborotos y murmuraciones el abismo que se los sorbe y sirven de leccion al mundo para que aprendan todos la veneracion que se debe á las potestades legítimas. La calumnia mas atroz denigró la reputacion de la virtuosa y casta Susana, pero de su mismo seno salió el rayo esterminador de los ancianos impúdicos que no temieron cometer la maldad de intentar violar atrevidamente su castidad y la de negarla despues y calumniar á la inocente esposa. No logró sus depravados intentos Amon con su política sangrienta, y enriqueció con sus despojos al inocente cuya ruina

maquinaba con sus asechanzas y astucias. El amor brutal, que ni prestó oídos á la voz de la naturaleza, ni supo enfrerarse con las lágrimas de Tamar, hizo creer á Amon bajo la espada de Absalon, que tomó venganza del incesto con un fratricidio. El mismo Absalon, hijo rebelde, ingrato y ambicioso, que trató de desquiciar el trono de su padre, fue castigado con una muerte trágica. Acab y Jezabel regaron con su misma sangre la tierra que usurparon. Un David adúltero tuvo la pena de ver su palacio lleno de insectos horribles, de sediciones y muertes. Parece que el Señor se muestra menos celoso de su gloria que del bien y conservacion de los hombres, y usa de mayor disimulo y tolerancia con las maldades que ofenden al cielo, que con las que destruyen y asuelan la tierra.

Estos y otros muchos ejemplares nos presenta la religion, y continuamente vemos que venga el Señor al justo aun en esta vida de los ultrajes que recibe, y la fe nos enseña que será reo en el juicio de Dios de las maldades que no podrá ocultar, y sufrirá el rigor de los castigos eternos. A ese pueblo sin instruccion, sin ideas, á quien el temor de Dios y de sus venganzas, ayudado y fomentado con el miedo de las leyes humanas, apenas basta para mantenerle sujeto y obediente, quítle la religion y el temor de los castigos de Dios, y decidme ¿qué podrá buscarse para contenerle cuando se ve agitado por el agudo sentimiento de su servidumbre, de su pobreza, de sus pasiones, de sus infortunios? ¿Qué autoridad ni qué intereses quedarán seguros? ¿Qué virtudes, qué beneficencia quedará en el mundo si se desentienden los hombres de la religion y de sus relaciones con Dios y con la otra vida, y no se es-

tablece otro orden de cosas, ni otra providencia que una política fundada en el poder, en la prudencia humana y en el interés mutuo de los hombres? ¿Si se desechan y se burlan las impresiones de la religion y abandona su enseñanza?

Y si tanto mueve y convence lo terrible de sus castigos, no persuaden y escitan menos á ser benignos, compasivos y benéficos los bienes que segun la religion resultan al que hace bien á los demás. Los hombres por lo comun son ingratos al bien que reciben, le olvidan cuando no le pagan con ultrajes, ingratitudes y perjuicios; por manera que por lo comun el hombre, mirando al hombre y por consideracion al hombre, no halla motivos para hacerle bien, sacrificarse por él, ni alargarle su mano cuando le vea necesitado. ¿Qué vió en los hombres el glorioso san José sino desprecios, persecuciones, abandono, olvido, ingratitud? Pero su bendita alma estaba poseida del espíritu de Dios y no se gobernaba segun los deseos y las viciadas inclinaciones de la carne, elevaba su consideracion á un Dios benéfico que nos crió y nos conserva á todos y quiere que nos amemos y sirvamos como hermanos, que hace salir el sol y derrama sus beneficios sobre los buenos y los malos, que nos manda ser compasivos y misericordiosos, que acepta como suyo el bien que hacemos á los demás, que premia y recompensa aun los buenos deseos. En los hombres veia las imágenes de su Dios y estaba persuadido que sirviéndolos y amándolos, amaba y servia á su Dios. Tales son los sentimientos que engendra la religion de paz, esa religion tan benéfica y conciliadora, sin la que el mundo se convertiria en una selva de fieras. En cada hombre os

enseña á reconocer á un hermano, al mismo Dios que toma á su cargo recompensar el bien que hacemos y que no saben agradecer los hombres. Nos enseña á hacer bien, no solo á los amigos y parientes, sino aun á los extraños y desconocidos, á los mismos enemigos, aun á aquellos que nos maltratan y persiguen. Nos enseña que jamás tenemos que arrepentirnos del bien que hagamos, porque Dios es el que lo acepta y lo premia y el que nos da á gustar aun en esta vida las dulzuras, aquellas puras y suaves emociones que produce el hacer bien y asemejarse á Dios, que es el Padre de la bondad y clemencia. José olvidándose de la venta de sus hermanos y llenándolos de bienes en el Egipto. David, no tomando cuando en la cueva tuvo ocasion, la venganza de Saul; el mismo Jesus orando desde la Cruz y pidiendo por los mismos que le crucificaban; Esteban disculpando á sus verdugos: estos son los espectáculos que ofrece nuestra religion y anima y nos alienta á todos á hacer bien con la esperanza de recibir ciento por uno y despues la vida eterna: con la pronta recompensa del testimonio de una buena conciencia que aprueba nuestra conducta y en nada nos inquieta ni perturba, con un gozo inesplicable, fruto que produce la gracia del Espíritu Santo en las almas que distinguimos con el nombre de benignidad, y da no solo el obrar, sino el obrar con placer y experimentando un deleite superior al que producen los placeres del mundo.

¿ Diremos, segun esto, que con la religion cristiana y su santa y saludable doctrina, los hombres se amarán, se servirán y harán todo el bien posible, y no habrá que temer los alborotos, los homicidios y tantos delitos que alte-

ran y perturban el orden de la sociedad? ¿Quo el pobre y el enfermo no tendrán que temer en su necesidad porque la religion tiene puesto su socorro en manos de los ricos? Así debia de ser, hermanos míos, y esta era la conducta de los primeros fieles; así sucedia en los tiempos felices del cristianismo, que se buscaba en vano á los cristianos entre los alborotadores y sediciosos, á pesar de ser tan perseguidos por las potestades de la tierra: se buscaba en vano al pobre, porque sus bienes eran comunes, y sus cuestiones y diferencias se dirimian y terminaban segun lo que manda y enseña el Evangelio, y no reinaban los odios y rencores; solo sabian perdonar, obedecer, y cuando se los exigian sacrificios contra su Dios y su conciencia, padecer y sufrir. Hoy no es así, y se diferencia muy poco la conducta de los cristianos de la de los gentiles. No se teme hacer mal y entrar en los alborotos y sediciones que tanto trastornan al mundo, no se mira con lástima ni se socorre al pobre. Al deseo de hacer bien se ha subrogado el egoismo y la ambicion, no se ve sino la ruina de las virtudes. ¿Por qué? Porque no hay fe, ni se conserva el espíritu de nuestra religion, y segun se va extinguendo y amortiguando la fe, desaparece la bondad y beneficencia, faltan las virtudes aun políticas y sociales de entre los hombres. ¿Qué será si falta esta caritativa religion? Si el hombre cristiano por una lamentable inconsecuencia y contradiccion deja de ser bueno y virtuoso en medio de tantos auxilios, de tantos ejemplos, de tantas esperanzas, de tantas convicciones, ¿qué podremos esperar del que nada crea ni espere, del que se deje arrastrar de los deseos y concupiscencias de la carne y no reconozca mas

Dios ni mas ley que su utilidad y provecho propio ?

Aprendamos en nuestra religion, en el ejemplo del bienaventurado patriarca san José á gobernarnos por el espíritu de Dios, á seguir las máximas que nos inspira el Espíritu Santo, y seremos benignos sin temor á los castigos que siguen de cerca á los malvados, y con la esperanza segura de conseguir nuestra merced de mano de un Dios que dispone del cielo y de la tierra. Seremos benignos, y en serlo, en hacer bien á nuestros semejantes por Dios y porque Dios nos lo manda y lo premia, tendremos un placer y experimentaremos un gozo y suavidad que endulzará todos nuestros males y nos hará experimentar con anticipacion las delicias del cielo.

Interesaos, glorioso santo, y favorecednos con vuestra proteccion, que seamos prontos y dispuestos siempre para hacer todo el bien que podamos, y viviendo en este mundo en el gozo del Espíritu Santo, recibamos despues la merced abundante en el cielo. Amen.

F. L. G.

DIA VIII.

Gozo octavo del Espíritu Santo.

MANSEDUMBRE.

Dico autem: Spiritu ambulate.....

Tal es la miseria del mundo que no basta para estar tranquilo y seguro el hombre ser recto y bueno y ocuparse en hacer todo el bien que pueda á los demás; la compañía y trato de los hombres ha de acarrearle incomodidades, disgustos, males de todo género; y contra estos el Espíritu Santo le provee y fortalece con el fruto de la Mansedumbre, que refrena y contiene las iras y da el que se lleven todos los males con equidad de ánimo. Elijamos el orden y estado de vida que queramos, tratemos con quien mejor nos parezca, cuidemos de no causar la mas ligera molestia ni ofensa á los demás, esforcémonos á hacerlos todo el bien posible; no importa, siempre sufriremos contradicciones, disgustos, y si no nos afianzamos en la gracia del Señor y procuramos ser mansos y sufridos, nuestra ira nos precipitará en continuos y reprehensibles escesos. Tenemos necesidad de llevar con paciencia las molestias de nuestros prójimos, de refrenar los ímpetus de nuestra ira y ser dul-

ces en nuestro trato. Cuando nos maldigan debemos nosotros bendecir á los que nos maldicen; cuando nos persiguen debemos callar y sufrir, y cuando nos detesten y blasfemen debemos orar y pedir á Dios por nuestros mismos enemigos y detractores. No debemos contentarnos con disimular, sino que debemos recibir con paciencia el mal y volver bien á los que nos persiguen y maltratan.

Esta fue la conducta del esclarecido patriarca san José, ejemplo de paciencia y mansedumbre, esto es lo que debemos aprender y practicar los que nos preciamos de ser devotos suyos, y esto es lo que el Espíritu Santo producirá en nosotros como fruto de su divina gracia si sabemos pedirlo y nos convencemos de la necesidad y utilidad que tendremos en ser favorecidos con el espíritu de mansedumbre que sirva de régimen para que gobernemos nuestras almas. Para esto voy á manifestaros en este rato que con la mansedumbre cristiana podemos sacar bienes de los mismos males y expiar y satisfacer por nuestros pecados, librándonos tambien de las angustias y penas en que sumerge la ira é impaciencia á los que se dejan arrastrar de ella.

Para que mis palabras puedan persuadir y resuelvan á mis oyentes á conducirse segun el espíritu divino, y no segun los deseos de la carne, dignaos, Señor, favorecernos con vuestra gracia que os pedimos por medio de vuestra Santísima Madre.

Ave María.

Dico autem: spiritu ambulate...

Con la industria se ha conseguido sacar oro puro de unas minas que al parecer no son otra casa que unos terrenos incultos y despreciables. Ved aquí la obra grande de la mansedumbre cristiana. Con el fuego de la caridad y amor para con Dios y con nuestros prójimos, de las mismas injurias, baldones, afrentas, calumnias y desprecios con que nos ultrajan y vilipendian, podemos fabricarnos un tesoro de merecimiento, y si como nos enseña el apóstol, después del mismo Jesucristo, volvemos la bendición por la maldición, y oponemos la paciencia, el sufrimiento y la oración á las blasfemias, injurias y persecuciones de los que se complacen en mortificarnos, el Señor nos concederá sus beneficios y nos dará bienes por los males que nos desean. La mansedumbre, no solamente es un antídoto poderosísimo contra todos los males que quieran hacérsenos, sino que con ella de la misma malignidad agena podemos sacar un remedio seguro para conseguir nuestra salud eterna. *In patientia vestra possidebitis animas vestras.* ¿Quién podrá hacernos daño si nosotros no queremos recibirle? Si nosotros obramos bien ¿qué cuidado debe darnos de los juicios y calumnias de los hombres, puesto que no son ellos los que nos han de juzgar? De las mismas injurias podemos hacernos un mérito grande con nuestro sufrimiento y mansedumbre, podemos atraernos por ello las gracias del Señor; y así como el que obra mal aun el bien que hace se

suele convertir en mal por los bienes siniestros con que le hace, así el que sabe padecer y sufrir, aun los mismos males los convierte en bienes, porque sufriendolos se ejercita en el bien.

Semei llenó desvergonzadamente de insultos, improprios y maldiciones á David que salia de su corte fugitivo y aun con grande ignominia y desprecio le apedreó, y el piadoso príncipe aunque estaba rodeado de gente armada, pronta y dispuesta á vengar tales insultos, no solo sufrió y disimuló como si fuera sordo, no solo contuvo á sus soldados, sino que alabó y bendijo á la divina Providencia que permitia que así le injuriase y humillase un hombre despreciable: Dejadlo, dijo, Dios verá mi humildad y mansedumbre, y me dará tal vez bienes por sus maldiciones. Ved como si somos mansos, los mismos que nos injurian nos ayudan para que Dios nos oiga. Ved como sufriendo con un ánimo inalterable y resignado los insultos y desprecios de nuestros enemigos, los convertimos en beneficios, y lejos de servirnos de pena y tormento, podemos convertirlos en un oro acrisolado y puro. Sufriendo sin queja ni murmuración, ni experimentamos pena, ni dolor, Dios nos confortará y aun tendremos gozo en padecer y nos gloriaremos en nuestra misma mansedumbre.

Los mismos trabajos y contradicciones de los hombres sufridos con paciencia servirán para que expiemos y satisfagamos por nuestros pecados, y elevemos con frecuencia nuestra consideracion á Dios, que si quiere que suframos á los hombres es el primero en ser manso y sufrido con nosotros que tanto le ultrajamos y ofendemos. Las injurias y persecuciones deben hacernos entrar dentro de nosotros

mismos y reflexionar que somos reos y hemos ofendido al Señor y como reos debemos ofrecernos al suplicio y los castigos que nos envía: engendran en nuestras almas un espíritu de penitencia, y sufriendo los males que nos sucedan con mansedumbre y como un castigo justamente merecido nos sirve para expiar y satisfacer por nuestros pecados. Pensad, nos dice por esto san Isidoro, que cuantas adversidades os sucedan, os vienen por vuestros pecados.

¿Qué derecho tendremos á quejarnos de las ofensas que nos hacen los hombres despues que nosotros nos hemos rebelado tan atrevidamente contra Dios? Ponderemos la ingratitud de los que nos vuelven mal por bien y corresponden con ultrajes y daños á nuestros favores y buenos servicios, ¿qué conducta observamos nosotros con nuestro Dios, y qué comparacion tienen los bienes que hayamos podido hacer con los que nosotros hemos recibido del que nos dió el ser, y dió su vida misma por nosotros? ¿Qué viene á hacer el Señor cuando permite que nos injurien y maltraten? Concedernos una gracia muy particular; poner en nuestras manos su mismo tesoro para que paguemos y le satisfagamos lo mucho que le debemos: usa de su misericordia enviándonos adversidades y trabajos, para que sufriendolos con resignacion nos perdone, y alcancemos que olvide los agravios é injurias que hemos cometido contra él. Las palabras de los impíos, decia por esto el real Profeta, han prevalecido contra nosotros, pero esto ha dado ocasion al Señor de que se muestre propicio con nuestras iniquidades. *Verba iniquorum prævaluerunt super nos, et impietatibus nostris tu propitiaberis.* En tus adversidades acúsate de este modo, nos dice san Bernardo: He

pecado , pero no he recibido segun mi merecido , no hallo que el Señor se venga como corresponde á mis maldades, me castiga el Señor mucho menos de lo que merezco, no son tantos los suplicios como han sido los pecados. Y á la verdad, amados mios, si un solo pecado mortal merece y nos hace reos de mil infiernos ¿no es una gracia grande del Señor el que despues de tantos como hemos cometido nos envíe algunos trabajos, adversidades y disgustos, para castigarnos en esta vida y para que los expiemos? ¿Esta consideracion no es bastante para hacernos mansos y sufridos y aun para gloriarnos por ser hallados dignos de padecer? Aun el pecado venial, uno solo que hayamos cometido nos hace reos de las penas del purgatorio tan terribles, que solamente se diferencian de las del infierno en la duracion. Y si son tantos los que cometemos ¿no deberemos ser agradecidos á Dios que tan suavemente nos los castiga con las ligeras tribulaciones que nos vienen de nuestros prójimos? Por mucho que padezcamos, siempre es mucho menos de lo que merecemos. Se temple el dolor, dice san Isidoro, con la consideracion de nuestras injusticias, y si atendemos á los delitos por que somos castigados llevaremos con gusto y tendremos por ligeros los trabajos. Si el que padece atiende á sus pecados y las penas que ha merecido en el purgatorio ó en el infierno, no podrá menos de resignarse y decir con el profeta Micheas: *Iram Dei postabo, quia peccavi ei*. Me castiga el Señor y debo recibir sus azotes, porque he pecado contra él. ¿Por qué murmura el hombre, dice el profeta Jeremias? Entre en sí mismo y escudriñe sus obras. *¿Quid murmurat homo vivens...? Scrutemur vias nostras*. En cuantas adversidades nos ocurran,

bien podremos decir como los hermanos de José: *Mérito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum*. Pues si las injurias y ultrages que recibimos de nuestros prójimos son un castigo por nuestros pecados, humillémonos y sufrámoslo todo con mansedumbre, y nos servirá para expiar nuestros pecados.

Demos que seamos justos y virtuosos, que no haya reinado en nosotros ni hayamos conocido el pecado, que hayamos caminado siempre por las sendas de la justicia y del temor de Dios. Aunque seamos tan inocentes y tan justificados como el patriarca san José, debemos á imitacion suya ser mansos y sufridos. Consideremos, dice san Agustin, cuánto sufren y padecen los hombres por lograr los placeres y los intereses de la tierra. Cuánto por unas riquezas que han de convertirse en polvo, por unos honores que no son otra cosa que vanidad, por unos deleites que no dejan otra cosa que amargura. Observemos á esos hombres amantes del dinero y de la gloria mundana, que para conseguir sus deseos ó conservar los que ya han conseguido, sufren soles, frios, navegaciones peligrosas, tempestades, todos los trabajos de una guerra; por conseguir sus maldades ¿no sufren y se esponen los hombres á gravísimos males? Pues, hermanos míos, ¿no deberemos sufrir algo aunque seamos inocentes y sin culpa por conseguir la gloria? Si atendemos á la retribucion que nos espera; ¿no nos parecerán ligeros todos los trabajos y tribulaciones de esta vida? Diré mas, ¿no nos complaceremos y experimentaremos un gozo extraordinario en padecer, porque con estos golpes vemos que se labra nuestra corona?

Suframos porque hemos pecado; cuidemos de que no

nos hagan sufrir como adúlteros, homicidas, como tomadores de lo ajeno, como reos de nuestros crímenes, procuremos ser justos, pero aun así suframos con mansedumbre como sufrió san José los trabajos y contradicciones de esta vida para conseguir por este medio la gloria. Esperamos un premio, y el premio está destinado para los vencedores, y en la contienda que hemos de tener con las molestias, injurias, desprecios y persecuciones de nuestros prójimos, solo podemos vencer sufriendo con mansedumbre, siendo, como san José, mansos y humildes de corazón, como nos encarga también y manda que aprendamos de él el mismo Jesucristo.

¿A qué precipicios no nos espone la ira? ¿Qué consecuencias no traen las venganzas, las altercaciones, las riñas? El mundo os tendrá por débiles, cobardes; dirá que no apreciáis vuestro honor y buen nombre ultrajado con una calumnia, y vuestra reputación perdida por una impostura. El mundo os sacará de vuestra paciencia, os llevará de un disgusto á otro disgusto, y de un esceso á otro esceso. ¿Pero qué importa el mundo? Jesucristo os manda ser sufridos, llevar con mansedumbre los insultos y desprecios, ser sordos á las injurias y calumnias, y os ofrece en premio llenaros de bienes, recibiros este sufrimiento en satisfacción de vuestras culpas, recompensaros con el premio de una gloria eterna..... hará mas el Señor. Convocará á todas las gentes, y delante de todas las naciones y de todos los hombres hará pública vuestra inocencia y virtud, y quedarán confundidos vuestros detractores y calumniadores. Os diré mas; porque así nos lo dice el mismo Jesucristo. Si os persigue y desprecia el mundo, es prueba de

que no sois suyos, porque el mundo ama á los suyos, es prueba de que sois de Dios, porque tambien á Dios hecho hombre le despreció, le calumnió y le crucificó. ¿Qué gozo no debeis tener en hallaros con esta señal de escogidos, con esta señal de ser predestinados por Dios? Vuestra herencia entonces, como la de san José y de todos los santos, son las injurias, las tribulaciones, las calumnias, nada espereis bueno de los hombres; pero como san José, sed mansos y sufridos, haced los bienes por los males, orad por vuestros perseguidores y esperadlo todo del Señor. El Señor se complacerá en verós, estará con vosotros en la tribulacion y os asistirá con su gracia, os libertará y os pondrá á salvo; y despues os premiará con su gloria. Vivamos, pues, segun el espiritu de mansedumbre cristiana, no con una indolencia estúpida que nos haga indiferentes á todo como si nouviésemos conocimiento, sino con una paciencia que todo lo sufre, que todo lo tolera, lo disimula y aun lo disculpa por amor á un Dios que quiso que mas que todos aprendiésemos de él á ser mansos y humildes de corazon.

Para que no nos dejemos arrastrar de los deseos de nuestra carne, para que no caigamos en los excesos de la ira, de la desesperacion, del aburrimiento y la venganza, alcanzadnos, glorioso patrono y abogado nuestro san José, que nos asistió el Señor con su gracia, que difunda el Espíritu Santo en nuestros corazones el fruto de la mansedumbre, para que siendo con ella dueños de nuestras almas, podamos ofrecerlas al Señor, emplearlas en servirle y conseguir despues el premio de ser exaltados en su gloria. Amen.

F. L. G.

DIA IX.

Gozo noveno del Espiritu Santo.

FE.

Dico autem: Spiritu ambulate.....

Con la ira podemos ser nocivos á nuestros prójimos, y nuestros prójimos pueden mortificarnos y ocasionarnos males, y para comprimir este desórden nos provee de su gracia el Espíritu Santo con el fruto de la mansedumbre. Podemos tambien hacernos mutuamente daño con los engaños y fraudes, y contra esto nos provee del fruto de la Fe ó fidelidad que debemos guardarnos unos á otros. La maldad, decia el profeta David, va á establecer su infame trono en medio de Jerusalem, va á ocupar de dia y de noche sus murallas para impedir su entrada á la probidad y la inocencia: no se verán en tan desventurada ciudad sino violencias é injusticias, y en sus calles no se hallará otra cosa que usuras y falsedades. ¿Qué podemos decir en nuestros dias en que se hace un estudio y se tiene por prudencia y política el engañarse, el ocultar la verdad, el burlar la buena fe y confianza en las palabras, en que no se trata sino con engaños y artificios, y no segun la verdad y simplicidad y sencillez que nos manda el

Espíritu Santo, sino segun conviene á los intereses de cada uno ?

Por mas que esta sea la ciencia y la política del mundo, por mas que se apruebe y generalice en el mundo, no es esto lo que Dios nos manda, ni fue la conducta de san José que fue siempre siervo fiel y prudente segun Dios; simple, recto y temeroso de Dios sin que se hallase en su boca la mentira ni en su corazon el engaño. ¡ Infeliz del mundo por sus fraudes y falta de fidelidad ! y sin embargo cree que no puede pasar sin sus mentiras y engaños, y en ellos libra sus adelantos y su prosperidad. Yo tengo el encargo de deciros de parte de Dios que no os dejeis arrastrar de los sentimientos y máximas corrompidas del mundo, que sigais las inspiraciones del Espíritu Santo y como san José obreis siempre en vuestros tratos y comercio con los hombres con fidelidad, con franqueza y sencillez cristiana, sin engaños ni fraudes, y prosperareis mejor y nada tendreis de qué arrepentiros.

Dura os parecerá esta doctrina, pero es la del Evangelio por mas que esté en oposicion con las costumbres, y como san José podremos todos ponerla en práctica con la gracia del Señor. Pidámosla antes de continuar, valiéndonos de la intercesion de María Santísima.

Ave María.

Dico autem.....

Sea vuestro lenguaje : Sí, sí. No, no : pues lo que pasa de esto procede del malo. Así nos lo encarga expresa-

mente Jesucristo por san Mateo (1), y esto solo debiera bastar para evitar en todos nuestros tratos y negocios el fraude, la simulacion y la mentira. Todo lo que no sea obrar de esta manera, procede del malo, esto es, del demonio, que es el autor de todo lo malo y el maestro y padre de la mentira. ¿Quién fue el que pronunció la primera mentira que se dijo en el mundo? El demonio para engañar á la primera muger y acarrear la perdicion á todo el género humano. Pues el que miente y engaña se hace discípulo del demonio, habla por boca ajena, porque la mentira que dice la recibe del diablo. El original de la mentira está en la boca del demonio, y la copia está en la boca del cristiano. Tan fea y abominable es la mentira, que el demonio mismo no se atrevió á decirla á cara descubierta y se disfrazó tomando la forma de serpiente, con lo que podemos conocer lo venenosa y perjudicial que es. No podríamos resistir si viéramos toda su fealdad, moriríamos de horror como sucedió á Ananías y á Safira su muger, que quedaron muertos luego que conocieron saludablemente el horror de su mentira. El demonio es el padre de la mentira, así como Dios es el padre de la verdad, y los mentirosos contraen este infeliz parentesco; y así, no Dios, sino el demonio los tendrá y reconocerá por suyos. ¿Quién, pues, tiene ánimo para mentir y afiliarse á un padre tan maldito? Guardaos de la mentira, hermanos míos, decia por esta razon san Antonio, porque todos los que aman la mentira son hijos del diablo. Jesucristo vino al mundo para dar testimonio de la verdad, y por eso aborrece tanto

(1) Cap. 5, v. 37.

la mentira; los puede reconocer por suyos á los que mienten y disminuyen las verdades entre los hijos de los hombres.

¿Cómo es posible, ni cómo podríamos creerlo si una desgraciada experiencia no nos lo manifestase, que entre los mismos cristianos se ponga tan poco cuidado en decir la verdad? ¿Qué tiene la mentira, podemos preguntar con el Profeta real, para que la busquen los hombres con tanta ansiedad? Esta es la ocupacion de los mas, y el que es mas doloso y fraudulento es tenido por mas ingenioso y capaz; el veraz y sencillo es tenido por un simple, y despreciado por mentecato. En la mentira se pone la esperanza para adquirir los bienes que se pretenden. En la mentira se confia como en un escudo para evitar los males que amenazan, y en ella se busca la proteccion. La maldicion y la mentira, como se lamentaba el profeta Oseas, ha inundado al mundo y se halla en todos los negocios humanos. Se ha aumentado el número de los hijos malvados y de la generacion mentirosa: *Filii scelerati, semen mendax*, como dice el profeta Isaías (1). Renuncian en el bautismo al demonio y á la mentira, y podemos decir que desde los brazos de sus madres comienzan á ser mentirosos: *Erraverunt ab utero, locuti sunt falsa, filii alieni locuti sunt ei*.

Al engaño y la mentira se la tiene por cosa de poco momento, es el pecado mas comun, y por lo mismo podemos decir que es el mas terrible, porque con la mentira se cubren y sostienen todos los demás pecados, con la mentira crecen, se aumentan y conservan años enteros, y

(2) Isai., cap. 5.

sin ella caerian por tierra á muy pocos momentos. Los hurtos, las fornicaciones, los adulterios, los perjurios, los homicidios y todos los desórdenes del corazon humano se mantienen con la mentira. Los robadores del oro ó de la honestidad pasan y se cubren con ella, y aparecen como guardas y pastores los que son lobos rapaces. Que desapareciese la mentira y se ausentarian con ella todos los vicios. Tertuliano llamó á la mentira *ministro del apetito*, porque á todas las pasiones sirve de pies y de manos para obrar todo el mal que desean. Repréndase un vicio y os darán por contestacion que es una calumnia; que son malas lenguas que se complacen en hacer mal, que nada es verdad y llaman á Dios por testigo de su inocencia, y sin remordimiento empiezan á maldecirse á sí mismos para ser mas creidos. *Comedit et tergens os suum dicit: non cum operata malum*. Los tratos y correspondencias peligrosas y obscenas, los robos y contrabandos, los manejos de los usureros, los perjurios, los pleitos injustos, las enemistades, las traiciones, las injusticias que se cometen, todo género de maldad, en una palabra, se conserva y vive al abrigo y amparo de la mentira, de esta enemiga de la luz.

Pues, hermanos míos, delante de todas las obras que nos preceda la palabra verdadera, como nos dice el Eclesiástico. Que vaya siempre como guia la verdad con la hacha en la mano, y así estaremos seguros de caer en mil precipicios y perversidades en que al fin se desliza y cae el que sigue á la mentira. Mientras haya en mí aliento, digamos como Job, mi lengua no meditará mentira, y ni por temor de algun mal, ni por la esperanza de algun bien, me resolveré á decir otra cosa que la verdad. Siem-

pre será cierto que perecerá el que habla la mentira, como nos lo dice el Espíritu Santo (1). Estais torpemente diciendo que el engaño y la mentira son de necesidad para vivir en el mundo y tratar con los hombres y atender á vuestros intereses. ¿Qué juicio se forma en el mundo del que usa para sus tratos de moneda falsa? ¿Y qué diremos de los que atesoran falsedades en su corazon para engañar á su prójimo? ¿Qué castigo merece el que comercia con este género de moneda falsa? ¿Qué sería de nosotros, dice san Juan Crisóstomo, si un miembro dijese falsedades á otro? ¿Si los ojos dijesen á la mano que los carbones encendidos son flores, si le dijesen al pie que los escorpiones son hormigas, y que las hormigas son escorpiones? ¿Si le dijesen al paladar que un manjar saludable es un veneno, ó que un veneno es manjar saludable? ¿Qué sería de nosotros? Pues este desórden introducen los mentirosos en la vida civil, que es como un cuerpo, compuesto de tantos miembros cuantos son los hombres que viven juntos.

¿Direis despues de esto que es necesaria la mentira para vivir en el mundo? Como una moneda corriente y legítima vale mas que cien falsas, así un hombre de verdad y sin engaños vale mas que cien mentirosos; y de aquí es que aun entre los hombres se tiene por una injuria el que se le diga que miente. Si fijamos nuestra consideracion, hallaremos que no hay cosa mas apreciable que decir siempre verdad, ni cosa mas odiada que el ser embustero. ¿Qué estimacion se ha de hacer de un hombre que ha perdido el crédito? Es semejante á un mercader quebrado, que no

(1) Prov. cap. 19.

halla quien se fie de él. Por mas que los fraudes y mentiras se oculten, al fin se han de descubrir. No es posible que se enriquezca alguno con monedas falsas, y lo mismo hemos de decir del que usa de engaños. No hallará el engañoso logro, dice el Espíritu Santo. Congregará alguna riqueza, pero aquella riqueza mal recogida desaparecerá como el humo ó como un monte de arena seca que al primer viento se desvanece. El que engaña á su prójimo piensa que ara en un campo muy fértil y feliz, y conocerá al fin que ha arado neciamente en la arena. El granizo, dice Isaías, destruirá la esperanza de la mentira. Es decir, las esperanzas de todo hombre fingido quedarán secas en yerbas como con piedra repentina, y vale mas, dice el Espíritu Santo (1), ser pobre que ser mentiroso, si á costa de mentiras y engaños han de conseguirse las riquezas.

Si, pues, la mentira es hija del demonio y es preciso que renuncie el mentiroso á ser hijo de Dios por afiliarse entre los hijos del demonio; si es tanta su fealdad que basta su horror para quitar la vida; si es la que encubre y fomenta todos los vicios, y sin ella sería de muy corta duracion; si el mismo demonio se avergüenza de ella y usó para engañar del disfraz y máscara de la serpiente; si introduce un desórden general en el mundo; si denigra y desacredita á los que la usan; si se engañan los que confían y ponen sus esperanzas en ella y se disipan al fin las riquezas que se atesoran y consiguen con engaños; si no es posible ocultar por mucho tiempo las falsedades, que por fin se descubren y no puede conservar la máscara el

(1) Prov., cap. 19, v. 22.

engañador, sin que al fin se le caiga y sea conocido y quede sin crédito ni honor; si no puede conseguirse bien alguno con fraudes y engaños ni para con Dios ni para con los hombres; y si por último, y es la verdad mas terrible, la boca que miente mata al alma, huyamos de la mentira y tengamos la fe con nuestros hermanos y en todos nuestros negocios. Seamos sencillos, francos y veraces, sin que abriguemos el dolo ni la mentira. Deponiendo toda mentira, como nos dice el apóstol san Pablo; hable verdad cada uno con su prójimo, porque todos somos miembros de un mismo cuerpo. Desaparezcan de entre nosotros y enmudezcan los labios engañosos. Confunda y esterminie el Señor á cuantos anhelan por engañarse unos á otros con discursos artificiosos, y con un corazon fraudulento piensan de distinto modo de lo que hablan; á los que hace insolentes su destreza en engañar y dicen: nos granjeamos la estimacion con nuestro lenguaje y nuestra política; nuestra lengua combatirá por nosotros; y con esto ¿quién nos podrá dominar? *Labia nostra á nobis sunt ¿quis noster Dominus est* (1)? Seamos sencillos y francos como san José, como ese siervo fiel á quien constituyó el Señor sobre su familia, en cuya boca no se halló la mentira ni jamás el dolo ni el engaño penetró en su corazon. Huyó del bullicio y de los negocios del mundo sin buscar sus intereses y sus aumentos en la intriga, el fraude, y se contentó con ganar el sustento de su vida en el trabajo de sus manos, enseñándonos á todos á contentarnos en el estado y condicion en que nos pone la divina Providencia, y á no bus-

(1) Psal. 11, v. 4.

car nuestros aumentos en la ruina de los demás. En todo procedió con la sencillez y la fe de un varon justo, recto y temeroso de Dios, que es la sabiduría verdadera y la ciencia de los santos. Obrando nosotros así, viviremos sossegados y tranquilos, porque el que anda simplemente, dice el Espíritu Santo en los Proverbios, anda confiadamente. Nada tiene que temer ni de qué avergonzarse ni arrepentirse el que es fiel á su corazon y habla la verdad con sus hermanos los hombres todos. La boca del que es justo meditará la sabiduría verdadera, su lengua hablará siempre la justicia, tendrá fija la ley de Dios en su corazon y delante de sus ojos, y Dios no permitirá que sea víctima de los engaños; caminará siempre con rectitud, que es la riqueza mayor que podemos apetecer. Yo, dice el Señor, me levantaré para socorrer á los justos que gimen oprimidos; los pondré en salvo de sus enemigos seguro de que nadie me lo impedirá. Las palabras del Señor son sinceras y puras como la plata pasada por el crisol y purificada siete veces con el fuego, y así podemos estar seguros que no será como los hombres que ofrecen sin ánimo de cumplir, que nos protegerá siempre y nos defenderá de esta perversa generacion, por mas que nos veamos rodeados por todas partes de estos impíos, y Vos, segun vuestrós profundos juicios, dejeis que se multipliquen (1). Así lo hizo con el glorioso san José sacándole á salvo de todas sus tribulaciones y premiándole despues como á siervo fiel, dándole entrada en su gozo. Alcanzadnos, dulce patrono y abogado nuestro, que no nos dejemos llevar de la tenta-

(1) Psalm. 11,

cion y los depravados deseos de nuestras inclinaciones viciadas, y que por amor á Dios, aunque sea contra nuestros intereses, digamos siempre la verdad y seamos sencillos, francos y veraces, sin dolo ni mentira en nuestro trato con nuestros prójimos, para que no tenga parte en nosotros el demonio, para que el Señor nos reconozca por hijos suyos, y gozando en esta vida la tranquilidad y sosiego que da el hablar siempre con verdad, nos haga después participantes de la gloria de los hijos de la luz, y le alabemos con vos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA X.

Gozo décimo del Espíritu Santo.

MODESTIA.

Dico autem: Spiritu ambulate...

Además de regirnos y gobernarnos por lo que toca á nosotros mismos rectificando las operaciones de nuestra alma y respecto á nuestros prójimos, procurando hacerlos bien y sufrir sus molestias, y ser sinceros y veraces en su trato y comunicacion, nos queda el haber de proceder bien en aquellas cosas que son inferiores á nosotros, en nuestras operaciones exteriores, en nuestros dichos y nuestros modos de obrar, y cuanto á nuestras concupiscencias interiores, lo que como explica mi angélico doctor santo Tomás, se nos concede por la modestia, la continencia y la castidad. La modestia es la que modera las acciones y palabras, y pone modo en las maneras de obrar, y siendo fruto del Espíritu Santo nos da, no solo el obrar con rectitud sino con una dulzura y satisfaccion, un gozo interior que nos hace apetecible el ser modestos.

La modestia, hermanos míos, podemos decir que es el carácter y distintivo de los cristianos, lo que tanto recomendaba el apóstol á los fieles y quería que su modes-

tia fuese manifiesta á todos y por lo que realmente eran descubiertos los adoradores de Jesucristo y en lo que se distinguían de los gentiles y paganos. Moderacion, equidad, mansedumbre, modestia, esto es lo que debe adornar á un cristiano que quiere serlo de veras. Modestia en nuestras obras, manifestando que somos templos de Jesucristo y que llevamos su espíritu en nosotros, que vamos vestidos de Jesucristo interior y esteriormente, porque debemos transformarnos en criaturas suyas y asemejarnos á él. Modestia y moderacion en las desgracias, adversidades, persecuciones y trabajos, como que esperamos recibir el premio y la corona de mano de Jesucristo. Modestia y moderacion en el uso de las cosas de este mundo, como que hemos de dar muy pronto razon de su abuso y de todo lo que nos sea superfluo á aquel Señor que solo nos permite lo que nos sea necesario. Con nuestros amigos y nuestros enenigos, en el público y en secreto, en nuestras palabras, en nuestras obras, en nuestras miradas y movimientos debemos ser modestos y manifestar que somos discípulos de Jesucristo que con sus palabras y su ejemplo nos enseñó la modestia, y siendo Dios de toda magestad se dejó ver y conversó con los hombres apareciendo lleno de modestia y mansedumbre.

Volvamos nuestra vista al bienaventurado san José y hallaremos el ejemplar de modestia y compostura cristiana en las palabras y las obras, y que cuanto deslize nuestra conducta de la suya estamos distantes de la moderacion y modestia cristiana que tan necesaria nos es y con que debemos honrarnos.

Bien quisiera escitaros y moveros á la modestia en todo y que desapareciera de entre los cristianos ese orgullo y

altanería, esa vanidad y descompostura, esa inmoderacion, arrogancia y desvergüenza en que se vive y que tanto desdice y afrenta al cristianismo; que desapareciera esa libertad y desenfreno en el lenguaje en muchos cristianos tan indecente, atrevido y blasfemo como si no tuviesen Dios ni esperasen otra vida; pero voy á limitarme á amonestaros contra otro desórden no menos perjudicial y por desgracia mas comun, contra la vanidad y la inmodestia en el vestir, especialmente en las señoras mugeres, para que convencidas de su locura y desacierto no se dejen arrastrar mas de las locuras del mundo y las concupiscencias de la carne y sigan el espíritu de modestia y compostura cristiana, el ejemplo de san José.

Dadme, Señor, vuestra divina gracia para que triunfen vuestras palabras y doctrina puestas en mis labios y anunciada por mi boca. Os la pedimos por la intercesion de vuestra Santisima Madre saludándola con las palabras del ángel:

Ave María.

Dico autem...

Con vergüenza y sobriedad encargó el apóstol que vistiesen las mugeres cristianas. Con sobriedad sin esceder en el modo de vestirse y en el lujo y coste de los vestidos lo que corresponde á su clase; condicion y fortuna: y con

vergüenza de modo que no falten á la modestia y honestidad. Vestimos todos por una necesidad, por un castigo, para cubrir la confusion que introdujo el pecado en la desnudez y que sintió nuestro primer padre en el estado de su inocencia. Los vestidos son unas vendas que atan las llagas horribles que hizo el pecado en el hombre. ¿No será una necedad hacer ostentacion de lo mismo que prueba nuestra miseria y nos recuerda nuestra caída y nuestra enfermedad? ¿No es una locura hacer un lujo de lo que es nuestra derrota? Sin embargo, llega á tanto la locura que como si los cristianos no hubieran renunciado al mundo, á sus pompas y sus vanidades, lo sacrifican todo al lujo en el vestir y es demasiado comun el no contentarse con lo que corresponde á su clase, dimanando de aquí arruinarse las fortunas, ausentarse la paz de las familias, dejar de pagar á los acreedores, olvidarse de los difuntos y de las obligaciones mas justas y sagradas por emplearlo todo en el lujo, por no ser menos que otras las mugeres, por seguir los caprichos de la moda. No hay tesoro bastante para la antojadiza concupiscencia de una muger, decia san Basilio. Todo lo consumien con su vanidad, y si las examinásemos podríamos decir de muchas lo que echaba en cara Jeremías á la ciudad de Jerusalem: *In alis tuis inventus est sanguis animarum pauperum* (1). En tus alas se halló la sangre de las almas de los pobres. En esos vestidos de lujo y ostentacion que sirven de alas á la vanidad y soberbia de los ricos está la sangre de tantos jornaleros y artistas á quienes no se

(1) Cap. 2, v. 34.

paga el trabajo que se los manda, la de los criados á quienes no se recompensan sus servicios, la de tantos pobres á quienes se deja morir de hambre, la de los mismos hijos á quienes se arruina y deja en la miseria.

Con todo y sin perjuicio de ser este desórden tan trascental, es muchísimo mas criminal y reprehensible el vestir sin vergüenza, ó faltar á la modestia y honestidad en los trages. El bronce cuanto mas se pulimenta, mas espuesto está á tomarse del orin y podemos temer de un modo semejante que el demasiado adorno en el vestir sea una exposición á mancharse con el orin de la culpa y un paso muy adelantado para llegar á la impureza.

Por dos fines puede adornarse una muger, dice Tertuliano, ó por ser vista, ó por ser apetecida. El esmero y aliño en los vestidos ó sabe á ambicion ó á prostitucion. Algunas se adornan para hacer una simple pompa de sí mismas, y otras son como la sierpe que cuanto tiene mas hermoso el color es mas á propósito para dar muerte. Manifesta es la perdicion y ruina de las desgraciadas que se adornan con este fin depravado valiéndose de los adornos y de la desnudez escandalosa para que sirva de tropiezo á las almas. Semejantes mugeres se pueden llamar con las palabras de san Efren, naufragio en tierra firme. De ellas pueden temer los buenos y los malos, porque así como en tiempo de peste son tal vez mas fáciles de contagiarse y alterarse los cuerpos mas sanos, así con los escándalos son tal vez mas fáciles de enfermar los ánimos mas puros, y aun los malos no es fácil que se acostumbren á mirarlas sin que saquen algun daño, como no es posible acostumbrarse á respirar un aire venenoso é infestado. Con este género de

mugeres se congratula el demonio, se alegrará y saltará de placer, dice el profeta Habacu, y por esto inmolará á su nasa y sacrificará á su red, porque con ellas se ha acrecentado su caudal y su manjar escogido. Son las redes de que se vale el demonio para aprisionar á las almas y el demonio las estima tanto que puede decirse que las adora por los muchos que rinden á su tiranía y sujetan á la esclavitud del pecado, pero ¡ay de estas redes de Satanás, que han de ser quemadas en el fuego eterno! ¡Ay, podemos decir con Jeremías, ay de los que traeis á la maldad con los cordeles de la vanidad y como la atadura de un carro al pecado! ¡Ay de vosotros que conducis como en triunfo á la maldad haciendo que sirvan vuestras galas profanas como otros tantos hilos y cordeles para tirar los pecados unos tras de otros, por los escándalos que vuestra vanidad va dejando por donde quiera que pase! ¿No es un estado bien lamentable el de semejantes almas? Y lo peor es y mas sensible la poca esperanza que queda de su enmienda, porque son de aquellas almas necias de quienes dice el Espíritu Santo que aunque se las mage en un almirer no se las quitará su necedad (1).

Sean enhorabuena las manos las que se vistan y adornen con el ánimo depravado y el fin diabólico de perder á las almas, no intentan inducir á los que las miran á pecar y sea solo por la ambicion de ser mas miradas y aplaudidas. Sanciónese enhorabuena con la costumbre ó con la moda lo que no deja de ser inmoderacion y deshonestidad.

(1) Prov. Cap. 27., v. 22.

El Señor ha de visitar á todos los vestidos con trage peregrino, dice el profeta Sofonías; y los juzgará, no segun el uso, sino segun la verdad. Diré sin embargo, que aunque la intencion no sea dañada los estragos que causan el lujo y poco recato en el vestir son ciertos, la falta de enmienda en este género de escesos es muy comun y de temer es que los castigos sean tan terribles como seguros. Son muy destemplados nuestros apetitos; no se contenta nuestro corazon con que haya ojos para mirar, se va detrás de ellos con el deseo hasta quedar tambien sin vida. ¿Qué disculpa podrá tener una muger que no repara en el peligro que ocasiona en los que la miran por su lujo, ostentacion y adorno inmoderado, aunque no tenga intencion de arruinar á las almas? Muchos, dice el Eclesiástico, se han perdido por la belleza de la muger y con esto arde la concupiscencia como fuego. Pues si á su belleza se aumentan los incentivos de trages inmodestos, galas, adornos, afeites, desnudez y otros que inventan cada dia la moda y la sensualidad, ¿qué incendios escitarán en cuantos las miran? ¿Y podrán disculparse con decir que no es su intencion ni deseo el que caiga nadie en el pecado? Aunque tuvieran tal intencion, ¿harian mas de lo que hacen, ni serian mas funestos y multiplicados sus estragos? Yo no me puedo reducir á creer, decia Tertuliano, que haya de quedar sin castigo alguna muger que de algun modo concurre y coopera á la ruina de las almas, solo por seguir una vanidad. Baste recordar lo que dijo Dios por Isaías á las mugeres de la Palestina cuando contadas una por una las vendas, las armillas, los anillos, gargantillas y todos los adornos de que atendian á cargarse concluyó: que él mismo llegaria á

arrancárselos de sus cuerpos con sus propias manos para mudarlos en otros tantos azotes dolorosísimos. Sin embargo, aquellos adornos eran solamente contrarios á la sobriedad, comountuosos y superfluos, pero no contrarios á la modestia como lascivos. ¿Qué castigos tendrá el Señor destinados para estos? ¿Cómo podremos dejar de temer los anatemas que tan frecuentemente hallamos en las sagradas letras contra los que escandalizan á sus prójimos? ¿No ha de pedir el Señor una cuenta y hacer un terrible cargo á esas mugeres que tienen todo su afecto, sus pensamientos y toda su atencion en adornarse, embellecerse y componerse para parecer bien de las almas que se pierden por su culpa aunque no tengan ellas la dañada intencion de perderlas y lo hagan solo por vanidad?

Sea el que quiera vuestro estado y condicion, sean las que fueren las máximas y constumbres del mundo, lo que á todas las mugeres cristianas conviene es vestir con vergüenza y con sobriedad como encarga el apóstol. No se las prohíbe, dice mi angélico doctor santo Tomás, el adorno moderado y correspondiente á su clase, sino el superfluo, el desvergonzado, el impúdico. Observad á vuestras iguales y considerad cuál traje eligiriais para comparecer delante de Jesucristo cuando hayais de ser juzgadas. Elegid ahora el que entonces quisierais haber elegido y evitad con tiempo los castigos que pueden sobreveniros por vuestra vanidad, vuestra locura y falta de modestia. Con igual proporcion podemos hablar de esa afeminacion y lujo en los trages de los hombres, y mucho mas de la descompostura de sus gestos, movimientos y miradas que tanto ofenden al pudor y de que no puede menos de avergonzarse to-

do hombre sensato. En todo, hijos míos, manifestemos la compostura y modestia que tanto conviene á los que nos preciamos de ser siervos de Jesucristo, y convencidos de la vanidad y locura de las modas y adornos del mundo, de los peligros á que nos esponemos y esponemos á las almas, de los castigos con que ha de atormentarnos el Señor y el cargo que nos hará cuando para confundirnos y juzgarnos nos presente su pobreza, su desnudez, sus tormentos, sus clavos y sus espinas, no nos dejemos arrastrar de las concupiscencias de la carne, y sigamos el espíritu de modestia y compostura que nos recomienda nuestra religion y cumplamos las promesas que hicimos de renunciar á las pompas y vanidades del mundo. Sigamos el ejemplo de san José, porque en vano es que nos preciamos de ser sus devotos si no le honramos con nuestra conducta. Fue modesto en su trato, en sus palabras, en sus acciones, sobrio en el vestir, comer y en todas sus operaciones apareciendo como un anciano respetable por su modestia y compostura cuando se hallaba en la edad viril, y cuando trabajan con mas fuerza las pasiones. Por eso fue hallado digno de ser esposo de la castísima Virgen María y vivir en la compañía de Jesus y de María Santísima, porque tanto como irrita y desagrada al Señor la desvergüenza y descompostura merece sus atenciones y cariño la modestia y el recato, y como castiga á los que destruyen y escandalizan premia á los que edifican y ganan y convierten á las almas.

Rogad por nosotros, glorioso san José, y alcanzadnos del Espíritu Santo el precioso fruto de la modestia que nos haga aceptos y agradables á Dios y á los hombres. Que huya de nosotros el espíritu de vanidad, el deseo de agradar,

el ornato superfluo de un cuerpo que lia de ser muy pronto pasto de gusanos y la herencia de la podredumbre y mucho mas la tendencia infernal de querer arruinar á las almas y servir con nuestra deshonestidad y descompostura de redes del demonio para hacer cautivos y esclavos de su tiranía. Que cuidemos de vestir y adornar nuestras almas con la vestidura de la modestia y la pureza, del recato, la vergüenza y la honestidad para que apareciendo ante el Señor modestos y con la prudencia y sensatez de los ancianos nos reconozca por suyos y dándonos entrada en su reino, le adoremos con vos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

DIA XI.

Gozo undécimo del Espíritu Santo.

CONTINENCIA.

Dico autem : Spiritus ambulate.

El cristiano debe poner todo su cuidado en ser santo en el cuerpo y en el espíritu, en ser puro y santo y por eso debe elegir, procurar y practicar todo lo que se ordena y es conducente para vivir en castidad y pureza y huir de todo aquello que pueda serle perjudicial y ocasion de su ruina, y como los viciados deseos de nuestra carne y las concupiscencias depravadas que nos arrastran al mal se alimentan con los convites y regocijos, se nutren con las delicias, se encienden con el vino, se escitan con los espectáculos, se fomentan con la molicie en el vestir y el regalo en el comer, y se inflaman con el trato y familiaridad con las personas de distinto sexo, el siervo de Jesucristo debe huir de todo esto con gran cautela y circunspeccion, con la templanza, la sobriedad, los ayunos, la oracion, la lectura de libros piadosos, la diligente custodia de los sentidos, con el trato grave y la conversacion siempre honesta y ver-

gonzosa con las personas de otro sexo; porque entre la multitud de peligros que presenta el mundo toda diligencia es poca y ninguna prevencion está demás. No basta contenerse y refrenar el apetito de los placeres prohibidos y pecaminosos, que es lo que nos da el Espíritu Santo por la castidad; es preciso abstenerse tambien y moderar nuestros deseos aun en las cosas mismas que nos son lícitas y permitidas, y esto es lo que se nos concede por la continencia.

El bienaventurado san José nos dió el ejemplo de esta preciosa virtud, enseñándonos con su ejemplo á sacrificarnos por Jesucristo; á apetecer las delicias del cielo mas bien que los placeres de la tierra, á destruir en nuestras almas el pecado y hasta la ocasion del pecado porque reine la gracia y arraigue la virtud en nuestros corazones, y con el ejemplar patente de nuestro santo pudiera manifestaros que es indispensable si queremos la corona de gloria, declarar la guerra á nuestros apetitos, huir de la vida cómoda y regalada, de esa virtud pacífica, si tal puede llamarse, en que queremos servir á Dios, pero sin privarnos de los placeres y regalos lícitos de esta vida, queremos llevar la cruz, pero sin que nos sea pesada; y quitar el cáliz sin experimentar las amarguras. Pudiera manifestaros el poco apoyo, duracion y estabilidad de la virtud que no se nutre y fortalece con la continencia y lo fácil que es que caiga en los placeres ilícitos el que no se abstiene de los ilícitos; pero voy á llamar vuestra atencion y escitar vuestro propio interés diciéndoos: que el que es continente posee todos los bienes, es apreciado de Dios y de los hombres, es atendido en sus oraciones y está lleno de fortaleza para resistir

á los enemigos infernales. Si os llegais á convencer de estas ventajas ¿podreis dejar de apetecer y pedir al Espíritu Santo el fruto de la continencia? Vos, Señora, dulcísima Madre de Dios y de los pecadores, estuvisteis dotada abundantísimamente de este fruto de honor y de honestidad, y en ser continentes manifestaremos que somos vuestros hijos y devotos de vuestro esposo san José. Interceded por nosotros alcanzándonos la gracia necesaria, para lo que os saludamos con el ángel:

Ave María.

Dico autem: Spiritu ambulate...

La continencia es la madre de todos los bienes. Es, dice Tertuliano la flor de las costumbres, el honor de los cuerpos, el decoro de los sexos, el fundamento de la santidad. Es, dice san Cipriano, la que surgiere la disciplina de las buenas costumbres. Es, dice san Agustin, el adorno de los nobles, la exaltacion de los humildes, la nobleza de los plebeyos, la hermosura de los viles, el consuelo de los tristes, el aumento de la hermosura, el decoro de nuestra religion, la que disminuye los crímenes y multiplica

los meritos, es la imágen de Dios, la parienta de los ángeles, la vida de los patriarcas, la corona de los profetas, el cingulo de los apóstoles, el auxilio de los mártires, el vínculo de los confesores, el espejo de las vírgenes, el refugio de las viudas y el gozo y consuelo de todos los buenos. Es, dice tambien san Cipriano, la hermana de los ángeles, la victoria de los apetitos, la reina de las virtudes y la posesion de todos los bienes.

Y si tanto mas nos ha de dar el Señor segun sus repetidas promesas quanto mas dejemos y sacrifiquemos por él, si renunciarnos por la continencia aun á aquellos placeres que son lícitos y permitidos, nada dejará sin recompensa nuestro Dios, nada tendremos que echar de menos los placeres de que nos privamos, no nos faltarán los bienes de la gracia, que son los bienes verdaderos con que el Señor nos favorecerá. Nosotros mismos los buscaremos y nos los proporcionaremos siendo continentes, porque miraremos con tedio y con desprecio los bienes de esta vida, apeteceremos los del cielo, y hallaudo el Señor nuestro corazon vacío de las cosas de la tierra y limpio del polvo de este mundo, le llenará de los dones de su reino. El Señor apetecerá nuestro decoro y nos hará sentir su manó benéfica y hallaremos en nuestra misma continencia cuantos bienes podamos apetecer.

¿Queremos que el mundo nos respete y que los hombres nos aprecien? Pues seamos continentes y nos ganaremos la benevolencia de todos. Un esclarecido ejemplo tenemos en el patriarca José, figura del que habia de ser padre y custodio del Salvador del mundo, de ese glorioso santo, objeto de nuestros cultos. Fue vendido por sus her-

manos envidiosos del mucho amor que su padre le profesaba por su pureza, y cuando entró en la casa de Putifar le hizo dueño de todos sus bienes de modo que ignoraba el Señor lo que tenía en su casa y todo lo que estaba bajo la potestad de José. Fue terrible la calumnia que la misma muger de Putifar y señora de José levantó contra este; y aunque pudo hacer que se le condenase á la pena capital se contentó con que se le retuviese en la cárcel. En la cárcel se grangeó la voluntad de todos. El Señor le concedió que hallase gracia delante del superior de la cárcel y puso á todos los presos á su cuidado. Era un hebreo á quienes por lo comun aborrecian los egipcios, y halló gracia no solo delante del criado de Faraon, sino aun delante de este mismo rey, y se le vió pasar desde el calabozo al palacio; desde la cárcel al trono; desde el estado de preso y esclavo, al de señor y mas inmediato al rey: *Uni tanto requi solio te præcedam*. Y aunque gobernó unos dominios tan dilatados y en tiempos tan difíciles, jamás se levantó contra él la mas mínima queja y siempre conservó el afecto de todos. Así quiere Dios que aprecien los hombres á los que son puros y continentes.

¿Qué mucho si el mismo Dios los aprecia y oye con particular atencion sus oraciones? La muger santa y que conserva el pudor, dice el Espíritu Santo, es una gracia sobre gracia, se atrae las gracias y la benevolencia de Dios. En aquel siglo en que toda carne habia corrompido sus caminos y estaba Dios arrepentido de haber criado al hombre, solo Noé conservaba la gracia y la amistad de su Dios, ninguno halló gracia en la presencia de Dios sino Noé. ¿Por qué? Porque fúe justo y perfecto y aunque nada se nos di-

ce de especial de este hombre predilecto y escogido, notan los sagrados espositores que se dice en las sagradas letras: *Noe vero cum quingentorum esset annorum genuit Sem.* La castidad y continencia de Noé, el haberse conservado sin unirse al matrimonio por espacio de quinientos años le hizo tan grato á Dios, y él solo se libró del castigo con su familia, así como de él solo hallamos que tardase tantos años en tener hijos.

No fueron los hombres solos los que apreciaron á José, sino que el mismo Dios le favoreció, bajó con él al calabozo y acompañó en sus prisiones y consoló en sus trabajos: *Descenditque cum illo in foveam et in vinculis non dereliquit eum.* Y aunque es verdad que el Señor está pronto para socorrer á todos los que se hallan con un corazón atribulado y que siempre favoreció al patriarca José, puede decirse que le dispensó una asistencia muy especial cuando sufría por la continencia, cuando era mártir de la castidad.

No hay quien ignore el horror que causa y el desprecio con que se mira un hombre destemplado, lascivo, entregado á las impurezas cuyas palabras y cuyas obras escandalizan y llenan de rubor á quienes no pueden menos de oírlas y verlas. Sabidos son los castigos terribles que por la impureza ha enviado el Señor sobre la tierra: pues otro tanto como los impuros, lascivos é incontinentes merecen los desprecios y aborrecimiento de los hombres y los castigos de Dios; los que son honestos, sobrios, púdicos y continentes, se grangean el aprecio y las bendiciones de Dios y de los hombres. Dios los oye en sus peticiones y atiende con especialidad á sus ruegos. Susana acusada del falso crimen iba á sufrir el público castigo, pero atendió el Señor á sus

ruegos y suscitó á Daniel que saliendo de entre el concurso convenció y condenó á los acusadores. Los dones especiales que suele conceder el Señor á sus siervos, el penetrar los secretos de los corazones, el anunciar las cosas libres que estan por venir, el lograr todo género de milagros, el comunicar los favores extraordinarios de sus consuelos y recreaciones interiores, sus visiones y revelaciones ¿ no son los continentes y las almas retiradas de los placeres del mundo á quienes Dios se complace en manifestar su poder y por quienes obra sus maravillas? ¿Y no son tambien los que contienen la ira de Dios y libran de las calamidades á los pueblos como Judiht á Betulia?

Otro fruto produce la continencia de no menos utilidad, y es que engendra una fortaleza para resistir y vencer con facilidad las tentaciones del demonio, y cuanto se apoya á la virtud. Tiene la continencia un vigor extraordinario y es la mejor armadura para las guerras del Señor. Teme el demonio y desconfia del triunfo quando halla una alma casta y continente. Así las vírgenes, aquellas doncellas tiernas y delicadas cuya complexion parecia que habria de rendirse al primer golpe, han sido por lo comun las que han manifestado mas valor y mas alegría en los terribles tormentos con que en las persecuciones del cristianismo han sido sacrificados los mártires. Confortaos en el Señor, nos dice el apóstol, vestíos la armadura de Dios para que podais resistir con firmeza las asechanzas del demonio y de los príncipes y potestades de las tinieblas; y él mismo nos espresa cuál es esta armadura que ha de sernos de tanto auxilio: *State ergo succincti lumbos vestros*. Sed castos y continentes y con este escudo prevalecereis contra el poder del infierno.

Admirable fue la continencia del glorioso san José, fue pura su alma, y en honor de su Dios sacrificó aun los placeres permitidos, supo moderar los deleites de los sentidos y contener los deseos de la carne arreglándose á vivir según el espíritu de Dios. Por eso fue tan amado de Dios y de los hombres; el Señor le honró mas que á los patriarcas, profetas, apóstoles y doctores, porque le constituyó sobre su familia, le encargó el cuidado de su hijo hecho hombre, y el mismo Jesus estuvo súbdito y obediente á José. Le oyó y consoló en sus aflicciones, atendió á sus ruegos y no se desentiende en el cielo de la intercesion del que fue su nutricio en la tierra. El huracan de las tentaciones le halló firme y no pudo hacer que flaquease la virtud del que estuvo siempre vestido de la armadura de la continencia.

¿Por qué no sacrificaremos los gustos, deleites y placeres de esta vida, por qué no hemos de resolernos á ser continentes, puesto que tan ventajosa nos es la continencia, nos grangea el amor de Dios y de los hombres, nos proporciona los bienes verdaderos, nos libra de los males y nos introduce en el cielo donde seremos reconocidos como hermanos de los ángeles? Tanto como apelecemos nuestro bien y ansiamos ser dichosos, seamos continentes y en la continencia misma hallaremos mas placer, mas satisfaccion y mas deleites que en todo aquello de que nos privamos por ella. Dejemos de ser carnales y terrenos y vivamos según el espíritu de Dios. Vos, glorioso santo, sois oido en el cielo, donde tal vez no penetran nuestros ruegos porque no tenemos ni podemos alegar méritos para ser atendidos. Interceded por nosotros y alcanzadnos del Señor el fruto de la continencia; que os imitemos en esta virtud tan fa-

vorecida del cielo y tan amada de Dios y de los hombres, para que viviendo con nuestros lomos ceñidos y con lámparas encendidas en nuestras manos entremos con el Esposo celestial en las bodas de los escogidos y cantemos por siempre sus alabanzas. Amen.

F. L. G.

DIA XII.

Gozo duodécimo del Espíritu Santo.

CASTIDAD.

Vinc autem: spiritu ambulate....

Castidad; ved, hermanos míos, el último y el complemento de los frutos del Espíritu Santo, la virtud que lleva consigo todas las virtudes, y sin la que no podremos poseer virtud alguna. Aunque tengamos la obediencia con Abraham, la paciencia con Isaac, la indigencia con Jacob, si no tuviéremos la castidad con José ¿de qué nos aprovechará todo lo demás, dice san Agustín? La castidad y limpieza de corazón, dice el mismo santo, ocupa un lugar muy glorioso y eminente entre todas las virtudes, porque ella sola es la que da á las almas el ver á Dios, y la verdad eterna nos dice: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Podemos decir que á la manera que el ojo corporal cuanto está mas limpio y despejado está mas dispuesto para ver la luz, así el alma cuan-

to mas pura, mas limpia del polvo y el cieno de los vicios de la carne, está mas dispuesta y es mas á propósito para ver á Dios, nada podrá ver mientras esté envuelta en las inmundicias y cubierta de las nieblas que exhala la sensualidad. Y si el premio de las virtudes es correspondiente á su mérito y valor, á la pureza y castidad está prometido el mayor premio : á los pobres de espíritu está prometido el reino de los cielos ; á los mansos la posesion de la tierra ; á los afligidos y penitentes la consolacion ; pero á los castos y limpios de corazon prometió Jesucristo en recompensa el ver á Dios, la vision de Dios que es en lo que consiste la bienaventuranza y todo lo que el alma puede desear para ser eternamente dichosa.

Por eso es conocido y alabado san José por su castidad, porque con la castidad reconocemos y confesamos en él todas las virtudes y frutos del Espíritu Santo, que acompañan á las almas castas donde quiera que vayan, porque la castidad hace á las almas templos vivos del Espíritu Santo, y habitando en ellas como en su propio templo, derrama con abundancia sus gracias y produce sus frutos de bendición. Fue san José casto y ejemplar de castidad, y nada mas necesitamos decir en su elogio, porque á la pureza del alma estan inseparablemente unidas todas las virtudes, y es la que proporciona á las almas el ver á Dios, que es en lo que consiste la bienaventuranza.

Nuestras devociones y ejercicios piadosos, nuestras mortificaciones y penitencias, nuestras obras todas deben ordenarse á conseguir el ver á Dios ; pero trabajaremos en vano si no nos disponemos con la castidad. Sin la castidad no recibiremos los frutos del Espíritu Santo, y con ella

vendrá á nuestras almas el divino espíritu, hará mansion en ellas y seremos templos del Espíritu Santo adornados con todas las gracias del cielo. He aquí el fruto que debemos sacar de este santo duodenario, y para eso se nos ofrece el ejemplar de la castidad de san José, para que seamos castos y entendamos que solo con la castidad podremos recibir al Espíritu Santo y participar de sus dones y consolaciones. Logradnos, glorioso santo, el ser castos; y con esto tendremos el tesoro de todas las virtudes. Para que yo logre persuadir é inclinar los ánimos de mis oyentes á tomar la resolución de abstenerse de todos los deleites impuros, y que sean castos en pensamientos, palabras y obras; alcanzadnos la divina gracia que pedimos, interesando á María Santísima que ruegue por nosotros diciéndola con el ángel:

Ave María.

Dico autem.....

Es verdad que todas las virtudes cristianas nos disponen para que recibamos al Espíritu Santo y sirven de un precioso adorno, pero la castidad es la que nos purifica, nos consagra y hace templos suyos, y sin la castidad jamás habitará el espíritu divino en nuestras almas. No habitará jamás en una alma manchada ni entrará en un cuer-

po sujeto al pecado. Con el hombre carnal no permanecerá el espíritu de Dios. El Espíritu Santo es amor, como que es el amor sustancial y personal de Dios y no puede permitir que el corazón en que entre divida su amor entre Dios y las criaturas; quiere ser amado él solo y ser amado mas que todas las cosas. Quiere que si hay algun otro amor en el alma, esté subordinado al amor divino y tienda al mismo fin. Es infinitamente celoso, y toda division le es odiosa, ni puede consentir que se le disminuya nada del amor que se le debe. Es preciso que purguemos nuestra alma de todo amor terreno y nos formemos un corazón nuevo. Mientras retengamos nuestros afectos criminales, peligrosos é inútiles, mientras estemos apegados al mundo, mientras amemos nuestros deleites y sigamos los deseos y apetitos de la carne, no estará en nosotros el Espíritu Santo. ¿Qué digo? Nosotros mismos le resistimos, le rechazamos y estorbamos que entre y produzca sus frutos en nuestras almas. Llama á las puertas de nuestro corazón, pero nosotros se las cerramos. Al sentir sus benéficos influjos nos conmovemos, confesamos los crímenes que hemos cometido, lloramos y hacemos penitencia, prometemos no volver á pecar, pero muy pronto olvidamos nuestras promesas y volvemos á querer lo que antes queríamos; nos asusta el peligro, pero no cambian nuestros afectos; contristamos al Espíritu Santo, y huye y se aparta de nosotros por nuestros amores impuros, porque no nos halla enteramente limpios de corazón, y somos tan miserables que ni sentimos, ni lloramos su ausencia. Nos ocupamos tanto de los deleites impuros, estamos tan satisfechos y contentos con los placeres de la carne y el amor á las cria-

turas, que ni pensamos en el Espíritu Santo, ni nada nos incomoda y disgusta tanto como el oír que se nos intima la necesidad de que habite en nuestras almas el Espíritu Santo. Así es que ni le invocamos en nuestra ayuda, ni le consultamos en nuestros negocios, ni nos gobernamos por sus luces, ni es el principio á que arreglamos todas nuestras obras. ¿ Por qué? Porque no queremos desprendernos del amor impuro que abrasa y consume nuestras almas, porque no queremos arrancar de nuestro corazon ese afecto carnal y reprobado enemigo de Dios que nos perturba y nos pierde, porque si hablamos, si pensamos, si obramos, es conforme á la passion que nos domina y al amor terreno que ocupa nuestra alma formada para Dios, y así no cuidamos de hacer lo que es del agrado de Dios, ni enderezamos nuestras esperanzas hácia Dios, sino que todo lo ordenamos á agradar á las criaturas. Pues mientras obremos así, mientras resistamos al Espíritu Santo, dador de todo bien, mientras no arranquemos de nuestro corazon todo amor impuro y seamos limpios y castos, sin otro amor, sin otro afecto que el de Dios, ni otros deseos que los deseos de agradar á Dios, no entrará en nuestras almas el Espíritu Santo, y en vano pretendemos que dorrane en nosotros sus frutos. Este es el primer paso que debemos dar, y sin arrancar todas las malezas y abrojos inmundos de nuestro corazon, no podremos ser templos vivos del Espíritu Santo.

Seamos puros y castos imitando al glorioso san José. En el ejemplo de este santo patriarca y la contemplacion de sus virtudes hemos visto lo dulce y suave que es el amar al Señor, la paz y gozo de los justos aun en esta vi-

da, la vanidad de todas las cosas terrenas y que no debemos agitarlos ni inquietarnos por ellas, la excelencia de los bienes eternos que deben darnos fortaleza y longanidad en los pocos momentos que median hasta que se nos llame á gozarlos, los bienes que podemos lograr siendo benignos, mansos, fieles, modestos y continentes; pero nos quedaremos privados de todo y no sacaremos fruto alguno de nuestra devoción á san José, si no somos castos: si nos quedamos entre las ilusiones y engaños de un amor impuro que se ensueña de nuestra alma; si seguimos envueltos entre el humo y el fuego de nuestras concupiscencias; si nos gobernamos por los deseos de nuestra carne corrompida. Hagamos un esfuerzo y resolvámonos de una vez á ser castos, no cerremos por mas tiempo los ojos de nuestra alma á las saludables inspiraciones del Espíritu Santo, no sean inútiles las doctrinas que hemos aprendido y las eternas verdades que hemos meditado en este santo duodenario, seamos puros y castos. Bien pronto nos haremos ricos de todas las virtudes; con la castidad lograremos como san José, la predilección de Dios, vendrá á nosotros el Espíritu Santo, hará mansion en nuestras almas y en ellas producirá todos sus frutos, y como á templos suyos, adornará con todos los dones del cielo. Si nos halla vacíos del amor terrenal y carnal, dominará en nosotros, nos inclinará segun su voluntad, y no seguiremos las concupiscencias carnales ni los antojos del mundo, sino el espíritu recto y de verdad, el espíritu de Dios que nos perfeccionará y llevará de virtud en virtud hasta hacernos felices en la gloria.

Bien pronto cambiarán nuestros deseos, nuestras pa-

bras, nuestros afectos, y nos hallaremos con un corazón nuevo que, como el de san José, no apetecerá sino las cosas del cielo. será fuerte en los trabajos, celoso por la honra y gloria de su Dios, despreciará las vanidades y locuras del mundo, edificará con su modestia y compostura, llevará por todas partes el fuego del amor de Dios y deseará que todos se inflamen en él sin que le desaliente la persecucion ni las contradicciones, ni las burlas, ni las promesas. Esos deleites que tanto le han cautivado perderán su ilusion y los mirará con desprecio, sintiendo no haber empezado antes á ser casto para haber gozado mas pronto y por mas tiempo los gozos del Señor.

Hombre carnal y terrene, incapaz de oir el lenguaje de la gracia, y que vives siempre resistiendo á las inspiraciones del Espíritu Santo, ¿qué ha sido toda tu vida sino una serie continuada de obras opuestas á la gracia del Espíritu Santo? Los frutos que has producido ¿son los frutos del Espíritu Santo? ¿Qué has hecho sino afligir, contristar, desentenderlo y resistir al Espíritu Santo por continuar en esos placeres impuros que te desacreditan y te pierden? No huyas por mas tiempo de la gracia del Señor, que aunque indigno y acreedor á sus castigos, te llama y te busca todavía. Sé casto y hablarás una lengua nueva, emprenderás una vida nueva, apetecerás lo que antes aborrecias, y aborrecerás lo que antes amabas, porque con la castidad te dispondrás para recibir las gracias que se complace en infundir el Espíritu Santo en los que son puros y limpios de corazón, y tus ojos se dispondrán para ver á Dios, que es la esencia de la felicidad verdadera.

En premio de los cultos con que os hemos honrado,

nada mas os pedimos, glorioso santo nuestro, á quien prometemos una devocion y afecto constante, que nos alcancéis del Señor una gracia mas poderosa para que seamos castos, que todas las sugestiones de la carne que nos arrastran á la impureza, que nos logreis el ser dóciles y flexibles á las inspiraciones del Espíritu Santo, y que no vivamos mas segun los deseos de nuestra carne corrompida. Que nos alcancéis la verdadera justicia y santidad sacándonos por vuestro poderoso patrocinio de la esclavitud y servidumbre del pecado, y como no podemos ser justos y virtuosos sin ser castos; como la impureza es el obstáculo principal que oponemos para ser santos y seguir los impulsos de la gracia que tantas veces nos inclina y mueve á obrar bien, como la castidad es la virtud que tanto os caracteriza y ennoblece, nos dirigimos á vos y os suplicamos rendidamente que nos alcancéis el que seamos limpios, puros y castos, para que venciendo este obstáculo, corramos por los caminos del Señor y dejemos que habite, se enseñoree y nos rija y domine como á templos suyos el Espíritu Santo que tan constantemente gobiernó vuestra bendita alma.

Alcanzadnos la perseverancia en el bien, la paz en nuestro pueblo, en nuestras familias y en toda nuestra nacion, el aumento y conservacion de nuestra santa fe y la prosperidad de la santa Iglesia; la salud y acierto del Sumo Pontífice y de todos los prelados y sacerdotes, el celo religioso en todos los que nos gobiernan; bienes espirituales y temporales si se ordenan á conseguir la salvacion para todos, y muy especialmente para los que han concurrido con sus limosnas y con su presencia á estos santos cultos que deseamos que pasen de generacion en genera-

cion; y por fin, en premio de ser devotos, alcanzadnos una vida santa que nos proporcione una muerte dichosa entre los brazos de Jesus, María y José, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus, María y José hasta que pase-mos á la gloria, y con vos y vuestra castísima esposa María Santísima, alabemos y bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

INDICE.

NOVENARIO

De sermones en loor de san Antonio de Padua.

	PAG.
DIA I. Debemos imitar á san Antonio en la virtud con que huyó del mundo, y venció al primer enemigo de nuestras almas.	7
DIA II. San Antonio se santifica en el claustro teniendo una vida escondida con Cristo en Dios.	22
DIA III. San Antonio uniéndose con Dios, amando á Dios y comunicando con Dios, recibió las gracias y dones que derramó el Espíritu Santo sobre los apóstoles.	37
DIA IV. Si el grande Antonio de Padua fue santo en	

- el retiro del claustro , santo tambien se manifestó en la enseñanza de la ley santa del Señor. . . . 35
- DIA V. San Antonio , con su celo ardiente y fervoroso , demostró á los hombres que la religion cristiana es inespugnable , indestructible , y eterna como el mismo Dios. 69
- DIA VI. Sobre el amor de Dios , causa de la grandeza que reconoce , ensalza y venera la Iglesia en san Antonio de Padua. 86
- DIA VII. San Antonio obrando milagros estupendos , nos enseña la ciencia de los santos. 100
- DIA VIII. Imitando las virtudes de san Antonio de Padua en esta vida , lo acompañaremos gozosos en las delicias de la gloria. 114
- DIA IX. Los que imitando á san Antonio en sus virtudes lo invoquen en su tribulacion , serán socorridos y amparados , y honrarán su nombre. . . 127

NOVENARIO

En honor de santa Rita de Casia.

- DIA I. Santa Rita amó de corazón á Jesucristo desde su infancia , y este amor divino la hizo grande y esclarecida en la Iglesia de Dios. 139
- DIA II. Si nos unimos á Dios como santa Rita , nuestra suerte será la de los santos y ciudadanos del cielo. 155
- DIA III. Santa Rita de Casia resuelta á hacer en todo

- la santísima voluntad de Dios, es la muger santa y pudentosa que tanto se elogia en los libros santos. 168
- DIA IV. Santa Rita, casada, enseña con sus buenos ejemplos y virtuosa conducta á las mugeres casadas á ser fieles y prudentes esposas, á salvar sus almas y hacer de sus familias un taller de santidad. 182
- DIA V. Santa Rita de Casia da lecciones de santidad á las madres cristianas con sus buenos ejemplos y virtudes. 196
- DIA VI. Santa Rita de Casia, esperando en Dios é instándole con ruegos y oraciones en su viudedad, fue un modelo de virtud; en que deben mirarse las viudas cristianas para vivir como lo manda el apóstol san Pablo: 216
- DIA VII. Escogiendo santa Rita de Casia el estar en la casa del Señor mas que el habitar en las tiendas de los pecadores; nos enseña á buscar á Dios por los caminos de la virtud, y á huir del vicio y del pecado. 224
- DIA VIII. Con santa Rita de Casia, se santifican, se perfeccionan y se hacen dignas esposas de Jesus las religiosas consagradas á Dios con los votos monásticos. 237
- DIA IX. Santa Rita de Casia, siempre constante en amar y servir á Dios, nos enseña á perseverar en la virtud hasta la muerte. 250

NOVENARIO.

A las almas del purgatorio.

- DIA I.** Tenemos obligacion de orar y procurar el alivio de los fieles difuntos. Nosotros tambien moriremos y nos es muy útil tener presente la muerte. 265.
- DIA II.** Pena de daño que aflige á las almas del purgatorio. Juicio terrible que á cada uno nos espera en el tribunal de Dios. 278.
- DIA III.** Pena de sentido con que son atormentadas las almas del purgatorio. Las penas de la otra vida deben servirnos de freno para evitar los vicios. 289
- DIA IV.** La consideracion de lo que es el purgatorio nos manifiesta la necesidad que tenemos de hacer penitencia y cuál debe ser esta. 300
- DIA V.** Medios poderosos que tenemos para librar de sus penas á las almas del purgatorio, y especialmente del santo sacrificio de la misa, y excusas frívolas de los cristianos para no valerse de él. . 312
- DIA VI.** La oracion es un medio útil para aliviar á las almas del purgatorio, y es tambien muy provechosa y saludable para nosotros. 325
- DIA VII.** Con las limosnas podemos redimir los pecados de los fieles difuntos y los nuestros. . . 332
- DIA VIII.** El olvido de las almas del purgatorio es una ingratitud muy criminal y nos acarrea muchas desgracias. 342

DIA IX. La piedad con las almas del purgatorio nos
atraerá las bendiciones del cielo. 352

DUODENARIO

En honor del patriarca san José.

DIA I. Fruto primero del Espíritu Santo. CARIDAD. .	362
DIA II. Fruto segundo del Espíritu Santo. GOZO. .	375
DIA III. Gozo tercero del Espíritu Santo. PAZ. .	383
DIA IV. Gozo cuarto del Espíritu Santo. PACIENCIA. .	392
DIA V. Gozo quinto del Espíritu Santo. LONGANI- MIDAD.	401
DIA VI. Gozo sexto del Espíritu Santo. BONDAD. .	410
DIA VII. Gozo sétimo del Espíritu Santo. BENIGNI- DAD.	418
DIA VIII. Gozo octavo del Espíritu Santo. MANSE- DUMBRE.	427
DIA IX. Gozo noveno del Espíritu Santo. FE. . .	436
DIA X. Gozo décimo del Espíritu Santo. MODESTIA. .	446
DIA XI. Gozo undécimo del Espíritu Santo. CONTINEN- CIA.	456
DIA XII. Gozo duodécimo del Espíritu Santo. CAS- TIDAD.	465

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
264	última	<i>legentibus</i>	<i>lugentibus</i>
265	26	privados	privadas
274	14	andar	arder
275	15	Moriremos luego,	Moriremos, luego
283	14	<i>meus</i>	<i>tuus</i>
284	7	esperaba	estimaba
297	20	deseara	descargara
303	15	que le perjudicara	que no le perjudicara.
324	29	esta vida	este día
326	1	le dió	lo dió
341	4	por la	porque la
364	4	decidírnos	decidir
365	15	aclamamos	aclama
371	13	historia	hostia
384	13	iniquidades	inquietudes
391	26 y 27	de vuestro reino	del reino de Dios
id.	28	os gocemos	le gocemos